

Lucas Lanusse

b

MONTONEROS

El mito de sus 12 fundadores



VERGARA

LUCAS LANUSSE
MONTONEROS

El mito de sus 12 fundadores

Índice

Cubierta	
Portadilla	
Créditos	
Dedicatoria	
Agradecimientos	
Prólogo	
Introducción	
Primera parte - Aspectos preliminares	
Capítulo uno - El mito de los doce, las tesis “combativas” y las condiciones para el surgimiento de Montoneros	
Segunda parte - Los grupos originales	
Capítulo dos - Grupo Córdoba	
Capítulo tres - Grupo Santa Fe	
Capítulo cuatro - Grupo Reconquista y Grupo Sabino	
Capítulo cinco - Grupo Fundador	
Capítulo seis - De la opción por los pobres a la opción por las armas	
Tercera parte La organización político-militar	
Capítulo siete - Nace Montoneros	
Capítulo ocho - Las reacciones	
Capítulo nueve - Reorganización, desafíos y respuestas	
Consideraciones finales	
Integrantes de Montoneros	
Fuentes	

Montoneros. El mito de sus 12 fundadores.

Lucas Lanusse

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático

© *Lucas Lanusse, 2007*

e-mail: lucaslanusse@yahoo.com.ar

© *Ediciones B Argentina S.A., 2007*

para el sello Javier Vergara Editor

Av. Paseo Colón 221, piso 6 — Ciudad Autónoma

de Buenos Aires, Argentina

www.edicionesb.com.ar

ISBN:978-950-15-2491-8

A los amores de mi vida: Luján, Serena y Uma
A mi amiga Cristina Tortti

Agradecimientos

Por sobre todas las cosas, a Cristina Tortti, por la enorme cantidad de horas, paciencia y contención que me ha prodigado desde que yo hablaba pomposamente de mi “libro” y no tenía escrita ni la primera letra de la primera palabra del primer capítulo.

A mis sucesivos compañeros del taller de tesis de posgrado de la Universidad de San Andrés y a su coordinadora Lila Caimari, por las múltiples lecturas y oportunas sugerencias.

A los entrevistados, especialmente Luis Rodeiro, Ignacio Vélez, José Amorín, Elvio Alberione y Roberto Perdía, con quienes fui particularmente insistente y siempre tuvieron la mejor disposición

A Luciana Sotelo, por su impecable e invaluable trabajo de archivo.

A quienes por diversas circunstancias y desde diferentes lugares confiaron en mí y/o me dieron una mano: Juan Suaya, Rogelio García Lupo, Bebe Contepomi, Marcela Aguado, Eduardo Setti, Nora de la Canal, Cecilia Blanco y Mauricio Chama.

Finalmente, a todos aquellos que durante los últimos cuatro años y medio me aguantaron poniendo la oreja.

Prólogo

Cuando a fines de mayo de 1970 se conoció que una desconocida organización llamada Montoneros reivindicaba (para usar el lenguaje de la época) el secuestro de Aramburu, la sorpresa fue tan grande como la que produciría un rayo en un día de sol. ¿Quién se ocultaba tras ese nombre? ¿Quiénes querían vengar un hecho ocurrido hacía catorce años en nombre de alguien que no tenía interés en recordarlo? Y, sobre todo, ¿quiénes querían impedir, como decía el primer comunicado de esa organización, que Aramburu fuera “una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria”? Los amigos de Aramburu se concentraron en la respuesta a esas preguntas. Para ellos, como para muchos analistas después, era difícil no ver detrás de su secuestro la mano de un gobierno dictatorial que había eliminado la democracia del horizonte político y que efectivamente temía los esfuerzos de la víctima en favor de su restauración. La comisión investigadora entonces reclamada nunca se formó y la acción de la justicia nunca aventó esas sospechas. La conspiración puede haber existido, pero su descubrimiento ha sido, hasta ahora, un camino sin salida, empedrado de supuestos plausibles pero lamentablemente no de muchas certezas.

Si alguna certeza hay en medio de tantas dudas, ella es que Montoneros, como en los años siguientes tuvimos oportunidad de saberlo, realmente existía. Las dudas acerca de la existencia de una organización de tal nombre comenzaron a disiparse cuando, a un mes de aquel secuestro, se produjo la toma de La Calera, su segunda acción. Ella dejó rastros, muertos y prisioneros, que llevaron a conocer los nombres de los miembros de la organización. Ante esa revelación, la sorpresa no fue menor: jóvenes, muy jóvenes, que no provenían precisamente de los sectores desposeídos afines al peronismo, sino de los mismos sectores sociales que pocos lustros antes habían nutrido al antiperonismo. Todos esos jóvenes habían tenido una

prolija educación, hasta en un colegio militar, y en el breve pasado común de casi todos ellos se destacaba su militancia católica. ¿Cómo ese pasado había llevado a ese presente? Esta era una pregunta que no tenía entonces respuesta. Este libro de Lucas Lanusse permite obtenerla.

Para comprender la respuesta que Lanusse da en las páginas que siguen es necesario prestar atención a dos procesos diferentes: por un lado, el que llevó a muchos jóvenes latinoamericanos en los años sesenta y setenta, y aún después, a tomar el camino de la “lucha armada” (para recurrir nuevamente al lenguaje de la época); por otro, el que llevó a esos jóvenes católicos, y a otros como ellos en otros países latinoamericanos, a recorrer ese mismo camino.

El primer proceso se explica por acontecimientos internacionales que cambiaron los objetivos y las prácticas políticas en el seno de la izquierda latinoamericana. En primer lugar, la crítica del stalinismo en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, abrió la puerta a otras críticas que el stalinismo había acallado. Una de ellas, que se desarrollaba solapadamente en Italia desde el fin de la guerra, cuestionaba el modelo de revolución leninista que era parte del dogma de los partidos comunistas. Otra, que se desarrollaba en China desde fines de los años treinta, también cuestionaba, aunque desde otra perspectiva, ese modelo de revolución. En segundo lugar, los hechos caminaron más rápido que las teorías y desde 1959 se produjeron en países de lo que por entonces comenzó a llamarse el Tercer Mundo muchas revoluciones que no se ajustaban al modelo leninista. La más importante de ellas, para América latina al menos, fue la Revolución Cubana: aunque su líder tardó dos años en proclamarla socialista, a nadie escapaba que esa revolución se había producido de una manera —sin partido, y aun sin proletariado— que poco se ajustaba a la ortodoxia soviética. En su esfuerzo por explicarla, la dirigencia cubana produjo la llamada “teoría del foco” (pocos años más tarde proclamada por un joven marxista francés, para desesperación del comunismo latinoamericano, como una “revolución en la revolución”), que puede resumirse, como lo hizo su principal teórico, Ernesto Guevara, el Che, en una de las tres “lecciones” que él sacaba de la revolución en que había participado: no era necesario esperar que existieran todas las condiciones para la revolución, porque la misma insurrección podía

producirlas. Este mensaje tenía dos consecuencias principales: la revolución era exclusivamente nacional, no ya parte un proceso mundial dirigido por el mayor “estado obrero”, la Unión Soviética; y era el producto no de la acción del proletariado organizado por su partido de vanguardia, sino de la voluntad individual. Los jóvenes que llegaban a la política a principios de los sesenta ya no eran atraídos por el partido que decía ser la vanguardia del proletariado en lucha por esa revolución mundial, sino por estas nuevas ideas que situaban a la revolución no en el mundo en general sino en el propio país, no en la conjunción de las “condiciones objetivas” sino en la propia e inmediata decisión personal. Para muchos jóvenes disconformes que en décadas anteriores habrían sido reclutados por el comunismo, el socialismo o el trotskismo, se presentaba entonces otra opción, rodeada del relumbre aparente de un triunfo reciente y cercano, que era la “lucha armada” para reproducir la Revolución Cubana. Así, la lucha armada se expandió por América Latina a lo largo de esa década: Venezuela, Guatemala, Perú, Colombia, Nicaragua, Bolivia, Uruguay, Brasil y, también, la Argentina. Esto explica, entonces, usando las palabras de un dirigente montonero, el objetivo, el socialismo, y la metodología, la lucha armada, que muchos de ellos adoptaron. Pero, ¿por qué ese objetivo y esa metodología fueron adoptados por jóvenes católicos?

Para responder a esta pregunta es necesario atender a los procesos que se dieron en el seno de la Iglesia Católica durante el siglo XX en general y en particular en la Argentina. Desde fines del siglo XIX, la Iglesia había comenzado a dar respuestas al desafío que le planteaba el surgimiento del proletariado y de su expresión política, el socialismo. Esas respuestas la llevaron a involucrarse cada vez más en los problemas temporales, especialmente aquellos que, se suponía, el socialismo podía resolver. En ese camino, la Iglesia dejó de considerar a la miseria como un estado natural para pasar a verla como la consecuencia de la acción de las “clases adineradas” y de los gobiernos, y dejó de priorizar a la caridad como el modo de combatirla para reclamar una solución de aquellos a quienes identificaba como culpables de su ocurrencia. La Iglesia no proclamó abiertamente a la revolución social como una nueva cruzada, pero algunos católicos llegaron a la conclusión de que no había otro camino para

eliminar la miseria, entonces debida a un pecado colectivo, que usar la violencia contra los pecadores que se empeñaban en producirla.

Un punto de encuentro de todos los procesos que llevaron a los católicos a la lucha armada fue un sacerdote colombiano, Camilo Torres, que murió a comienzos de 1966 mientras la practicaba, arma en mano, en su país. Él se transformó en el símbolo de los católicos latinoamericanos que vieron en la violencia, en la lucha armada, la única vía para la redención de aquel pecado colectivo. También lo fue de algunos católicos argentinos, que se cobijaron bajo su nombre para dar los primeros pasos hacia lo que luego de desarrolló bajo el de Montoneros.

En el surgimiento de Montoneros tuvo un papel clave, además de la urgencia revolucionaria instalada por la Revolución Cubana y el fermento secular dentro de la Iglesia, un tercer factor: la identidad peronista. ¿Por qué adquirieron esa identidad los jóvenes católicos que iniciaron Montoneros? La respuesta la dio uno de sus mentores, quien decía haberse acercado al peronismo porque allí estaban los pobres. No por las políticas del gobierno de Perón; no por las políticas apoyadas por Perón desde su exilio; tampoco porque considerara al proletariado como el sujeto de la historia; sino por los pobres, las víctimas del pecado colectivo. De esta manera, llevados por sus guías espirituales, esos jóvenes descubrieron a los pobres y que estos, en la Argentina, eran peronistas. La lucha por la redención del pecado colectivo debía realizarse, entonces, en nombre del peronismo.

¿Quién se ocultaba, entonces, detrás del nombre de Montoneros? ¿Cuál fue el camino que recorrieron sus integrantes para llegar desde la militancia católica hasta la práctica revolucionaria? ¿Cuántos jóvenes católicos recorrieron ese camino? ¿Cómo se identificaron con el peronismo y qué acogida tuvieron en su seno?

Lanusse da en este libro respuesta a esas preguntas. Al destruir “el mito de los doce” (como los apóstoles; como los supuestos sobrevivientes del desembarco del Granma en Cuba, en diciembre de 1956, que en realidad fueron más de veinte) muestra que la aparición de Montoneros no fue el producto de un proceso de radicalización de unos pocos jóvenes católicos aislados. Por el contrario, su análisis revela los mecanismos de un proceso bien encajado en las entrañas mismas de la Iglesia, no como parte de una

acción contestataria, sino como producto de las enseñanzas de muchos de sus pastores, que no se apartaban con ellas de los puntos de vista aceptados por los obispos latinoamericanos en su conferencia de Medellín en 1968. Así estudia cómo, al calor de esas enseñanzas, surgieron grupos en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y otros lugares del país que, a través de un proceso de radicalización colectivo favorecido por sus intercambios en encuentros y congresos y por una práctica social y política que los puso en contacto con la vertiente revolucionaria foquista, conformaron el caldo de cultivo del que surgió Montoneros. Y, finalmente, analiza cómo esos jóvenes católicos asumieron (como se decía en el lenguaje de la época) la identidad peronista y cómo se produjo su imbricación en el peronismo en un momento en que, tras el fracaso del gobierno dictatorial, las fuerzas armadas se encaminaban hacia la reconstrucción democrática mediante la integración consensuada de ese movimiento, ahora como un partido más, al orden político. En ese momento se detiene el análisis de Lanusse, porque a partir de allí se abrió otra historia, caracterizada, en lo que hace al tema de este libro, por el regreso de Perón al poder, por la expansión de las organizaciones de superficie que respondían a Montoneros, y por el enfrentamiento de Montoneros con Perón.

El objetivo de Montoneros era el socialismo; su metodología, la lucha armada; y su identidad, peronista. Lanusse estudia en este libro mejor que nadie hasta hoy cómo se produjo esa síntesis en la mente y la acción de muchos jóvenes a partir de su militancia católica. Así, cubre un vacío en nuestra comprensión de un fenómeno cuyo recuerdo se resiste a abandonarnos y, al mismo tiempo, nos pone frente a un clima de ideas y de prácticas cuya naturaleza y dimensión hoy cuesta comprender.

Por todo esto insto al lector que ha llegado hasta esta línea de este prólogo a que se sumerja en el texto que sigue, con la seguridad de que al cabo de su lectura habrá obtenido un conocimiento mucho más matizado y profundo sobre el origen de Montoneros que el que puede hallar en ningún otro libro.

SAMUEL AMARAL

Introducción

¿Por qué un joven de clase media que a los dieciocho años de edad ayudaba a los pobres en una villa miseria, a los veintitrés se convertía en guerrillero? ¿Qué fines pretendía conseguir ese muchacho como para estar dispuesto a matar o morir en el intento? Desde chico me enseñaron que alguien así se explicaba simplemente porque era un sinvergüenza motivado por objetivos siempre oscuros, o en el mejor de los casos que se trataba de un ingenuo a quien un sinvergüenza le había lavado el cerebro. En algún momento de mi vida este tipo de respuestas comenzaron a resultarme insuficientes.

Buscando sumar perspectivas sobre la guerrilla argentina de los años setenta —que de eso estamos hablando— durante años me dediqué a leer bibliografía de todo tipo y color. Ello no hacía sino aumentar mi curiosidad, tal vez porque notaba que quedaban grandes “huecos” en asuntos que me interesaban particularmente. Sucede que sobre esta temática abundan los ataques, las defensas y las opiniones a favor o en contra de tal o cual bando, pero la información es un bien por cierto escaso. Por ejemplo: siempre me llamó la atención Montoneros, y cada vez que intentaba entender cómo se había originado esa organización armada la búsqueda en los libros resultaba un ejercicio frustrante. Tras pasar por el colador toneladas de tinta, sólo me quedaban algunos pocos datos mayormente inconexos y conclusiones grandilocuentes pero sin base empírica. Cuando finalmente me lancé a realizar mi propia investigación en el marco de una tesis de maestría en historia, elegí por tema justamente el proceso mediante el cual fue tomando forma Montoneros, desde sus antecedentes remotos hasta su conformación como organización político-militar y su primer año de vida. La tesis fue aprobada y hoy, con pequeños cambios, toma la forma de este libro.

Quien dentro de mi entorno se enteraba de que estaba escribiendo sobre Montoneros se mostraba casi siempre muy sorprendido. “¿Y de qué lado

estás?”, me preguntó más de uno. El desconcierto de mi interlocutor iba en aumento cuando yo le respondía que lo mío era una reconstrucción histórica, sin “buenos” y “malos”. Era algo que, por lo menos *a priori*, parecía resultar incomprensible. Varias veces me pasó también que alguien que notaba que yo no aceptaba sin más la visión de los Montoneros como guerrilleros sanguinarios y desalmados, me fulminara con un lapidario: “yo la viví, a mi no me la contaron”. El mensaje subliminal era claro: ¿cómo yo, que por mi edad desconocía lo que había pasado, no acataba acríticamente la opinión de un testigo de la época? En esas ocasiones tenía ganas de responder que “haberla vivido” no era garantía de nada, ya que conocía mucha gente que también “la había vivido” y tenía una visión de lo sucedido diametralmente opuesta. De todas formas solía optar por el silencio. Al fin y al cabo, no parece tener demasiado sentido embarcarse en debates frente a posturas unidimensionales y circulares. El camino que elegí recorrer es bien otro. Pienso que los fenómenos históricos son ricos y complejos, y eso es lo que trato de rescatar de la experiencia que devino en el surgimiento de Montoneros. Por ello, este libro intenta reconstruir lo más fielmente posible una historia compuesta por muchas historias, recrear un “espíritu de época”. No pretende ser “aséptico”, ni mucho menos una suerte de “justo medio”. Simplemente privilegia la información y el análisis que permitan comprender mejor el fenómeno analizado, intentado tomar distancia del mismo. Consecuente con esa línea, reserva al lector las valoraciones acerca de la ética de los actores y de sus ideas.

En tren de aclaraciones previas, corresponde agregar la siguiente: el fallecido Teniente General Alejandro Agustín Lanusse fue mi tío abuelo. Para los jóvenes despistados y para los no tan jóvenes desmemoriados anoto que “Cano” —como se lo conocía en la familia— fue a partir de marzo de 1971 el tercer y último presidente de facto de la fallida Revolución Argentina, precisamente en momentos en que las distintas organizaciones armadas revolucionarias se encontraban en plena expansión. Recuerdo una foto en la cual yo aparecía a su lado: Lanusse estaba enfundado en su uniforme militar y la banda presidencial celeste y blanca le cruzaba el pecho. Según supe cuando me la mostraron, la imagen correspondía al 25 de mayo de 1973, horas antes de que mi tío abuelo le entregara esa misma banda al peronista electo Héctor Cámpora. Contaba yo

entonces con dos años de edad.

Mi abuelo Guillermo Luis —hermano de Alejandro Agustín— era, como casi todos en mi familia, un antiperonista convencido y militante. Producto de su cercanía con el ex presidente, “Guillo” había sido además testigo preferencial de importantes acontecimientos en la historia del país. Por esos motivos yo solía acercarme hasta su casa a pedirle que me recordara historias sobre aquel pasado que me apasiona. Las anécdotas afloraban sin dificultad: su negativa a usar el luto cuando murió Evita, la difícil decisión de sacar a sus hijos —incluido mi padre— de la escuela para que no tuvieran que leer “Evita me ama” en los libros de texto, las duras visitas a Cano cuando este último purgaba una pena en las cárceles del sur en épocas de Perón, el cursillo de la cristiandad compartido con Juan Carlos Onganía y tantas otras. Mi relato favorito, por lejos, era justamente el del día de mi foto junto al entonces presidente, cuando Guillo acompañó a su hermano a la entrega del mando. Ante mis preguntas, mi abuelo comenzaba reviviendo la atmósfera de tensión dentro de la Casa Rosada, continuaba recordando la imagen de las puertas doblándose literalmente por la presión de las decenas de miles de militantes peronistas congregados en la Plaza de Mayo, y terminaba rememorando la riesgosa salida junto con mi abuela entre una multitud que ondeaba banderas de la JP y Montoneros. Cuenta la leyenda familiar que la enfervorizada turba había quemado una fila interminable de autos, deteniéndose por milagro justo antes de que le llegara el turno al de mis abuelos.

Guillo falleció en 2002 y ese acontecimiento simbolizó para mí mejor que ningún otro el fin de una era, que en la práctica había concluido muchos años antes. Siempre percibí aquella como una época “mística”, signada por una desbordada pasión militante de distintos signos y en la cual la entrega a ideales políticos diversos era moneda corriente. Me refiero a los tiempos del peronismo de la Resistencia, del antiperonismo visceral, de la guerrilla emuladora del espíritu del Che, de las doctrinas de contrainsurgencia en el marco de la Guerra Fría. Una época de antagonismos, luchas, conspiraciones, revoluciones y crímenes políticos. Años en los que todo parecía posible. No puedo sino evocarlos con un dejo de irracional nostalgia, probablemente producto del marcado contraste entre la pasión de aquellos tiempos de mi abuelo y el escepticismo de estos que me toca vivir.

No pierdo de vista sus miserias, muchas y grandes, ni la paradoja de que la mística pasada, con sus enormes desatinos, haya contribuido a la desesperanza presente. Pero lo cierto es que solo aquella pretérita pasión puede explicar la mía actual por intentar aprehenderla. Por otra parte, sucedió prácticamente ayer y —aunque a algunos parece disgustarles— nos acompañará por largo tiempo.

LUCAS LANUSSE

Abril de 2005

Primera parte

Aspectos preliminares

Capítulo uno

El mito de los doce, las tesis “combativas” y las condiciones para el surgimiento de Montoneros

Primera parte:

El mito de los doce y las tesis “combativas”

1.1. El mito de los doce

El viernes 29 de mayo de 1970 a las nueve de la mañana, Emilio Angel Maza —vestido con uniforme de capitán del Ejército— y Fernando Luis Abal Medina —con galones de teniente primero— subieron al octavo piso del edificio de la calle Montevideo 1053, en Capital Federal, y tocaron timbre en el departamento “A”. Sara Herrera, una señora de edad madura, les abrió la puerta. Los dos jóvenes le pidieron hablar con su marido, y a pesar de que no los había visto en su vida, la mujer los hizo pasar. Al fin y al cabo, la presencia de dos oficiales del ejército en su casa no constituía ninguna rareza. Les comentó que su esposo se estaba duchando pero que los recibiría en un instante, los invitó a sentarse en el living y les sirvió café. Luego se disculpó ya que debía retirarse. Maza y Abal Medina se dispusieron a esperar, probablemente tan tensos por la misión que estaban llevando a cabo como sorprendidos por lo sencillo que todo había resultado hasta ese momento.

A los pocos minutos apareció sonriente el dueño de casa, un personaje público por dos motivos: se trataba de un Teniente General retirado de alto perfil en una época en que el Ejército tenía un protagonismo indiscutible en la vida política del país, y hacía poco más de una década había sido presidente de facto. Ello no le impidió tomar café con sus visitantes y escuchar complacido el ofrecimiento de custodia personal que le hicieron. Cuando los dos jóvenes mostraron las armas que portaban y lo obligaron a que los acompañara, Pedro Eugenio Aramburu se dio cuenta de que el ofrecimiento de custodia era una mera excusa. Cuando descubriera que los uniformes militares también eran una patraña ya sería demasiado tarde, aunque eso sucedería algunas horas después. Mientras bajaba por el ascensor difícilmente haya concebido la verdadera identidad y objetivos de sus captores.

Si la primera etapa de la operación había resultado sencilla, el resto

tampoco depararía mayores contratiempos. Maza y Abal Medina sacaron a Aramburu a la calle y lo hicieron subir a un Peugeot 504 blanco conducido por Carlos Capuano Martínez. Empezaron la marcha y —tras cambiar un par de veces de automóvil— salieron de la Capital. Una vez en la Provincia de Buenos Aires, enfilaron en dirección sudoeste. Habían estudiado decenas de veces la ruta que debían tomar, compuesta por caminos de tierra y sin puestos policiales ni ciudades importantes en su trayecto. A las seis de la tarde ingresaron en “La Celma”, una estancia ubicada en la localidad de Timote. Metieron al secuestrado en uno de los dormitorios de la casa principal y esa misma noche le iniciaron un “juicio revolucionario” que duraría dos días. Finalmente, en la madrugada del lunes 1º de junio el ex presidente fue declarado “culpable” y muerto a balazos. El comunicado divulgado por los ejecutores rezaba: “Al pueblo de la Nación: la conducción de los Montoneros comunica que hoy a las 07.00 horas fue ejecutado Pedro Eugenio Aramburu. Que Dios Nuestro Señor se apiade de su alma. ¡Perón o muerte! ¡Viva la patria!”[1]. Se trataba del primer operativo firmado por Montoneros, organización político-militar que estaría llamada a representar un rol protagónico en la historia argentina durante la violenta década del setenta.

En septiembre de 1974, la revista montonera *La Causa Peronista* publicó una entrevista a Mario Firmenich y Norma Arrostito, dos militantes que habían participado del secuestro. En la nota, los guerrilleros reconstruyeron con lujo de detalles lo ocurrido en aquella oportunidad. En un punto de la entrevista, Arrostito afirmó que al momento del operativo fundacional “toda la ‘organización’ éramos doce personas, entre las de Buenos Aires y las de Córdoba”[2]. Nació el *mito de los doce*.

En agosto de 1987 apareció en las librerías de Buenos Aires la primera edición en español del libro *Soldados de Perón, Los Montoneros*, del politólogo inglés Richard Gillespie. Dando crédito a la declaración de Arrostito, cuando el autor se refiere al primer operativo firmado sostiene que por entonces la organización “sólo se componía de doce personas”[3]. Probablemente porque se trata del único trabajo de tinte académico que ha estudiado a Montoneros en forma relativamente integral, el texto de Gillespie sigue siendo la referencia obligada al momento de hablar de cualquier tema vinculado a la organización. En consecuencia, ha

contribuido a expandir el *mito de los doce*.

Lo verdaderamente curioso acerca de esta “verdad revelada” es que no resiste un análisis siquiera superficial. Para comprobarlo, basta con volver al relato que el propio Gillespie realiza de los hechos que siguieron al secuestro del ex presidente: “Mientras 22.000 hombres se dedicaban a la busca del cadáver de Aramburu y de sus secuestradores, los Montoneros se creyeron obligados a dar un segundo golpe espectacular”. Ese segundo golpe fue la toma de la población cordobesa de La Calera, llevada a cabo el 1° de julio de 1970 por —siempre según Gillespie— “unos 25 combatientes”[4]. Resulta concebible que doce personas, perseguidas por 22.000 integrantes de las fuerzas armadas y de seguridad, se las ingeniasen para escabullirse de las autoridades. Lo que cuesta entender es cómo, paralelamente, fueron capaces de reclutar hombres y organizar la logística para tomar una localidad a cientos de kilómetros de la operación original y a pocos kilómetros de la sede del Tercer Cuerpo de Ejército, todo ello en un lapso de treinta días.

Por problemas en la retirada tras la toma de La Calera, Montoneros tuvo su primer muerto en combate, padeció numerosas detenciones y gran parte de su estructura fue puesta al descubierto. El 7 de septiembre del mismo año sucedió otro hecho desastroso para el grupo armado. En un tiroteo ocurrido en una pizzería de la localidad de William Morris, en la Provincia de Buenos Aires, murieron dos de sus jefes y fue detenido un tercero. Gillespie explica que tras aquel suceso comenzó una trabajosa reorganización, no obstante lo cual reafirma para esos meses la tesis del minúsculo grupo armado, al sostener que “a fines de 1970, la organización no pasaba de veinte militantes”[5]. Nuevamente cruje el andamiaje del relato: aún cuando un grupo tan insignificante de guerrilleros —muchos de ellos identificados por las autoridades— fuera capaz de permanecer en libertad, no parece posible que en paralelo pudiera operar en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta en forma simultánea. Sin embargo, eso era lo que los Montoneros hacían a comienzos de 1971, como puede ser constatado a través de la simple lectura de cualquiera de los principales diarios de la época o de la cronología de hechos políticos violentos que en aquel tiempo publicaba periódicamente la revista *Cristianismo y Revolución*.

Los vacíos en el libro de Gillespie en torno a los orígenes y conformación de Montoneros resultan evidentes. Ello es lógico, teniendo en cuenta que la investigación volcada en el mismo se realizó sobre todo durante la década de 1970. Sucede de todas formas que —no obstante estas carencias— el autor no se guarda nada a la hora de realizar afirmaciones y emitir opiniones sobre los guerrilleros: que al principio eran solo doce, que no provenían del peronismo sino del nacionalismo de derecha[6] y del mundo católico[7], que de ello se desprendía naturalmente un exacerbado culto por la acción, un irracional misticismo y —sobre todo— una sorprendente “ingenuidad” en sus concepciones respecto a la verdadera naturaleza e intenciones de Perón y el resto del peronismo. La historia del nacimiento y primeros tiempos de Montoneros sería, en esta versión, una sucesión ininterrumpida de groseros malos entendidos y errores de interpretación, matizada con algún que otro acierto puntual y bastante fortuna.

A pesar de los años transcurridos tanto desde la entrevista a Firmenich y Arrostito como de la aparición de la obra de Gillespie, el *mito de los doce* persiste hasta nuestros días. Así, en su libro *La Pasión y la excepción* —editado en 2003—, la renombrada escritora Beatriz Sarlo nos cuenta que “los doce primeros montoneros” —con excepción de Norma Arrostito— provenían del mundo católico convulsionado por las encíclicas sociales de Juan XXIII y por la teología de la liberación[8]. En el mismo texto, la autora abona con énfasis la tesis del componente esencialmente místico e irracional del proyecto de aquellos jóvenes católicos.

El mismo año de la aparición del texto de Sarlo veía la luz un extenso artículo compilado dentro de uno de los tomos de la colección *Nueva Historia Argentina*, titulado “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada (1955-1973)”. La fuente para los pocos párrafos dedicados a Montoneros es —como resulta habitual— la obra de Gillespie, al punto que su autora destaca que el secuestro de Aramburu fue un hecho muy arriesgado porque “la infraestructura de Montoneros era mínima: contaba sólo con doce personas”[9]. Que se haya “colado” en un trabajo académico que abarca períodos y actores que exceden ampliamente a la organización Montoneros prueba que el *mito de los doce* goza de buena salud, y señala a su vez la necesidad de realizar una reconstrucción

sistemática de los hechos y circunstancias que dieron origen a la agrupación guerrillera[10].

Más allá del mero dato numérico, el *mito de los doce* posee una enorme carga simbólica. A pesar de que lo instalaron los propios Montoneros — probablemente con la intención de resaltar su veta “heroica” y legitimar a la conducción—, lo cierto es que sugiere un grupúsculo incubado al margen de los grandes procesos políticos y sociales del país e “implantado” en el mismo desde arriba y desde afuera. En ese sentido, su funcionalidad puede resultar para algunos historiadores y opinólogos inversamente proporcional a su verosimilitud. En efecto, además de ahorrar tiempo de investigación, suscribir el mito acríticamente otorga mayor margen para atribuir al proceso que fue dando forma a la organización armada y a los militantes que la forjaron características definidas, simplificadas y eventualmente denigratorias.

1.2. Las tesis “combativas”

Si los trabajos de corte académico no han contribuido demasiado a esclarecer las circunstancias del origen y conformación de Montoneros, menos aún lo han hecho los textos “combativos”, es decir aquellos en los cuales los guerrilleros son tratados como “héroes” e “idealistas” que “se jugaron la vida por una sociedad más justa e igualitaria”, o por el contrario como “asesinos”, “subversivos vendepatria” y “delirantes”. Escritos casi siempre por protagonistas y testigos de la época, estos libros son la gran mayoría y evidencian que fue mucha la violencia ejercida en los años setenta y poco el tiempo transcurrido desde entonces.

Sin desconocer los valiosos aportes de algunos textos “combativos”, lo cierto es que todos libran en forma más o menos encubierta una lucha en aras de la legitimidad histórica, que forma parte a su vez de una batalla política. Dentro de esa batalla, conviven varios principios comunes: en primer lugar, la existencia de dos bandos: los amigos y los enemigos; en segundo término, la continuidad, es decir, un pasado que legitima al bando propio, un presente desde el cual se combate y un futuro anhelado; tercero, una “causa”, que por lo menos en su formulación debe ser lo suficientemente amplia como para incluir a predecesores, militantes

actuales y sucesores; finalmente, el planteo de la lucha en términos morales, con la existencia de “buenos” y “malos”. El mayor riesgo que presentan estas posturas al momento de indagar en ellas sobre los orígenes y primeros tiempos de Montoneros es que estos períodos son tratados como un eslabón más en una cadena en la cual pasado, presente y futuro conforman una secuencia predeterminada y coherente. Por ese motivo, todas intentan presentar a Montoneros como una continuidad o una evolución de causas pasadas, justificando o condenando —según el caso— la propia razón de ser de la organización.

Aquellos autores que sin ambigüedades intentan legitimar a Montoneros suscriben una suerte de *leyenda heroica*[11], en la cual los guerrilleros son presentados como combatientes de las causas más nobles. Para hacerlo, comienzan dividiendo a los actores políticos y sociales a lo largo de las décadas en dos campos antagónicos: el campo “nacional, popular y revolucionario” y el campo “imperialista, oligárquico y reaccionario”, ubicando inmediatamente a Montoneros dentro del primero de ellos. “La violencia montonera —que por su denominación recobraba otras batallas argentinas por la justicia y la libertad— se inscribió en una historia mucho más larga y honda”[12], nos dice el ex montonero Ernesto Jauretche en un libro publicado casi dos décadas después de la derrota de la organización armada. En la visión de la *leyenda heroica*, la principal y más reciente expresión del “campo popular” era —al momento del nacimiento de Montoneros— el peronismo. El mismo autor incorpora este dato a la batalla por la legitimidad, sosteniendo que los montoneros “alcanzan la redención histórica solamente por haber sido peronistas”, para luego agregar: “No es la condición de hegemónico sobre el movimiento juvenil de la época que hoy evoca la memoria lo que los ha hecho trascender. No es su marxismo ni su guevarismo lo que rescata a los montoneros como experiencia popular”, sino “su condición de fuerza subordinada al histórico movimiento peronista”[13].

Dentro de esta lógica, resulta habitual presentar como una unidad las luchas de la Resistencia Peronista y las de la guerrilla setentista. La obra *Héroes, historias de la Argentina Revolucionaria* —escrita por dos antiguos militantes de Montoneros— es un buen ejemplo de ello. A través de biografías apoloéticas, relatos de acciones, poemas y documentos, el

libro incluye a gran cantidad de militantes, entre ellos Juan José Valle, Felipe Vallese, Jorge Di Pasquale, Bernardo Alberte y Fernando Abal Medina. El común denominador —nos dicen los autores— es que se trata de “hombres y mujeres que asumieron la política de las armas y fueron responsables de la conducción de acciones de esa y otra índole durante los años que van de la década del cincuenta a los sesenta y setenta, combatiendo las dictaduras militares y otras formas de despotismo”[14]. La formulación de objetivos amplios para englobar figuras de tiempos y características disímiles es a todas luces deliberada. Si consideramos que el período conocido como de la “Resistencia Peronista” es casi unánimemente ubicado en la segunda mitad de la década de 1950, el libro *Nomeolvides, Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*[15], desde su título, aparece inscripto en el mismo registro. En esta visión, la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en enero de 1959 y el secuestro de Aramburu en mayo de 1970 son dos actos de una misma obra.

Aún aquellos Montoneros más “autocríticos”, que no pasan por alto los durísimos enfrentamientos de la organización con Perón y gran parte del peronismo, ni su estrepitoso fracaso final, se embarcan en la búsqueda de la legitimidad histórica. Sostienen lo que daremos en llamar la *teoría del desvío*: si los montoneros se separaron del tronco del Movimiento Peronista y terminaron aislados de las masas, se debió a un “desvío”, que no llega a manchar la legitimidad de origen de la organización. La operación se completa con un *mea culpa* o una feroz crítica a la conducción por los “errores” que habrían provocado el descarrilamiento[16].

En esa línea, quien fuera uno de los principales dirigentes montoneros afirma que las modalidades con que la juventud de fines de los sesenta abordó aquella etapa se correspondía con el impulso de confrontación “que venía de la propia historia”. Por un lado, “la represión del 55, los fusilamientos del 56, la persecución Conintes del 59, la burda prohibición que frustrara el retorno de Perón en el 64 ... la proscripción constante como método de acción política, la violencia como respuesta a las demandas de las mayorías”; por el otro, “las réplicas consecuentes desde el movimiento popular: Huelgas, paros y movilizaciones; miles de combates callejeros con sus presos, muertos y heridos, el intento de guerrilla de los “Uturuncos” en Tucumán, los “caños”, atentados y sabotajes, como símbolos de una década

de resistencia; la lucha clandestina y el voto en blanco”[17]. De acuerdo con el mismo autor, en sus primeros años Montoneros habría sido fiel a una suerte de “mandato” del campo popular, al considerar que “era vanguardia quien fuera capaz de conducir al pueblo y sus luchas, sorteando las limitaciones o topes que se oponían al logro de sus objetivos”[18]. Dicha concepción más tarde se habría desviado: “esa desviación nos ocurrió cuando, a pesar de la definición originaria, empezó a asimilarse la idea de “vanguardia” más al concepto del propio desarrollo como organización y no a la evolución, desarrollo y perspectivas del proceso de las mayorías populares”[19].

Quienes se sitúan en las antípodas de Montoneros —y que englobaremos bajo el término de *enemigo*— responden dentro de una lógica bastante similar a la descrita. En primer lugar, los campos antagónicos: en opinión de estos autores, durante las décadas del sesenta y setenta el mundo se debatía en una lucha a muerte entre el “marxismo ateo” —comandado por la Unión Soviética en el mundo y asistida por Cuba en América Latina— por un lado, y la “tradición cristiana y occidental” por el otro. Aún pocos años antes de la caída del Muro de Berlín, uno de los autores que se refiere a la “subversión” de los años setenta habla en presente y sostiene que “en la revolución mundial que lleva a cabo el comunismo, no hay lugar para terceras posiciones, no alineados o neutrales”[20]. Una vez delimitados los dos campos, el *enemigo* ubica a la Argentina, por su historia, en el occidental y cristiano, y a los Montoneros y las restantes agrupaciones revolucionarias en el del marxismo internacional, portador de una ideología que nada tendría que ver con las costumbres y tradiciones del país. No casualmente, casi todos estos textos hacen hincapié en el pasaje por Cuba durante los últimos años sesenta de varios futuros montoneros[21].

El *enemigo* atribuye el éxito de Montoneros para insertarse con relativo éxito en la dinámica argentina de aquellos años a sofisticadas técnicas para controlar e influir en la población, graficadas elocuentemente mediante la frase que uno de ellos pone en boca de Gramsci: “La intelligenza tiene que apoderarse de la educación, de la cultura y de los medios de comunicación social para desde allí apoderarse del poder político y con el poder político dominar a la sociedad civil”[22]. Habría existido además una segunda

táctica, tan “solapada” y “maquiavélica” como la primera, conocida como “entrismo”. Consistía en “infiltrar” elementos de la “subversión” en instituciones o movimientos con raigambre en las tradiciones del país para coparlos desde adentro y hacerlos instrumentales a la causa del marxismo internacional. Tal habría sido el método intentado por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo con la Iglesia Católica y por los Montoneros con el peronismo[23]. La posición del *enemigo* puede condensarse, en definitiva, en una frase del periodista Carlos Manuel Acuña: “el proceso subversivo tuvo un origen externo que aprovechó convenientemente determinadas circunstancias internas”[24].

Si algo tenían en común los Montoneros y sus enemigos era un marcado desprecio por la “democracia burguesa”. En 1983, esta maltratada institución reingresaría vigorosamente en escena y se tomaría una ejemplar revancha contra quienes habían sido sus detractores. De todas formas, aquellos que asumieron esta tarea se asemejarían a sus atacados en la lógica bipolar y en la apelación a un discurso legitimador, que para sostenerse necesitaba simultáneamente deslegitimar a sus oponentes. En lugar de enfrentar a los grupos guerrilleros y las Fuerzas Armadas entre sí, este discurso ubicó a ambos en el mismo campo y los contrapuso a la democracia. Los polos serían, en consecuencia, Democracia versus “autoritarismos de derecha e izquierda”. La fórmula fue bautizada como *teoría de los dos demonios*.

El prólogo al informe de la CONADEP, publicado por primera vez en 1984, es un fiel reflejo de este razonamiento: “Durante la década del setenta —comienza el relato—, la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda”[25], para concluir algunas páginas más adelante: “únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror ... sólo ella puede mantener y salvar los sagrados y esenciales derechos de la criatura humana”[26]. En un tono muy similar, un periodista y tradicional militante de izquierda publicaba el mismo año un libro sobre Montoneros en el que afirmaba que gran parte de la violencia que había ensangrentado a la Argentina en los últimos años sesenta y en la década del setenta había sido “una contienda entre dos simétricos totalitarismos militares, que asimilaban toda actividad política a las leyes de la guerra y que mantenían

utilitariamente regimentadas a sus respectivas civilidades en el papel de escuderos”[27]. Desde ya, el surgimiento de Montoneros y otras agrupaciones revolucionarias y la simpatía y adhesión que las mismas llegaron a generar en vastos sectores de la sociedad es una circunstancia en la cual estas visiones no pueden adentrarse, a riesgo de que tal indagación complejice y eventualmente debilite su postura. En ese sentido, se trata de una mirada que abre muchos más interrogantes de los que pretende cerrar.

Segunda parte:

Las condiciones para el surgimiento de Montoneros

2.1. La inestabilidad política posterior a 1955:

la “cuestión del peronismo”

En septiembre de 1955 y tras diez años de gobierno era derrocado Juan Domingo Perón. A partir de ese momento el país padeció una crónica inestabilidad política. Golpes de Estado, gobiernos militares, sabotajes, atentados, levantamientos cívico-militares, fusilamientos, proscripción, gobiernos civiles bajo control militar, elecciones anuladas, luchas internas dentro de las Fuerzas Armadas, multitudinarias movilizaciones populares, huelgas con toma de rehenes y guerrilla rural y urbana dibujan un cuadro bastante gráfico al respecto. En general, suele cerrarse en 1973 el ciclo abierto en 1955, no precisamente por el final de la inestabilidad política sino —sobre todo— por el regreso del peronismo y finalmente del propio Perón al gobierno.

Quienes fundaron Montoneros contaban en 1955 con unos diez años de edad en promedio, por lo cual pasaron su adolescencia y juventud presenciando el escenario descripto. Cuando Carlos Altamirano busca explicaciones al surgimiento, a partir de 1969, de lo que él llama los “partidos armados”, no pasa por alto este dato: “Sería imposible disociar de la experiencia política nacional la amplia atracción que ejerció, en las filas juveniles de las clases medias, la acción insurreccional y el precepto de que el poder nace del fusil”. Como el mismo autor se pregunta, “¿por qué los jóvenes habían de ser tan insensibles a una ilustración tan abundante de la distancia entre el país legal y el país de hecho?”[28].

Existe coincidencia en que la crisis política del período 1955-1973 estuvo íntimamente vinculada al “hecho peronista”, es decir, al peronismo como tema “sin resolver”. En efecto, caído y exiliado Perón, las fuerzas de su movimiento se constituyeron en un obstáculo insalvable para los intentos de sus sucesores, quienes declaraban querer reconstruir una democracia perdida pero también se proponían reordenar la sociedad y la economía. En

definitiva, la proscripción del peronismo —y con él la de los trabajadores — “definió una escena política ficticia, ilegítima y constitutivamente inestable, que abrió el camino a la puja —no resuelta— entre las grandes fuerzas corporativas”[29].

Entre las interpretaciones que buscan las causas de la inestabilidad en la relación entre las clases sociales, la política y el Estado, Juan Carlos Portantiero habla de una “crisis de hegemonía”, entendida como la incapacidad de un sector que deviene predominante en la economía para proyectar sobre la sociedad un Orden Político que lo exprese legítimamente y lo reproduzca[30]. En esta línea, el comportamiento de los principales actores sociales entre 1955 y 1973 habría estado motivado por la lógica de un “empate” entre fuerzas, alternativamente capaces de vetar los proyectos de las otras pero sin recursos suficientes para imponer, de manera perdurable, los propios. El “empate” político entre los distintos grupos se articularía, a su vez, con un “*poder económico compartido*”, que se desplazaba sucesivamente de la burguesía agraria pampeana —proveedora de divisas y por lo tanto dueña de la situación en los momentos de crisis externa— a la burguesía industrial —volcada totalmente hacia el mercado interior-. Las alianzas que se establecieran dependían, en consecuencia, de cual fuera el momento del ciclo económico de acuerdo a la situación de la balanza de pagos. El poder compartido explicaría las formas políticas del capitalismo argentino, que testimoniaban una suerte de “imposibilidad hegemónica” dadas las recurrentes dificultades que enfrentaban las capas más concentradas de las burguesías urbana y rural para elaborar una coalición estable. Finalmente, el “empate” político no se explicaría sin tener en cuenta la capacidad de bloqueo diseminada en la sociedad, con un papel determinante de los sindicatos y el peronismo en general.

Marcelo Cavarozzi busca la explicación a la inestabilidad posterior a la caída de Perón poniendo el énfasis en el sistema político y sus actores[31]. En esta visión, la exclusión del peronismo del plano electoral y legal habría introducido una profunda disyunción entre la sociedad y el funcionamiento de la política real, que derivó en un “sistema político dual”. En ese escenario, las presiones ejercidas por el sector popular se reducían inevitablemente a la capacidad de desestabilizar a cada uno de los regímenes civiles y militares que se sucedían. A esta disyunción se le

habría sumado una segunda, que afectaba al frente antiperonista con motivo de dos controversias que se daban en su interior: la primera en torno al rol del gobierno en la erradicación del peronismo, que iba del “integracionismo” —partidario de una gradual reabsorción del Movimiento— al “gorilismo” —que pretendía extirpar sin atenuantes el “cáncer peronista”-; la segunda controversia estaba vinculada al modelo socioeconómico a aplicar y admitía tres posiciones divergentes: la del populismo reformista, la desarrollista y la liberal. Proscrito el peronismo, el único partido con verdadera representación electoral era el radicalismo, que durante 1956 se dividió en Radicalismo del Pueblo y Radicalismo Intransigente. Mientras que el primero promovía el populismo en el campo económico y el “gorilismo” en materia política, el segundo suscribía el “integracionismo” y el desarrollismo en cada caso. Los liberales —que no contaban con votos propios— se vieron forzados durante un tiempo a elegir entre los dos radicalismos. Debido a que con el tiempo tomaron conciencia de que esta táctica no los llevaría al logro de sus objetivos de largo plazo, en junio de 1966 optaron por una estrategia abiertamente antidemocrática, experiencia que —al igual que las anteriores— devendría en un rotundo fracaso.

También desde un punto de vista eminentemente político, Samuel Amaral define la crisis abierta con el derrocamiento de Perón como una “crisis de legitimidad”, debida justamente a que los principales actores políticos —partidos, Iglesia, Fuerzas Armadas— no le reconocían legitimidad a Perón y al peronismo[32]. En esta visión, la historia argentina durante los siguientes dieciocho años estuvo marcada por la necesidad de reintegrar al peronismo al sistema político, lo que —debido a que el vínculo entre Perón y el peronismo no se rompió— sólo pudo alcanzarse cuando todos los otros actores políticos aceptaron el reingreso de Perón al sistema. Esto implicó, a su vez, que Perón deba convencer a esos actores de que no violaría el acuerdo fundamental de la democracia.

2.2. Nuevas Corrientes (1955-1966)

2.2.1. La Resistencia Peronista y los orígenes del Peronismo

Revolucionario

El surgimiento y crecimiento de Montoneros y de una poderosa Tendencia Revolucionaria dentro del peronismo a comienzos de los años setenta, difícilmente hubiera sido posible de no haber existido desde hacía una década una corriente de izquierda dentro del amplio Movimiento conducido por Perón. Fue de esa tradición de donde Montoneros y la juventud radicalizada extrajeron muchas de las ideas y consignas que enarbolaron, y fue dentro de esa corriente donde esos mismos jóvenes desplegaron sus primeras armas en el peronismo.

El germen del Peronismo Revolucionario suele situarse en el período de la “Resistencia”, ocurrido entre 1956 y 1960 y caracterizado por masivas e inorgánicas prácticas combativas de la militancia peronista. Tras un breve mandato del general Eduardo Lonardi (1955), fue Pedro Eugenio Aramburu (1955-1958) quien padeció la primera ofensiva popular, lo cual no puede desvincularse de las numerosas medidas de su gobierno para terminar con el Movimiento liderado por Perón. Entre las más recordadas estarían la prohibición de cualquier propaganda favorable al peronismo, la desaparición del cadáver embalsamado de Eva Perón y los fusilamientos — en junio de 1956— del general Juan José Valle y otros peronistas tras un frustrado levantamiento cívico-militar.

El radical intransigente Arturo Frondizi (1958-1962) llegó al poder con el peronismo proscrito y los votos que le otorgó un pacto con Perón. Por este motivo, gozó de un tiempo de relativa calma. No obstante ello, el anuncio de un plan de estabilización en enero de 1959, que derivó en una serie de medidas antipopulares, tuvo por respuesta una nueva serie de encarnizadas acciones defensivas del movimiento obrero. Las medidas represivas del gobierno condujeron al sindicalismo y los obreros a una sucesión de derrotas que los desmovilizaron sensiblemente[33].

Para ese entonces, cristalizaban importantes cambios dentro del peronismo. La Resistencia había puesto en primer plano una nueva camada de dirigentes gremiales, que llenaron el vacío generado por la proscripción de la generación anterior a 1955. Tras un período de intervención, durante esos mismos años —y luego de sucesivas elecciones internas— varios sindicatos volverían a estar a cargo de peronistas. Por otra parte, en el Congreso Normalizador de la CGT realizado en 1957, los sindicatos de esa

identidad impusieron su abrumadora mayoría y conformaron las 62 Organizaciones. Aceleradamente, “las 62” y el sindicalismo peronista en general se convertirían en la principal expresión de un Movimiento que tenía a su líder exiliado y a su rama política proscripta.

Esta nueva realidad, sumada a la derrota de la Resistencia en 1959 y 1960, derivó en un proceso de “burocratización” de los sindicatos. Muchos dirigentes anteriormente intransigentes tomaron conciencia de las dificultades de sostener una lucha frontal y comenzaron a rever su estrategia. En el futuro, se dedicarían, más pragmáticamente, a “golpear para negociar”. Augusto Vandor, jefe del sindicato metalúrgico, fue la figura principal y arquetípica de esta nueva “burocracia sindical”. En momentos en que se debilitaba en el terreno de la negociación específicamente laboral, este renovado sindicalismo adquirió una enorme fuerza en el terreno político. Aún con menor peso relativo que las 62 Organizaciones, los organismos políticos del peronismo y los nuevos partidos “neoperonistas” que se estaban formando en las provincias, también comenzaron a asumir posturas más pragmáticas y conciliadoras.

Las “lógicas prácticas” adoptadas por numerosos dirigentes sindicales y políticos generaron rechazo dentro de una importante minoría militante del peronismo y la clase obrera. Los opositores a este estilo comenzaron a ser conocidos como la “línea dura” del Movimiento. Estos grupos creían que participar en la negociación y el compromiso con el poder implicaba un reconocimiento del “sistema” y postergaba para algún vago futuro las aspiraciones fundamentales de la lucha obrera, particularmente el regreso de Perón. La solución que proponían era una insistencia en las virtudes subjetivas de la dureza, la intransigencia y la lealtad, identificadas desde aquel entonces con la Resistencia. En contraposición a los “duros”, se hablaba de los “blandos”, sector que abarcaba no sólo al vandorismo, sino a corrientes que directamente abandonaron todo tipo de confrontación con las autoridades.

Por lo menos en sus comienzos, la posición “dura” del peronismo expresaba más un “estado de ánimo” que una posición política articulada[34]. En efecto, en los primeros tiempos no había entre duros y blandos grandes diferencias en relación a las nociones básicas de la doctrina peronista: desarrollo económico liderado por el estado, estímulo

al capital nacional, consenso de clases, cogestión y sindicatos con funciones amplias. Los duros juzgaban a sus oponentes en términos morales, acusándolos de una serie de vicios a los que debían oponerse las virtudes que habían caracterizado a la Resistencia.

Con el tiempo, parte del sector más combativo del peronismo tradujo la intransigencia frente al régimen en posiciones políticas más definidas. Para estos militantes, el insurreccionalismo y la lucha armada aparecían cada vez más como las vías adecuadas para la depuración del Movimiento de “traidores” y para derrotar a un régimen empeñado en la exclusión del peronismo y de Perón. En sus manifestaciones más extremas, estas posturas implicarían una profunda resignificación de la ideología peronista, incorporando inclusive el marxismo como método de análisis de la realidad social y guía para la acción.

John William Cooke fue uno de quienes comenzó a transitar el camino desde el “estado de ánimo” que en sus comienzos expresaba la línea combativa peronista, hacia una posición elaborada y con verdadero contenido ideológico. Tras la cárcel, el exilio y una corta militancia legal[35], en mayo de 1960 Cooke decidió emigrar a Cuba. Durante los años siguientes, organizaría el reclutamiento de activistas argentinos decididos a prepararse para futuros emprendimientos guerrilleros. En octubre de 1963 regresó a la Argentina y al año siguiente organizó Acción Revolucionaria Peronista (ARP). Desde su partida a Cuba, y aún luego de su regreso a Buenos Aires, la influencia política de Cooke en las estructuras de conducción del peronismo y en las organizaciones sindicales fue escasa. No obstante ello, sus escritos y conducta le ganaron un importante prestigio, particularmente en los grupos radicalizados y juveniles del Movimiento y en sectores de la izquierda revolucionaria.

Desde un comienzo Cooke quedó hondamente impactado por la Revolución Cubana. Su estadía en la isla lo convenció de que el Peronismo debía realizar un proceso de renovación y actualización ideológica. En consecuencia, predicó hasta el cansancio la necesidad de ligar la experiencia de la Resistencia Peronista con el influjo de la Revolución liderada por Fidel Castro. Cooke veía varias circunstancias que a su criterio hablaban a las claras de los errores de un peronismo entendido como “nacionalismo burgués”: la indefinición de su programa respecto a

factores de poder que lo condicionaron y finalmente lo derrocaron, la defección de la burguesía de la coalición peronista original, y, por último, la conducta “pusilánime, corrupta y cómplice” de amplios sectores de la dirigencia peronista[36].

Cooke observaba atentamente las luchas anticoloniales y revolucionarias de los tempranos sesenta y percibía una cambiante relación de fuerzas en el mundo y el continente. En su visión, esta nueva realidad requería una transformación revolucionaria del Movimiento y de su programa. Tal como él creía que lo demostraban los enfrentamientos de la década, la lucha por la liberación nacional y social eran instancias inescindibles, ya que en un país dependiente las clases dominantes eran aliadas del imperialismo. En consecuencia, Cooke sostenía que la lucha contra el enemigo imperialista implicaba una lucha simultánea en contra de las clases dominantes nativas. En esta cruzada, la Revolución Cubana proveyó el modelo de socialismo, que implicaba reinterpretar la doctrina de la “tercera posición” proclamada por Perón durante su primer gobierno. En el pensamiento de Cooke y de otros peronistas de izquierda, ya no era posible equiparar el mundo imperialista con el socialista. Ello porque los movimientos de liberación inexorablemente debían transitar hacia el socialismo, que, de todas formas, debía ser el producto de las circunstancias de cada lugar. La cruzada anticomunista de los EE.UU. no hacía más que reforzarles esta visión.

Muchos otros peronistas hicieron, al menos en algunos aspectos, una evolución similar a la de Cooke. Casi todos partían del convencimiento de que la fuerza era la única manera efectiva de presionar a gobernantes y patrones, y criticaban a la “burocracia dirigente” del Movimiento. La discrepancia con los sectores más negociadores se fue agudizando con el tiempo, y dio lugar —a lo largo de los años sesenta— a la configuración de núcleos combativos en diversos sindicatos. En las filas de ese liderazgo alternativo, emergieron activistas como Gustavo Rearte en el sindicato de jaboneros y perfumistas, Raimundo Villaflor en la UOM de Avellaneda, Sebastián Borro entre los trabajadores de la carne, Andrés Framini en la Asociación Obrera Textil, Angel Bengoechea en las agrupaciones gremiales de Berisso, Jorge Di Pasquale en el sindicato de Farmacia, Ricardo De Luca en el de constructores navales, Alberto Belloni en ATE, Raimundo

Ongaro en los gráficos, Amado Olmos en el sindicato de la sanidad y Julio Guillán en los telefónicos[37].

A pesar de la existencia de la corriente revolucionaria peronista, lo cierto es que a comienzos de la década del sesenta la dirigencia vandorista dominaba el escenario sindical y político del Movimiento. La mejor prueba de ello fueron las elecciones para gobernadores realizadas en 1962. El vandorismo logró imponer sus candidatos por sobre el resto de los sectores del Movimiento y la victoria electoral fue posible gracias a la infraestructura y los recursos económicos provistos por la UOM y otros sindicatos. El cálculo de Frondizi —cuando por primera vez luego de 1955 permitió participar en comicios al justicialismo— se demostró errado, y el triunfo de este último en las principales provincias del país provocó la anulación de los resultados y el derrocamiento del presidente por parte de las Fuerzas Armadas.

Las máximas demostraciones de fuerza del vandorismo se desarrollaron durante el gobierno de José María Guido (1962-1963) y —fundamentalmente— del radical del pueblo Arturo Illia (1963-1966). En efecto, en mayo y junio de 1964 un Plan de Lucha convocado por la CGT devino en la ocupación perfectamente sincronizada de once mil fábricas. Por otra parte, fue en aquel tiempo cuando, alentada por un eventual levantamiento de la proscripción, la burocracia sindical encabezó una reorganización del Partido Justicialista. De esta manera, aprovechaba su dominio de los sindicatos y las organizaciones políticas peronistas para actuar en ambos frentes y practicar su arte de la negociación. Causa y consecuencia de estos logros, el vandorismo buscaba cada vez con mayor desenfado la autonomía respecto del liderazgo de Perón y las fricciones entre ambos iban en aumento.

No por casualidad, el mayor grado de organización de los sectores del peronismo de izquierda en aquellos años se dio en el marco de creciente tensión entre Perón y el vandorismo. En agosto de 1964 fue lanzado por el ala revolucionaria el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP). El Programa del MRP, redactado por Gustavo Rearte, manifestaba que “para que el Movimiento pueda cumplir el papel de conducción, de aglutinador que la clase trabajadora le impone, debe desprenderse de los elementos burgueses y reformistas que lo frenan, y superarse. Para ello debe darse una

estructura y una dirección centralizada revolucionaria ... De hoy en adelante sabremos utilizar la lucha armada como método supremo de la acción política”[38]. Debido a su recelo de Vandor, Perón estimuló y bendijo la conformación del nuevo Movimiento, sumándole de esta manera el apoyo de un grupo heterogéneo de peronistas. Vandor viajó inmediatamente a Madrid a reconciliarse con Perón y trajo consigo una declaración del líder exiliado desautorizando enfáticamente al MRP, que a partir de ese momento ingresó en un franco declive.

Entre los integrantes del MRP se encontraban la Juventud Revolucionaria Peronista fundada por Gustavo Rearte, la Juventud Peronista de Salta dirigida por Armando Jaime y la Juventud Peronista de La Plata. También participaron de la experiencia sindicalistas de gremios pequeños y del interior, como Ricardo De Luca de navales, Mario Aguirre de ATE de Rosario, Benito Romano de FOTIA y Felipe Ludueña del SUPE santacruceño. Entre otros políticos, lo integraron Héctor Villalón, delegado personal de Perón, y Mario Valotta, director del diario *Compañero*. El MRP tuvo entre sus tareas la organización de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Estas primeras FAP realizaron pocas acciones y se desmembraron hacia mediados de 1966. De todas formas, fueron un intento de crear una fuerza armada propia, desvinculada de los sectores militares que habían participado de la Resistencia. En ese sentido, marcaron un cambio profundo con la cultura política anterior.

La experiencia del MRP ha sido paradigmática en el debate acerca de la estrategia “pendular” que Perón aplicaba con los diferentes sectores del Movimiento en miras a mantener su liderazgo. Algunos autores consideran que el de 1964 fue un claro ejemplo del oportunismo del líder, quien respaldaba a las facciones “rebeldes” cuando un grupo dominante amenazaba alcanzar demasiada independencia o alterar el carácter multclasista del movimiento[39]. Carlos Altamirano sintetiza con precisión lo que él llama el “juego político de Perón”. Para este autor, desde que se instaló en el exilio, el líder maniobró para impedir la consolidación de cualquier régimen, civil o militar, que se estableciera contra él o sin él, titular del movimiento popular por excelencia. Delegando su representación en diferentes voceros, “alentó tácticas variadas, a veces contrapuestas, según las opciones y los recursos que las fuerzas del peronismo y las

contingencias de la vida política argentina ponían a su alcance”. Muy tempranamente —afirma el autor— las luchas por la dirección local de las masas fieles a Perón se libraron dentro de ese marco, y “cada facción legitimaba su autoridad invocando credenciales o mensajes —la carta o la cinta grabada— del líder”. Aunque de tanto en tanto éste desautorizaba o excomulgaba algún pretendiente local, “los términos de “leal” o “traidor” a Perón (y al verdadero peronismo) no tenían un significado ideológico estable y funcionaban como emblemas e invectivas en disputas de configuración cambiante”[40].

La izquierda del peronismo tenía sus propias interpretaciones acerca de la conducta de Perón. En los grupos del MRP, por ejemplo, predominaba la idea de que la relación de fuerzas dentro del Movimiento repercutía en el comportamiento del líder, quien apoyaría siempre al ala más poderosa. Otros concebían un conductor revolucionario, que cuando negociaba era con el fin de darle tiempo a la línea dura para desarrollarse. Lo cierto es que los sectores del Peronismo Revolucionario no podían renegar de Perón sin perder predicamento, y que Perón necesitaba de un ala izquierda, como mínimo para mantener a raya al vandomismo y presentarse como “conductor estratégico” de un amplio Movimiento. De la misma manera, una necesidad mutua era perceptible entre Perón y la burocracia sindical.

Para completar el cuadro del peronismo revolucionario de la primera mitad de la década de 1960, corresponde hacer una mención a la Juventud Peronista —o Juventudes Peronistas, ya que en la práctica el sector nunca conformó una única agrupación-. El itinerario de la JP sería ambiguo, ya que muchas de sus prácticas y representaciones contenían tradiciones nacionalistas y derechistas que demoraron en depurarse.

En sus orígenes, la acción de los grupos juveniles peronistas atraídos por las luchas obreras de la Resistencia no pasaba de tumultos callejeros, refriegas, pintadas y actos relámpago de escasa repercusión. Con el tiempo se establecieron vínculos con otros sectores del Movimiento, que ligaron la práctica militante con las luchas gremiales. Esta relación hizo posible que las agrupaciones juveniles recibieran auxilio económico y ofrecimiento de locales por parte de líderes gremiales, algunos pertenecientes a la encumbrada burocracia sindical. Por este motivo, en aquel tiempo las principales fracciones de la JP no acentuaron una consecuente crítica

antiburocrática, como sí lo hicieron los activistas obreros del Peronismo Revolucionario. Tras varios intentos frustrados de unificar a los sectores juveniles, en 1963 surgieron como principales corrientes el Movimiento de la Juventud Peronista (MJP), liderado por Envar El Kadri, y la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), conducida por Gustavo Rearte.

La radicalización de los grupos juveniles avanzó a partir de planteos que desafiaban y reprochaban a los dirigentes políticos del Movimiento su actitud moderada y “oportunista”. A tono con su espíritu combativo, estos sectores participaron en varios conatos de la acción directa y constituyeron comandos que practicaron acciones armadas. Una de las características de los grupos juveniles volcados al peronismo fue el ingreso de sectores provenientes del nacionalismo de derecha influidos por la Revolución Cubana. El resultado del principal desprendimiento del ultraderechista Tacuara en un movimiento simultáneo hacia la izquierda y el peronismo fue el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), que con un programa que combinaba peronismo, nacionalismo revolucionario y marxismo, se aplicó al desarrollo de la guerrilla urbana[41].

2.2.2. El antiimperialismo y la Revolución Cubana

Desde fines de la década de 1950 comenzó a tomar forma en la Argentina una “nueva izquierda”, más radicalizada que la tradicional y cuyo ámbito privilegiado era el mundo intelectual. Esta irrupción se caracterizó por una espectacular expansión del marxismo, herramienta que —de ser correctamente utilizada— se pensaba que permitía leer cualquier experiencia histórica, e inclusive prever el devenir. El fenómeno del peronismo, desde ya, no estuvo ausente en el delineamiento de esta nueva izquierda, entre otras cosas porque la clase obrera mantenía su identidad peronista y mostraba un importante grado de combatividad. En consecuencia, con el método de análisis marxista muchos pensadores intentaron leer el fenómeno peronista y pronosticar su futura evolución.

De la mano con el marxismo, se expandía en el país el antiimperialismo, recogiendo una ola mundial que partía de los movimientos de descolonización de la posguerra y que preveía la inminente crisis de los imperios. Con los años, la desilusión con Frondizi, el

asesinato de Kennedy y la intervención de los Estados Unidos en Santo Domingo diluyeron las ilusiones en la Alianza para el Progreso. Las teorías del desarrollo dejaron paso a las de la dependencia, que subordinaban las raíces del atraso a situaciones políticas, frente a las cuales la opción era una alianza nacional para la liberación.

El antiimperialismo vinculó a las corrientes de la izquierda con sectores del nacionalismo, también en intenso proceso de revisión. Intelectuales nacionalistas como Juan José Hernández Arregui y José María Rosa incorporaron el marxismo, en un camino que en sentido opuesto habían recorrido Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos. Las izquierdas revisaron su interpretación liberal de la historia y comenzaron a releerla a la luz del revisionismo, camino que les permitiría asignar al peronismo un lugar legítimo en el progreso de la humanidad. Contra lo que afirmaba la izquierda tradicional, para estas nuevas corrientes el peronismo dejó de pertenecer a la familia de los movimientos fascistas. ¿Qué había sido entonces? Para Abelardo Ramos, la expresión de un frente antiimperialista; para Puiggrós, un movimiento de liberación nacional. Las fórmulas variarían y polemizarían entre sí, pero las definiciones que cobraron gravitación en el discurso revisionista identificaron en el peronismo un acontecimiento progresista frente a la dominación oligárquico-imperialista[42]. El peronismo se inscribía así de otro modo en el cuadro del gran relato marxista: no como un retroceso, ni como una desviación del camino que llevaba a la clase obrera a la realización de su ser, sino como un tramo de ese camino, el tramo de la nacionalización de la conciencia obrera[43].

A pesar de que la polémica generada por las nuevas ideas en torno del peronismo fue intensa, prácticamente toda la nueva izquierda coincidió en el apoyo a la Revolución Cubana triunfante en enero de 1959. De esta novedosa experiencia seducían particularmente su enfrentamiento con los Estados Unidos y su declaración por el socialismo, ya que mostraba a América Latina alzada contra el imperialismo. La conexión estrecha entre marxismo y revolución, que se diluía al contemplar los partidos comunistas europeos y a la propia Unión Soviética, se manifestaba con toda su fuerza en la isla del Caribe.

Cuba consagró la idea misma de revolución, la convicción de que —

pese a sus pesadas determinaciones— la realidad era moldeable y que la acción humana organizada podía modificarla. Para la vertiente nacionalista, el sujeto de esta transformación seguía siendo el pueblo, mientras que para la izquierda lo era el trabajador. La Revolución de Fidel Castro abrió surcos que conectaron diferentes corrientes y tradiciones. De acuerdo a Silvia Sigal, “el significado antiimperialista de la Revolución Cubana proporcionó el empalme necesario para abrir un espacio de comunicación entre marxistas y nacionalistas. Cuba construyó un puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, y pudo emerger entonces un ala izquierda peronista que compensaría con el fervor de la juventud el menos visible entusiasmo de las bases obreras por el fenómeno cubano”[44].

En lo que hace a conclusiones tácticas, Cuba brindó la “teoría del foco”. La figura guerrillera por excelencia, Ernesto Che Guevara, mencionaba entre los principales aportes de la Revolución Cubana la siguiente idea: “no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas[45]. La teoría del foco fue desarrollada por el intelectual francés Régis Debray, y se expandió como reguero de pólvora por Latinoamérica. La idea de hacer de la Cordillera de los Andes una gran Sierra Maestra graficaba el espíritu de la nueva lucha.

Durante los primeros años sesenta se lanzaron a la lucha en América Latina numerosas agrupaciones guerrilleras. La mayoría había recibido entrenamiento en la isla caribeña, y casi todas terminaron en estrepitosas derrotas. En la Argentina, existieron en aquellos años dos experiencias de este tipo que fracasaron: los peronistas de Uturuncos en Tucumán en 1959 y 1960 —sin vinculación con Cuba[46]— y el guevarista Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta, durante 1963 y 1964[47]. También en 1964 se produjo un hecho que hablaba de una idea relativamente extendida: en un departamento de la calle Posadas, en Capital Federal, estalló un arsenal que reveló la existencia de un grupo liderado por el ex dirigente trotskista Angel “Vasco” Bengoechea, quien se proponía establecer una columna insurgente en Tucumán. Por la misma época, numerosos argentinos recibían entrenamiento militar en Cuba.

Los sucesivos fracasos, sumados a la “coexistencia pacífica” entre Estados Unidos y la Unión Soviética —que detuvieron la “exportación” de

la Revolución Cubana— determinaron un replanteo de las tácticas a adoptar en el futuro. Tras el período foquista puro, se abrió una etapa de transición que culminaría con la formación de las llamadas “organizaciones político-militares”. Por otra parte, la estrategia de guerrilla rural que propiciaba Guevara no era compartida por todos. Para el caso argentino el tema era particularmente sensible, ya que la enorme mayoría de la clase trabajadora y la infraestructura de los sindicatos estaba concentrada en los grandes centros urbanos. En cualquier caso, y mas allá de consideraciones tácticas específicas, lo cierto es que lo más significativo de las ideas guevaristas era su “espíritu” voluntarista.

Para combatir los vientos revolucionarios, Estados Unidos alentó dos teorías que cobrarían fuerza en las corporaciones castrenses latinoamericanas: las doctrinas de Seguridad Nacional y de Fronteras Ideológicas. Estas ideas evidenciaban el nuevo escenario internacional modificado tras la Revolución Cubana, que había potenciado el “peligro comunista”. La doctrina de Seguridad Nacional fue expuesta por el entonces Comandante en Jefe del Ejército Argentino, general Juan Carlos Onganía, en la academia militar de West Point en 1965. Según la misma, las Fuerzas Armadas debían defender la legalidad hasta un cierto límite. El límite se traspasaba cuando el libre juego de las instituciones constitucionales amenazaba el estilo de vida “occidental y cristiano” de la Nación. El mismo Onganía adhirió a la doctrina de las fronteras ideológicas en Brasil, poco después del discurso de West Point. De acuerdo a esta doctrina, la nación no era sólo un territorio a defender contra las fuerzas armadas extranjeras, sino también un conjunto de valores y creencias. Cada país, en definitiva, podía estar dividido entre los partidarios de esos valores y quienes pretendían subvertirlos.

No casualmente, por aquel tiempo los militares latinoamericanos comenzaron a derrocar a los gobiernos democráticos sospechosos de escasa militancia anticomunista.

El influjo de la Revolución Cubana, símbolo de la lucha antiimperialista y “prueba viviente” de que tal combate se podía dar con éxito, fue determinante en el nacimiento de Montoneros y de la guerrilla argentina entre fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. La figura a la vez recia y romántica del Che Guevara proporcionaba el modelo

del auténtico revolucionario a imitar por los jóvenes latinoamericanos. En ese sentido, Carlos Altamirano opina que los partidos armados en el país “nacieron asociados a una fe intransigente, la fe en la Revolución, idea fuerza que, desde comienzos de los años sesenta y bajo el deslumbramiento de la Revolución Cubana, había recobrado toda su carga mesiánica. Sólo la Revolución traería la regeneración social y permitiría edificar, pieza por pieza, otro mundo, el del pueblo liberado y el hombre nuevo”[48].

2.2.3. *El catolicismo renovador*[49]

Hacia fines de la década de 1950, comenzaban a tornarse evidentes los indicios de una profunda crisis hacia el interior de la poderosa Iglesia Católica Argentina. Una de los principales causas era el protagonismo de la institución en los conflictos políticos que habían dividido a los argentinos en los años inmediatamente anteriores, particularmente su enfrentamiento con el peronismo. Por otra parte, los sacerdotes argentinos comenzaron a cuestionar a las jerarquías marcadamente rígidas de la Iglesia. Otra causa de la crisis fue el cambio de la estructura demográfica del clero, que al comenzar los años sesenta se componía en más de un cincuenta por ciento de sacerdotes jóvenes, en general mejor informados y más inquietos que sus superiores. En consecuencia, las muestras de independencia, fastidio e inclusive franca indisciplina frente a esos superiores comenzaban a ser moneda corriente. Por aquella época se produjo además un profundo recambio generacional en el episcopado, con las dos nuevas promociones de obispos en 1957 y 1961 que incluyeron a algunos jóvenes sacerdotes reformadores. Finalmente, influyeron en la crisis las expectativas de cambio suscitadas por el final del pontificado de Pío XII y la sorprendente convocatoria de un Concilio Ecuménico por parte de Juan XXIII en 1959.

Gradualmente comenzó a producirse una división hacia el interior del mundo católico argentino, que enfrentaría a la mayoría de la conservadora jerarquía eclesiástica con gran parte del laicado y el clero más joven, impulsor de una importante renovación dentro de la institución. Para los reformistas el problema era claro: se trataba de que la Iglesia estaba “como ausente” del mundo contemporáneo, es decir, vivía en un estado de virtual aislamiento respecto de su época. Los reformadores proponían una

importante innovación en materia litúrgica, poner el énfasis en la colegialidad episcopal frente al primado pontificio y recuperar las Escrituras —y por ende la pureza de la Iglesia primitiva— por sobre la Tradición. Pedían además un papel más autónomo y responsable del laicado en la vida eclesiástica, la apertura hacia los no creyentes, la admisión de los errores de la Iglesia y la libertad religiosa. Finalmente, abordaban temas referidos a la relación de la Iglesia con el mundo moderno, como la actitud a asumir frente a la descristianización de la clase obrera y la urgencia de una más ecuánime distribución internacional de los recursos.

Por todos estos motivos, cuando comenzó el Concilio Vaticano II en octubre de 1962, ya existían en la Iglesia argentina todas las premisas de los conflictos que se aceleraron durante su desarrollo y con posterioridad. En ese sentido, el Concilio no fue para la Iglesia del país una suerte de “revolución inducida desde afuera”. De todas formas, sí resultó un catalizador de los conflictos el hecho de que las posiciones de los reformadores —a las que la mayoría de la jerarquía eclesiástica argentina parecía tan impermeable— fueran las que se afirmaron en el Concilio.

Los renovadores argentinos se toparon en breve con el problema de colocar a la Iglesia en la sintonía del Concilio. Comenzaron desde entonces a distinguirse, en el interior del expansivo campo reformador, diversas posiciones que con el tiempo se distanciarían cada vez más entre sí. Mientras los “evolucionistas” limitaban el *aggiornamento* a una revitalización de la Iglesia para ponerla en condiciones de influir con eficacia en el mundo moderno, otros tendían a asumir actitudes expresamente antijerárquicas, e incluso a traducir el espíritu conciliar en una explícita opción política y social.

La pérdida de autoridad que las cúpulas eclesiásticas comenzaban a padecer respecto del clero, tuvo su reflejo natural en el terreno del laicado. La Acción Católica en su totalidad fue sacudida en los años sesenta por conflictos intestinos sin precedentes. Finalmente, la “guerra social” entre católicos salió a la luz con fuerza entre 1964 y 1965, cuando las posiciones más extremas que se enfrentaban en el laicado y el clero colisionaron con motivo del Plan de Lucha de la CGT. Por un lado, se produjo una amplia movilización de los sectores progresistas a favor del plan, mientras que en el frente opuesto las organizaciones del catolicismo nacionalista y

tradicionalista se lanzaron contra el mismo y contra los católicos que lo apoyaban. En opinión de Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta, ese conflicto era “la más clara demostración de hasta qué punto las tensiones generacionales y entre concepciones distintas de la Iglesia y de su relación con el mundo moderno derivaron fatalmente, después del Concilio, en un enfrentamiento abierto entre diferentes opciones sociales y políticas”[50].

Casi todos los jóvenes que durante 1970 confluyeron en la organización Montoneros, provenían del campo reformador de la Iglesia Católica. Fue en el contexto del Concilio Vaticano II y en los años inmediatamente posteriores que desarrollaron su primera militancia, al principio sólo social y religiosa. De la mano de numerosos curas, iniciarían en aquellos años un recorrido de consecuencias impredecibles.

2.3. Todos contra la revolución argentina (1966-1971)

Ni el peronismo revolucionario, ni el antiimperialismo y el ejemplo de la Revolución Cubana, ni el catolicismo renovador alcanzan para explicar el surgimiento de Montoneros y el resto de las agrupaciones armadas a comienzos de la década de 1970. Fue necesario además el clima contestatario que supo conseguir en pocos años el gobierno del General Juan Carlos Onganía (1966-1970), artífice con sus diferentes políticas de una oposición tan amplia como activa. Las corrientes más radicales dentro de las diferentes tradiciones políticas y político-culturales encontraron, durante este gobierno y los de sus sucesores militares, las condiciones ideales para alcanzar un grado de desarrollo inimaginado poco tiempo antes.

Entre 1966 y comienzos de 1969 existían infinidad de evidencias sobre el descontento social y sobre grupos revolucionarios que crecían y se multiplicaban. No obstante ello, estos fenómenos se desarrollaban en gran medida debajo de la superficie. La primera evidencia inocultable de que algo se había roto en el orden político y social nacional fueron las multitudinarias revueltas populares del año 1969. No casualmente, a partir de ese año florecieron las expresiones más radicalizadas de la nueva izquierda, es decir, el sindicalismo clasista y la guerrilla, que hacia comienzos de 1971 amenazaban con poner en jaque al sistema. En el nuevo

contexto, Perón fue devuelto aceleradamente al centro de la escena, por una parte como único “salvador” posible del sistema, pero a la vez como el hombre y el nombre invocados por importantes sectores del campo revolucionario. Esta dinámica no vino a reemplazar sino a superponerse a las dinámicas antidictatorial y revolucionaria.

2.3.1. Las tendencias subterráneas

Los golpes de Estado anteriores a 1966 solían presentarse sólo como “interrupciones” que tenían el propósito de volver a llamar a elecciones y reponer el orden constitucional en cuanto estuvieran dadas las condiciones. En junio de ese año, en cambio, las nuevas autoridades militares presentaron un proyecto de país. “Sin plazos, sino con objetivos” fue la síntesis de este novedoso esquema. La ambiciosa empresa se proponía desterrar la política y unificar el mando en un presidente al que civiles y militares debieran obediencia, con la idea de modernizar el país para que no quedara indefenso ante el “peligro comunista”.

La economía otorga gran parte de la explicación al porqué de la férrea oposición que desataría la Revolución Argentina. De acuerdo a Guillermo O’Donnell, el programa económico, debajo de sus éxitos visibles, “fue creando motivos de agudo descontento incluso en sectores y clases nada insignificantes en su poder político y económico”, como diversos sectores medios, la poderosa burguesía pampeana y, dentro de la burguesía urbana, sus capas medias y pequeñas y sus franjas más netamente nacionales[51]. Con pocas excepciones, los ingresos salariales también estaban realizando una importante contribución a lo que aparecía cada vez más claramente como el “solitario festín de la gran burguesía”[52]. En definitiva —siempre según el mismo autor— el programa económico aplicado entre 1966 y 1969 “antagonizó al conjunto de la sociedad y creó las condiciones para que ésta se fusionara, no sólo contra aquel programa sino también contra el BA (estado Burocrático Autoritario)”[53], término este último que utiliza para definir el tipo de política llevada a cabo desde el Estado por el gobierno de Onganía.

La disolución de los partidos políticos, acompañada de la falta de perspectiva electoral para el corto o mediano plazo, también jugarían un

papel importante en el gradual aumento del campo opositor. A partir de ese momento todos los partidos se igualaban al peronismo, proscripto casi sistemáticamente desde hacía una década. De la misma forma, no ayudarían al gobierno las numerosas medidas de represión y censura, como las razias en hoteles alojamiento, la persecución a parejas en las plazas, la prohibición del uso de minifaldas y pantalones a las mujeres en escuelas y oficinas públicas y el recurrente cierre de diarios y revistas.

Otras medidas de importantes e inesperadas consecuencias fueron la supresión de la autonomía universitaria y la disolución de las asociaciones estudiantiles, con el objetivo de “poner fin a la infiltración marxista y a la agitación estudiantil”. Símbolo de las medidas represivas en este campo fueron el violento desalojo de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires y la muerte del estudiante Santiago Pampillón en una manifestación callejera en Córdoba, hechos ocurridos en julio y septiembre de 1966 respectivamente.

Desde el momento del golpe se abrió en las agrupaciones universitarias un debate interno profundo en torno a la alternativa de reforma o revolución, y los actos de gobierno influyeron en forma decisiva en las conclusiones que se fueron extrayendo. A partir de la lucha por la recuperación de la autonomía y los centros de estudiantes, comenzó a perfilarse en muchos la necesidad de un cambio del sistema por una parte, y de unidad con el resto de los sectores populares por la otra. Para ese entonces, la lucha circunscripta sólo al ámbito universitario comenzó a perder sentido. En consecuencia, proliferaron agrupaciones estudiantiles que aparecían como núcleos de organizaciones políticas que también trabajaban en otros ámbitos. La tendencia general apuntó a luchar por la revolución.

Un fenómeno paralelo que comenzó a darse en muchos estudiantes fue el de su “conversión” al peronismo, en un ambiente que tradicionalmente había sido uno de los principales bastiones antiperonistas. Al salir la política de las universidades, los estudiantes se encontraron con los obreros peronistas, muchos vieron en ellos al “sujeto de la revolución” y comenzaron a identificarse con el Movimiento. Por otra parte, Perón —de cuyo gobierno comenzaba a rescatarse la lucha por la justicia social y la soberanía nacional— fue descubierto como modelo y mentor espiritual por

aquellos que eran aún niños cuando el líder exiliado estaba en el poder. Para esta generación, por otra parte, la política practicada desde 1955 había sido una sucesión de fraudes, engaños y represiones, que tuvo como dato central la proscripción del peronismo. Todo este proceso se vio reflejado en la creación de nuevas organizaciones estudiantiles peronistas y en el giro hacia el peronismo de otras que no lo eran[54].

Por ese tiempo, por otra parte, Perón comenzó a adaptar su discurso a las nuevas circunstancias nacionales e internacionales. Por lo pronto, reformuló su Doctrina de la Tercera Posición para asociarla con las luchas de liberación contra el colonialismo y el neocolonialismo del Tercer Mundo. También aplaudió la ruptura chino-soviética, viendo en ella una suerte de tendencia mundial hacia el surgimiento de diversas variedades de “socialismo nacional”, término que casi siempre utilizaba de manera deliberadamente ambigua. Dentro de este contexto, se entiende la carta que dirigió al Movimiento Peronista con motivo de la muerte del “Che” Guevara en octubre de 1967, en la cual expresaba: “Con profundo dolor he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación ... Quienes hemos abrazado este ideal ... nos sentimos hermanados con todos los que con valentía y decisión enfrentan la voracidad insaciable del imperialismo, que con la complicidad de las oligarquías apátridas apuntaladas por militares títeres del pentágono mantienen a los pueblos oprimidos ... La hora de los pueblos ha llegado y las revoluciones nacionales en Latinoamérica son un hecho irreversible”[55].

En el mundo sindical el golpe también dejó huellas profundas. Ante una serie de medidas del gobierno que socavaron profundamente el poder de la jerarquía[56], en marzo de 1967 la CGT convocó a un paro de veinticuatro horas, obteniendo por respuesta la suspensión de la personería gremial de muchos grandes sindicatos y la interrupción del funcionamiento de la central obrera. Frente al nuevo panorama, los sindicatos más golpeados por la política económica —portuarios, ferroviarios, trabajadores del interior— eligieron la franca oposición. Los gremios pertenecientes a este grupo tomaron la ofensiva en el congreso convocado para normalizar la CGT en marzo de 1968, e impusieron como secretario general al gráfico Raimundo Ongaro. Los vandoristas constituyeron su propia central obrera, y desde ese

momento la CGT de Ongaro comenzó a conocerse como CGT de los Argentinos (CGTA).

La CGTA sostuvo posiciones radicales y se convirtió en un punto focal de la creciente oposición de amplios sectores de la sociedad civil al autoritarismo del régimen. En sus locales era habitual ver a estudiantes conviviendo con obreros, fenómeno muy extendido por ese entonces, particularmente en Córdoba. Aunque la central no se autodefinía clasista, albergaba en su seno a agrupaciones y activistas del Peronismo Revolucionario que reivindicaban la conducción proletaria del proceso revolucionario y militaban en el Movimiento Peronista para infundir esa concepción. La importancia de estos sectores quedó demostrada cuando se constituyó el Bloque de Asociaciones Gremiales y Organizaciones Políticas Peronistas, en un “plenario nacional” de sectores duros del peronismo realizado en Pajas Blancas, Córdoba, en enero de 1969.

Aún cuando Ongaro había recibido la bendición de Perón en Madrid un mes antes del Congreso normalizador, a fines de 1968 el líder exiliado dio la orden de disolver la CGTA y reunificar la CGT, decisión que en general fue desobedecida. Lo cierto es que hacia 1969 la CGTA comenzó a perder peso, no tanto por la desautorización de Perón como por la represión que el régimen articuló contra los sindicatos que la conformaban y sus dirigentes. La muerte de Vandor en manos de un comando a mediados de 1969 le otorgó al gobierno una inmejorable justificación para obrar en ese sentido. De todas formas, esta experiencia —que incluía unos pocos sindicatos no peronistas— marcó el mayor nivel de incidencia hasta ese momento de los sectores duros y revolucionarios del peronismo en el mundo sindical, e introdujo la novedad de una relación bastante estrecha entre obreros y estudiantes[57].

Poco después de la formación de la CGTA, y previendo que esta experiencia pudiera quedar trunca, el ex delegado de Perón Bernardo Alberte impulsó el intento de estructurar una “tendencia revolucionaria” dentro del peronismo. El objetivo era crear una suerte de partido de la izquierda peronista, una plataforma donde hubiera lugar para las incipientes formaciones guerrilleras, los sindicalistas de la CGTA, las agrupaciones políticas, juveniles y estudiantiles, las organizaciones barriales y los comandos fabriles[58]. En agosto de 1968, la Tendencia realizó el primer

congreso del Peronismo Revolucionario en el Sindicato de Farmacia en Buenos Aires. Al mismo concurren sindicalistas combativos como Jorge di Pasquale y Julio Guillán, y militantes de numerosas agrupaciones, entre otras la JP de la Zona Norte, la JP de La Plata, *Cristianismo y Revolución*, Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), Acción Revolucionaria Peronista (ARP), Movimiento de la Juventud Peronista (MJP), Ateneo Santa Fe, *Lealtad y Lucha* de Córdoba y el integralismo cordobés[59]. También se hizo presente John William Cooke, en un estado de salud bastante deteriorado[60]. El congreso decidió apoyar todas las formas de lucha contra la dictadura, incluyendo la armada, y editar el periódico *Con Todo*, cuyo director sería Alberte.

Representantes de la Tendencia concurren al Plenario Nacional de enero de 1969 en Pajas Blancas. En el mismo se produjo un acalorado debate acerca de la viabilidad de la lucha armada, en el que los sectores más radicalizados fueron acusados de foquistas. La corriente de Alberte presentó un documento en el que afirmaba: “aquí, ante este panorama, no hay alternativa. Ha llegado la hora de armar las ideas, puesto que las ideas que no se arman son aplastadas, sucumben, no triunfan nunca”[61].

No por casualidad, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) fueron la primera organización guerrillera que se hizo pública en aquellos años. Su formación había comenzado en 1967, con militantes provenientes principalmente del Movimiento de la Juventud Peronista (MJP) y de Acción Revolucionaria Peronista (ARP). En abril de 1968 se definió la creación de un grupo rural y otro urbano, y en septiembre un contingente de trece hombre y una mujer se trasladó a Taco Ralo, Tucumán, para realizar tareas de entrenamiento y reconocimiento en la zona con la idea de instaurar un foco de guerrilla rural. El campamento fue descubierto por casualidad por las autoridades y sus integrantes capturados. Con gran parte de su cúpula encarcelada, las FAP ejecutaron su primera operación urbana importante en octubre de 1969, ocupando dos puestos policiales en la localidad de Tortuguitas[62]. El viejo anhelo de un peronismo en armas, aún con un serio traspié, comenzaba a tomar forma

Con la instauración de un régimen militar que reconocía en la Iglesia y en su doctrina las fuentes de su propia legitimidad, el mundo católico necesariamente fue uno de los más afectados por el golpe de junio de 1966.

Las divisiones comenzaron a producirse a partir de las medidas adoptadas por el gobierno y por el abierto y entusiasta apoyo que amplios sectores del mundo católico y la jerarquía eclesiástica le brindaron. Desde ese momento, las tensiones se volvieron abiertamente políticas. Muchos renovadores veían en el nuevo gobierno y en quienes lo apoyaban actitudes que iban en contra de la línea inaugurada durante el Concilio. Estos sectores reforzaron su posición cuando la Conferencia de Obispos Latinoamericanos realizada en Medellín en 1968 proclamó la opción de la Iglesia por los pobres, y denunció la “violencia estructural” de las sociedades latinoamericanas.

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), fundado el mismo año de la Conferencia de Medellín, fue el que mejor tradujo las experiencias sociales innovadoras en un programa de apostolado social dirigido a los sectores populares[63]. En un síntoma del proceso de politización que gran parte de estos sectores recorrían, era frecuente la referencia de los sacerdotes tercermundistas a un punto de la recientemente aparecida encíclica *Populorum progressio*; concretamente aquel que rezaba: “ya se sabe, la insurrección revolucionaria —salvo en caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas”[64]. Es que muchos creían ver en el gobierno de Onganía un excelente ejemplo de lo que debía entenderse por “tiranía evidente y prolongada”, y por ende justificaban la “insurrección revolucionaria”. En el documento redactado con motivo del primer encuentro del MSTM, el tema central fue, una vez más, la violencia. El Movimiento instaba a que “en la consideración de la violencia en América Latina se evite, por todos los medios, equiparar o confundir la violencia injusta de los opresores que sostienen este ‘nefasto sistema’ con la justa violencia de los oprimidos, que se ven obligados a recurrir a ella para lograr su liberación”[65].

Una mayoría de los curas que integraban el MSTM, junto con numerosos laicos de ideas similares, asumieron en aquel tiempo la identidad peronista a partir de la noción de compromiso con los pobres. El razonamiento sería expuesto por quien fuera uno de los mayores referentes

de esta “conversión”, el cura Carlos Mugica: “Yo se por el Evangelio, por la actitud de Cristo, que tengo que mirar la historia humana desde los pobres. Y en la Argentina la mayoría de los pobres son peronistas, para decirlo de una manera muy simple”[66]. Por el mismo motivo, si bien varios de estos sacerdotes fueron precursores del diálogo entre católicos y marxistas, en general no insistieron demasiado por ese camino. Pensaban que se trataba de un diálogo “importado”, y de escasa utilidad en un país donde las masas populares adherían al peronismo.

Estos sectores bregaban, a su vez, por el socialismo. En un documento del año 1969 se podía leer: “El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo sostiene que las estructuras del orden nuevo al que muchos hombres aspiran ha de configurar una sociedad socialista. Una sociedad en la que todos los hombres tengan acceso real y efectivo a los bienes materiales y culturales. Una sociedad en que la explotación del hombre por el hombre constituya uno de los delitos más graves. Una sociedad cuyas estructuras hagan imposible esa explotación. Para que ello sea factible *consideramos necesario erradicar definitiva y totalmente la propiedad privada de los medios de producción*. Vale decir: erradicar para siempre el concepto de la empresa basada en el lucro como incentivo para el trabajo”[67].

El MSTM fue, dentro del clero, la tendencia católica más radicalizada. En el mundo de los laicos, aunque con participación directa e indirecta de numerosos sacerdotes tercermundistas, la manifestación más extrema y convocante de aquellos años fue la que se gestó en torno a la revista *Cristianismo y Revolución* a partir de su aparición en septiembre de 1966. Esta experiencia fue la culminación del recorrido realizado por algunos sectores del catolicismo, que comenzaron cuestionando determinados aspectos de la Iglesia y terminaron cuestionando al “sistema” en su totalidad[68]. Bregaban por la transformación revolucionaria de las estructuras sobre las que se asentaba el orden del país, adhiriendo al peronismo y optando por el único camino que consideraban eficaz: la violencia. Este proceso produjo un acelerado acercamiento a los sectores del peronismo revolucionario. El director de la publicación *Cristianismo y Revolución* y conductor de las actividades generadas a su alrededor era Juan García Elorrio, un ex seminarista muy vinculado a John William Cooke, que inclusive había militado en Acción Revolucionaria Peronista

(ARP) antes de fundar la revista.

La identidad del grupo se fue construyendo sobre las bases aportadas por la figura de Camilo Torres —cura y guerrillero colombiano muerto en combate en febrero de 1966—, pero además por las de Guevara y Perón. García Elorrio tomó como base de su pensamiento dos consignas que unió: una de Camilo Torres, “el deber de todo católico es ser revolucionario”, y otra del Che, “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”. El tema central de la revista era, en consecuencia, el rol de los cristianos en la lucha revolucionaria, única manera “eficaz” y amplia de realizar el amor por todos. Dentro de esta visión, los cristianos no habían “inventado” la lucha, ni debían conducirla, sino incorporarse a la misma. La violencia, finalmente, respondía a la “dureza del corazón” de los poderosos.

En el campo de la izquierda, en los primeros años de la Revolución Argentina continuó el fenómeno de las disidencias dentro de los partidos tradicionales, que fatalmente derivaban en nuevas organizaciones de tinte más radical. Se trataba de grupos revolucionarios marxistas que no descartaban la lucha armada como medio para acceder al poder, pero consideraban que todavía no era el momento adecuado para adoptarla. Tal fue el caso del Partido Comunista Revolucionario (PCR), desprendimiento del PC, de Vanguardia Comunista (VC), escisión del socialismo, y del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Estas nuevas agrupaciones estaban llamadas a romper temporalmente con el maleficio de la izquierda desde la aparición del peronismo, ya que, a través de su preponderancia en el clasismo, adquirirían un rol destacado en el mundo sindical.

2.3.2. Puebladas, clasismo y guerrilla

A pesar de la multiplicación de los disconformes —revolucionarios o no—, lo cierto es que entre 1966 y comienzos de 1969 el gobierno logró mantener un relativo orden en el país, en parte sustentado por los logros visibles del plan del Ministro de Economía Krieger Vasena. Cuando la situación estalló, lo hizo de la manera más espectacular: en mayo de 1969, el descontento obrero y las tensiones de la sociedad civil se aliaron en una ola de protestas sociales generalizadas, cuyo punto más elevado sería el

“Cordobazo”, una verdadera revuelta popular de obreros, estudiantes y vecinos que los días 29 y 30 tomaron la ciudad de Córdoba, y que requirió la presencia del Ejército para poner orden.

En septiembre del mismo año se produjeron otras dos puebladas de proporciones en Rosario y Cipoletti. Una vez más fue necesaria la presencia de tropas del Ejército, lo que produjo importantes roces entre un presidente que declaraba su independencia respecto de las Fuerzas Armadas para gobernar, y unas Fuerzas Armadas cuya presencia era reclamada cada vez más para reprimir las reacciones que la actividad del gobierno generaba. El vínculo entre el presidente y el Comandante en Jefe del Ejército, General Alejandro Agustín Lanusse, comenzó a deteriorarse aceleradamente a partir de aquellos meses.

Si a raíz de las puebladas de 1969 había serios motivos que justificaban la preocupación en las filas de las Fuerzas Armadas, en los dos años siguientes habría muchos más. Es que durante ese tiempo florecieron las dos experiencias más extremas en cuanto a cuestionamiento del orden político, económico y social imperante: el sindicalismo clasista y la guerrilla.

Los precursores y representantes más influyentes del clasismo en sus orígenes fueron los dos sindicatos de las plantas de Fiat en Córdoba: SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Concord) y SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Materfer). Después de años de representación formal e ineficaz a través de estos sindicatos controlados por el empleador, los trabajadores se rebelaron y dieron comienzo a una experimento de democracia en el lugar de trabajo. A mediados de 1970, una nueva dirigencia, con mayoría de integrantes menores de treinta años, se hacía cargo de ambos sindicatos. La rebelión en FIAT atrajo la atención de activistas e intelectuales, y la izquierda comenzó a establecer contactos con los trabajadores y la conducción. Por otra parte, el ejemplo de SITRAC y SITRAM repercutió con fuerza en el movimiento obrero cordobés durante la segunda mitad de 1970. Los abandonos de fábrica, las ocupaciones de los lugares de trabajo, la toma de ejecutivos empresariales como rehenes, las huelgas de hambre y las manifestaciones callejeras eran tácticas drásticas de las que no había testimonios en el movimiento obrero desde la Resistencia peronista. Además de su “antiburocratismo”, la nueva

militancia obrera se distinguía por impulsar la eliminación del capitalismo y la creación de una sociedad socialista.

La guerrilla se hizo visible por la misma época que el clasismo y pregonaba objetivos igualmente radicales —la “destrucción del sistema” y la instauración de la “patria socialista”—, pero iba más allá en la metodología empleada. Hacia 1969, diversos comandos se habían lanzado a realizar operaciones armadas, que todavía no se firmaban para preservar la seguridad de sus militantes. De acuerdo a la estadística de Guillermo O’Donnell, mientras que entre 1960 y 1968 hubo un promedio de 14 acciones armadas con fines políticos por año, en 1969 se registraron 49, es decir, más del triple[69]. Las acciones de violencia política armada volverían a triplicarse de 1969 a 1970, año este último en el que se registraron nada menos que 156. Por otra parte, el fenómeno se fue intensificando con el correr de los meses: a comienzos de 1970 se realizaba una operación armada cada cinco días, mientras que sobre finales de ese año ocurría un operativo con fines políticos prácticamente a diario.

Hacia comienzos de 1970 muchos de los operativos armados comenzaron a ser reconocidos como propios por diversos “comandos” —*Comando Máximo Mena, Comando por la Liberación de los Pueblos, Comando Che Guevara*, entre otros-. En enero, por otra parte, reaparecieron las FAP, cuando el “Destacamento Eva Perón” de esa organización tomó por asalto la guardia policial de Villa Piolín y capturó su armamento, mientras distribuía entre los niños del lugar una carga de juguetes robada poco antes. En ese tiempo también se dio a conocer una nueva agrupación guerrillera: las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), de filiación marxista, con el secuestro y posterior liberación del cónsul paraguayo Waldemar Sánchez[70]. El 29 de mayo se produjo el impactante secuestro del ex presidente Aramburu en manos de Montoneros, quienes lo matarían pocos días después, en un hecho que abriría en forma definitiva el período de auge de la guerrilla.

En el segundo semestre de 1970 hicieron su aparición cinco nuevas organizaciones. Julio fue el turno de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), cuyos militantes provenían de la izquierda marxista[71]. En un despliegue logístico considerable, dominaron durante casi una hora la población de Garín, distante apenas 27 kilómetros del límite norte de la

Capital Federal[72].

En los meses siguientes, las FAR irían inclinando aceleradamente sus posturas hacia una identificación con el peronismo. En agosto se dio a conocer el Movimiento Revolucionario Argentino (MRA), con el copamiento de la Comisaría 16 de Ferreira, en Córdoba. Durante el mismo mes un comando del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) mató a balazos al dirigente sindical del vestido José Alonso[73]. En septiembre, el marxista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) tomó una comisaría en Rosario con el saldo de dos policías muertos[74]. Finalmente, en noviembre fue el bautismo de Descamisados, con una “volanteada” en un cine del gran Buenos Aires. Descamisados era de filiación peronista, aún cuando la mayoría de sus fundadores provenían de la Democracia Cristiana[75].

Las puebladas, el clasismo y la guerrilla fueron las principales causas de las caídas de Juan Carlos Onganía en junio de 1970 y de su sucesor Roberto Marcelo Levingston (1970-1971) en marzo de 1971. En efecto, el Cordobazo constituyó “el principio del fin” de Onganía, y el secuestro de Aramburu y los sucesos de SITRAC fueron la “gota que rebalsó el vaso”[76]. De la misma forma, la escalada guerrillera y clasista del segundo semestre de 1970, junto con una nueva pueblada en Córdoba impulsada por los sindicatos SITRAC y SITRAM en marzo de 1971, empujaron la salida de Levingston. James Brennan distingue dos diferencias significativas del “Viborazo” —nombre con que se bautizó a esta pueblada—, respecto del Cordobazo de mayo de 1969[77]. En primer lugar, el carácter predominantemente obrero de la movilización. En segundo término, la presencia más visible de la izquierda argentina. Las banderas del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), del Partido Comunista Revolucionario (PCR), de Montoneros y de otras agrupaciones ondeando en la marcha evidenciaban que la confianza y las aptitudes de la izquierda revolucionaria habían crecido notablemente en los últimos dos años.

Entre las dos puebladas en Córdoba, la política nacional sin duda había sufrido una transformación que llevó al país a una crisis sin precedentes. De acuerdo a Marcelo Cavarozzi, la agudización de la crisis del régimen militar jugó de modo de acentuar la seriedad de las amenazas a las bases mismas de la dominación social. El empecinamiento de Onganía en procurar el imposible salvataje de su esquema, y el intento de Levingston

de “profundizar” la “Revolución Argentina” dándole un carácter más nacionalista y movilizador, “no sólo terminaron por alienarle definitivamente el apoyo del grueso de sus camaradas, sino que, además, sirvieron para acentuar la crisis social al superponer, y a veces fusionar, las contestaciones antiautoritarias con las primeras manifestaciones de otros tipos de cuestionamientos”.

De acuerdo al autor se superponían en aquel momento varios cuestionamientos: 1) los centrados en las políticas económicas “liberales”, impulsados por los empleados públicos y privados de niveles de calificación más bajos, los pequeños y medianos empresarios, los trabajadores de industrias y servicios más tradicionales especialmente perjudicados por el programa modernizante del gobierno militar, y la población de las regiones que resultaron afectadas por programas de racionalización económica; 2) aquellos que exigían una plena democratización con la celebración de elecciones sin proscripciones ni condicionamientos; y 3) aquellos que, sobre todo desde el ámbito de la incipiente guerrilla peronista, planteaban el objetivo de “promover la insurrección popular armada para instaurar un orden social y político alternativo de carácter no parlamentario y “socialista nacional””[78].

En el plano latinoamericano, algunos sucesos de los últimos años aumentaban aún más la confianza de los sectores revolucionarios. La Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), reunida en agosto de 1967 en La Habana, Cuba, actualizó la idea de hacer una revolución armada con el socialismo como meta[79]. En aquella oportunidad integraron la delegación argentina, entre muchos otros, John William Cooke y Juan García Elorrio. La muerte del Che en Bolivia en octubre de 1967, paradójicamente, funcionó como un dinamizador, aún cuando comenzó a cuestionarse más abiertamente la tesis del foco rural. En 1968, por otra parte, el general Juan Velasco Alvarado tomaba el poder en Perú e iniciaba una revolución nacionalista de matices socializantes. Por la misma época, la guerrilla urbana de Tupamaros operaba exitosamente en el Uruguay. En 1970, finalmente, el socialista Salvador Allende llegaba al poder en Chile por medio de elecciones. Como reacción, Estados Unidos lanzaba campañas de contrainsurgencia, con escuelas especializadas en Panamá y otros países, enviaba comandos a participar en las zonas críticas,

y creaba organismos de coordinación para Fuerzas Armadas Latinoamericanas[80]. En el mundo, otros sucesos eran leídos por muchos como indicios del fin del imperialismo. Tal fue el caso del mayo francés en 1968, de la Revolución Cultural China, de las crecientes dificultades de los norteamericanos en la guerra de Vietnam, y de las múltiples guerras anticoloniales en Asia y Africa.

2.3.3. *¿Y si el viejo vuelve?*

Los sectores más lúcidos de las Fuerzas Armadas percibieron que para aislar a las corrientes revolucionarios resultaba necesario desactivar la amplia oposición al gobierno que tenía su fundamento en reclamos más puntuales. Ello difícilmente fuera posible sin un proceso de apertura política con participación de los partidos políticos. Por otra parte, a esa altura nadie podía desconocer que cualquier intento en este sentido requeriría de algún tipo de venia de quien en la práctica aparecía como el referente político de las mayorías populares: Juan Domingo Perón. Tal como señala Samuel Amaral, “el auge de la izquierda en Córdoba comenzó a llevar a los militares hacia la fatal conclusión que no solamente el peronismo sino también Perón ... debían integrarse al sistema político para frenar al avance del comunismo”[81].

Pero el asunto era complejo, ya que dentro de los sectores revolucionarios coexistían grupos de la izquierda marxista con otros que se proclamaban peronistas. Es decir que Perón tenía un pie puesto tanto en la fórmula pensada para salvar al sistema como en la que parecía amenazarlo. El líder exiliado no se desharía de ningún naipe: mientras daba señales de que estaba dispuesto a organizar al peronismo para participar en un proceso electoral, alentaba a la guerrilla. La legitimación que recibía esta última aumentaba su amenaza, con lo cual la necesidad de una salida política se tornaba más urgente. Nuevamente todos los ojos giraban hacia Perón, que seguía jugando sus cartas mientras el proceso se realimentaba al infinito. Dentro de esta lógica pueden leerse la mayoría de los acontecimientos políticos de la época.

A mediados de 1970 Perón ordenó acatar la nueva dirección de la CGT, surgida del Congreso Normalizador que en julio ungió a José Ignacio Rucci

y Lorenzo Miguel como las figuras rectoras del sindicalismo oficial argentino. En opinión de Juan Bozza, los primeros síntomas de una vuelta a la normalización institucional del país “inducían a Perón a reabrir las compuertas de la negociación con el régimen militar, un nuevo escenario político en el que la dirigencia sindical tradicional ... estaba llamada a cumplir un rol táctico esencial”[82].

Los gremios, desde ya, también servían para presionar al gobierno, y lo demostrarían al poco tiempo. En septiembre la CGT anunció un plan de lucha impulsado por las 62 Organizaciones, que incluyó una huelga general y se cumplió con éxito durante el mes de octubre.

En noviembre de 1970, mientras Levingston buscaba el apoyo de políticos sin peso electoral, peronistas, radicales y otras agrupaciones menores anunciaban la creación de *La Hora del Pueblo*, coalición cuya meta era presionar al gobierno para que convocara a elecciones libres y sin proscripciones. De esta manera, las negociaciones iniciadas poco antes entre el radical Ricardo Balbín y el delegado de Perón Jorge Paladino llegaban a buen puerto, avaladas por el líder exiliado. En paralelo con las cartas política y sindical, Perón no descuidaba a la guerrilla, halagándola y alentándola a través de cartas y mensajes. Finalmente, el líder le hacía guiños permanentes a las radicalizadas corrientes juveniles, seguramente entusiasmado por la aceleración del fenómeno de “peronización”, cada vez más perceptible dentro de ese sector.

En síntesis, Perón exacerbaba el peligro y se proponía como el salvador. En algunos casos, lo decía sin demasiadas ambigüedades, como cuando en diciembre de 1970 manifestó: “Yo creo que este proceso no da para más y que el pueblo debe seguir firme en su lucha por los medios que sean ... Las alternativas son simples: o se normaliza institucionalmente el país y se devuelve al pueblo la soberanía que constitucionalmente le corresponde o la dictadura tendrá que enfrentar al pueblo decidido a llevar adelante la “guerra revolucionaria” hasta convertirla en una guerra civil a la que no podrá escapar ningún argentino”[83].

Una semana después del Vborazo, la Junta de Comandantes decidió reasumir el poder. El 26 de marzo, Alejandro Agustín Lanusse juró como Presidente de la Nación, reteniendo a su vez el cargo de Comandante en Jefe del Ejército. El 1º de abril, el flamante ministro del interior Arturo

Mor Roig, anunció el levantamiento de la veda impuesta durante cinco años a los partidos políticos. El 16 del mismo mes, el coronel Cornicelli —emisario de Lanusse— se reunió en secreto con Perón en Madrid. Sus principales objetivos eran conseguir el aval del líder exiliado con el plan político a poner en marcha, y su compromiso de que desautorizaría la violencia llevada a cabo en su nombre. No conseguiría ni una cosa ni la otra. Finalmente, el 1º de mayo el nuevo presidente dirigió un mensaje desde Río Cuarto, Córdoba, instando a todos los argentinos “a superar los errores del pasado” para alcanzar el “Gran Acuerdo Nacional”, que implicaba “perdonar agravios y desterrar revanchismos” y exigía “juego limpio sin limitaciones o exclusiones”[84].

En paralelo, el gobierno promulgaba leyes para combatir más eficazmente a la guerrilla[85]. Quedaba claro que la idea era ganar a los “adversarios” —Perón, los partidos políticos y desde ya a la mayoría de los diferentes sectores económicos y sociales— para aislar a los “enemigos” —la guerrilla, el clasismo y los sectores revolucionarios-. Perón no permitiría que Lanusse gobierne el proceso, y mediante la lógica de retroalimentación señalada más arriba se transformó rápidamente en el gran árbitro del proceso político que se iniciaba.

Hacia fines de 1971, el líder exiliado alineaba detrás suyo al Movimiento y al resto de los partidos y agrupaciones más representativos. En diciembre de ese año, un periodista de la revista *Primera Plana* observaba que “... todas las fuerzas políticas significativas del país han quedado englobadas en la estrategia peronista y alejadas de la órbita oficial”[86]. En otra nota del mismo número, la revista consignaba: “el *tirano prófugo*, como lo llamaron muchos de sus actuales aliados, hace saber que nadie existe en la política argentina hasta que él decide beneficiarlo con su amistad ... cada vez más, la coincidencia se pliega ante los deseos del jefe justicialista. Hasta los radicales, que no son un partido pequeño y que sueñan con regresar a Balcarce 50, se someten a sus directivas”. El título de la nota se preguntaba lo que hasta pocos meses antes hubiera provocado sólo miradas indulgentes: “¿Y si el viejo vuelve?”.

Segunda parte

Los grupos originales

Capítulo dos

Grupo Córdoba^[87]

1. Los curas rebeldes

Elvio Alberione ingresó al Seminario Mayor de Córdoba en 1955, meses antes de que un golpe militar derrocaria a Juan Domingo Perón. Tenía dieciocho años de edad y provenía de una familia peronista pobre que explotaba una pequeña parcela rural al este de la provincia. Alberione estudió en el seminario hasta ordenarse sacerdote en 1962. Durante aquellos años, presenció y protagonizó algunos incidentes cuyo desarrollo marcaba a las claras que las posiciones sobre el papel de la Iglesia y los religiosos en la sociedad no eran homogéneas. El desencadenante original fue un áspero debate acerca del uso de la sotana: con posterioridad al golpe encabezado por el general Lonardi, y debido al enfrentamiento entre Perón y la Iglesia, los curas y seminaristas debieron dejar de usar el hábito por temor a agresiones en las calles. Un par de años después se intentó restituir esa tradición y hubo algunos seminarios, incluyendo el de Córdoba, que se rebelaron. Negarse a usar de la sotana pasó a ser el símbolo de una posición que se perfilaba en aquel momento dentro de la institución: la de la identificación de los pastores de la Iglesia con el resto de la sociedad, y en particular con los pobres. Este proceso derivó, hacia comienzos de la década de 1960, en una nueva y más profunda crisis en los seminarios, que epilogó en numerosos cambios de rectores y en transformaciones de los planes educativos. En Córdoba, entre quienes encabezaban la postura de apertura se encontraban tres jóvenes curas que enseñaban en el seminario: José Gaido, Nelson Dellaferrera y Erio Vaudagna.

Las movilizaciones obreras y ocupaciones de fábricas de 1964 generarían en el seno de la Iglesia cordobesa nuevos incidentes. En abril de ese año, en el marco del Plan de Lucha lanzado por la CGT, el diario

Córdoba publicó tres reportajes a los sacerdotes Gaido, Dellaferrera y Vaudagna acerca de la posición de la Iglesia frente a la cuestión social, la educación y los cambios teológicos que se venían marcando en el Concilio Vaticano II. El contenido de las notas generó una importante ola de críticas de parte de los sectores católicos conservadores, derivando en una intensa polémica[88]. Treinta sacerdotes del clero cordobés adhirieron a los *curas rebeldes* mediante una solicitada. El padre Milán Viscovich, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica de Córdoba, declaraba a favor de los reporteados: “entre la Iglesia de la Bolsa de Comercio y la Iglesia de la CGT, me quedo con esta última”. Las máximas autoridades de la Diócesis no fueron ajenas a la polémica. Mientras que el arzobispo de Córdoba, Ramón Castellanos, reaccionó molesto por el escándalo y el contenido de las declaraciones, el obispo auxiliar, monseñor Angelelli, salió en defensa de los curas, afirmando que era necesario actuar con prudencia y sin exacerbar las posiciones, pues “los tres sacerdotes pertenecen a nuestro Seminario” y “de su integridad sacerdotal, de su amor a la Iglesia, de su fidelidad, de su seriedad intelectual, moral y espiritual” daba “público testimonio”. Por su parte, Dellaferrera se defendió afirmando: “anhelar una profunda y urgente renovación y trabajar por una Iglesia pobre y evangélica, no configura herejía, cisma o rebelión ante la Jerarquía”. Finalmente, el conflicto concluyó el 25 de mayo, cuando tras la visita del Nuncio a Córdoba y como consecuencia de las presiones ejercidas, la totalidad del clero cordobés manifestó su adhesión a Monseñor Castellanos. Había triunfado la “verticalidad”.

A causa de los incidentes, los tres incómodos sacerdotes fueron removidos del seminario. Gaido y Dellaferrera tuvieron como destino la Parroquia Cristo Obrero, con la misión de transformarla en una “parroquia universitaria”, fomentando la participación de los numerosos estudiantes de la ciudad. Desde entonces se conformó, alrededor de estos y otros *curas rebeldes*, un grupo integrado principalmente por estudiantes universitarios que comulgaban con las ideas de apertura de la Iglesia y de opción por los pobres. Los lugares de encuentro eran la mencionada Parroquia y las de los barrios Los Plátanos y Bella Vista, a cargo de Carlos Fuganti y Erio Vaudagna respectivamente. Los sermones de Gaido en Cristo Obrero atraían a cientos de oyentes, que en muchos casos ni siquiera eran cristianos. A

partir de la Parroquia Universitaria comenzó a realizarse en Córdoba el diálogo entre católicos y marxistas, y los debates en torno a este y otros temas, al igual que las actividades sociales, se multiplicaron.

Dos años después de los reportajes, nuevos sucesos ocurridos alrededor de los *curas rebeldes* volvieron a ocupar las páginas de los diarios, con una repercusión que excedió ampliamente a la ciudad de Córdoba. Hacía poco había ocurrido el golpe de Onganía, con la consecuente intervención de las universidades y represión posterior. El 18 de agosto de 1966, los estudiantes del Movimiento Integralista cordobés decidieron tomar la Parroquia Universitaria y realizar una huelga de hambre en protesta por esas medidas. El integralismo era una agrupación de estudiantes católicos de la Universidad Nacional, nacida después del derrocamiento de Perón y con una amplia participación en el debate *laica vs. libre* a favor de esta última postura. Desde sus posiciones conservadoras originales, venía haciendo un giro hacia ideas más cercanas a un nacionalismo de izquierda identificado con el peronismo. En 1964 habían decidido la toma de varias Facultades en la ciudad de Córdoba en adhesión al Plan de Lucha de la CGT, declarando una postura “revolucionaria y cristiana”[89]. Para la realización de la huelga de hambre en la Parroquia Cristo Obrero, contaron con la colaboración de los párrocos y del grupo de estudiantes conformado a su alrededor. En un comunicado, el integralismo exigía la renuncia del Ministro del Interior Enrique Martínez Paz y del rector de la Universidad de Córdoba. Pedían además que los cargos de rector y decanos fueran cubiertos por profesores “con autenticidad moral y autoridad intelectual”, la participación efectiva de los estudiantes en los organismos de gobierno universitario, y la inmediata puesta en marcha de un plan de transformación integral de la Universidad, tendiente a lograr “una universidad identificada con las aspiraciones del pueblo y al servicio de los intereses nacionales”.

Gáido y Dellaferrera afirmaron que la toma del lugar de culto no constituía un acto de fuerza, ya que la parroquia había tenido desde su nacimiento, como línea fundamental de conducta, “servir a la población estudiantil”, y ellos creían que las razones dadas por los estudiantes al declarar la medida merecían su servicio. A los dos días los huelguistas recibieron la visita del entonces Arzobispo de Córdoba, Monseñor Raúl

Primatesta, quien intentó sin éxito que abandonaran la huelga de hambre. De setenta y dos huelguistas originales, con el transcurrir de los días el número se fue reduciendo por problemas de salud en numerosos estudiantes, y el 5 de septiembre quedaban poco más de la mitad: treinta y ocho. Poco después era herido de muerte en la ciudad el estudiante Santiago Pampillón. Para esa fecha, la huelga ya se había levantado sin conseguir ninguno de sus propósitos. A mediados de septiembre, trascendió que Primatesta había solicitado las renuncias a sus cargos de los titulares de la parroquia, José Gaido y Nelson Dellaferrera, y que también había sancionado al presbítero Alberto Rojas, capellán del Liceo Militar General Paz, por celebrar un oficio religioso en el lugar mientras estaba ocupado[90]. Por ese tiempo, proveniente de Buenos Aires, tomó contacto con los estudiantes que protagonizaron estos sucesos el ex seminarista Juan García Elorrio, quien estaba por editar el primer número de la revista *Cristianismo y Revolución*.

Los párrocos de Cristo Obrero escribieron una extensa carta de despedida. En la misma, informaban que “la experiencia pastoral de Cristo Obrero fue violentamente interrumpida”, y describían el compromiso que marcó la actividad de la parroquia como incompatible con la concepción que agota “la naturaleza y función de la sociedad en grupos selectos que desde la cúspide monopolizan poder, privilegios y ganancias, dejando a las bases una función de pasiva servidumbre y esclavitud, una tal situación de cuño en definitiva clasista”, que pisotea “lo que evangélica e históricamente resulta indiscutible: la igualdad de todos los hombres”[91].

Los estudiantes que habían participado más activamente de la experiencia de la parroquia fundaron el Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO), cuya declaración constitutiva manifestaba: “el grupo de la ex Parroquia Universitaria seguirá, a través del Movimiento, con la lucha iniciada por los Padres de Cristo Obrero para interpretar y desarrollar una corriente de opinión pública dentro del cristianismo conciliar ... pretendemos ser un corazón abierto, enamorado de los pobres, de los desposeídos, los sin futuro, los que no tienen acceso a la cultura, los que se ven obligados a vender sus músculos y su tiempo; los que tienen a su cargo la gran producción y transformación de la naturaleza, no como ciudadanos sino como mercenarios. Aspiramos abrirnos paso hombro con hombro

llevando juntos las mismas cargas y gozando de los mismos frutos”[92]. Entre los integrantes del equipo coordinador se encontraban dos jóvenes estudiantes de abogacía, ambos ex militantes de la democracia cristiana: Luis Rodeiro y Héctor Bruno. A partir de ese momento el MUCO tuvo como centro principal de actividad las parroquias de los barrios Los Plátanos y Bella Vista.

2. Hacia una militancia integral

Hacia fines de 1966, los estudiantes del MUCO comenzaron a percibir que una militancia ligada predominantemente al ámbito universitario resultaba insuficiente. Ya no les interesaba una actividad sectorial, que limitara el compromiso político que muchos de ellos querían asumir. Con motivo de estas inquietudes, se organizó un congreso en el que se enfrentaron dos posiciones sobre los métodos de acción a seguir. Un pequeño grupo liderado por Emilio Maza, defendía una postura militarista, privilegiando la acción y en consecuencia la seguridad de los militantes. Debido a una abrumadora oposición, este puñado de jóvenes tomó su propio camino. El grueso de los integrantes del MUCO privilegió decididamente el trabajo de base, ahora no sólo en las universidades sino también en fábricas y barrios, y todos pusieron manos a la obra.

La opción de la mayoría derivó en la creación de la *Agrupación Peronista Lealtad y Lucha* a comienzos de 1967. El nombre no era casual: a esa altura, quienes no provenían de familias peronistas —y eran muchos—, ya habían optado por esa identidad, ante la evidencia de que la clase trabajadora, “sujeto histórico” de la revolución que todos deseaban llevar a cabo, se identificaba masivamente con ese movimiento. Entre los primeros integrantes de Lealtad y Lucha estuvieron el cura Elvio Alberione, y los ex coordinadores del MUCO Luis Rodeiro y Héctor Bruno. La mayoría eran estudiantes y había varias mujeres, entre ellas Adriana Chavich. También participaban algunos profesionales, como el médico Raúl Héctor Guzzo Conte Grand, hijo de un coronel que había participado en el levantamiento del General Valle en junio de 1956.

En el curso del año 1967 una nueva inquietud invadió a algunos de los integrantes de Lealtad y Lucha. Seguían convencidos de que un intenso

trabajo de superficie era necesario, pero ahora esto también era percibido como insuficiente. En agosto, en un congreso realizado en Río Ceballos unos setenta militantes decidieron incorporar la faz militar a la lucha política, y en consecuencia conformaron una organización político-militar. Todos coincidían en la identidad peronista, y la mayoría consideraba que dentro del peronismo se debía conformar una tendencia revolucionaria que reivindicase el socialismo. En el congreso fundacional se encontraban militantes que no pertenecían a Lealtad y Lucha pero mantenían con la agrupación contactos periódicos. Tal era el caso del obrero José Sabino Navarro, de Juan García Elorrio y su mujer Casiana Ahumada, y de Emilio Maza y su pequeño grupo. Este último no distinguía diferencias de fondo dentro del peronismo, y seguía con un planteo principalmente militarista. Sin el grupo de Maza, quedó conformada la organización, que en definitiva sería un núcleo reducido y clandestino de Lealtad y Lucha.

Por lo menos hasta fines de 1969 el desarrollo alcanzado por este aparato militar fue bien escaso. Practicaban movimientos militares y tiro al blanco en frecuentes campamentos, pero no pasaron de la colocación — reiterada, eso sí— de bombas contra símbolos del imperialismo y el “gorilismo”. En la madrugada del 17 de octubre de 1968, en un nuevo aniversario del Día de la Lealtad Peronista, realizaron uno de los operativos de mayor repercusión. Un reducido comando del grupo clandestino colocó explosivos en el Consejo de Guerra Permanente, el Departamento Central de Policía y la Agencia del diario *La Prensa*. Un matutino destacó la audacia del grupo, ya que cuando ocurrió la tercera explosión toda la policía cordobesa se encontraba buscando a los responsables de los atentados anteriores[93].

En realidad, esa explosión debía ser simultánea con las otras dos, pero se retrasó tanto que el comando estuvo a punto de ir a retirarla por temor a que explotara de día y pudiera herir a alguien. El operativo se firmó como “Comando Eva Perón de las Fuerzas Armadas Peronistas”[94].

La particularidad de quienes llevaban a la práctica la actividad ilegal de Lealtad y Lucha, era que casi siempre mantenían una intensa actividad política de superficie en alguno de los diferentes frentes. Hacia fines de 1968, mantenían además esporádicas conversaciones con miembros de las FAP, pero no existía un vínculo orgánico con la agrupación que poco antes

había sufrido el revés de Taco Ralo. De todas formas, la idea, común a muchos de los grupos clandestinos peronistas de aquel tiempo, era —en algún momento— integrarse con esa organización. En cualquier caso, los cordobeses eran muy celosos de su autonomía y percibían en los dirigentes de las FAP en Buenos Aires una vocación excesivamente centralizadora

3. El trabajo en la universidad

Dentro de la actividad en la universidad, la experiencia de mayor relevancia que se vinculó a Lealtad y Lucha fue la Agrupación de Estudios Sociales de Córdoba (AES), nombre eufemístico que ocultaba una activa organización estudiantil conformada en la Universidad Católica de Córdoba. Los *curas rebeldes* eran profesores de esa institución, y a través suyo varios estudiantes decidieron asumir un compromiso más protagónico con la realidad que los circundaba. Los sacerdotes insistían en que todos eran responsables de los padecimientos ajenos, que nadie podía “hacerse el distraído”. A muchos alumnos, por ejemplo, les impactó la negativa de Gaido a dar clases con motivo de la muerte de Santiago Pampillón en septiembre de 1966. De alguna manera, este fue el punto de partida de lo que en breve se transformó en el AES.

A una primera camada no demasiado revoltosa, la sucedió en 1967 otra de posiciones mucho más radicales, compuesta por numerosos estudiantes, muchos de los cuales o bien ya pertenecían a Lealtad y Lucha, o irían ingresando a la agrupación a lo largo de esos meses. Entre ellos se encontraban Alberto Molinas, Héctor Bruno, María Eleonor Papaterra, Carlos Alberto Soratti Martínez, Miguel Angel Bustos y Jorge Raúl Mendé. El AES promovía cursos y campamentos de trabajo, y a través de la agrupación numerosos estudiantes continuaron incorporándose a Lealtad y Lucha en los años siguientes. Tal fue el caso del estudiante de agronomía Mariano Pujadas en 1968. Ese mismo año la agrupación organizó uno de sus habituales campamentos, en este caso en Tucumán, con la idea de trabajar junto a los cañeros y estudiar la realidad del lugar. A raíz de este viaje, se elaboró un documento publicado en la revista *Cristianismo y Revolución*[95]. El objetivo del AES, proclamaban, era luchar “por una nueva sociedad, donde el hombre pueda realizarse plenamente”. El texto

sostenía que Argentina, como el resto de Latinoamérica, se encontraba oprimida por el sistema liberal-capitalista que impedía toda realización plena y humana, y que como paso imprescindible para realizar un “cambio radical de las estructuras” era necesario el estudio de la realidad concreta “en un contacto vivo con el hombre real, verdadero y único, artífice de la historia”. Al final del documento, definían a la violencia de diversas maneras, en lo que constituyó un eslabón muy importante para justificar la “violencia de abajo”. Concluía el documento: “Violencia es la muerte prematura; Violencia es el hambre y el raquitismo de los niños; Violencia es humillarse para poder alimentar a los hijos; Violencia es que la madre embarazada no desee el nacimiento del hijo que quiere, para no sentirse culpable de la miseria que lo espera; Violencia es la inseguridad del trabajo; Violencia es aniquilar a los hombres por la bestialidad del trabajo sin que puedan aprovechar los derechos de la educación y la cultura”.

En otro documento, fechado en abril de 1969 y elaborado con motivo de la próxima reunión de obispos argentinos para analizar las conclusiones de Medellín, la agrupación afirmaba: “O se asume el compromiso histórico que hoy se nos exige ... y se opta por los pobres rompiendo definitivamente con el sistema capitalista, los dictadores y la oligarquía; o se continúa con la adhesión pública a un gobierno que explota a su pueblo en beneficio de unos pocos”[96]. Al AES le preocupaban también los temas educativos: “es nuestro deber —afirmaban en el mismo texto— cambiar esta situación en la que la educación, principalmente la dada por la Iglesia, es privilegio de unos pocos. Mientras el pueblo es progresivamente alejado de las fuentes de la cultura. Que las monjas dejen de ser sirvientas de las “niñas bien”; que los religiosos no transformen su misión evangélica en un oficio: el de comerciante”. En un párrafo que no debe haber causado buena impresión a las autoridades de la universidad a la cual pertenecían, los estudiantes se preguntaban: “¿Qué son hoy los establecimientos que se rotulan católicos sino empresas económicamente lucrativas, culturalmente retrógradas, acientíficas, antiprogresistas y desde un punto de vista nacional negativas? ¿Qué son sino instrumentos sostenedores y aún inculcadores de una mentalidad que tiende a preservar el estado actual de injusticia?”. Haciendo referencia a hechos que acababan de ocurrir en Córdoba, afirmaban además: “Por un lado el gobierno otorga una ilegítima subvención a nuestra

desvencijada Universidad ... Por otro se clausuran los Centros de Alfabetización de Adultos, aludiendo falta de recursos económicos”. El documento del AES culminaba con una arenga al “compañero universitario” que decía: “Estamos en los umbrales de una nueva época en Latinoamérica que marcará la transformación radical de nuestra sociedad y la valorización de la mujer y el hombre latinoamericano. Mas, no llegará por un camino fácil. Cada uno debe ocupar su puesto de lucha”.

El AES llegó a ser hegemónico dentro de la Federación de Asociaciones Estudiantiles de la Universidad Católica de Córdoba (FAEUCC). En 1969 pertenecían al AES el presidente de FAEUCC, Claudio Ehrenfeld, y los delegados de casi todas las facultades: María Leonor Papaterra en Filosofía y Letras, Jorge Raúl Mendé en Medicina, Mariano Pujadas en Agronomía, Gerardo Conte Grand en Derecho y el propio Ehrenfeld en Ciencias Económicas[97]. Con motivo de los incidentes de Corrientes y Rosario en mayo de ese año, que derivaron en la muerte de tres estudiantes, FAEUCC decidió un paro activo en la Universidad. Los estudiantes tomaron las facultades por varios días y convocaron varias asambleas, a las que asistían alrededor de mil personas[98]. En una de ellas se hizo presente el Secretario General de la CGTA Raimundo Ongaro[99]. La actividad estudiantil del grupo de Lealtad y Lucha no se limitaba, de todas formas, a la Universidad Católica. En la Universidad Nacional de Córdoba, la relación más fluida continuaba siendo con el integralismo, al cual también pertenecían varios integrantes de la agrupación, como Osvaldo Suárez y Jorge Juan Escribano. El AES y el integralismo protagonizaron, junto con otras agrupaciones estudiantiles, importantes marchas y actos callejeros en la vorágine previa al Cordobazo[100].

4. La presencia en barrios y fábricas

Los integrantes de Lealtad y Lucha tampoco descuidaban el trabajo en los barrios. Por una parte, seguían vinculados a los *curas rebeldes*, y parte de las actividades se realizaban desde sus parroquias. Una de las más activas era la Parroquia del barrio obrero Los Plátanos, que seguía a cargo del padre Erio Vaudagna. En 1968, Vaudagna tenía 38 años y su actividad era muy intensa[101]. En una ocasión la parroquia organizó un pesebre poco

convencional. Para representar a Jesús, María y José, se utilizaron fotografías de una familia pobre. El pesebre incluía, además, las figuras de Ho-Chi-Minh y el Che Guevara. Por supuesto, el suceso causó gran polémica en Córdoba. Se los acusó, entre otras cosas, de herejes y de destruir el misterio cristiano.

En septiembre de 1968, la Junta Parroquial de Villa Los Plátanos, emitió una declaración que en forma de volante circuló por el lugar y fue publicado en la revista *Cristianismo y Revolución*[102]. El motivo: unas poco felices declaraciones de Onganía, quien había manifestado que “Argentina es un país sin miseria, porque la pobreza, aún la extrema pobreza, llevada con dignidad, como la llevan nuestros compatriotas, no es miseria”, y había dado “gracias a Dios por la paz que reina en nuestra Patria”.

Los cristianos de Los Plátanos no ahorraron ironías en la respuesta: “Hace muy bien Onganía en darle gracias a ese dios —decían—. Porque ese dios no es sino una creación mítica y ventajosa del sistema capitalista del cual él, como personero de turno, es solamente su ángel de la guarda”. Ese dios era, para estos cristianos, “el dios de la escasez y la miseria”, que promete para el “más allá eterno” la abundancia y el cielo, que se compra con un “paso silencioso y resignado por la tierra”. Paso que había que soportar con “dignidad”, la “dignidad pasiva y humillante del esclavo para quien el sometimiento es “ley natural y divina” y la autoridad que la tutela, un algo intocable que se ejerce con conciencia de elegido por la Providencia”. Los cristianos de Los Plátanos afirmaban que el verdadero Dios es el de la solidaridad, el que “tanto se sienta con su madre como con la prostituta, la samaritana o la mujer adúltera. Que, así pasa una tarde con sus amigos discípulos, como con el menospreciado Zaqueo o con Nicodemo, el fariseo honesto”. En lo que constituía una ácida crítica a la jerarquía eclesiástica, frecuentadora de los círculos del poder, agregaban: “Hay, sin embargo, algo que nos llama mucho la atención a los discípulos de este Dios, y es que nunca lo encontramos en palcos oficiales al lado de Herodes o de los Sumos Sacerdotes, ni tampoco presidiendo actos militares o festines de embajadas. Por el contrario, vemos que molesta a ellos su presencia ... como hoy molestan todos los que lejos de asumir “con dignidad” la pobreza, se rebelan contra ella y preparan caminos eficaces de

liberación. El Dios bíblico es el Dios que uniendo su suerte a la suerte de todo ser humano, rompe y elimina para siempre las barreras ficticias y egoístas de raza, parentesco, religión, dinero, sexo y rescata el ansia y la necesidad que todo hombre tiene de realizarse en la mutua ayuda y solidaridad.” Aparecían firmando la declaración los sacerdotes Erio Vaudagna y José Rivarola Acebal y los miembros de la Junta Parroquial de Villa Los Plátanos, entre quienes figuraba Raúl Guzzo Conte Grand. En otras ocasiones, los cristianos del barrio Los Plátanos, a pedido de familiares, reclamaban por la libertad de detenidos en movilizaciones gremiales y políticas[103].

La actividad a partir de la parroquia produjo importantes resultados, al punto que hacia 1969 derivó en cambios significativos en la fisonomía de un barrio que se componía casi enteramente de trabajadores empleados en las industrias mecánicas. A pesar del carácter obrero del lugar, las barreras tradicionales entre trabajadores y estudiantes se habían roto parcialmente. Universitarios de distintos lugares de la ciudad comenzaron a actuar como voluntarios en las actividades de la parroquia, para participar en programas de servicios comunitarios y organizar debates, conferencias y discusiones políticas en la capilla. En un comienzo, los trabajadores los recibieron con cierto recelo, pero a esa altura su presencia había pasado a ser parte de la vida parroquial[104]. Además del trabajo en conjunto con las parroquias, era costumbre de la agrupación Lealtad y Lucha abrir centros de salud manejados por los vecinos en los barrios. Por ese tiempo el médico Alberto Molinas y el estudiante de medicina Jorge Raúl Mendé inauguraron un dispensario en el barrio de Bella Vista. En esos y otros ámbitos se dictaban cursos sobre temas políticos y sociales, de los cuales participaban militantes y habitantes del lugar. El eje pasaba, casi siempre, por el tema del peronismo.

La gente de Lealtad y Lucha le daba también una importancia primordial al trabajo en las fábricas y los sindicatos. Mantenían vínculos con varios dirigentes sindicales, entre ellos el prestigioso Agustín Tosco, de Luz y Fuerza, y Atilio López, de UTA. Sin embargo, la mayor influencia la consiguieron en sindicatos menores, como el de mineros, empleadas domésticas y trabajadores de la educación. Para cubrir el frente obrero, muchos integrantes de Lealtad y Lucha ingresaron a trabajar en fábricas. La

mayoría eran universitarios que no abandonaban sus estudios, lo que era una práctica habitual en ese entonces. Tal fue el caso de Cecilio Manuel Salguero, estudiante de economía y militante de Lealtad y Lucha, quien en 1968 ingresó a trabajar en la planta de Perkins. Una vez asentados, e incorporados algunos obreros a la agrupación, comenzaron a armar listas para las elecciones en contra de la burocracia en los grandes sindicatos: dieron lucha en el SMATA, en contra de Elpidio Torres, y en la UOM, donde para enfrentar a Alejo Simó llegaron a presentar como candidato a Secretario General a Jorge Toledo, cuya lista fue proscripta pocas horas antes de la elección. De todas formas, en estos poderosos gremios nunca pasaron de ser una minoría.

Debido a que los grupos que dentro de las fábricas militaban en contra de la burocracia sindical se denominaban a sí mismos “peronistas de las bases”, los miembros de Lealtad y Lucha rebautizaron a su agrupación como “Peronismo de Base” (PB). Algunos de los trabajadores con estas ideas cercanas al Peronismo Revolucionario fueron incorporados a la dirección del PB, entre ellos el mismo Toledo. Estos obreros estaban al tanto de que dentro del PB había sectores clandestinos, aunque desconocían las actividades específicas y quiénes participaban de ellas. Los sectores sindicales del PB formaron parte del grupo que conformó la Regional Córdoba de la CGT de los Argentinos en marzo de 1968. Un año después, en el marco de la lucha por la ley del “sábado inglés”, los militantes del PB consideraron que era una buena ocasión para protestar en las calles, y propusieron junto con otros obreros la primera asamblea en puerta de fábrica, que decidió un parto activo. Uno de los principales oradores fue José Sabino Navarro, ex delegado del SMATA y conocido de varios de los militantes que habían organizado Lealtad y Lucha hacía un par de años[105]. El 12 de mayo el gobierno derogó la ley del Sábado Inglés, medida considerada como uno de los desencadenantes del Cordobazo. Finalmente, militantes del PB de todos los frentes se hicieron presentes en las jornadas de protestas de mayo, a través de un panfleto con explicaciones sobre armado de explosivos y mezclados entre la multitud. De todas formas, este espectacular suceso los tomó a medio camino entre una militancia de superficie sin miramientos y la necesidad de seguir normas de seguridad más estrictas, que les permitieran conservar pero sobre todo desarrollar la

magra estructura militar clandestina con la cual contaban.

La Agrupación Lealtad y Lucha —luego PB— mantenía contactos con algunos sectores del peronismo de izquierda. La CGTA era, desde ya, un punto de encuentro con diferentes dirigentes sindicales. Mantenían además contactos con John William Cooke, y eso les permitía el acceso a otros dirigentes políticos peronistas. En agosto de 1968, de hecho, Elvio Alberione y Héctor Bruno participaron del primer congreso del Peronismo Revolucionario en el Sindicato de Farmacia de Buenos Aires. Militantes del PB también concurrieron al Plenario Nacional del Peronismo realizado en Pajas Blancas, Córdoba, en enero de 1969.

Por otra parte, Lealtad y Lucha nunca perdió el vínculo que mantenía con Juan García Elorrio y *Cristianismo y Revolución*, lo que les facilitaba el contacto con diferentes experiencias de cristianos radicalizados y peronizados de todo el país. Fue justamente a partir de conocerse en un encuentro cristiano que el grupo dirigente de Lealtad y Lucha había establecido una relación orgánica con gente de la agrupación estudiantil Ateneo Santa Fe. Lo mismo sucedía con jóvenes de la Universidad Católica de Santa Fe, aunque en este caso el principal motivo del origen de la relación era que el médico Alberto Molinas, militante de Lealtad y Lucha, era oriundo de Santa Fe, y uno de sus hermanos, Francisco Molinas, estudiaba y militaba en la Universidad Católica de esa ciudad. Estas relaciones se daban sobre todo entre los aparatos clandestinos, y generalmente no se conocía la verdadera identidad de los interlocutores de otras ciudades.

Hacia 1969 la Agrupación Peronista Lealtad y Lucha, ahora denominada Peronismo de Base, militaba en cuatro ámbitos distintos. Por una parte, la actividad clandestina, consistente en general en la colocación de bombas, muchas veces en coordinación con otras organizaciones del país. En segundo término, tareas dentro del ámbito universitario, sobre todo a través del AES en la Universidad Católica y en menor medida del Integralismo en la Universidad Nacional. En tercer lugar, la participación en la lucha sindical en contra de la “burocracia”, aunque con poca presencia en los dos grandes sindicatos de la ciudad: el SMATA y la UOM. Finalmente, actividades en los barrios a través de las parroquias y los centros de salud. Integraban la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, trabajaban con

Cristianismo y Revolución y coordinaban encuentros periódicos con militantes del Ateneo Santa Fe y otras agrupaciones del país.

Capítulo tres

Grupo Santa Fe

1. El Ateneo Santa Fe[\[106\]](#)

Tras el derrocamiento de Perón en 1955, la Iglesia Católica fundó en diferentes ciudades del país numerosas casas para alojar a estudiantes universitarios. Eran conocidas como “Colegios Mayores”, y su espacio físico se aprovechaba para dictar —por fuera de las carreras de grado— conferencias y cursos sobre temas políticos, económicos y sociales. Esta convivencia de estudiantes de todo el país, sumada a los diferentes cursos, favorecía la creación de una atmósfera de debate de ideas, que muchas veces era canalizada hacia la actividad política. Por otra parte, desde finales de los años cincuenta, algunos Colegios Mayores no fueron inmunes a los sectores renovadores dentro de la misma Iglesia. Finalmente, el quiebre hacia el interior del mundo católico debido al virulento enfrentamiento con el gobierno de Perón, sumado a la falta de resolución del “tema peronista”, agregaron un condimento extra al proceso de politización de muchos estudiantes católicos.

Al igual que en la Universidad Nacional de Córdoba, en la Universidad Nacional del Litoral el nacimiento de los Colegios Mayores trajo como consecuencia la creación de una importante agrupación estudiantil, denominada Ateneo. De esta manera, se conformaron el Ateneo Córdoba y el Ateneo Santa Fe, que funcionaban en las diferentes facultades. Durante la década de 1960, el Ateneo cordobés no varió demasiado su línea conservadora, y probablemente ese haya sido el motivo del gran desarrollo de su competidor más directo, el Movimiento Integralista, en esa ciudad. En Santa Fe, en cambio, fue el Ateneo el que —al igual que el integralismo cordobés— experimentó un gradual pasaje hacia un nacionalismo revolucionario identificado con el peronismo, y en parte esa fue la causa de

su importante crecimiento durante los años sesenta. Como en la mayoría de los sectores cristianos que realizaron ese pasaje, la “peronización” se produjo a partir de la idea de compromiso con los pobres, y la evidencia de que en la Argentina estos sectores eran mayoritariamente peronistas.

Como consecuencia de este recorrido, el Ateneo Santa Fe se transformó en una importante pieza en los múltiples debates que se daban dentro del catolicismo en aquella época. En los primeros días de mayo de 1964, por ejemplo, la agrupación convocó a una reunión general de movimientos cristianos, a la que concurrieron humanistas, integralistas, ateneístas y social cristianos, entre otras corrientes. Las discusiones que se llevaron a cabo fueron apasionantes. Todos levantaron la bandera de la necesidad de un “cambio de estructuras”, pero surgieron diferencias en cuanto a considerar compañeros de lucha a sectores no cristianos[107]. En ese mismo año, el Ateneo Santa Fe, al igual que el integralismo cordobés, decidió la ocupación de las facultades en adhesión al Plan de Lucha de la CGT[108]. Esto ocurría al mismo tiempo en que Córdoba presenciaba el debate en torno a los polémicos reportajes a los curas Gaido, Dellaferrera y Vaudagna. El proceso de radicalización y apertura de vastos sectores dentro de la Iglesia comenzaba a expandirse en momentos en que el Concilio Vaticano II estaba en pleno desarrollo.

Dentro del Ateneo Santa Fe, el proceso de giro hacia un peronismo de izquierda fue liderado por el Colegio Mayor vinculado a la Facultad de Ingeniería. Dirigía el establecimiento el cura Ernesto Leyendeker, quien fomentaba el compromiso con los más necesitados y favorecía el debate de ideas. Hacia mediados de la década del sesenta, entre los estudiantes de la carrera de ingeniería química se destacaba Mario “Freddy” Ernst, un joven brillante y disciplinado que en ese entonces estaba por concluir sus estudios. Para esa época, Ernst presidía el Ateneo y ejercía una importante influencia sobre el resto de los universitarios. Numerosos estudiantes de ingeniería química lo acompañaban en su militancia, entre ellos Ricardo René Haidar, Roberto Rufino Pirlles, Osvaldo Agustín Cambiasso, Raúl Clemente Yagger, Raúl Braco, Juan Carlos Menesses, Marcelo Nívoli y Carlos Legaz. La agrupación era muy estricta en cuanto a la obligación de cursar regularmente todas las materias, rendir los exámenes y mantener un promedio superior a ocho puntos para poder hablar en asambleas o integrar

grupos de discusión en los debates. Debido a que eran la cara visible del Ateneo, querían distinguirse de los estudiantes crónicos[109].

De su origen como simple agrupación estudiantil, el Ateneo fue ampliando sus actividades. Si bien ya había conformado una rama de profesionales, el golpe de junio de 1966 fue determinante al momento de decidir militar en otros ámbitos. De la misma manera en que los integrantes del MUCO en Córdoba decidieron que la lucha dentro de la universidad resultaba insuficiente para influir políticamente, el Ateneo comenzó a explorar otros frentes. Se organizó primero la militancia en barrios y sindicatos, y poco después un aparato clandestino para la realización de actividades armadas. Dentro del ámbito sindical, estrecharon vínculos con los gremios que formaban parte de la CGT de los Argentinos en Santa Fe. El trabajo en este campo era facilitado por el fluido contacto que gente del Ateneo mantenía con integrantes de Acción Sindical Argentina (ASA), como los hermanos René y Dante Oberlín. La actividad en la Universidad Nacional, por su parte, se llevaba a cabo a través de la estructura del Ateneo Santa Fe.

En uno de los debates de la época referido al rol de los profesionales en la sociedad, las posturas del Ateneo quedaron reflejadas en un documento publicado en la revista *Cristianismo y Revolución* en abril de 1969, que daba cuentas de lo avanzado del proceso de radicalización experimentado por la agrupación para ese entonces. El documento se proponía realizar un aporte para que “el Movimiento Estudiantil pueda tomar formas nuevas y profundizar sus luchas en una perspectiva realmente revolucionaria”. Afirmaba que los profesionales en general no constituyen “un sector de la sociedad destinado a mantener una situación de explotación por parte de una minoría sobre el conjunto”, pero que “en el sistema capitalista los profesionales son incorporados a hacer el juego al sector explotador que, al poseer el control absoluto de la producción... administra todos los adelantos y progresos para beneficio propio, en detrimento de las mayorías explotadas”. Dentro del socialismo, en cambio, “al tener el control de la producción sus legítimos dueños, los trabajadores, y al estar la economía al servicio del hombre, la labor de los profesionales se integra al esfuerzo del conjunto”. El documento concluía que el Movimiento Estudiantil debía “orientar sus luchas hacia un cambio profundo de

estructuras, integrándose a esa corriente histórica que por su situación, conciencia y posibilidades, es esencialmente vanguardia del proceso revolucionario, constituida por el proletariado”[110].

Al igual que en Lealtad y Lucha de Córdoba, los integrantes del aparato clandestino componían un núcleo menor dentro del *círculo* —mucho mayor— de actividades que realizaba la gente vinculada al Ateneo. Tal cual la costumbre, quienes componían ese grupo cerrado comenzaron organizando campamentos para ejercitarse físicamente y realizar prácticas de tiro. Una segunda fase implicó aprender a armar explosivos y detonarlos, y hacia comienzos de 1969 comenzaron con el robo de armas a policías en la calle. Finalmente algunas operaciones se fueron tornando más sofisticadas, como la realizada el 21 de septiembre de 1969 en la población de San Carlos Sur, ubicada a poco más de cuarenta kilómetros al sudoeste de la ciudad de Santa Fe. Los guerrilleros asaltaron en primer término el polígono del Tiro Federal para llevarse las armas del lugar, y pocos minutos después hicieron otro tanto con la comisaría. La noticia del hecho aparecida en el diario *Clarín* se tituló “La audacia ya no tiene fronteras”, e informaba sobre la posible pertenencia a una “célula extremista” de los ejecutores[111]. Luego trascendió que éstos habían dejado volantes firmados por el “Comando Eva Perón”, en los que se exhortaba a los pueblos de Córdoba, Rosario y Tucumán a tomar las armas para hacer la “revolución social argentina”[112].

En paralelo con este tipo de operativos, el aparato armado no abandonó la colocación de artefactos explosivos, tarea para la cual los profesionales y estudiantes de ingeniería química poseían una particular facilidad debido a sus conocimientos técnicos. En ocasiones, este tipo de acciones se planeaban como apoyo a luchas gremiales. Ello sucedió en octubre de 1969, en momentos en que la terminal ferroviaria de Laguna Paiva, una de las más importantes del país, estaba en conflicto. El cordobés Fernando Vaca Narvaja y el boliviano Oscar Aguirre, entre otros militantes del Ateneo, concurren al lugar con la intención de intervenir en la lucha, y mediante la colocación de bombas sobre un tramo de vías, lograron descarrilar un tren. En la huida Vaca Narvaja perdió su documento de identidad, a raíz de lo cual debió adoptar un nombre falso y pasar a la clandestinidad. Por precaución, se marchó junto con Aguirre a Bolivia por varios meses[113].

Mario Ernst y la conducción de la célula clandestina del Ateneo mantenían desde 1968 un contacto frecuente con la dirección de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Inclusive, Carlos “Batman” Benegas, miembro de las FAP, ofició de instructor militar de los militantes del Ateneo mientras estuvo un tiempo clandestino en Santa Fe[114]. La idea de Ernst era, en algún momento, integrarse a las FAP, pero este proceso se demoraba a causa de la subordinación que demandaban estas últimas.

Como mencionamos en el capítulo anterior, el núcleo de militantes liderado por Ernst estableció a partir del año 1968 un vínculo orgánico con la Agrupación Lealtad y Lucha de Córdoba, que los llevó a participar del primer congreso del Peronismo Revolucionario y a integrarse a la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Como veremos en el capítulo siguiente, coordinaban además sus actividades con militantes del norte de la provincia de Santa Fe organizados alrededor del sacerdote Rafael Yacuzzi, y de Tucumán y Salta. Al igual que la mayoría de los sectores de cristianos radicalizados de fines de los sesenta, estaban vinculados a la experiencia de *Cristianismo y Revolución*. En julio de 1967, sin ir más lejos, el ateneísta Carlos Legaz participó de un encuentro clandestino organizado por la revista en Quilmes.

Otro de los muchos contactos del Ateneo era con un grupo de Resistencia, Chaco, liderado por el cura Rubén Dri[115]. Dri había sido destinado en el lugar a comienzos de la década de 1960. Al poco tiempo entró a la universidad del Estado a estudiar filosofía y fundó el Colegio Mayor Universitario. El Colegio Mayor pronto se transformó en un centro de formación cultural y religiosa y finalmente en un centro político con trabajo en barrios y villas. Más adelante el grupo refundaría la Juventud Peronista, y organizaría una coordinadora formada además por el Movimiento Integralista, laicos, sacerdotes y la Federación de Comisiones Vecinales. En un primer momento la coordinadora tendría su base de operaciones en la Catedral de Reconquista, transformándola de esta manera en el centro de la problemática social. El obispo finalmente los echó, pero siguieron militando en las villas y los barrios. A través de las comisiones vecinales se tomaban todo tipo de decisiones, como levantar una escuela, llevar el agua a un determinado lugar o poner un dispensario. En ocasiones organizaban marchas de antorchas por algún reclamo y en algunos barrios la

respuesta era mayoritaria. Rubén Dri se definía como cristiano revolucionario, y no casualmente tenía vínculos con *Cristianismo y Revolución*. En más de una oportunidad el propio Juan García Elorrio fue a Resistencia a dar charlas.

2. Acción Sindical Argentina (ASA)

Los vínculos más importantes con el mundo sindical por parte del Ateneo se daban con militantes de Acción Sindical Argentina (ASA) de Santa Fe. ASA se había fundado en octubre de 1955, sobre la base de un grupo de dirigentes de la Juventud Obrera Católica (JOC) y de la Acción Católica[116]. Su objetivo era la estructuración y desarrollo de un auténtico sindicalismo basado en la doctrina social cristiana. Denunciaba las injusticias sociales y el egoísmo del sistema capitalista, y se pronunciaba por una doctrina revolucionaria que superara el colectivismo marxista y estableciera los fundamentos de un nuevo orden social. En sus orígenes, era crítica de la experiencia peronista, por lo cual en aquellos primeros años de vida defendía el pluralismo sindical.

Hacia comienzos de los años sesenta, y a través de una nueva camada de dirigentes, ASA cambió su postura respecto del peronismo y levantó la bandera de la Central Única de Trabajadores. Por esos años pasó por sus filas el entonces estudiante de abogacía de la Universidad Católica Argentina de Buenos Aires y empleado bancario Roberto Cirilo Perdía[117]. Hacia 1962, la renovación de los dirigentes se encontraba avanzada. En diciembre de ese año, la agrupación difundió el Manifiesto Nacional del Sindicalismo Cristiano, donde expresaba que el objetivo era “destruir un sistema viejo, caduco y corrompido, para crear una Argentina con claro sentido de la Justicia Social”[118]. Sindicalmente, contaba con un pequeño pero activo núcleo de dirigentes en Ferroviarios, Sanidad, Bancarios, Madereros y Gráficos, aunque sin gravitación en el movimiento obrero organizado. En 1964 ASA apoyó y participó de las sucesivas etapas del Plan de Lucha de la CGT. Por otra parte, adhería a los principios cristianos y revolucionarios de la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC), aunque cuando Bravo —presidente de ASA— se pronunció explícitamente a favor del peronismo, se produjo un

momentáneo cortocircuito con la central subcontinental.

En Santa Fe, los interlocutores de ASA con los militantes del Ateneo eran dos hermanos oriundos de San Jerónimo Norte: René y Dante Oberlín. Los integrantes del Ateneo y de ASA realizaban actividades en conjunto, e inclusive en 1969 René —quien en ese entonces tenía veintinueve años— ya formaba parte del aparato clandestino liderado por Ernst. René había estudiado en el Seminario Metropolitano de Santa Fe, aunque abandonó la carrera antes de ordenarse sacerdote. Luego ingresó a trabajar en la Cooperativa de Seguros La Unica, y fue el primer Secretario General del Sindicato de Seguro de Santa Fe. Dante, un año menor que René, pertenecía al gremio de los Gráficos, lo que le posibilitó un permanente contacto con Raimundo Ongaro y una activa participación en el proceso de conformación y desarrollo de la CGT de los Argentinos.

En 1969, y a raíz de la muerte de Juan Carlos Loureiro, Dante ocupó el cargo de Secretario General de ASA. Se trasladó a Buenos Aires y cumplió un papel significativo en una prolongada huelga de trabajadores de la empresa gráfica porteña Fabril Financiera. El conflicto venía de lejos, y se agudizó cuando el 14 de enero la empresa despidió a 48 empleados, entre ellos a todo el secretariado gremial y parte de la comisión interna. Los trabajadores decidieron ir a la huelga, y a los dos meses formaron comisiones de lucha con la idea de comenzar una serie de movilizaciones. Dante y otro dirigente del gremio se entrevistaron con monseñor Aramburu para requerirle una declaración solidaria de la jerarquía local con el personal de Fabril. Como consecuencia, el obispo difundió un mensaje exhortando a un diálogo entre ambas partes del conflicto. La declaración resultó insuficiente para los dirigentes de la huelga, quienes manifestaron que “la Iglesia debe probar en los hechos concretos y solidarios, sus escritos y palabras que la comprometen con la realidad que sufren los trabajadores”. La actitud del Aramburu se contrastaba con la del padre Carlos Mugica, quien envió un mensaje de solidaridad con la lucha, basada en “el deber que nos enseña Cristo de estar siempre al lado de los que sufren la injusticia”.

El 8 de abril, la asamblea general del gremio gráfico resolvió un paro general para la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, a realizarse el día 29. Los dirigentes de la huelga manifestaron que su principal objetivo era

que esa lucha “haga tomar conciencia de que hay que cambiar la mentalidad y los métodos de la rebelión popular y que tenemos que luchar para alcanzar el poder”, ya que “solamente el poder en nuestras manos garantizará para siempre el derecho que tenemos los trabajadores para realizarnos como hombres y el derecho que tienen los hombres, sin opresores y oprimidos, para realizarse plenamente”.

Para desactivar la huelga, la empresa publicó un aviso pidiendo operarios, y se presentaron quinientas personas. Dante, el Secretario de la Organización de la Federación Gráfica Bonaerense Francisco Calipo y un empleado de Fabril Financiera concurren al lugar para explicarles a los aspirantes las causas del conflicto. A los pocos minutos apareció la policía y se los llevó detenidos. Estuvieron presos durante quince días. Durante la detención, y a su pedido, el domingo de Ramos se realizó en la comisaría una misa celebrada por el padre Reinaldo Conforti, Asesor Nacional de la JOC. Los detenidos manifestaron en un reportaje que la cárcel, para ellos, no era otra cosa que “un testimonio de que nos acercamos al Cristo que dio la vida por todos los hombres y que está especialmente presente en aquellos que sufren la miseria, la injusticia y la opresión del sistema”. Fue a raíz de ese mismo episodio que Dante declaró que los dirigentes de ASA estaban “juramentados a una acción de servicio pleno y sin retaceos al movimiento obrero, a los oprimidos y a los marginados de la hipocresía de una sociedad intrínsecamente inhumana e históricamente insalvable y corrompida”[119].

Dos días antes del Cordobazo, y a raíz de los acontecimientos que derivaron en las muertes en manos de la represión de los estudiantes Juan José Cabral y Adolfo Ramón Bello en Corrientes y Rosario respectivamente, Dante firmó como Secretario General de ASA un nuevo comunicado, advirtiendo contra un eventual golpe de Estado que intentara “hallar una fórmula de recambio ante el deterioro insuperable de la actual dictadura militar y garantizar de esta forma los intereses de los monopolios y la oligarquía interna, hoy amenazados frente a la impotencia de la dictadura por controlar la organización del pueblo en la lucha”. ASA manifestaba su más firme convicción de que “a través de la organización del pueblo, encabezado por la clase trabajadora, se podrá lograr la liberación nacional y la consolidación de estructuras sociales, culturales y

jurídicas acordes con la dignidad humana de los trabajadores”[120].

3. Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC)[121]

Al igual que en Córdoba, en la Universidad Católica de Santa Fe se conformaron grupos cristianos que, a partir de una militancia social, adoptaron posturas políticas radicales y asumieron como identidad política el peronismo. En Santa Fe, esta circunstancia tuvo importantes consecuencias en el curso del año 1968. El sideral aumento de los aranceles a fines de abril fue el disparador de un conflicto entre los alumnos y las autoridades de la universidad, que se prolongaría por tres meses y que sin dudas expresaba diferencias que iban más allá del alza de la cuota universitaria.

El Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC), liderado entre otros por la abogada María Graciela de los Milagros Doldán y la estudiante Dora María del Carmen Riestra, fue la agrupación que encabezó el conflicto. Entre los cientos de activistas del MEUC se encontraban además Antonio Riestra, hermano de Dora, y Francisco “Pancho” Molinas, hermano del militante del PB cordobés Alberto Molinas. La protesta estudiantil comenzó en mayo con la realización de asambleas en todas las facultades, que resolvieron no pagar los aranceles y elegir delegados para hablar con el Consejo Directivo de la Universidad.

Tras varios tironeos, en junio el Consejo dispuso la suspensión de las clases en la Facultad de Filosofía y Letras, cuya rectora Edelweis Serra era especialmente repudiada por los estudiantes. Los alumnos realizaron una huelga altamente acatada en el resto de las facultades, pero no lograron destrabar el conflicto. Tampoco tuvo éxito la reunión que mantuvieron días después con el cardenal Fasolino, rector de la Universidad. Ya en julio, los universitarios decidieron redoblar la apuesta e iniciaron una huelga de hambre en la iglesia jesuita Nuestra Señora de los Milagros, ubicada frente a la casa de gobierno provincial. Solicitaban el reinicio de las clases en Filosofía y Letras y el alejamiento de Serra de la universidad, pero además cuestionaban el gobierno de la UCA en términos más generales. A los dos días de iniciada la huelga, los alumnos fueron desalojados por la policía y decidieron continuar la medida en uno de los Colegios Mayores de Santa

Fe. Finalmente, a mediados de julio se produjo un nuevo encuentro entre los alumnos y el rector Fasolino, a raíz del cual el movimiento estudiantil logró la renuncia de Edelweis Serra, el nombramiento de un interventor en Filosofía y Letras y la formación de una Comisión de estudio con participación estudiantil para analizar la reforma de la Universidad[122].

En el Colegio Mayor donde culminó la huelga de hambre, los estudiantes recibieron la visita del líder de la CGT de los Argentinos, Raimundo Ongaro. En esos días, por otra parte, los gremios gráficos de Santa Fe realizaron una importante huelga, a raíz de la cual los trabajadores comenzaron a editar un periódico llamado *Prensa Gráfica* que le dio gran cobertura a la toma del Colegio Mayor. En consecuencia, desde ese momento varios de los estudiantes y egresados de la Universidad Católica tomaron contacto con el mundo sindical, fundamentalmente a través del gremio gráfico, cuyo secretario general en Santa Fe era Francisco Yacunisi. Varios de los militantes de la Universidad Católica comenzaron a distribuir y difundir el periódico de la CGTA en la ciudad. En las universidades ingresaban a los cursos, arrojaban panfletos, leían o comentaban rápidamente algún artículo y se retiraban. De esta forma, sentían que fundían sus propias luchas, necesariamente sectoriales, en un combate más amplio que incluía a los obreros. Es que a esa altura, la mayoría de los militantes del MEUC estaban convencidos de que las propias reivindicaciones no tenían ningún sentido si no iban atadas a las reivindicaciones de los más necesitados, y que estas últimas nunca serían satisfechas en una sociedad capitalista. De lo que se trataba, entonces, era de luchar por el socialismo.

Entre un grupo de militantes que creía que al socialismo no se llegaría por vías pacíficas, comenzó el armado de un aparato clandestino para la lucha armada. Hacia comienzos de 1969, la idea ya estaba madura. Ese verano organizaron un campamento en Cabalango, Córdoba, y dieron nacimiento formal al grupo clandestino. Concurrieron ocho jóvenes, entre ellos los hermanos Antonio y Dora Riestra, María Graciela de los Milagros Doldán, Francisco Molinas, María Ester Merteleur —casada poco después con Antonio Riestra— el “negro” González y la “flaca” Manso. Entre sus primeras actividades, colocaron un explosivo en un cine en el instante en que se estaba proyectando la película *Boinas verdes*. Ese mismo año, este

núcleo proveniente de la Universidad Católica comenzó con el desarme de policías en la calle, y todos fueron abandonando las actividades que generaban más exposición pública.

4. La unión de los santafesinos

Los sectores revolucionarios del Ateneo Santa Fe, ASA y el MEUC, que tenían en común su raíz cristiana, mantenían vínculos a través de muchas de sus actividades. Prueba de ello es un documento del 1º de mayo de 1968, en donde Laicos y Sacerdotes de Santa Fe se pronunciaron con motivo del primer aniversario de la encíclica *Populorum Progressio*^[123]. Al pie del mismo aparecían decenas de firmas, entre ellas las de Dante y René Oberlín, de ASA, Graciela Doldán y Dora Riestra, de la Universidad Católica, y Raúl Yager, del Ateneo Santa Fe. Firmaba también el comunicado el sacerdote Ernesto Leyendeker, a cargo del Colegio Mayor desde el cual Ernst condujo la “conversión” del Ateneo.

Quienes suscribían el documento afirmaban que “en ocasión de la celebración del día de los trabajadores y a un año de la Encíclica *Populorum Progressio* ... deseamos manifestar nuestro compromiso total con la liberación de los oprimidos y con la clase obrera, y la búsqueda de un orden social radicalmente distinto del actual, que busque realizar más adecuadamente la justicia y solidaridad evangélicas.” Denunciaban a la Revolución Argentina, la que a pesar de que se autodefinía repetidamente como cristiana, gobernaba con un sistema condenado expresamente por la encíclica. Es que —en la visión de los firmantes del documento, que parafraseaban textualmente el documento papal—, ese sistema “considera el provecho como motor esencial del progreso económico, la concurrencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes”. Decía más adelante el texto: “pensamos que el Episcopado Argentino, nuestros obispos, sacerdotes y laicos acreditamos una gran deuda con la clase más humilde: EL SILENCIO (...) ¿Hasta cuándo será desoído el clamor de los pobres por los profetas de Dios?”. El documento culminaba con un llamado a permanecer en la lucha.

Como se mencionó, hacia 1968, René y Dante Oberlín conocían las

actividades clandestinas del grupo de Mario Ernst, e incluso René participaba de las mismas. Por otra parte, los militantes de los aparatos clandestinos originados en el Ateneo y el MEUC intuían las actividades del otro, pero hasta comienzos de 1969 esa actividad no se había “blanqueado”. Ese año René Oberlín, que conocía a la gente del MEUC, fue enviado por Ernst a conversar con Antonio Riestra para proponerle encuadrarse en la estructura clandestina del Ateneo. Riestra le informó de la existencia de su propio grupo armado y ese fue el comienzo de un proceso para integrar ambas células. Por esa época, muchos militantes se volcaron más decididamente a la lucha armada, por lo que llevaron a cabo el procedimiento conocido como *desinforme*: aparentaban que se desligaban completamente de la actividad política para dedicarse al trabajo, la familia, o ambas cosas. Desde ese momento, no hacían más militancia política de superficie, aunque mantenían vínculos con los diferentes frentes a través de otros militantes.

Capítulo cuatro

Grupo Reconquista y Grupo Sabino

1. El Grupo Reconquista[124]

El cura Arturo Paoli era de origen italiano. En la Europa de la posguerra, vislumbró la necesidad de una apertura de la Iglesia al mundo de ese momento, privilegiando el mundo obrero, el mundo de los pobres. Esa apertura, en el viejo continente, pasaba por el diálogo con el marxismo, debido al peso social y electoral que tenía el Partido Comunista, particularmente en Italia. Cuando emigró a la Argentina, Paoli trajo consigo este bagaje de ideas. En una conferencia que dio en la Universidad del Litoral en julio de 1965 manifestó acerca del diálogo con los marxistas, que “aunque este diálogo me resulte difícil, tengo que enfrentarlo”, ya que “el marxismo representa —lo quiera o no— un aporte importante, diría decisivo, en la historia de mi tiempo”[125]. De todas formas, Paoli se dio cuenta de que en la Argentina la apertura de la Iglesia no podía tener como interlocutor al marxismo, cuya incidencia en los obreros y sectores humildes era insignificante[126]. En la Argentina los trabajadores eran peronistas.

Paoli era sobre todo un pensador, que opinaba que “una espiritualidad se define como la capacidad de injertar la propia historia en la historia del mundo y sentir la historia del mundo como si fuera la propia historia”[127]. Como consecuencia, asumía y predicaba un compromiso decidido, sobre todo con los sectores menos favorecidos de la sociedad. Hacia comienzos de los años sesenta, el cura se radicó en Reconquista, al norte de la provincia de Santa Fe, pero mantuvo una intensa actividad vinculado con distintos sectores cristianos. En agosto de 1966 organizó, junto con Conrado Eggers Lan, el Encuentro “Iglesia y Mundo” en Moreno, provincia de Buenos Aires. El documento aprobado con motivo del encuentro

expresaba que la sociedad “no tolera ya, como ... lo señala el Concilio, las desigualdades “entre las categorías sociales de diverso género y entre los países ricos y las naciones subdesarrolladas y pobres”“, y que esa misma sociedad reclamaba que “todos o el mayor número posible de hombres participen activamente en la dirección económica y política”[128].

Por ese tiempo, habitaba en el norte de Santa Fe otro cura con arraigadas ideas acerca de la necesidad de un compromiso con la realidad, particularmente con la dura realidad de los pobres. Se trataba de Rafael Yacuzzi, quien provenía de una numerosa y tradicional familia de Villa Ocampo[129]. Como integrante del Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC), Yacuzzi había trabajado en Reconquista con obreros del surco, con obreros de frigoríficos y con metalúrgicos. Esa fue su primera aproximación a lo que él consideraba “la vida real de los que sufren”. Cuando en 1965 quedó a cargo de la capilla del pueblo de Santa Ana, se dio cuenta de que era poco lo que conocía acerca del sufrimiento. Santa Ana era un pueblo de la zona boscosa, cercano a Villa Ocampo, que había pertenecido a La Forestal, compañía inglesa que dominó por muchos años la explotación obrajera del nordeste argentino. Uno más de los que tras el retiro de esa empresa se había transformado en un “pueblo fantasma”. Yacuzzi se puso a trabajar inmediatamente con los hacheros del lugar.

En ese tiempo, muchos jóvenes cristianos, influidos por el cura Paoli, se acercaron a Reconquista. Entre ellos, en 1965 llegaba al lugar el joven abogado Roberto Cirilo Perdía, que en ese momento contaba con veinticuatro años de edad. Perdía provenía de una familia de pequeños productores rurales de la provincia de Buenos Aires, y acababa de abandonar la militancia en la Democracia Cristiana, convencido de que, para ser consecuente con sus ideas, debía asumir la identidad peronista. Una vez instalado en Reconquista, Perdía conoció a un abogado de apellido Mayol, y se puso a trabajar en el estudio jurídico que funcionaba en la casa de este último. Al poco tiempo se incorporó al grupo otro abogado de Reconquista, que venía de estudiar en la Universidad del Litoral de la ciudad de Santa Fe, y había presidido el Ateneo Santa Fe de la Facultad de Derecho. Este nuevo abogado había tenido ocasión de conocer a Mario Ernst y su grupo, y a partir de este vínculo la gente del estudio mantuvo un contacto asiduo con los militantes del Ateneo.

Los tres abogados, más un par de contadores del lugar, decidieron montar en conjunto un estudio jurídico y contable fuera de la casa de Mayol y rápidamente concretaron la idea. En la práctica, el estudio funcionó además como un centro de actividades sociales y políticas de diverso tipo. Desde ahí se asesoraba a varios sindicatos de la zona de Reconquista y Villa Ocampo, como los sindicatos azucareros, metalúrgicos, de la carne, de la construcción y papeleros[130]. Con el grupo más afín conformaron en la zona de Fortín Olmos una Seccional de la Federación de Trabajadores Rurales (FATRE)[131] y desde allí apoyaron la agrupación de los trabajadores de los obrajes de la zona, cuyas condiciones de trabajo eran sumamente precarias. Los patrones de los obrajes, en connivencia con la policía rural, hacían muy difíciles los reclamos laborales. Desde FATRE, los abogados del estudio brindaban asesoramiento legal y de ser necesario iniciaban acciones administrativas o judiciales. En algunos casos, iban más allá: concurrían junto a los miembros de la seccional del sindicato a la casa de los patrones exhibiendo armas de fuego. Ante la intimidación, los patrones firmaban rápidamente un compromiso de pago según lo estipulado por la ley.

La febril actividad del estudio fue tejiendo un rico entramado de relaciones, algunas de las cuales perdurarían a lo largo del tiempo. Conocieron a Hugo Medina, militante social cristiano de la zona que estudiaba historia y era dirigente de los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT), organizados desde Mendoza por el cura José María Llorens. Frecuentaron también al padre Yacuzzi, ya asentado en Santa Ana. Otros encuentros se debieron a razones más puntuales, como aquella ocasión en que un grupo vinculado a la Escuela de Cine de la Universidad del Litoral filmó en el lugar el documental *Hacheros nomás*. La película narraba la historia de “La Forestal”, y la manera en que esta compañía había devastado la riqueza de la cuña boscosa santafesina explotando el quebracho, del cual se extraía el tanino, necesario para la industria de la curtiembre. El grupo del estudio colaboró en la filmación, y utilizó la película para organizar debates con los pobladores del lugar[132]. En febrero de 1966, Perdía visitó un campamento de misioneros cristianos en el cual conoció al padre Mugica y a un grupo de jóvenes que en general no superaban los dieciocho años de edad, entre ellos Mario Firmenich y

Carlos Gustavo Ramus. Con Mugica, Firmenich y Ramus se siguió frecuentando durante un tiempo, ya que los visitaba en sus cada vez más esporádicos viajes a Buenos Aires. Por otra parte, Perdía volvió a encontrarse a los dos últimos en un plenario convocado por *Cristianismo y Revolución*, realizado en Quilmes a mediados de 1967. El vocero de los Comando Camilo Torres en ese encuentro fue otro joven llamado Fernando Abal Medina.

Tras el golpe de Onganía, el norte de la provincia de Santa Fe comenzó a cobrar particular importancia para muchos de los grupos más radicalizados del país. Debido a sus densos bosques, era el lugar donde comenzaba “el país de la guerrilla”, propicio para iniciar la lucha rural que emulara a la Revolución Cubana. Por otra parte, era una zona con recurrentes conflictos gremiales y no estaba tan lejos de Buenos Aires como Tucumán o Salta. A partir de estas realidades, con la idea común de que el peronismo debía ser la identidad, el socialismo el objetivo y la lucha armada el método, el 8 de octubre de 1967 un grupo de la zona constituyó lo que pretendía ser el embrión de una célula guerrillera rural. Casualmente, fue el día de la muerte del *Che* Guevara en Bolivia. La decisión se tomó en la parroquia de Yacuzzi en Villa Ana, y en el encuentro participaron el propio Yacuzzi, otro cura de apellido Lansó, Roberto Perdía, Hugo Medina, un par de hacheros, un maestro rural, un viejo militante peronista, un seminarista y un par de dirigentes sindicales de Villa Ocampo. A comienzos de 1968, este grupo comenzó a coordinar sus planes con quienes estaban organizando las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP).

Los integrantes de la célula clandestina no abandonaron en aquellos años el trabajo de superficie. En abril de 1969, en el marco de la crisis nacional azucarera, el grupo del estudio, junto con el padre Yacuzzi y otros militantes participaron en la organización de una movilización en la zona de Villa Ocampo. La medida fue anunciada a principios de mes para el día 11, y bautizada como *Marcha por la Defensa del Norte*. Se originó en problemas del ingenio Arno en Villa Ocampo y en el cierre de los talleres ferroviarios de Las Gallaretas y Villa Guillermina, todos lugares cercanos. Un integrante del estudio logró hacer llegar al lugar al secretario general de la CGT de los Argentinos, Raimundo Ongaro, para el día de la marcha. Ongaro y el padre Yacuzzi encabezaron la jornada de movilización.

Columnas de obreros convergieron desde La Gallareta y Villa Guillermina para sumarse a los manifestantes de Villa Ocampo, con la idea de marchar todos juntos hacia Buenos Aires. La marcha derivó en una enérgica represión, lo que provocó, entre otros incidentes, que los manifestantes incendiaron el edificio de la municipalidad de Villa Ocampo[133].

A partir de estos sucesos, fueron detenidos varios militantes, entre ellos Casiana Ahumada y Jorge Gil Solá, de los Comandos Camilo Torres. Ambos habían ido especialmente desde Buenos Aires con motivo de la protesta[134]. También fue detenido en Villa Ocampo el secretario general del gremio gráfico en Santa Fe, Francisco Yacunissi. En las semanas subsiguientes las protestas en la zona continuaron. Por esos días, llegó a Reconquista Rodolfo Walsh, director del periódico de la CGTA. Había sido enviado por Raimundo Ongaro y se acercó al estudio con la idea de acordar criterios para coordinar las futuras movilizaciones. El objetivo era culminar las protestas en Buenos Aires, con una conferencia de prensa en el local de la CGTA[135]. Poco tiempo después, estalló el Cordobazo, superando ampliamente las expectativas de todos.

Como muestra de apoyo a la lucha de los obreros del norte santafecino, el Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC) y el Movimiento Ateneísta de Santa Fe dieron a conocer un comunicado conjunto en el que afirmaban: “Nuestro país todo vive desde hace largo tiempo una situación económicosocial que vemos agravar, día a día, con la congelación de los salarios, cierre de fuentes de trabajo, etc., y ante la protesta del pueblo trabajador, vemos que sus reclamos son acallados con represión. Hoy, en el norte de nuestra provincia, tenemos un nuevo Tucumán, que alza toda la fuerza de sus hombres y mujeres en la lucha por sus legítimos intereses. En esta lucha también hemos visto cual ha sido la respuesta del gobierno. El viernes último, Villa Ocampo fue testigo de estos hechos, y el sábado, los barrios santafecinos salieron por sus calles a expresar en forma pacífica su solidaridad con nuestros hermanos del norte. También esta manifestación fue reprimida por la policía ... No solo en los pueblos de nuestro país suceden estas cosas, sino en nuestra sufrida Latinoamérica. Los que han iniciado su camino ascendente en la construcción de su propia historia, y los que siempre fueron postergados y vilipendiados tendrán que ser tenidos en cuenta pese a quien le pese, como

una fuerza real en el conjunto de los pueblos del mundo”[136]. El comunicado no era casual. Como se mencionó más arriba en este mismo capítulo, desde hacía varios años el grupo del norte de Santa Fe mantenía un vínculo con la gente del Ateneo Santa Fe, y, como además se explicó en el capítulo anterior, por ese entonces algunos de los principales dirigentes del MEUC estaban confluyendo con el grupo de Ernst.

La revista *Cristianismo y Revolución* dedicó la tapa de su número correspondiente a la segunda quincena de abril de 1969 al padre Rafael Yacuzzi, uno de los principales referentes de la militancia en el norte de Santa Fe[137]. Una foto suya abarcaba prácticamente la mitad de la portada, y la otra mitad estaba ocupada por el título: “Los curas encabezan la rebelión”. El subtítulo no era menos elocuente: “Padre Rafael Yacuzzi, por el camino de Camilo Torres”. En la nota, escrita por él mismo, Yacuzzi se congratulaba de la formación del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). “Desgraciadamente —decía—, hay muchos cristianos, obispos y sacerdotes que siguen atados a sistemas y situaciones que benefician económicamente a la Iglesia pero dejando de lado los fines para los cuales la fundó Jesucristo”. Según el cura, en Argentina se notaba muy claramente esa “atadura de nuestra jerarquía con el poder constituido, con los capitales”. Los sacerdotes tercermundistas, en cambio, luchaban por la liberación del hombre, y “la pobreza es lo que más ata al hombre”. Para Yacuzzi, esa había sido la actitud de Cristo, quien había sido muerto por compartir la vida del pueblo “y porque le daba la importancia debida a los humildes y no a los grandes señores de su tiempo”. “Quien hoy participa en la lucha con los oprimidos no está en contra de la Iglesia —agregaba— sino que está viviendo su fidelidad al Evangelio, al Concilio, a Medellín y a todos los documentos que expresan claramente la obligación de comprometerse con los que más sufren”. En referencia al sacerdocio, afirmaba que el mismo daba “posibilidades de compromiso cada vez mayor en una actitud revolucionaria”, y entendía por actitud revolucionaria “una búsqueda real del cambio de estructuras: estas estructuras sociales-económicas, políticas-culturales hay que cambiarlas definitivamente porque están oprimiendo, aplastando y matando al hombre”. Luego, en un planteo similar al del documento de la Agrupación de Estudios Sociales de la Universidad Católica de Córdoba (AES) que vimos en el capítulo segundo,

Yacuzzi se preguntaba por el recurrente tema de la violencia, y concluía: “la violencia está en el monte, en las criaturas desnutridas, en los hombres que trabajan de sol a sol con el hacha para ganar 350 pesos por día que les pagan en mercaderías y en vales; ... la violencia es la falta de trabajo, ... la falta absoluta de posibilidades para enfrentar el mañana. ... La violencia es el sistema actual que necesita de las armas para mantenerse ...”. Yacuzzi extraía dos lecciones de la marcha de Villa Ocampo. En primer término, que el pueblo iba tomando conciencia “de que para enfrentar a la fuerza hay que ir con otro tipo de fuerzas”; en segundo lugar, la de “descubrir a los traidores, a los que no quieren jugarse, a los que se siguen llamando “líderes o conductores” pero que se quedan en sus casas cuando el pueblo sale a jugarse”.

En paralelo con la actividad de superficie, los militantes que en octubre de 1967 habían decidido la conformación de un grupo armado continuaron con sus planes en ese sentido. Roberto Perdía mantuvo contactos con los guerrilleros de las FAP Néstor Verdinelli y Amanda Peralta poco antes de que estos partieran a la frustrada experiencia en Taco Ralo[138]. En el último encuentro, realizado en un departamento de Buenos Aires, finalmente acordaron la integración del grupo del norte de Santa Fe a las FAP. Decidieron que en una reunión a realizarse luego del asentamiento del grupo de Verdinelli y Peralta en Tucumán, discutirían sobre la forma de participación del contingente de Perdía. Las alternativas eran dos: iniciar acciones en el norte santafesino o sumarse a la experiencia de Tucumán. Ante la prematura caída del campamento de Taco Ralo, ambas ideas quedaron trucas.

No obstante el revés, las conversaciones con la dirección de las FAP que había permanecido en Buenos Aires continuaron. En un nuevo acuerdo, decidieron que gente del grupo del norte de Santa Fe se hiciera cargo de la reorganización de las FAP en Tucumán y Salta. Como consecuencia, en abril de 1969 Hugo Medina se marchó a Tucumán, y en septiembre, Roberto Perdía dejó Reconquista para asentarse en Salta. Previamente se casó, y para borrar las huellas de los servicios de inteligencia simuló haber dejado de lado sus ideas y convicciones políticas[139].

De esta manera, desde Tucumán y Salta comenzaron la reorganización de la zona, subordinados a las FAP. Al poco tiempo, las relaciones con la

conducción residente en Buenos Aires comenzaron a tensarse. A juicio de Perdía y Medina, no se estaban analizando seriamente los sucesos de Taco Ralo, ni las causas de fondo que podían haberlos motivado, ya que el problema era atribuido a razones circunstanciales. Perdía y Medina pensaban que debía haber un trabajo político previo a la acción militar, y además no compartían el criterio de las FAP de desautorizar a quienes, en diferentes lugares del país, firmaban con esa sigla sin su previa autorización. Poco a poco, el vínculo con las FAP se fue debilitando.

2. El Grupo Sabino

2.1. José Sabino Navarro

José Sabino Navarro nació en Corrientes un año antes de que Perón asumiera como Secretario de Trabajo de la Nación[140].

Cuando la figura del entonces coronel comenzó a hacerse conocida, el padre de Sabino, que era analfabeto, se transformó en un ferviente peronista. En una ocasión llevó a su hijo a la Plaza de Mayo a escuchar un discurso del líder del Movimiento. La identificación de la familia con el peronismo se selló a fuego con un suceso ocurrido cuando Sabino todavía era muy pequeño: en una ocasión en que su madre estuvo gravemente enferma, logró salvar la vida mediante una gestión de Evita para que la trasladaran en avión a la Capital Federal y la operaran en forma urgente.

Cuando Sabino tenía doce años, su familia se mudó a Buenos Aires. Por la precaria situación económica que vivían, comenzó a trabajar como obrero desde muy joven y no pudo terminar la escuela secundaria. En 1959 conoció a la que sería su mujer en Algodonera Textil, empresa en donde ambos trabajaban. Más tarde se incorporó a una fábrica de garrafas, y entre 1962 y 1963 debió hacer la conscripción. Fueron diecisiete meses en los cuales se sucedieron golpes de estado y duros enfrentamientos dentro de las Fuerzas Armadas. Sabino pasó la mayor parte del tiempo haciendo de chofer de un oficial, aunque además recibió instrucción militar.

Cuando terminó la conscripción, Sabino ingresó en la fábrica Deutz Cantábrica (Deca), en donde tiempo después integró la comisión interna. En

1966 trabajó junto con el dirigente sindical José Rodríguez, en una lista que llevaba como candidato a Secretario General del SMATA a Dirk Kloosterman. Más adelante Sabino consideró que esos mismos dirigentes traicionaron a las bases “entregando” varias huelgas y además Rodríguez había colaborado para que finalmente lo echaran de la empresa. Por ese entonces comenzó a percibir las limitaciones de la lucha sindical en manos de una burocracia claudicante y la necesidad de incorporar métodos violentos para torcer el rumbo de los acontecimientos.

Por aquellos años, los contactos de Sabino se multiplicaron. Durante 1967 estuvo muy vinculado a militantes de la *Agrupación Peronista Lealtad y Lucha* de Córdoba, e inclusive participó del congreso de agosto del mismo año en el cual ese grupo decidió la conformación de una organización político-militar. Conoció también a Juan García Elorrio, director de *Cristianismo y Revolución*, y comenzó a participar en varias actividades dentro de ese ámbito. Como consecuencia, Jorge Gil Solá, segundo en el Comando Camilo Torres que dirigía García Elorrio, dictó cursos de capacitación en explosivos en la modesta casa de madera que Sabino tenían en San Miguel[141]. De esas prácticas participaron además los militantes de Lealtad y Lucha Elvio Alberione y Alberto Molinas. La red de contactos de Sabino se extendía además a los más conocidos exponentes de la izquierda peronista, entre ellos John William Cooke, Bernardo Albarte y Gustavo Rearte.

En el ámbito de *Cristianismo y Revolución*, Sabino conoció a Carlos Hobert, un joven con el cual trabó una relación de fuerte amistad. Hobert estudiaba Sociología en la Universidad del Salvador, y además cursaba algunas materias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su militancia en *Cristianismo y Revolución* fue intensa aunque corta[142]. En 1967 había integrado el Comando Revolucionario Universitario (CRU), que organizaba reuniones de discusión y pintadas para fechas históricas. Al año siguiente pasó a integrar los Comandos Peronistas de Liberación (CPL), nombre que había reemplazado al de Comandos Camilo Torres. A fines de 1968 fue expulsado del CPL por criticar la dirección personalista de García Elorrio.

En agosto de 1968, Sabino participó del Primer Congreso del Peronismo Revolucionario y en enero del año siguiente concurrió al

Plenario Peronista en Pajas Blancas. Para ese entonces, ya no le quedaba ninguna duda de que era necesario iniciar de inmediato la lucha armada como complemento del frente sindical y político. Junto con el resto de la Tendencia Revolucionaria, defendió ardientemente esta postura en el Plenario, aunque otros abogaban por el fortalecimiento de las organizaciones de la clase obrera militante como requisito previo esencial, o insistían en el fortalecimiento de la CGTA. Dos meses más tarde, se produjo una de las últimas apariciones públicas de Sabino, cuando fue invitado por gente del Peronismo de Base a Córdoba a intervenir en un conflicto en la empresa Renault. Sabino fue uno de los oradores en una asamblea en puerta de fábrica.

Hacia fines de 1968 José Sabino Navarro, Carlos Hobert, una mujer llamada Julia y un par de militantes más decidieron el inicio efectivo de la lucha armada[143]. El principal sostén económico del grupo era el ex seminarista y abogado laboralista Juan Carlos Falaschi, cuya quinta en González Catán solía ser utilizada como lugar de reunión.

2.2. *Gustavo Lafleur*[144]

Gustavo Lafleur nació en Buenos Aires en 1944. Cuando contaba con diecisiete años de edad fundó junto con otros adolescentes la Agrupación Juvenil de Estudiantes Secundarios. En 1963 también participó en la conformación de la Juventud Peronista Revolucionaria (JPR) junto con Eduardo Salvide. Esta organización al poco tiempo se integró a su casi homónima Juventud Revolucionaria Peronista (JRP), dirigida por Gustavo Rearte. Desde aquel entonces y por varios años Lafleur y Rearte mantuvieron una estrecha relación de amistad. En 1964 Lafleur estuvo entre los numerosos militantes peronistas que recibieron instrucción militar en Cuba. Tras el golpe de Onganía, continuó su militancia en la JRP, pero además pasó a integrar el *Centro de Estudios Theilard de Chardin*[145], dependiente de la revista *Cristianismo y Revolución*[146]. Allí conoció a Sabino, con quien también coincidió en el primer congreso del Peronismo Revolucionario.

A raíz de una charla que dio sobre historia del peronismo a mediados de 1968, Lafleur tuvo oportunidad de entablar relación con José Amorín. A

diferencia de Lafleur, Amorín era un peronista “converso” que había estado entre los fundadores de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN) en la Universidad Nacional de la Plata, lugar donde desde mediados de la década de 1960 cursaba la carrera de Medicina. En el momento en que conoció a Lafleur, Amorín estaba realizando el servicio militar en el Hospital Aeronáutico de Buenos Aires y vivía con Hilda Rosenberg en el departamento que esta última tenía en Buenos Aires.

Como muchos jóvenes radicalizados de finales de los sesenta, Lafleur y Amorín decidieron lanzarse a la actividad armada para terminar con la dictadura militar y permitir el regreso de Perón al país y al poder. Con estos objetivos, a fines de 1968 organizaron en Buenos Aires un encuentro clandestino en el que participaron otro grupo de jóvenes militantes peronistas liderado por César Gerardo Burgos y Edgardo Humberto Lombardi, y además gente venida de la Resistencia. La idea era que el grupo de Burgos y Lombardi —conocidos de Lafleur— iniciara un foco de guerrilla rural en Jujuy y que el resto los apoyara en lo que fuera necesario.

La experiencia que se pensaba poner en práctica se desarticuló en forma casi inmediata. Pocos días después del encuentro, la policía detuvo a un par de militantes del grupo de Lafleur, aunque este último, Amorín y Rosenberg escaparon por poco de las autoridades. Aparentemente habían sido delatados por los ex militantes de la Resistencia, que pertenecían a los Servicios de Inteligencia. Al grupo que se dirigió al norte del país a iniciar la guerrilla rural le fue aún peor: el 10 de febrero de 1969 Lombardi, Burgos y otros cuatro militantes fueron detenidos en Jujuy, cerca de la frontera con Salta, con algunas armas en su poder. Un vecino de Abra Santa Laura había denunciado su sospechosa presencia en la zona[147].

2.3. Fusión y búsqueda

Debido a que tenían inquietudes parecidas y estaban embarcados en experiencias similares, en enero de 1969 José Sabino Navarro y Gustavo Lafleur decidieron integrar sus pequeñas células armadas para, ahora sí, ponerse en acción. El grupo unificado decidió que quienes realizarían los operativos armados serían Sabino Navarro —el jefe del nuevo grupo—, Hobert, Julia, Lafleur y Amorín, mientras que el resto se dedicaría a tareas

de apoyo. De todas formas, las condiciones para comenzar a operar no eran las mejores: del par de pistolas con las cuales contaban, a una le faltaban balas y la otra tenía el percutor roto. Sus dos primeros operativos fueron los asaltos a una pequeña fábrica en Colegiales en la cual había trabajado Sabino y a un hotel alojamiento.

A pesar de que en los primeros meses de 1969 el grupo desarmó a un par de policías, aún estaba necesitados de mayor cantidad y calidad de armamentos. En consecuencia, hacia mediados de año decidieron y planificaron el asalto a una armería en Hurlingham. Contra la idea de Sabino de realizar el operativo a plena luz del día y a punta de pistola, se impuso la alternativa de efectuarlo de noche, inmovilizando a la señora que hacía la limpieza y dormía en una pieza ubicada en la terraza del local. Se decidió que el operativo se ejecutaría el 20 de julio, a la hora exacta del primer alunizaje. Se suponía que en el momento en que el Apolo XI aterrizara y Neil Armstrong diera los primeros pasos sobre la superficie lunar todo el mundo —incluyendo la policía— estaría mirando la televisión. Más allá de algún percance, el operativo fue un éxito y el grupo logró abastecerse de gran cantidad de armas y municiones. A partir de ese momento, realizarían numerosas acciones, fundamentalmente asaltos a policías en la calle. Hacia fines de 1969 se incorporaron al grupo que realizaba los operativos armados el abogado Juan Carlos Falaschi, un obrero metalúrgico y ex sindicalista de apellido Cevallos —alias “Pelado”— y “Tito” Veitzman, que al igual que Amorín era médico y ex dirigente de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN)

A pesar de la frecuente actividad armada, los integrantes del grupo no tenían en su cabeza el desarrollo de una estrategia foquista, sino más bien insurreccionalista. Pensaban que la lucha armada cumplía un rol esencial, pero sobre todo como arma psicológica que le daba ánimo a la población. No creían que fuera casual, por ejemplo, que las puebladas de mayo de 1969 hubieran estado precedidas por una cantidad inusualmente alta de operativos armados durante el mes anterior[148].

Debido a su idea de una estrategia de lucha en diversos frentes, todos los integrantes de la célula mantenían su actividad política e intentaban desarrollar un grupo de superficie propio. Por otra parte, estos ámbitos eran

vistos como la fuente de reclutamiento de futuros combatientes. Lafleur y Sabino militaban dentro de sectores del peronismo revolucionario. Amorín frecuentaba a un grupo de siete u ocho activistas de diferentes facultades de la Universidad de La Plata, que a su vez participaban en agrupaciones estudiantiles. Carlos Hobert, por su parte, trabajaba con un grupo de jóvenes peronistas en Morón, cuyo contacto era un viejo peronista que trabajaba en la fábrica metalúrgica La Alámbrica. Con motivo de estas actividades, el 9 de octubre de 1969 Hobert y Graciela Daleo —una ex compañera suya en los Comandos Peronistas de Liberación— fueron detenidos por la policía mientras repartían volantes de la CGTA en la puerta de la fábrica y estuvieron quince días presos por infracción a un edicto policial.

El objetivo final de la célula dirigida por Sabino Navarro era el regreso de Perón al país. Todos creían que el peronismo era revolucionario, pero no porque su vuelta al poder devendría necesariamente en la propiedad colectiva de los medios de producción, sino porque la sola idea de una drástica redistribución de la riqueza en favor de los sectores populares implicaba un cambio radical en las relaciones de poder.

Entre los operativos armados y la actividad política se fue el año 1969. La magra estructura militar del grupo, pero sobre todo la ambición de sus objetivos, ameritaban integrarse con alguna otra experiencia similar. Como sucedía con la mayoría de los grupos peronistas de estas características, la idea original de sus militantes era sumarse a las FAP. De hecho, Sabino y Lafleur conocían a varios de sus dirigentes. El destino, de todas formas, tenía otros planes para ellos y en enero de 1970 retomarían un contacto que cambiaría en forma drástica la dinámica de los acontecimientos.

Capítulo cinco

Grupo Fundador

1. Comando Camilo Torres de Buenos Aires[149]

Carlos Mugica provenía de una familia de clase alta que vivía en Barrio Norte[150]. En 1948 y con dieciocho años de edad, ingresó a estudiar abogacía en la Universidad de Buenos Aires. Tres años después se dio cuenta de que su vocación era el sacerdocio, e ingresó al Seminario Metropolitano. En el ámbito político, Mugica y toda su familia eran fervientes antiperonistas. Por su militancia en ese sentido, en 1955 su padre estaba prófugo y sus dos hermanos presos. Siendo aún seminarista, Mugica participó del júbilo de las católicas y pudientes familias de Barrio Norte ante la caída de Perón, pero pocos días después vivió un hecho que cambió para siempre su concepción política. Cuando ingresaba a un humilde conventillo con cuyos habitantes trabajaba desde hacía un par de años, leyó en una de las paredes de ingreso, escrito con tiza y en letras bien grandes: “Sin Perón, no hay Patria ni Dios. Abajo los cuervos”, expresión esta última que sin duda hacía referencia a los sacerdotes y su negra sotana. Para Mugica fue como un mazazo. El segundo golpe lo recibió al darse cuenta de que la gente del conventillo, la gente del barrio, estaba triste. “Si la gente humilde está de duelo —pensó Mugica—, yo estoy en la vereda de enfrente”. Una parte de su mundo se derrumbó.

Mugica se ordenó sacerdote en 1959. Entre las actividades de sus primeros años como cura, ofició de secretario privado del arzobispo de Buenos Aires y primado de la Argentina, cardenal Antonio Caggiano. En octubre de 1963, cuando Arturo Illia fue elegido presidente en elecciones en las cuales el peronismo fue proscripto una vez más, Mugica expresó en uno de sus sermones: “Hoy es un día triste para el país, una parte importante del pueblo argentino ha sido marginado de los comicios y será

dirigido por un hombre a quien sólo votó el dieciocho por ciento de los electores”. Fue el final de su trabajo junto a Caggiano.

Al poco tiempo, dedicó una parte de sus días a trabajar de asesor de la Juventud Estudiantil Católica (JEC) en el prestigioso Colegio Nacional Buenos Aires. Mugica transmitía a los estudiantes su convicción de que, siguiendo el ejemplo de Cristo, el compromiso de un verdadero cristiano debía ser con los pobres. Por eso mismo los llevaba a realizar tareas sociales a barriadas humildes de la ciudad. Centro Catedral era el nombre de la JEC en el Nacional, y de la misma participaban, entre otros estudiantes, Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus y Mario Eduardo Firmenich[151]. Los tres jóvenes de clase media trabaron un importante vínculo entre sí, a través de una relación de amistad y de una militancia cristiana compartida. Escuchaban atentamente lo que les decía Mugica y trataban de llevarlo a la práctica. Abal Medina terminó sus estudios en el Nacional Buenos Aires en 1964 y comenzó a cursar economía política en la Universidad de Buenos Aires al año siguiente. Junto con otros compañeros fundó la agrupación estudiantil *Movimiento Universitario Popular* (MUP) y tuvo una activa participación en diferentes conflictos gremiales de la época, como el que afectó a los portuarios en octubre de 1966. Ramus y Firmenich eran dos años menores que Abal, pero los contactos entre ellos y con Mugica continuaron en actividades fuera del colegio.

En febrero de 1966, Acción Misionera Argentina organizó una misión a Tartagal, un pueblo en el norte de Santa Fe. Mugica asistió como asesor espiritual, y Mario Firmenich y Gustavo Ramus como misioneros. Al igual que Santa Ana, donde estaba radicado el cura Rafael Yacuzzi, Tartagal era un pueblo fantasma de La Forestal. En el lugar había cuarenta o cincuenta ranchos muy precarios, una escuelita y un galpón. Los misioneros iban en parejas a visitar vecinos, les hablaban de Dios y su bondad y les preguntaban por sus problemas más urgentes. Quedaron muy impresionados cuando, a raíz de que una tormenta le había volteado el rancho, un hachero les dijo: “¡Qué me van a hablar de Dios, si mis chicos se están muriendo de hambre!”.

El cura Mugica les repetía que el hambre y la pobreza no iban a terminar porque sí, que la burguesía no iba dejar sus privilegios porque sí,

si nadie los obligaba. Hablaba de una revolución, pero no de una revolución espiritual sino política, y les decía que quizás esa revolución tuviera que ser violenta, porque la violencia de arriba engendraba la violencia de abajo, pero que la explotación del hombre por el hombre era la peor violencia que existía. Contra esa violencia de la burguesía —acotaba— a veces el pueblo no tiene más remedio que ejercer su propia violencia revolucionaria. En el concepto de Mugica, el amor a Dios consistía, decididamente, en el amor al prójimo. Los misioneros estaban descubriendo un mundo nuevo y la idea de que ellos también eran responsables de él. Mugica les decía que había que ligar el compromiso cristiano con el compromiso terrenal, citando parábolas del Evangelio. El tema del compromiso con el otro estaba en todas partes. Por las noches, era frecuente que el grupo se reuniera alrededor de un fogón, con algunos de los pobladores, a cantar. Ramus y Firmenich formaban un animado dúo folclórico.

Un noche, alguien llegó con una revista donde decía que en Colombia habían matado al cura guerrillero Camilo Torres, y la noticia causó conmoción. También llegaban al lugar numerosas visitas, como la del abogado Roberto Perdía, quien hacía un tiempo se había instalado en la cercana Reconquista. Todos hablaban de lo mismo: hasta cuándo había que soportar tanta miseria, que eso era intolerable, que había que hacer algo. La palabra revolución, aunque no siempre con el mismo significado, se repetía una y otra vez. Hacia el final de la misión, los participantes convocaron a una reunión de todos los pobladores. Los hacheros iban diciendo sus reclamos y alguien tomaba nota. Después los pasaron en limpio en unas hojas y los hacheros fueron pasando a firmar uno por uno. Casi todos ponían el dedo, porque eran analfabetos. Un grupo de misioneros se fue a Reconquista a presentar el petitorio a monseñor Iriarte, el obispo local.

Parte del grupo continuó frecuentándose después de la misión. Lo hacían en las misas que Mugica oficiaba en el cuarto de servicio de la terraza de la casa de sus padres, donde vivía, y en la misa universitaria en la capilla del Hospital de Clínicas. Fernando Abal Medina participaba en todas estas actividades. Hacía un tiempo había conocida a quien era su novia, la ex militante del Partido Comunista Norma Arrostito. Abal Medina y Arrostito, a su vez, frecuentaban al ex seminarista Juan García Elorrio, y

los tres habían militando un tiempo en Acción Revolucionaria Peronista (ARP), conducido por John William Cooke.

Hacia 1966 García Elorrio concibió la idea de editar la revista *Cristianismo y Revolución*, y Abal, Arrostito, Ramus y Firmenich participaron de los preparativos para el lanzamiento. Cuando la revista vio la luz, los cuatro jóvenes buscaban ejemplares en la casa de García Elorrio y su mujer, Casiana Ahumada, y las vendían en la universidad o en las reuniones de jóvenes cristianos. Las actividades eran múltiples, y en una época en donde no era inusual que se reprimieran las manifestaciones, no estaban exentas de algún riesgo. En septiembre de 1966, a raíz de una charla finalmente prohibida del obispo tercermundista brasileño dom Helder Camara, se produjeron hechos de violencia y Fernando Abal Medina cayó preso con un portafolios lleno de ejemplares de *Cristianismo y Revolución*. Pasó la noche en una comisaría y lo soltaron a la mañana siguiente. Para ese tiempo ya todos estos jóvenes militantes, convencidos de que un verdadero cristiano debía identificarse con los pobres, habían asumido la identidad peronista.

A comienzos de 1967, la gente de *Cristianismo y Revolución* comenzó a organizar el Comando Camilo Torres, del cual participarían Abal Medina, Ramus, Firmenich y Arrostito. La aparición pública del comando fue planificada para el 1º de mayo en la Catedral Metropolitana, en el *Tedeum* que con motivo de día del Trabajador oficiaría el arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Antonio Caggiano. Caggiano era considerado todo un símbolo de la Iglesia preconiliar, jerárquica y cerrada. En septiembre de 1962, en vísperas de su partida hacia el Concilio en Roma, consideró necesario lanzar a los jóvenes reformadores una dura admonición: “reformas de la Iglesia no; reformas en la Iglesia, sí”[152].

Por otra parte, a los pocos días del golpe de Onganía, Caggiano concurrió a la asunción de los nuevos ministros y el Escribano Mayor del Gobierno lo invitó a firmar el acta de asunción del Canciller Nicanor Costa Méndez. El hecho se repetiría en varias ceremonias oficiales, y los cristianos que reclamaban una Iglesia comprometida con los pobres y no con el poder no pudieron verlo sino como un verdadero insulto[153].

Antes de que el Cardenal Primado comenzara el oficio por el día del trabajador, García Elorrio y varios jóvenes se sentaron en diferentes

lugares de la Catedral. En el transcurso de la misa, desde varios lugares arrojaron volantes con la siguiente oración: “Señor Jesús: en este día doloroso para nuestra patria, en que los trabajadores no pueden expresar libremente las angustias de sus familias y sindicatos frente a la acción devastadora de un plan económico al servicio del capitalismo, del imperialismo, de las oligarquías, y en contra del pueblo, Te pedimos Señor: que las libertades sindicales destruidas por el gobierno sean recuperadas definitivamente por y para la clase trabajadora mediante la organización y la lucha revolucionaria. Que la sangre de todos los mártires del trabajo, ... nos impulse y aliente en medio del abandono y traición a la clase trabajadora por parte de sus falsos dirigentes. Que seamos dignos de nuestra conciencia cristiana para luchar siempre junto a los que padecen explotación e injusticia, que son los que exigen nuestra solidaridad hasta sus ultimas consecuencias”[154]. El volante estaba firmado por el Comando Camilo Torres.

Antes del evangelio, García Elorrio se paró y caminó hacia uno de los micrófonos con la intención de leer la oración. Apenas sí pudo comenzar, ya que un grupo de gente lo interrumpió y fue conducido a uno de los laterales de la Catedral. La misa prosiguió, y cuando el Cardenal dio su sermón, señaló que se estaba asistiendo a un acto “eminente religioso”, en el cual pensaba dirigir palabras fruto de su mejor “buena voluntad”, para agregar que de ningún modo era propio, en tal circunstancia, “hacer publica expresión de ideas políticas, ni siquiera por vía de oraciones”. Cuando concluyó el oficio, Juan García Elorrio se acercó a Caggiano, quien le dijo que haría lo posible para hablar con las autoridades a cargo de la seguridad, y encabezando la comitiva, salió del templo. Ya en la calle se produjeron incidentes entre un grupo de jóvenes identificados como integrantes de Tacuara y “neoperonistas” por un lado y la policía por el otro[155]. El director de *Cristianismo y Revolución*, escudándose tras el Cardenal, se resistía a la acción de las fuerzas de seguridad, que querían detenerlo. Todo concluyó cuando Caggiano, que procuraba calmar los ánimos, recibió un golpe en el pecho y García Elorrio quedó separado del grupo que integraban el arzobispo y otros sacerdotes. El director de *Cristianismo y Revolución* fue detenido junto con otras once personas. Al día siguiente diez recuperaron su libertad, incluida Casiana

Ahumada, pero el ex seminarista y Fernando Abal Medina fueron condenados a treinta días de arresto.

Entre sus actividades habituales, los integrantes del Comando Camilo Torres asistían a charlas que se daban en la casa de Casiana Ahumada. Los disertantes eran personajes de la talla de Gonzalo Cárdenas y Gustavo Roca. Por otra parte, el comando se reunía periódicamente a debatir sobre política. Discutían la idea de los comunistas de una revolución por etapas, y coincidían en que era inaplicable en un país como la Argentina. Pensaban además que la única posibilidad de la revolución pasaba por el peronismo, porque los trabajadores eran peronistas, y esto era otra cosa que la izquierda nunca terminaba de aceptar, con sus “modelos de salón, perfectos, europeos”. Debatían acerca de la burguesía nacional y su inserción en ese proceso, que cada vez parecía más lejana, y acerca de las ideas del *Che* Guevara, como por ejemplo su tesis del odio como factor de lucha, interpretando que en realidad el odio al que hacía referencia en *Che* era la forma más alta del amor.

A mediados de 1967, el Comando Camilo Torres estaba compuesto por unos treinta militantes, casi todos de menos de veinticinco años de edad. Se dividían en células de tres niveles distintos: un nivel de superficie, un nivel intermedio y el nivel militar. El Camilo usaba la clásica organización en pirámide de muchas organizaciones revolucionarias, donde cada cual, en teoría, sólo conocía a sus compañeros de célula, a su responsable y, si tenía una célula a cargo, a sus subordinados. Pero, en realidad, muchos de ellos se conocían de antes y sabían que estaban formando parte del mismo grupo. Pese al nombre, no se suponía que sus militantes tuvieran que ser cristianos. De hecho había algunos que nunca lo habían sido, como Norma Arrostito. Pero la mayoría estaba de acuerdo con las posiciones de la Iglesia tercermundista, aunque iban más allá: suponían que la violencia iba a ser necesaria para lograr sus objetivos, pensaban en organizar una guerrilla rural en Santa Fe o Tucumán, y tomaban como modelo a la revolución cubana. También se identificaban con un peronismo que todavía resultaba bastante vago. Algunos miembros del Comando militaban en villas miseria del gran Buenos Aires y otros en las universidades, pero con la idea de que esos espacios servían para reclutar cuadros para la organización. Por otra parte, producían materiales para la discusión, organizaban volanteadas y

actos relámpago y se ocupaban de la edición y distribución de *Cristianismo y Revolución*.

En esos meses, Abal Medina, Ramus, Firmenich y Arrostito se habían ido distanciando del cura Mugica. Cuando debatían si la violencia era moralmente lícita, Mugica —pensaban los jóvenes— ponía demasiados reparos. Para ellos el problema aparecía nítido: si la oligarquía y el imperialismo utilizaban la violencia para explotar al pueblo, ¿por qué razón el pueblo no tenía derecho a responder con la violencia para conquistar su liberación? Estas diferencias produjeron la disolución del grupo de debate que integraban los ex estudiantes del Nacional Buenos Aires, otros militantes y Mugica[156]. Los cuatro jóvenes continuaron su militancia en el Comando Camilo Torres.

En julio de 1967, el Comando participó en la organización de un encuentro de militantes de distintos lugares del país que compartían visiones políticas similares. Firmenich y Abal Medina habían viajado por todo el interior invitando gente. El encuentro se realizó en Quilmes. Concurrieron, entre otros, Emilio Maza e Ignacio Vélez, del Comando Camilo Torres de Córdoba, Marcelo Nívoli, del Ateneo Santa Fe, Armando Jaime, de Salta y el abogado Roberto Perdía, a quien Firmenich y Ramus habían conocido en la misión de Tartagal realizada en febrero del año anterior. En las discusiones se enfrentaban dos posturas sobre cómo se podría derrotar a la dictadura de Onganía y tomar el poder. Estaban los que defendían la vía insurreccional y los que apostaban al establecimiento de un foco guerrillero. El Camilo, uno de cuyos voceros fue Fernando Abal Medina[157], defendía la teoría del foco, y la discusión fue bastante apasionada. Pese a las diferencias, muchos de los asistentes al encuentro decidieron intentar una coordinación de sus acciones, y se trabaron relaciones que durarían años. Apenas terminado el encuentro, Juan García Elorrio se fue a La Habana, a la primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Al tiempo quiso volver al país pasando por Chile, pero fue detenido en Santiago por llevar un documento falso. Al cabo de unos días lo deportaron al Uruguay, donde debió permanecer varios meses.

El 26 de julio, aniversario de la muerte de Evita y del asalto al cuartel Moncada en Cuba, y el 22 de agosto, aniversario del “renunciamento” de

Evita y del secuestro de Felipe Vallese, el Comando Camilo Torres realizó volantes en la Capital Federal. Los volantes del 22 de agosto iban firmados *Comando Camilo Torres-Juventud Peronista*. Para el 17 de octubre, varios grupos peronistas y afines decidieron coordinar sus acciones: la Juventud Revolucionaria Peronista (JRP) de Gustavo Rearte, la Acción Revolucionaria Peronistas (ARP) de Cooke, el Movimiento de la Juventud Peronista (MJP) del El Kadri, Baluarte e incluso Guardia de Hierro, que estaba más a la derecha y no solía mezclarse con ellos, además de otros grupos del interior del país.

Hacia fines de 1967, Abal Medina y Ramus le pidieron una entrevista a Envar El Kadri, que estaba organizando las FAP. El encuentro se realizó en una pensión de estudiantes del Once. El Kadri les dijo que ya había llegado la hora de pasar a la acción, y que si no existían las condiciones objetivas había que crearlas con el esfuerzo y el arrojo de los precursores. El foquismo era eso: la confianza de los militantes en que su iniciativa podía cambiar la situación general y llevarla a una “etapa revolucionaria”. Además —decía El Kadri— tampoco era tan seguro que las condiciones no estuvieran dadas. Lo que era seguro era que si no lo intentaban, nunca iban a saber si estaban o no estaban. El histórico militante les hablaba con un dejo de paternalismo. Los integrantes del Comando le pidieron cursos de guerra revolucionaria y El Kadri aceptó, delegando en otro compañero la tarea.

2. Comando Camilo Torres de Córdoba[158]

En los años posteriores al derrocamiento de Perón, mandar un hijo al Liceo Militar General Paz era un objetivo corriente dentro de las familias tradicionales de la sociedad cordobesa. El Liceo contaba con un inmenso Patio de Armas, en cuyo centro estaba el mástil con la bandera argentina, y en el cual los cadetes se ejercitaban para desfiles y homenajes. Todos los discursos y actos en la Plaza de Armas terminaban de la misma manera: “¡Subordinación y valor!”, gritaba el superior, “¡para defender a la patria!”, respondían a coro cientos de juveniles gargantas. La vida dentro del lugar era similar a la del resto de los liceos del país: levantarse al alba, disciplina estricta, mucho deporte y estudio, nociones de guerra, manejo de

armamentos en combate terrestre, prácticas de tiro, desfiles en fechas patrias y concursos interliceos anuales en múltiples disciplinas[159].

En materia académica, el peso de charlas sobre la guerra contrarrevolucionaria en contra del “enemigo rojo” era abrumador. Las lecturas recomendadas iban desde las obras de Hugo Wast, escritor nacionalista antisemita, a *Los protocolos de los sabios de Sión*.

Hacia fines de la década del cincuenta, lo que tal vez distinguía al General Paz del resto de los liceos era el perfil de su capellán. El cura Carlos Fuganti se inscribía dentro de la línea reformadora de la Iglesia, lo mismo que su sucesor, el carismático Fulgencio Rojas. Ambos establecieron un excelente vínculo con varios liceístas, entre ellos Emilio Angel Maza, Héctor Araujo, Ignacio Vélez y José Alberto Fierro. Por aquel tiempo, Rojas organizó un grupo de cadetes con vocación de servicio. Los instruía en filosofía e historia, organizaba debates grupales sobre diversos temas y los arengaba desde el púlpito en las misas que se celebraban en el lugar. También organizaba tareas fuera de la institución para brindar ayuda solidaria y apoyo espiritual a los habitantes de los barrios marginales de Córdoba. El impacto de estas experiencias en muchos de los liceístas fue profundo. Rojas, al igual que Mugica, buscaba despertar en los jóvenes un sentido de compromiso con la realidad que los circundaba, en particular con los desposeídos de una sociedad injusta. Por ese entonces, Emilio Maza, a quien apodaban “el gordo”, se perfilaba como líder dentro del grupo de cadetes. Héctor Araujo era amigo de la infancia y compañero de camada de Emilio, y ambos egresaron del Liceo en 1961. Ignacio Vélez, hijo de una familia tradicional de Córdoba, y José Fierro, eran dos años menores, y culminaron el Liceo en el año 1963.

En 1962 Maza inició sus estudios de medicina en la Universidad Nacional de Córdoba. Al poco tiempo comenzó a militar dentro del integralismo, y hacia mediados de la década del sesenta era uno de sus principales dirigentes. Su amistad con Araujo y Vélez se mantuvo fuera del Liceo. Uno de los puntos de encuentro era el Hogar Sacerdotal, en el cual vivía el cura Rojas. En el Hogar recibían la visita frecuente del obispo auxiliar de Córdoba, monseñor Angelelli. Por ese tiempo se incorporó a las charlas y debates Cristina Liprandi, novia de Vélez desde hacía varios años. Desde aquel entonces el grupo se identificaba con el peronismo, visto

como único “sujeto histórico” capaz de llevar adelante la revolución “nacional y popular”.

En agosto de 1966 Maza, como dirigente del integralismo, estuvo entre los organizadores de la huelga de hambre en la Parroquia Universitaria Cristo Obrero. Existían contactos previos entre su grupo y la gente de la Parroquia debido a que esta última estaba comunicada mediante un pasadizo con el Hogar Sacerdotal donde habitaba Rojas. Inclusive el cura Rojas ofició una misa para los huelguistas[160]. Cuando se levantó la huelga y se conformó el Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO), Maza, Vélez, Araujo y Liprandi se incorporaron al mismo.

A mediados de octubre, Maza y Vélez concurren al Encuentro Nacional Social Cristiano realizado en Unquillo, Córdoba, junto con diversos grupos políticos y sindicales del país[161].

En el evento se encontraron con Juan García Elorrio, y en el debate defendieron la misma postura del director de *Cristianismo y Revolución*. Los tres quedaron en franca minoría frente a la postura general, que de acuerdo a García Elorrio buscaba “la creación de una forma política adecuada a las circunstancias legales y apta para ser ofrecida al gobierno como un “partido católico”“. La diferencia fue tal que al ex seminarista ni siquiera le permitieron leer su “Declaración de Unquillo”, en la que señalaba: “Toda verdadera revolución debe hacerse con la participación activa de la clase trabajadora y en dirección al cambio total del sistema, de sus estructuras mentales burguesas y de su contexto socioeconómico capitalista (...) Destruir la estructuración institucional del sistema significa acabar con la propiedad privada de los medios de producción, para lo cual es imperiosa la socialización de los mismos, terminando así con la libre competencia y la estratificación clasista de la sociedad (...) Es hora de que el cristianismo sea piedra de escándalo y no contraríe las enseñanzas evangélicas. Su palabra no debe ensuciarse con una tibia crítica formal. Debe ser un alarido que enrostre a las minorías privilegiadas su rastrera inmoralidad, y provea a las mayorías pobres de un aliento revolucionario que les permita emerger de la mediocridad y miseria en que han sido confinadas. Sólo así podremos realizar el amor por todos”[162]. Por ese tiempo, Maza y Vélez ya pensaban que la única manera de ayudar verdaderamente a los más necesitados no era a través de la tarea solidaria,

sino cambiando de raíz el “sistema”. El encuentro marcó el inicio de una fluida relación de los jóvenes con García Elorrio.

De acuerdo a lo relatado en el capítulo segundo, hacia fines de 1966 los integrantes del MUCO percibieron que la lucha estudiantil era sectorial y por lo tanto insuficiente. Querían desembarazarse de esta limitación y con ese objeto convocaron a un congreso. Tras un arduo debate, la enorme mayoría de los integrantes del MUCO decidió volcarse al trabajo de base, y formó la *Agrupación Peronista Lealtad y Lucha*. El pequeño grupo de Maza se separó de la experiencia por sostener la prioridad absoluta de la lucha armada, ya que creían en la violencia como el más eficaz “generador de conciencia” para las masas populares. En ese tiempo, el grupo estrechó sus lazos con García Elorrio, y pasó a formar parte del Comando Camilo Torres en Córdoba.

La militancia en el Comando Camilo Torres durante el año 1967 posibilitó que conocieran a otros jóvenes con inquietudes similares de diferentes lugares del país, entre ellos Fernando Abal Medina, Mario Firmenich y Gustavo Ramus. En julio de ese año, Vélez y Maza asistieron al encuentro realizado en Quilmes, del cual surgió un comunicado que García Elorrio llevó al encuentro de la OLAS, en Cuba. El documento enumeraba varias conclusiones, entre ellas: “Que la solución de los problemas que afectan a la realidad nacional, con sus conocidas consecuencias de desocupación, hambre y miseria para vastos sectores populares, trasciende el marco económico y se sitúa en el terreno de lo político, donde se manifiesta la total dependencia de la vida nacional a los arbitrios del imperialismo; Que las clases populares son sistemáticamente marginadas del ejercicio del poder, especialmente desde septiembre de 1955. Esta circunstancia se une al hecho de que la democracia burguesa agotó completamente todas sus instancias para hacer efectiva una salida electoral; Que de lo anterior se infiere que la toma del poder por el pueblo, indispensable para resolver el problema en el plano planteado y tomar posesión de su país, se vuelve imposible de conseguir por medios pacíficos; Que la política postulada para superar el estancamiento y dependencia del actual sistema, sólo puede darse en el plano de la lucha armada, continuando y profundizando la lucha antioligárquica antiimperialista iniciada por el peronismo. Así se hará posible la

instauración de un régimen socialista en nuestra patria, caracterizado por la originalidad que le dará su aplicación a partir de la realidad nacional y latinoamericana”[163].

3. La integración de los foquistas

El Comando Camilo Torres era la experiencia más radicalizada dentro del cristianismo posconciliar en la Argentina. Proponía el fin de la propiedad privada y manifestaba abiertamente que la única manera de conseguir un régimen socialista era a través de la lucha armada. Estas posturas los distinguían de otros grupos. No obstante ello, aún dentro del Comando había un sector que cuestionaba la demora en el inicio de la actividad armada. De García Elorrio les disgustaba además que asumiera un liderazgo personalista, pero sin dudas habrían mitigado su resquemor si el ex seminarista se hubiera lanzado a la organización de un foco rural. En esa crítica estaban emparentados los grupos de Abal Medina y Maza.

A comienzos de 1968, Fernando Abal Medina, Norma Arrostito y Emilio Maza fueron enviados por el Comando Camilo Torres a recibir instrucción militar en Cuba. Una vez en la isla, retomaron las críticas a la conducción de García Elorrio y decidieron romper. Creían que al ex seminarista sólo le interesaba seguir sacando la revista y que no hacía nada para construir el foco. En Buenos Aires y Córdoba, los integrantes de sus respectivos círculos los siguieron en la decisión. La ruptura fue bautizada dentro de *Cristianismo y Revolución* como la “rebelión de los enanos”, por la escasa altura de la mayoría de los rebeldes.

Desde el momento de la ruptura el grupo se lanzó decididamente a la acción armada. Las células de Córdoba y Buenos Aires mantenían una relativa autonomía, aún cuando Maza pasaba largas temporadas en Buenos Aires. Durante 1968 se fueron incorporando al grupo algunos militantes más. A la célula cordobesa se sumaron José “Pepe” Fierro, Carlos Capuano Martínez, Luis Alberto Lozada, Alejandro José Yofre y Susana Graciela Lesgart. Fierro había sido compañero de Vélez en el Liceo Militar y desde entonces mantenían una relación de amistad. Capuano provenía de una familia tradicional de Córdoba, era estudiante de arquitectura y amigo de Vélez, y frecuentaba el estudio jurídico de Gustavo Roca, al igual que el

grupo de Maza. Yofre y Lesgart eran novios, venían del trotskismo y durante 1966 —siendo todavía estudiantes secundarios— ingresaron al

Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), del cual se desvincularon a mediados de 1967[164]. Ambos establecieron el contacto con el grupo de Maza a partir de encuentros en el estudio de Gustavo Roca. Finalmente, Lozada era un militante cristiano vinculado a la parroquia del barrio Bella Vista, a cargo del cura Fuganti —quien a su vez había sido capellán del Liceo Militar— y se encontraba con frecuencia con algunos de los ex cadetes. Al grupo de Buenos Aires se incorporó Carlos Alberto Maguid, que trabajaba de fotógrafo para Canal 11, y era cuñado de Norma Arrostito. Maguid estaba casado con Nélida Nora Arrostito, quien también participó de varios encuentros de la célula porteña. La mayoría de los guerrilleros tenía además colaboradores no incorporados a la estructura y que el resto no conocía, una especie de reaseguro para situaciones de riesgo. Algunos de ellos, inclusive, realizaron alguna operación paralela a las de las células principales. En una estructura diseñada sobre todo para llevar a cabo operaciones armadas, el secreto y la discreción eran altamente valorados por todos.

Las operaciones armadas se llevaban a cabo en Buenos Aires y Córdoba, siendo las más comunes los desarmes a policías. Uno de los operativos de mayor repercusión fue el asalto realizado el 2 de abril de 1969 por la célula cordobesa al polígono del Tiro Federal de Córdoba, del cual se llevaron numerosas armas y municiones[165]. Al día siguiente, una nota en el diario *Clarín* titulaba: “El Golpe al Polígono: ¿Fueron extremistas o solo ladrones?[166]. Por razones de seguridad, las operaciones todavía no se firmaban, pero las características de algunos hechos y varios antecedentes hacían sospechar a las autoridades sobre la presencia de organizaciones con fines políticos. Los riesgos de este tipo de actividad, desde ya, no eran menores.

Tras el asalto al polígono, la célula cordobesa convino con la célula porteña en entregarle las armas ya que esta última estaba en mejores condiciones para conservarlas. Las armas fueron escondidas en un doble fondo del baúl del auto de Ignacio Vélez, y arriba colocaron cajas con golosinas del kiosco que el dueño del auto mantenía como fachada en Córdoba. Con Maza al volante, acompañado por Vélez y Susana Liprandi,

partieron rumbo a Buenos Aires. A la altura de Rosario, volcaron debido a una distracción de Maza, provocando que un micro de pasajeros que venía de frente se detuviese a socorrerlos. Mientras intentaban dar vuelta el auto con la ayuda de la gente, Susana repartía caramelos entre todos intentando restarle dramatismo a la situación. Pasado el percance pero con los nervios a flor de piel y el auto sin parabrisas, con el techo hundido y una rueda ladeada, consiguieron un teléfono, llamaron a Fernando Abal Medina y quedaron en encontrarse en un punto de Rosario. Una vez allí, Abal Medina apareció en un auto acompañado por Gustavo Ramus, los condujo a una calle semi desierta y, sin dudar, traspasó las armas a su propio vehículo. A los cordobeses les llamó la atención la decisión y la frialdad de Abal, comentando entre ellos esta actitud. Finalmente, la célula porteña llevó las armas a la estancia *La Celma*, que la familia de Gustavo Ramus poseía en Timote, al oeste de la provincia de Buenos Aires.

Cada operativo era preparado minuciosamente, y los mismos tenían un doble propósito. Por una parte, foguear a los cuadros en la acción, y por la otra, conseguir armamento para la conformación del foco armado. Las acciones serían asumidas públicamente cuando el grupo se sintiera preparado para dar un paso que necesariamente aumentaba los riesgos. Por el mismo motivo, este grupo se desvinculó casi completamente del trabajo de base. Su tarea se reducía sobre todo al accionar armado. En aquel tiempo no tuvieron ninguna baja y no hay ningún indicio de que hayan sido detectados como grupo político por las autoridades. Por lo menos para un lugar no tan grande como Córdoba, ello implicó seguramente cierta dosis de buena fortuna para la célula cordobesa, por cierto la más activa.

Los militantes intentaban aparentar una vida “normal”, alejada de los avatares de la política. A menos que por alguna circunstancia puntual ello no fuera posible, para sus familias, amigos y conocidos eran jóvenes comunes y corrientes, que hacían su vida sin molestar al resto. Para las tareas clandestinas, utilizaban nombres de guerra, y regía el principio de la compartimentación: idealmente, nadie debía conocer la identidad del resto, ni ningún dato que no fuera estrictamente necesario para la operatividad del grupo. Desde ya que por los numerosos vínculos previos ello muchas veces resultaba una mera ilusión, pero la medida podía ser aplicada con mayor eficiencia cuando los militantes provenían de distintas ciudades, sobre todo

si el conocimiento mutuo era posterior a la implementación de las rigurosas normas de seguridad. En ese caso, era perfectamente posible que un guerrillero no supiera el nombre de otro a quien frecuentara. Por otra parte, como se mencionó, muchas veces los guerrilleros mantenían vínculos paralelos que eran desconocidos por el resto, siempre por razones de seguridad. Esto era muy habitual entre militancias “cruzadas”: difícilmente un miembro de la célula de Buenos Aires conociera a todos los integrantes de la célula de Córdoba, y viceversa. Y entre los integrantes de una misma célula podía haber actividades y contactos que el resto desconocía.

Los contactos políticos en general se daban con grupos en condiciones similares a las suyas, y los encuentros tendían a ser cortos y entre no más de tres o cuatro personas. A mediados de 1968, por ejemplo, Abal Medina y Firmenich, integrantes de la célula porteña, coordinaron un encuentro con Envar el Kadri, quien estaba preparando la incursión de las FAP a Tucumán. Desde ya que el Kadri no les dijo nada al respecto, pero en cualquier caso los ex Camilos se mostraron reacios a avanzar en caminos de integración, por lo menos en ese momento[167]. En Córdoba la actividad de superficie se limitaba a alguna volanteada o a la participación en actos organizados por Atilio López o Agustín Tosco.

Los jefes en Buenos Aires y Córdoba eran Fernando Abal Medina y Emilio Maza respectivamente. Sobre el peronismo, Abal Medina se alineaba en una postura mas bien “movimientista”, que reconocía el liderazgo de Perón y suponía que a través de la creación de un Ejército Peronista el regreso del líder al país y al poder era posible. Maza tenía en ese sentido una visión un poco menos rígida, pero también suponía que en ese momento eran necesarios hechos espectaculares que despertaran la conciencia del pueblo peronista[168]. Tanto Abal Medina como Maza criticaban la actitud acomodaticia y poco combativa de muchos dirigentes peronistas, e inclusive tildaban de traidores a algunos de ellos, pero suponían que este problema se iría resolviendo a través de la propia dinámica que la lucha armada imprimiría a los acontecimientos. En ese sentido, podría decirse que no distinguían demasiados matices dentro del Movimiento Peronista, o en todo caso que los diferentes matices no remitían a diferencias profundas. En lo que se refiere a estrategia militar, Abal Medina pensaba que era necesario establecer un foco rural, pero la

célula de Córdoba no compartía esta idea. La célula de Buenos Aires siguió explorando esa posibilidad hasta bien entrado el año 1969, aún cuando para ese entonces la estrategia de guerrilla rural se había ido desprestigiado aceleradamente a partir de la muerte del *Che* en Bolivia, del fracaso de Taco Ralo y de la potencialidad que el Cordobazo había demostrado para la lucha urbana. De hecho, en la segunda mitad de 1969 Mario Firmenich y Gustavo Ramus, con la excusa de comerciar hacienda, pasaron unos meses en Vera, al norte de la provincia de Santa Fe. El verdadero motivo era la exploración para evaluar las posibilidades de instalar un foco rural en la zona. Sobre finales de ese año, la idea ya estaba prácticamente archivada. El combate se daría en las junglas de cemento.

Capítulo seis

De la opción por los pobres a la opción por las armas

1. Las etapas de un largo recorrido

Los *grupos* que hemos analizado en los capítulos precedentes fueron el emergente de un fenómeno extendido y dinámico que recorrió la década de 1960: el de la radicalización de numerosos miembros de sectores cristianos. Estos *grupos* fueron producto de un largo recorrido, cuyo origen se encuentra en el *ámbito* relativamente amplio y diversificado del catolicismo renovador. Sobre todo a partir del desarrollo del Concilio Vaticano II (1962-1965), las ideas que incubaba esta corriente se extendieron aceleradamente por todo el país, traduciéndose en infinidad de encuentros, seminarios y debates. Aún cuando la jerarquía eclesiástica no estuviera demasiado dispuesta a acompañar los cambios, estas experiencias se daban casi siempre dentro del marco institucional de la Iglesia Católica. Con el tiempo, las nuevas ideas dieron lugar al surgimiento de *círculos* más restringidos de carácter marcadamente político, que podrían englobarse bajo la denominación de “cristianismo revolucionario”. Posteriormente, y como un desprendimiento de esos *círculos*, surgirían los *grupos* político-militares.

Si hubiera que ubicar aquellas ideas que constituyeron el punto de partida del largo recorrido que del *ámbito* del catolicismo renovador derivaría en los *grupos* político-militares, podríamos mencionar las de “compromiso” y “opción por los pobres”. La convicción de que un auténtico cristiano no podía desentenderse de la realidad que lo circundaba era el motor de la actividad. Por otra parte, la certeza de que, de acuerdo al Evangelio, Cristo había señalado que el compromiso debía ser con aquellos

menos favorecidos, con los desposeídos de la tierra, direccionaba casi automáticamente la acción. No era casual el énfasis con que se criticaba el compromiso de la Iglesia con el poder político y económico.

Al principio la idea de opción por los pobres se tradujo en un intenso trabajo social. En general, el mismo se desarrollaba en villas de emergencia y lugares marginales del interior del país. La extendida estructura de la Iglesia facilitaba enormemente la tarea, que era organizada con entusiasmo por cientos de curas jóvenes, entre ellos José Gaido, Erio Vaudagna, Elvio Alberione y Fulgencio Rojas en Córdoba, Carlos Mugica en Buenos Aires y Rafael Yacuzzi y Arturo Paoli en el norte de Santa Fe. Era muy común, por otra parte, que estas actividades estuvieran específicamente dirigidas a estudiantes secundarios o universitarios. La pedagogía de aquellas experiencias consistía en la inmersión del estudiante en el mundo de los pobres. No se trataba de un conocimiento puramente intelectual, sino de participar en las vidas de los marginados, convivir y trabajar con ellos.

Un ejemplo de este tipo de emprendimientos era el de los Campamentos Universitarios de Trabajo (CUT), uno de cuyos dirigentes fue el militante del *Grupo Reconquista* Hugo Medina[169]. El padre José María Llorens, organizador de esta extendida experiencia, manifestaba en 1965: “el universitario empieza a vivir el campamento cuando comienza a experimentar una cierta vergüenza, porque él, en su mundo, está seguro de encontrar cada día qué comer, con qué vestirse y donde habitar dignamente”. Según el cura, “no basta haber convivido con los marginados, es necesario que ello signifique algo en nuestra vida. Ya no se puede seguir siendo igual, salvo que la mediocridad sea nuestro estilo. Terminado el campamento, termina lo rudo del trabajo manual, la incomodidad de la vivienda, las molestias de la pobreza; pero si el cambio ha calado hondo en el alma del universitario, la vivencia lo ha hecho diferente”. Para Llorens, el CUT se levantaba como un reto al asistencialismo, al paternalismo, a la instrumentación oficialista y a la mentalidad argentina del “no comprometerse”, del “no te metas”.

Podría decirse que el objetivo de estas tareas era lograr una “conversión” en los jóvenes cristianos, es decir un cambio personal profundo a partir de la comprensión de una realidad, que se tradujera en un

compromiso con lo que se había comprendido. Tal como lo pronosticaba Llorens, las condiciones miserables de vida de la gente en los lugares visitados producía en muchos de los militantes cristianos un gran impacto. Como la mayoría provenía de la clase media, e incluso algunos de familias acomodadas, la inevitable comparación entre su estilo de vida y el de la gente a la cual intentaban ayudar los hacía sentir “culpables”. A su vez, el contacto con la miseria los reafirmaba en la convicción de que era necesario comprometerse con los más necesitados.

A través de la enseñanza de los ministros de la Iglesia y de la realidad que iban descubriendo, aquellos jóvenes cristianos fueron convenciéndose de que la ayuda social que practicaban era poco menos que una gota en el mar, y que jamás permitiría solucionar de raíz el problema de la miseria. En un segundo gran paso del recorrido que habían iniciado, concluirían con muchos de los curas que los guiaban que no alcanzaba con paliar las necesidades de los pobres. Se tornaba imprescindible, en cambio, terminar con el sistema que “fabricaba” esos pobres, y reemplazarlo por otro más igualitario. Con el tiempo, se convencieron de que era necesario hacer una auténtica Revolución, que debía cambiar de raíz las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales de un sistema que consideraban perverso ya que permitía que hubiera gente que viviera en condiciones infrahumanas mientras otros gozaban de incalculables riquezas.

En muchos casos, este pasaje vino de la mano con una crisis de valores, ya que ocurrió en militantes que provenían de hogares rabiosamente antiperonistas. Indudablemente, había en estos jóvenes cierta cuota de rebeldía juvenil contra lo que se veía como una actitud hipócrita en sus padres, que aplicaban varas decididamente desiguales para emitir juicios históricos. Estos hijos veían que para sus progenitores resultaba inconcebible que el régimen peronista hubiera encarcelado opositores, obligado a usar el luto a los empleados públicos por la muerte de Evita, o bautizado con el nombre de “Juan Domingo Perón” una provincia. Pero a su vez, estos mismos hijos notaban que para sus padres era perfectamente legítimo y natural que se bombardeara una plaza llena de civiles, se proscibiera durante años a las mayorías populares en nombre de la “democracia”, se fusilara a peronistas rebeldes, o se anularan elecciones porque los resultados resultaban “indeseables”.

Todos estos descubrimientos derivarían, en muchos casos, en el embrión de un proyecto político revolucionario[170]. A esa altura fue cuando, dentro de la corriente del catolicismo comprometido con los pobres, comenzaron a delinearse *círculos* directamente orientados a la actividad política. Estos *círculos* reflejaban el pasaje desde el reclamo de un cambio en las posiciones de la Iglesia hacia proyectos mucho más ambiciosos, que tenían por meta encarar un cambio en las estructuras de la sociedad. Como consecuencia, se crearon organizaciones para la actividad política, como Lealtad y Lucha en Córdoba, o los Comando Camilo Torres en diferentes lugares del país. De la misma manera, numerosas organizaciones estudiantiles, como el Ateneo Santa Fe, expandieron sus actividades fuera del ámbito exclusivamente universitario. Lo que sucedió es que los reclamos sectoriales, o acotados a una situación específica, comenzaron a enmarcarse dentro de un proyecto totalizador. El “cambio de estructuras” pasó a ser el objetivo último del trabajo en los barrios, las universidades o las fábricas. Fue la opción política la que llevó a muchos militantes cristianos a adoptar el peronismo como identidad, y a acercarse a los sectores combativos y revolucionarios dentro de ese amplio Movimiento. Esta decisión no carecía de cierta lógica, ya que pensaban que de acuerdo al ejemplo de Cristo, la historia debía mirarse desde los pobres, y en la Argentina los pobres eran peronistas.

El recorrido que venimos describiendo se dio cuando en el Mundo cobraban auge las luchas de liberación nacional, y en Latinoamérica estaba fresco el ejemplo de la Revolución Cubana. No eran pocos los que deducían que estas experiencias demostraban que en los países dependientes una auténtica revolución nacional no era posible sin una simultánea revolución social. Como consecuencia —pensaban— en los países dependientes el nacionalismo era revolucionario, en tanto aglutinaba sectores perjudicados por el imperialismo. Fue este fundamental hallazgo el que permitió el pasaje sin mayores contratiempos de muchos jóvenes desde posiciones nacionalistas, habituales dentro de la Iglesia, hacia posturas socialistas y revolucionarias[171]. Algo similar sucedió con algunos sectores del peronismo. La Revolución Cubana, en definitiva, tendió un puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo[172]. John William Cooke sería el encargado de elaborar una doctrina que empalmara el peronismo

con Cuba, y de la mano de esta doctrina muchos cristianos radicalizados resolverían sus contradicciones internas. En el ámbito puramente nacional, había otro elemento que impulsaba este tipo de razonamientos: el hecho de que el peronismo fuera “mala palabra” para un régimen que consideraban aliado del imperialismo, un régimen que había prohibido, proscrito, fusilado y anulado elecciones para borrar al peronismo de la faz de la tierra. Para los futuros montoneros, en la división peronismo-antiperonismo se resumiría la división entre el pueblo y sus enemigos, o el pueblo y el “régimen”. Esta antinomia era, en suma, la “contradicción principal”[173].

Si para la corriente de cristianos radicalizados y peronizados de lo que se trataba era de terminar con un sistema que favorecía a unos pocos en desmedro de la mayoría, no podían desconocer que esos pocos se opondrían a la empresa. Resultaba impensable que las clases dominantes entregaran mansamente sus privilegios. ¿Cómo salvar este obstáculo? En este punto algunos sectores darían un nuevo gran paso. El mismo partía de la observación de que las clases dominantes no vacilaban en utilizar la violencia para mantener el *statu quo* que las favorecía y condenaba a muchos a la miseria. La historia mundial y la historia argentina reciente estaban repletas de ejemplos en ese sentido. Entonces, tanto más legítimo era que los explotados utilizaran la violencia para liberarse. Ellos, jóvenes militantes cristianos, los ayudarían en la tarea. Una vez más el ejemplo de la Revolución Cubana resultó determinante.

El golpe de 1966, con su proyecto “modernizador” y autoritario, jugó un rol trascendental en este pasaje. Si se anulaba la actividad política, si se intervenían las universidades, si se cerraban ingenios, si se reprimían las manifestaciones, y si además todo eso se hacía para imponer un régimen que en definitiva favorecía a los grandes capitales transnacionales, resistirse era considerado una obligación. Mal podía verse esa resistencia como injusta: la verdadera violencia —siempre según los jóvenes radicalizados— eran la miseria y la represión. Por eso mismo, las Fuerzas Armadas y de seguridad encargadas de reprimir al “pueblo”, eran vistas como guardianes de ese “régimen” injusto y violento. La convicción de que la violencia era el único método eficaz para llevar adelante la Revolución que terminara con la explotación y la miseria definiría, con el tiempo, el paso de los *círculos* políticos a los *grupos* político-militares.

2. Los grupos originales

En los capítulos precedentes hemos reconstruido el recorrido de varias experiencias colectivas que derivaron en la formación de cinco grupos: 1° *Grupo Córdoba*, 2° *Grupo Santa Fe*, 3° *Grupo Reconquista*, 4° *Grupo Sabino* y 5° *Grupo Fundador*. En los próximos párrafos desarrollaremos una apretada síntesis de la conformación de cada uno de ellos, y de sus más importantes similitudes y diferencias desde el punto de vista organizacional e ideológico.

En el recorrido que devino en la formación del *Grupo Córdoba*, los reportajes a los *curas rebeldes* y las muestras de apoyo que suscitaron, más las actividades en torno a la Parroquia Cristo Obrero reflejaron, entre 1964 y 1966, algunas de las actividades del *ámbito* del catolicismo renovador. Con la toma de la parroquia decidida por el *integralismo* tras el golpe de Onganía se comenzaron a delimitar *círculos* más politizados, que fueron tomando forma a través del Movimiento Universitario Cristo Obrero primero, y de Lealtad y Lucha después. En la Universidad Católica, el AES nació vinculado a la experiencia de los curas rebeldes, y su radicalización política sería sumamente acelerada. El primer síntoma concreto de la conformación de un *grupo* apareció en agosto de 1967, cuando unos setenta militantes organizaron un congreso en Río Cevallos y decidieron formar una organización político-militar. De todas formas, y debido a que durante mucho tiempo se privilegió el trabajo de base, el pasaje de los *círculos* políticos al *grupo* recién comenzó a definirse con precisión hacia fines de 1969. No casualmente, una de las particularidades del *Grupo Córdoba* es que resulta difícil hablar de liderazgos personales, cosa inconcebible si el proceso de militarización hubiera estado muy avanzado. Algunos de los principales referentes del *Grupo* eran Luis Rodeiro, Alberto Molinas y Elvio Alberione.

En Santa Fe, el Ateneo era parte del amplio *ámbito* del catolicismo renovador durante la primera mitad de la década de 1960. Con su “conversión” hacia posiciones nacionalistas, peronistas y revolucionarias, comenzó a conformarse dentro del mismo un *círculo* bastante más politizado. Una vez más, resultó decisivo el golpe de 1966, que por una parte radicalizó posiciones y por la otra extendió la militancia de las universidades a otros frentes. El aparato clandestino dentro del Ateneo

comenzó a perfilarse en 1967, y dos años después ya operaba plenamente. El MEUC, al igual que el AES en Córdoba, nació después del golpe de Onganía y se radicalizó en forma acelerada. La formación del *grupo* político-militar dentro de este sector ocurrió entre fines de 1968 y comienzos de 1969, para unirse inmediatamente después al *grupo* del Ateneo. El *Grupo Santa Fe* comparte con el *Grupo Córdoba* el hecho de haber surgido de una experiencia que había desarrollado un importante trabajo de superficie en distintos ámbitos, con una destacada presencia tanto en la Universidad Nacional como en la Universidad Católica. En el aspecto militar, de todas formas, el *Grupo Santa Fe* llevaba la delantera. El liderazgo de Mario Ernst en el *grupo* del Ateneo era indiscutido. Por el lado de la Universidad Católica, las jefas eran dos mujeres: María Graciela Doldán y Dora Riestra.

La activa presencia de los curas Paoli y Yacuzzi en el norte de Santa Fe eran prueba de que el catolicismo renovador que optaba por los pobres había tendido sus redes en la zona de Reconquista. Las tareas organizadas a partir del estudio jurídico y contable del cual era socio Roberto Perdía, y de la parroquia de Santa Ana donde estaba Yacuzzi, hablan a las claras de la aparición de *círculos* bastante más politizados. Finalmente, la reunión para organizar una guerrilla rural en octubre de 1967 permiten identificar el *grupo* político-militar, por lo menos en la voluntad de sus protagonistas. El *Grupo Reconquista* es asimilable al *Grupo Córdoba* y al *Grupo Santa Fe* en cuanto a una intensa militancia de superficie. De todas formas, al realizar sus actividades en una zona mayormente rural, desde que comenzó a desecharse la estrategia de la guerrilla rural el contingente radicado en la zona de Reconquista necesariamente fue perdiendo peso relativo. La ramificación en Tucumán, donde se había instalado Hugo Medina, y Salta, donde estaba Roberto Perdía, por el contrario, presentaba mayores posibilidades de desarrollo. Sin embargo, no existía todavía lo que pudiera llamarse un aparato militar, sino la firme intención de construirlo autónomamente a partir de la ruptura con las FAP.

Podría decirse que el *Grupo Sabino* fue producto de la confluencia de *círculos* que provienen de distintos *ámbitos*: el *círculo* del Peronismo Revolucionario —originado en el *ámbito* del peronismo combativo—, y el del cristianismo revolucionario —proveniente a su vez del *ámbito* del

catolicismo renovador-.

Ello resulta comprensible, si consideramos que después de 1966 el cristianismo revolucionario prácticamente se había integrado al peronismo revolucionario. El punto de encuentro para el *Grupo Sabino* fue la revista *Cristianismo y Revolución*. El grupo aparece a comienzos de 1969 con la decisión de unificar el contingente de José Sabino Navarro con el de Gustavo Lafleur. El peso relativo de este grupo radicaba en la experiencia de Sabino Navarro como militante sindical, y en los contactos que él y Lafleur mantenían en ese ámbito y dentro del Peronismo Revolucionario. Si bien realizó numerosas operaciones armadas durante los últimos meses de 1969, este grupo intentó no abandonar la militancia política que cada uno de sus integrantes mantenía en distintos lugares.

En cuanto al *Grupo Fundador*, las actividades de los curas Carlos Mujica en Buenos Aires y Fulgencio Rojas en Córdoba a comienzos de la década del sesenta en barrios marginales eran, una vez más, parte de la dinámica propia del ámbito de la Iglesia que optaba por los pobres. *Cristianismo y Revolución* comenzó a cerrar el círculo, y los Comandos Camilo Torres fueron el embrión del grupo político-militar. Este último apareció claramente a partir de la ruptura con García Elorrio y la fusión de cordobeses y porteños. La particularidad del *Grupo Fundador* era su alto grado de desarrollo militar en relación al resto de los grupos, y una desvinculación casi total del trabajo de superficie. El jefe de la célula cordobesa era Emilio Maza, y el de la célula porteña y de todo el grupo era Fernando Abal Medina.

Si bien todos los grupos coincidían en la identidad peronista, las posiciones derivadas de esta postura no eran siempre uniformes. Una de las preguntas que solía generar diferencias era la siguiente: ¿era el peronismo, más allá de la existencia de algunos “traidores”, un Movimiento revolucionario en su conjunto, o por el contrario nucleaba a sectores heterogéneos e inclusive antagónicos? Por otra parte, si las diferencias eran realmente importantes, ¿resultaba conveniente conformar una tendencia revolucionaria dentro del Movimiento para intentar hegemonizarlo desde adentro, o convenía directamente jugar por fuera de sus estructuras “burocráticas”, tanto sindicales como partidarias?

Las respuestas nunca se presentaban en estado “puro”. Tal vez las

posiciones más alejadas entre sí eran las del *Grupo Fundador* y las del *Grupo Córdoba*. El *Grupo Fundador*, particularmente su célula porteña, tendía a considerar al Movimiento Peronista como revolucionario en su conjunto, y la organización militar que se desarrollara debía ser el “brazo armado” de ese Movimiento. Muchos militantes del *Grupo Córdoba*, por su parte, subestimaban mucho menos las diferencias dentro del peronismo, y por eso bregaban por conformar una tendencia revolucionaria dentro del mismo. El *Grupo Reconquista* y el *Grupo Sabino* estaban más cerca de la posición del *Grupo Fundador*. Veían al peronismo como un Movimiento de Liberación Nacional, cuyo enemigo principal era el “externo”, es decir el imperialismo y en todo caso las clases dominantes locales, por sobre el “interno”, o sea las “burocracias” dentro del Movimiento. Por eso en general se hablaba de pueblo y no de clase trabajadora. El *Grupo Santa Fe*, finalmente, tenía sus opiniones más divididas.

El rol de Perón estaba directamente vinculado al debate sobre la caracterización del peronismo. Aquellas posiciones que concebían al Movimiento Peronista como revolucionario en su conjunto, daban por descontado el revolucionarismo de Perón, y le reconocían la conducción estratégica de la lucha. De todas formas, esta aseveración no debe llamar a engaños: aún aquellos que valoraban positivamente a la mayoría del Movimiento, y reconocían más terminantemente el liderazgo de Perón, tenían la idea de que en el mediano y largo plazo quienes llevaran adelante la lucha armada debían como mínimo compartir con el líder la conducción estratégica del conjunto. Ello se derivaba necesariamente de la concepción de que la estrategia principal dentro de la guerra popular era la lucha armada[174].

Todos los grupos coincidían en que la lucha armada era necesaria, pero en este tema también existían algunas diferencias. Superado el debate entre guerrilla rural o urbana, las preguntas que no todos respondían de la misma manera eran las siguientes: ¿Era necesario y conveniente desarrollar, en paralelo con la actividad armada, trabajo “de superficie”, o ello resultaba innecesario y en cualquier caso demasiado peligroso para la estructura clandestina? Si se optaba por realizar ambas tareas, ¿cuál de las dos debía subordinarse a la otra? Podía existir una vinculación entre la concepción que se tuviera del peronismo y las ideas acerca de la lucha armada. Si se

entendía que el Movimiento Peronista era revolucionario en su conjunto, los *grupos* podían dedicarse a llevar adelante sólo la lucha armada, ya que las otras ramas del Movimiento se ocuparían del resto de las actividades. En cambio, si de lo que se trataba era de conformar una tendencia, o jugar por fuera de las estructuras burocráticas, debían encararse, además de la lucha armada, tareas en los barrios, las fábricas y las universidades para no dejar ese campo libre al “enemigo interno”. Dentro de esa lógica, el *Grupo Fundador* le rehuía al trabajo de base en parte porque relegaba a un segundo plano las diferencias internas en el peronismo. Fernando Abal Medina pensaba que la lucha armada generaría conciencia en las bases, y los dirigentes que no se adaptaran a las circunstancias provocadas por la lucha quedarían naturalmente en el camino, sin necesidad de combatirlos específicamente. De todas formas, una cosa no llevaba necesariamente a la otra: en el caso del *Grupo Sabino* y del *Grupo Reconquista*, sin ir más lejos, las ideas acerca del peronismo no eran demasiado diferentes a las del *Grupo Fundador*, y sin embargo no abandonaron las tareas de superficie. En todo caso, estas últimas debían subordinarse estratégicamente a la actividad armada

Un punto de unión entre todos los *grupos* era la extraordinaria decisión con la que encaraban sus desafíos. La voluntad como factor determinante de la lucha era una convicción extendida entre estos militantes, cuyo modelo de guerrillero, de “hombre nuevo”, era el *Che* Guevara. Estaba implícita en esta actitud la certeza de que hacer una Revolución era posible. Este convencimiento habla a las claras de un clima de época, pero seguramente también de la sorprendente juventud de quienes integraban los *grupos originales*. En 1969 estos militantes promediaban veinticinco años de edad, algunos tenían apenas veinte, y el que superaba los treinta era considerado un verdadero “veterano”. Es en el punto del pasaje decidido y decisivo a la lucha armada en donde los *grupos* que venimos analizando coinciden con numerosos grupos en el país que, desde distintos *ámbitos* —la izquierda y sus muchas manifestaciones, y el peronismo en un sentido amplio—, y en consecuencia con diferentes recorridos, habían llegado a la misma decisión: empuñar el fusil para hacer la Revolución.

Merece destacarse, finalmente, la notable dinámica del *ámbito* y de los *círculos* en los cuales habían incubado los *grupos* político-militares. De

otra forma, no se explican la infinidad de cruces entre los militantes de diversos lugares del país. Ello habla de jóvenes especialmente activos pero, además, de ideas y prácticas sumamente extendidas. En ello jugaron un papel determinante los curas renovadores en general, y la experiencia de *Cristianismo y Revolución* y su director Juan García Elorrio en particular. En el plenario organizado en Quilmes por la revista a mediados de 1967, hubo gente del *Grupo Córdoba*, del *Grupo Santa Fe*, de ambas células del *Grupo Fundador* y del *Grupo Reconquista* [175]. No estuvo José Sabino Navarro, pero consta su paso por *Cristianismo y Revolución*. Por otra parte, García Elorrio se acercó al *Grupo Córdoba* cuando este último realizó la toma de la Parroquia Cristo Obrero, asistió al congreso en el cual el mismo grupo decidió la conformación de una organización político-militar, ató lazos con la célula cordobesa del *Grupo Fundador* en el congreso de Uniquillo de octubre de 1966, y envió a Casiana Ahumada y Jorge Gil Solá[176] a la movilización de Villa Ocampo en abril de 1969, protagonizada entre otros por el *Grupo Reconquista*. En *Cristianismo y Revolución* aparecieron en aquellos años comunicados y notas del MUCO, del AES, del Ateneo Santa Fe, de ASA, del integralismo cordobés y del padre Rafael Yacuzzi. Por otra parte, en el congreso del Peronismo Revolucionario de agosto de 1968, coincidieron García Elorrio y militantes del *Grupo Córdoba*, el *Grupo Santa Fe* y el *Grupo Sabino*. Los ejemplos en este sentido podrían extenderse al infinito[177]. La experiencia de la CGT de los Argentinos, que fomentaba la participación de los estudiantes, fue también —sobre todo en Córdoba y Santa Fe— un punto de encuentro, de la misma manera que lo fue la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en 1968 y 1969. Inclusive, todos los *grupos* tuvieron una militancia dentro o en los bordes del Peronismo Revolucionario desde mediados de la década del sesenta.

Teniendo en cuenta lo anterior y las ideas comunes de los grupos en cuanto al peronismo como identidad, el socialismo como objetivo y la lucha armada como método, no es casual que entre varios *grupos* ya se hubieran establecido relaciones orgánicas, entendidas como encuentros periódicos tendientes a unificar ideas y actividades. A fines de 1969, el *Grupo Córdoba* mantenía este tipo de vínculos con el *Grupo Santa Fe*, y este último, a su vez, con el *Grupo Reconquista*. Resultaba previsible que a la

larga todos los *grupos* confluyeran en una única organización político-militar.

3. **Ámbito, círculo y grupo como niveles de militancia**

Naturalmente, el amplio *ámbito* dentro del cual se movían los *grupos originales* en 1969 no era el mismo que el de comienzos de la década de 1960, pero ello no significa que hubiera desaparecido[178]. De la misma forma, subsistían los *círculos* vinculados más directamente a la actividad política. Por este motivo, los conceptos de “ámbito”, “círculos” y “grupos”, además de resultar útiles para identificar momentos de la secuencia temporal que describe un largo recorrido, pueden también utilizarse para identificar “espacios” o “niveles” de militancia que —con distintos grados de compromiso— coexisten en el tiempo.

Los *grupos* político-militares estaban conformados por los militantes que integraban los aparatos armados clandestinos, que se veían a sí mismos como la vanguardia de un proceso que suponían se generalizaría y culminaría en la conformación de un ejército popular para la toma del poder. Los *grupos* constituían experiencias cerradas, y las normas de la clandestinidad dentro de los mismos tendían a ser estrictas. Para no comprometer su propia seguridad ni la de las organizaciones de superficie con las cuales se vinculaban, en general quienes los integraban se “desenganchaban” de estas últimas, por lo menos públicamente. Paradójicamente, cuanto mayor era el grado de compromiso con la actividad armada, mayor era la apariencia de apoliticidad e inofensividad que se intentaba dar hacia fuera. Una oportunidad que se solía aprovechar para hacer creer que se habían abandonado los aires revolucionarios era, por ejemplo, el casamiento dentro de los cánones “burgueses”[179].

Los *círculos*, por su parte, estaban integrados por los militantes más cercanos al aparato clandestino. De los *círculos* surgían y se nutrían los *grupos*. La actividad de los militantes de los *círculos* se desarrollaba en la superficie: militaban en organizaciones políticas, estudiantiles, sindicales o barriales. En general, quienes componían parte de los mismos estaban de acuerdo con la lucha armada y tenían la intención de incorporarse a ella. Sabían de la existencia de un aparato clandestino, y que el mismo ejecutaba

operaciones armadas, pero conocían pocos o ningún detalle acerca de esa actividad. Finalmente, el *ámbito* estaba compuesto por las organizaciones de superficie de los diferentes frentes.

Aún cuando se trataba de experiencias cerradas y organizadas, los *grupos* no se entienden ni remotamente sin los *círculos* y los *ámbitos* que les dieron vida y dentro de los cuales se movían. Eran el emergente de un movimiento mucho más amplio: en primer término, el de los católicos que optaban por los pobres, y finalmente el de los cristianos radicalizados y peronizados. Tal como afirma Tarrow, “los investigadores han separado a menudo las organizaciones de los fenómenos de masas que, supuestamente, son la causa de su aparición”[180]. Este “pecado” normalmente conduce a un reduccionismo que no permite comprender en toda su dimensión algunas experiencias. En el movimiento del cual emergen los *grupos* es posible encontrar redes sociales y símbolos culturales compartidos. La densidad de las primeras y la familiaridad de los segundos deriva en la generalización y perdurabilidad del movimiento, ya que le permite entroncar en sentimientos y valores compartidos por amplios sectores.

Las primeras de esas redes sociales fueron las del catolicismo renovador, constituidas por las instituciones de la Iglesia en un sentido amplio, ya sea organizaciones del tipo Juventud Estudiantil Católica (JEC), o las propias parroquias de los curas progresistas. Hacia fines de la década de 1960, los sectores más radicalizados del cristianismo todavía mantenían gran parte de estas redes, pero habían tejido además otras a partir de la propia actividad, y entrado en contacto con las redes de aquellos *círculos* a los cuales se fueron acercando, fundamentalmente el peronismo revolucionario. De la misma forma, los símbolos culturales de la primera militancia estuvieron esencialmente vinculados a la religiosidad, pero a lo largo de los años se fueron incorporando otros más estrictamente políticos. Nuevamente el aporte del peronismo de izquierda será fundamental. Cristianismo y peronismo, por otra parte, compartían numerosas coincidencias desde el punto de vista doctrinario y simbólico.

Además de nuevas redes y simbologías, el peronismo revolucionario proporcionó a los *círculos* del cristianismo radicalizado un marco ideológico. Si las redes sociales y los símbolos culturales compartidos son los que facilitan una natural coordinación en los movimientos, tal

coordinación resulta más efectiva cuando existe también una ideología compartida. La ideología “dignifica el descontento, identifica un blanco para los agravios y forma un paraguas sobre las reivindicaciones concretas de grupos solapados entre sí”[181].

Finalmente, es nuevamente Tarrow quien menciona un elemento sumamente adecuado para comprender el fenómeno del nacimiento de Montoneros. Este autor afirma que los movimientos sociales sólo son “grandes” en un sentido meramente nominal, ya que en realidad “se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones entre todos ellos”. En consecuencia, “la acción colectiva puede surgir sólo entre los mejor dotados o más valerosos de estos grupos, pero las conexiones entre ellos afectan a la probabilidad de que la acción de un sector social incite otra”[182].

Así, los *grupos originales*, si bien en 1969 se parecían mucho más a un embrión de organización que a un movimiento social, sólo pueden ser entendidos como los más “valerosos” dentro de los amplios *círculos* de los cristianos radicalizados y peronizados.

Por todos los motivos expuestos —y con la idea en hacer la Revolución—, los *grupos* que confluían en Montoneros aspiraron, más temprano que tarde, a conducir al conjunto del peronismo y del movimiento antidictatorial. Si pensaban que dentro de la guerra revolucionaria la lucha armada era la principal estrategia, resultaba natural que dedujeran que a la larga todos los actores revolucionarios deberían subordinarse a quienes la desarrollaran. Por otra parte, los *grupos originales* consideraban que haber tomado las armas era sinónimo de una mayor conciencia revolucionaria, de un mayor nivel de compromiso. Por razones de seguridad, los *grupos* —por lo menos como tales—, no se hacían presente en el *ámbito* del cual habían surgido. Por ello, los *círculos*, como niveles intermedios, se constituyeron en el canal de comunicación natural entre ambos niveles. Por el mismo motivo que la organización armada debía conducir estratégicamente al conjunto, los *círculos* debían conducir tácticamente los “frentes” del *ámbito* político, subordinándolos a los primeros. Al irse imponiendo la lógica militar, un esquema jerárquico tendía a consolidarse.

En síntesis, no es posible entender el surgimiento de Montoneros a partir de los *grupos originales* exclusivamente, desligándolos de las

amplias redes en las cuales se incubaron y sobre las que se asentaban. Muchísimo menos se puede entender la aparición de esta organización como se lo ha intentado casi sistemáticamente, es decir, a través de uno sólo de esos *grupos*, aún cuando haya sido el que mató a Aramburu. Sin tener en cuenta esas redes, tampoco se podrá explicar satisfactoriamente la supervivencia de Montoneros en condiciones sumamente adversas en los meses que siguieron a su aparición pública.

Tercera parte

La organización político-militar

Capítulo siete

Nace Montoneros

1. Los senderos que confluyen

El 25 de diciembre de 1969, mientras millones de personas en el mundo celebraban la Navidad, las células cordobesa y porteña del *Grupo Fundador* repasaban en la ciudad de Córdoba los últimos detalles del primer operativo armado que realizarían en conjunto. A la mañana siguiente, Fernando Abal Medina, Norma Arrostito, Emilio Maza, Ignacio Vélez, Carlos Capuano Martínez, Susana Lesgart, Alejandro Yofre y Cristina Liprandi marcharon en dos autos robados a La Calera, población de cinco mil habitantes ubicada veinte kilómetros al noroeste de la capital provincial. Los ocho integrantes del comando unificado se dirigieron a la sucursal local del Banco de Córdoba, y mientras algunos montaron guardia afuera el resto ingresó al mismo con el propósito de asaltarlo. A los pocos segundos, un policía ignorante del hecho que intentó traspasar la puerta del lugar fue recibido a balazos. Otros dos agentes que andaban por la zona se acercaron, desatándose a partir de ese momento un espectacular tiroteo. Los tres policías resultaron heridos y los guerrilleros lograron escapar con el dinero de la caja[183].

Tras el asalto, los ocho militantes se subieron a los autos, percatándose de que uno de ellos estaba averiado. Todos se amontonaron en el otro vehículo, un Chevrolet 400, y regresaron presurosos a la ciudad de Córdoba. Mientras pasaban por la zona de cuarteles del Tercer Cuerpo de Ejército, los cordobeses del grupo concluyeron que no podían retornar a los lugares que frecuentaban habitualmente. El asalto había sido a cara descubierta, La Calera era un lugar por el cual varios de ellos transitaban regularmente, y la radio comenzaba a hablar del inusual tiroteo. Por este motivo, decidieron dirigirse a una parroquia de las afueras de Córdoba.

Conocían bien al cura del lugar, producto de la militancia cristiana de muchos de ellos en los años anteriores. Debido a que el párroco colaboraba con las actividades del *Grupo Córdoba*, los puso en contacto con uno de sus integrantes, el también cura Elvio Alberione. Maza, Vélez y Liprandi reconocieron inmediatamente a Alberione. Juntos, habían tenido participación en la toma de la Parroquia Universitaria Cristo Obrero en agosto de 1966, y aquel mismo año habían militado durante algunos meses en el Movimiento Universitario Cristo Obrero. Con la colaboración del *Grupo Córdoba*, enseguida se organizó el repliegue. Fernando Abal Medina y Norma Arrostito fueron sacados de la ciudad en el baúl del auto del ministro de gobierno de Santa Fe, padre de Alberto Molinas. Ignacio Vélez y Carlos Capuano Martínez también se marcharon a Buenos Aires y permanecieron escondidos durante varios días en un seminario. El resto de los militantes se alojó en casas de Córdoba[184].

A partir de estos sucesos, el *Grupo Fundador* y el *Grupo Córdoba* iniciaron una serie de conversaciones acerca del peronismo y la lucha armada, ya que las posiciones sobre estos temas no eran totalmente uniformes. Esas charlas pronto culminaron en la decisión de comenzar la integración de ambos *grupos*. Las experiencias tendían a complementarse, a causa de la amplia experiencia militar del *Grupo Fundador* y del intensivo trabajo de base del *Grupo Córdoba*. Por ese tiempo, e impulsados por la integración, varios integrantes del *Grupo Córdoba* comenzaron a realizar operativos de robo de armamento a policías en la calle y a coleccionistas.

Por la misma época, el *Grupo Sabino* también inició un proceso de integración con el *Grupo Fundador*. José Sabino Navarro y Fernando Abal Medina, sus respectivos jefes, se conocían a partir del paso de ambos por *Cristianismo y Revolución*. A comienzos de 1970, un intermediario posibilitó el reencuentro, y la decisión de confluir en una única organización fue casi inmediata[185]. El *Grupo Sabino*, al igual que el *Grupo Córdoba*, aportaba un trabajo político del cual carecía el militarizado *Grupo Fundador*, y además numerosos contactos dentro del mundo sindical y el peronismo revolucionario.

Idéntico proceso inició el *Grupo Santa Fe* en la última semana de mayo de 1970. Su jefe, Mario Ernst, fue presentado a Emilio Maza, del *Grupo Fundador*, a través de Elvio Alberione, integrante del *Grupo Córdoba*. De

este encuentro nació la decisión de incluir al *Grupo Santa Fe* en la integración que los otros dos habían iniciado anteriormente. También se acordó que la nueva organización realizaría primero un gran operativo en Buenos Aires —cuya planificación de hecho ya estaba concluida—, luego se realizaría un segundo operativo importante en Córdoba, y finalmente un tercero en Santa Fe[186].

De esta manera, en los meses que fueron de diciembre de 1969 a mayo de 1970 el *Grupo Fundador*, el *Grupo Sabino*, el *Grupo Córdoba* y el *Grupo Santa Fe* se encontraron embarcados en un proceso de unificación en una única organización político-militar. El primer elemento en común que todos tenían era justamente el deseo de conformar una organización de carácter nacional. Originalmente, la mayoría había pensado en incorporarse a las FAP, pero por diversas circunstancias ello no había sucedido[187]. Otra característica de todos los *grupos* era la militancia previa en ámbitos del cristianismo revolucionario. Habían formado parte de ese mundo dinámico y extendido cuyas raíces pueden rastrearse a comienzos de la década de 1960, y que sobre todo a partir del golpe de Onganía se había radicalizado aceleradamente. Aún los principales referentes del *Grupo Sabino*, que provenían del ámbito del peronismo, habían tenido un importante protagonismo en la experiencia de *Cristianismo y Revolución*. No era casual que desde mediados de los sesenta muchos militantes que formarían parte de los *grupos originales* se hubieran cruzado en numerosas oportunidades. Campamentos, congresos y actos políticos de todo tipo habían sido habituales lugares de encuentro.

En definitiva, todos los *grupos originales* habían formado parte de una amplia red social y política, con la cual aún estaban vinculados. Fue esa misma red la que facilitó el encuentro —o reencuentro— de los *grupos* cuando los mismos estaban sumergidos en la actividad clandestina entre finales de 1969 y comienzos de 1970. Se trata de las mismas redes que previamente habían posibilitado que los mismos *grupos originales* se formaran, casi siempre como la confluencia de distintas experiencias en un mismo lugar geográfico, y que algunos de esos *grupos* mantuvieran contactos orgánicos desde hacía varios años[188]. El mundo católico todavía conservaba un lugar central en las redes que vinculaban a los *grupos originales*. Símbolos de ello son el cura al que recurre el *Grupo*

Fundador tras el tiroteo en La Calera, que los contacta con el *Grupo Córdoba*, y el hecho de que para resguardarse una vez que salieron de Córdoba dos guerrilleros se refugiaron en un seminario de Buenos Aires.

Debido a que a esa altura los *grupos originales* estaban lanzados casi de lleno a la actividad armada, mantenían severas medidas de seguridad. Las relaciones entre diferentes *grupos* a comienzos de 1970 deben entenderse dentro de este contexto. Regía el principio de compartimentación: cada cual conocía los datos absolutamente indispensables para coordinar las actividades, pero nada más. Los contactos eran solamente entre los jefes, y se utilizaban nombres de guerra. La información que se bajaba a los respectivos *grupos* versaba sobre ideas y proyectos en general, pero nunca sobre información concreta. En rigor de verdad, estas medidas también se aplicaban al interior de los *grupos*, aunque desde ya el hecho de que los militantes se conocieran en algunos casos desde hacía años —es decir, cuando no eran clandestinos—, muchas veces las tornaba menos eficaces. El objetivo principal era que la caída de un militante no provocara la caída en cadena de otros, ni permitiera, por ejemplo, descubrir los pocos departamentos seguros con los cuales se contaba, ni los lugares donde se escondía el armamento, ni las redes de contactos, ni los planes futuros.

2. ¡A las armas!

La actividad armada de los primeros meses de 1970 fue intensa para la mayoría de los *grupos originales*, como lo demuestran algunos de los sucesos que protagonizaron en aquel tiempo. El 25 de febrero, la célula cordobesa del *Grupo Fundador* asaltó el destacamento policial de Parque Siknimán, llevándose armas, uniformes y una emisora de radio[189]. Un mes más tarde, la misma célula copó la guardia del Hospital Militar de Córdoba para recuperar armamento[190]. El 9 de marzo, la célula porteña del *Grupo Fundador* tomó el puesto policial de San Ignacio, en el partido de San Miguel, apropiándose una vez más armas y uniformes[191].

El *Grupo Santa Fe* también se mantuvo activo, y a esa altura sus operativos habían alcanzado un importante grado de complejidad. El 25 de febrero, un comando copó la localidad de Progreso, ubicada sesenta

kilómetros al noroeste de la ciudad de Santa Fe[192]. Tomaron la telefónica e inutilizaron todas las líneas del lugar, asaltaron el destacamento policial y se llevaron el dinero de la sucursal local del Banco de Santa Fe. Tiempo después, tuvieron noticias de que el 22 de mayo un camión transportaría una importante cantidad de explosivos desde Rafaela, en la provincia de Santa Fe, a Chocón-Cerros Colorados, en el sur del país[193]. En un operativo de extrema audacia, secuestraron el camión en la ruta, lo condujeron casi cien kilómetros hasta la ciudad de Santa fe, descargaron la mercancía en una casaquinta y lo llevaron nuevamente al lugar del cual habían partido. La acción fue un éxito total, no solo porque se llevó a cabo sin inconvenientes, sino debido a que la cantidad de explosivos conseguidos superaba largamente las mejores expectativas: el camión tenía acoplado y transportaba más de veinte toneladas de pólvora y dinamita. Como todavía el *Grupo Santa Fe* no había comenzado su integración al *Grupo Fundador*, antes de abandonar el camión pintaron la sigla FAP sobre el mismo. Ello derivó en que Mario Ernst recibiera una dura reprimenda por parte de la conducción de esa organización armada[194].

El 15 de abril, el *Grupo Sabino* asaltó el destacamento policial de Santa Brígida, en el partido de San Miguel, firmando el operativo como “Comando Evita”[195]. El 17 de mayo, el mismo *grupo* copó otro destacamento en el barrio Irigoyen, ubicado en Moreno[196]. El primer hecho fue reflejado en la revista *Periscopio*, en un artículo acerca de la inseguridad reinante. El asalto se sumaba a otros hechos que venían “a confirmar, si cabe todavía, la existencia de bandas duchas en burlar a la Policía y a los Servicios de Inteligencia, que sólo en fondos secretos mueven 1.200 millones de pesos viejos por año”[197]. La nota consignaba que por esos días debió renunciar el jefe de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE), Eduardo Argentino Señorans, y concluía:

“Está a la vista que, en los últimos cuatro años, las fuerzas estudiantiles y obreras se han radicalizado peligrosamente, y el retiro de Señorans ... pone en evidencia la inocuidad de una política anticomunista cifrada esencialmente en la represión. Por lo demás, el explosivo aumento de los índices de criminalidad amenaza también a la conducción policial”.

Como evidencia de que la unificación entre el *Grupo Córdoba* y el *Grupo Fundador* estaba para ese entonces bastante avanzada, a fines de

abril de 1970 ambos *grupos* realizaron dos operativos conjuntos en Córdoba y Buenos Aires, firmados como “Comando Eva Perón”[198] y “Comando Juan José Valle”[199] respectivamente. Estos hechos también se llevaron varias líneas de la revista *Periscopio*, en este caso en el editorial político del 5 de mayo. Decía la nota en la parte pertinente: “El ... 27 de abril ... tres mujeres y dos hombres bajaron de un Valiant IV frente al destacamento policial de Quebrada de las Rosas. Uno entró a pedir el teléfono; el agente Cristóbal del Pilar Santillán lo invitó a esperar; se colaron otros dos, armas en mano. Santillán y un compañero, Miguel Serrano, fueron reducidos; una mujer del barrio, también. En cinco minutos, pistolas, cargadores, uniformes cambiaban de dueños, y tres horas después una comisión encontraba en la ciudad un coche abandonado. Con pocas variantes, la escena se repetía el miércoles a las 3:40: cinco hombres privaron de sus ropas y armas a cuatro agentes del destacamento policial de General Paz y Mosconi, en la Capital”. El relato de estos hechos se inscribía dentro de numerosos sucesos similares, tal como lo destacaba el mismo artículo: “Desde el 1º de enero, los cuerpos de seguridad han soportado 16 asaltos ... Es una minuciosa batalla —batalla de prestigio— entre la burocracia encargada de las actividades represivas y diversas fracciones peronistas, guevaristas, maoístas. No es difícil asaltar agentes, gendarmes, e incluso puestos militares; su dispersión los debilita”[200].

Cinco días después del editorial de *Periscopio*, el diario *La Nación* realizaba un diagnóstico un poco más dramático acerca de los múltiples operativos armados: “Excepcional en todo sentido es la acción que vienen desarrollando en los últimos tiempos las fuerzas del hampa dentro del territorio de la República. Bajo el disfraz de las posturas ideológicas de orden político —por supuesto que pertenecientes aun en tal fantasía al extremismo totalitario— se desata sobre el país en este momento un furioso ataque contra el orden, la libertad y la propiedad” [201]. Ambos editoriales hacían referencia a una nueva ley que instituía un procedimiento especial para juzgar determinados delitos y que evidentemente era una reacción del gobierno para combatir la creciente actividad guerrillera[202].

A pesar de que este tipo de sucesos preocupaba cada vez más, y de que los *grupos originales* cumplían un papel importante en esta escalada de violencia política, lo cierto es que todo indica que por esa época las

autoridades no estaban tras la pista de ninguno de ellos. Esto ocurría a pesar de que —en lo que constituía un nuevo paso hacia la “guerra popular”— cada vez era más habitual que los operativos se firmaran como “Comandos”, lo cual hablaba a las claras de las motivaciones políticas de sus ejecutores. No cabían dudas, de todas formas, de que el operativo que se estaba planeando para lanzar públicamente la Organización en la cual esos *grupos* estaban confluyendo aumentaría enormemente los riesgos.

3. El secuestro de Aramburu

Fue en los primeros meses de 1970 que el *Grupo Fundador* decidió el nombre de Montoneros para la nueva organización, valorando la vinculación de esta denominación con la historia argentina[203]. En mayo, el mismo *grupo* se encontraba en la etapa final de la planificación del operativo que lanzaría públicamente este nombre: el secuestro y ejecución del Teniente General (RE) Pedro Eugenio Aramburu, ex presidente de la República durante el gobierno de la Revolución Libertadora. La operación había sido concebida un año antes como un acto de “justicia popular” por las medidas de Aramburu en contra del peronismo, particularmente los fusilamientos de junio de 1956[204]. Los guerrilleros pensaban además extraerle al general la información necesaria para hallar el cadáver de Eva Perón.

A fines de 1969, el grupo armado consideró que era posible encarar el operativo. A los objetivos iniciales, se le agregaba en ese entonces el hecho de que Aramburu había comenzado a conspirar contra Onganía para dar una solución de recambio al régimen militar, seriamente debilitado tras el *Cordobazo*. El *Grupo Fundador* consideraba que el plan de Aramburu era una maniobra pensada en perjuicio del peronismo combativo, del auténtico peronismo, que se ejecutaría con la complicidad del “peronismo de buenos modales” y a espaldas del pueblo. En esta visión, uno de los principales objetivos de la conspiración de Aramburu era la integración del peronismo al sistema liberal, utilizando a numerosos dirigentes “burócratas” siempre dispuestos a colaborar en beneficio propio.

Más allá de las posibilidades reales de Aramburu de llevar a cabo su empresa, la tesis era más que verosímil, y se había abonado recientemente:

a mediados de mayo de 1970, el ex presidente declaró a un periodista que, contra la decisión de Onganía de perpetuarse en el poder, él consideraba que el país necesitaba en esos momentos de un período de organización, no menor de un año ni mayor de dos, etapa en la cual deberían surgir dos grandes fuerzas, el radicalismo y el peronismo[205]. En opinión del ex presidente, el gobierno no podría sostenerse mucho más, y el poder caería necesariamente en manos de los tres Comandantes en Jefe. “El paso siguiente —continuaba Aramburu—, sería designar un representante ... con la misión de administrar la máquina del Estado durante el interregno”, y se ofrecía a él mismo: “Yo di la prueba de que sé cumplir mi palabra: entregué el gobierno al ganador —se refiere a Frondizi en 1958—, y me parece que las Fuerzas Armadas no tienen la menor duda de que cumpliré otra vez”. Que Aramburu pensaba integrar al plan al sector del peronismo menos combativo y excluir a Perón queda en evidencia cuando, en el mismo reportaje, afirmaba que el Peronismo “no asusta por sus ideas, sino por la carencia de organización responsable. Si aceptara unirse detrás de autoridades respetables, sería, por ejemplo, impensable un acto de provocación como fue, en su momento, la designación de Andrés Framini para la Gobernación de Buenos Aires con Perón como Vice”, ocurrida en 1962.

En realidad, los rumores respecto a un golpe planeado por Aramburu circulaban desde hacía tiempo, con distintas versiones. Una de ellas decía que el mismo sería llevado a cabo en coordinación con Perón y Frondizi, idea que adquirió fuerza a fines de 1969, cuando los tres ex presidentes lanzaron en forma casi simultánea furibundas críticas al gobierno de Onganía[206]. Por otra parte, y aunque en ese momento no se hizo público, por la misma época el periodista Ricardo Rojo ofició de intermediario en un tímido intento de acercamiento de Aramburu hacia Perón, con el objeto de lograr algún tipo de aval del líder exiliado.

Perón, como era de esperar, se hizo el distraído[207]. Lo cierto es que, en cualquiera de sus variantes, un golpe del ex presidente entorpecía los planes de los montoneros. Ellos creían que debía evitarse a toda costa la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes, y que, por el contrario, la dicotomía peronismo-antiperonismo debía exacerbarse al máximo.

El trabajo de inteligencia para el secuestro de Aramburu se inició a comienzos de 1970. El control externo del departamento del ex presidente con el fin de conocer sus movimientos fue realizado desde la calle y desde la biblioteca del Colegio Champagnat, ubicada frente al domicilio. Después de plantearse otras alternativas, los guerrilleros decidieron que lo más conveniente era subir al departamento y secuestrar allí mismo a Aramburu. Emilio Maza y Fernando Abal Medina intentarían hacerlo disfrazados de oficiales del ejército, con la excusa de ofrecerle custodia personal. Maza, graduado del Liceo Militar, le enseñó a Abal Medina los movimientos y órdenes básicos para llevar a cabo la representación.

El “Operativo Pinapoy” fue planificado y sería ejecutado exclusivamente por el *Grupo Fundador*. Del resto de los *grupos originales*, sólo los jefes conocían el objetivo[208]. El *Grupo Córdoba*, de todas formas, llegó a participar en la discusión política del hecho y dio algún apoyo logístico al mismo. Inclusive, un coronel retirado que había formado parte de la rebelión del general Valle en junio de 1956, padre del militante del *Grupo Córdoba* Raúl Guzzo Conte Grand, facilitó sin saber cuál sería su destino uno de los uniformes a utilizar en el operativo[209]. Finalmente, el *Grupo Córdoba* también ayudaría a divulgar en el interior del país los comunicados que la organización emitiría con motivo del secuestro. Por su parte, varios militantes del *Grupo Sabino*, aun sin tener idea de cuál era la acción que se pensaba llevar a cabo, harían de “red de contención” en caso de que se presentaran dificultades. Un guerrillero estaría al pie de un teléfono aguardando novedades, otros dos tendrían preparados automóviles para salir inmediatamente en caso de aviso, y un cuarto mantendría disponible la quinta de Juan Carlos Falschi en González Catán.

La fecha elegida para la presentación pública de Montoneros fue el viernes 29 de mayo de 1970, Día del Ejército y primer aniversario del *Cordobazo*. La noche anterior, Abal Medina llamó al departamento de Aramburu con un pretexto cualquiera y comprobó que el ex presidente se encontraba allí. A la mañana siguiente, ocho montoneros partieron en dos vehículos hacia el domicilio del general[210], adonde arribaron alrededor de las 9:00. Tal como se relató en el Capítulo I, Abal Medina y Maza, vestidos con uniformes de oficiales del ejército, ingresaron al edificio de

Montevideo 1053, subieron al octavo piso y tocaron timbre en el departamento “A”. La mujer de Aramburu los hizo pasar, les comentó que su esposo los recibiría en un instante y se retiró. Cuando apareció el ex presidente, conversaron unos pocos minutos, hasta que Abal Medina le dijo: “Mi general, usted viene con nosotros”. Si se resistía, lo mataban ahí mismo, pero no fue necesario. Bajaron a Aramburu a la calle y lo introdujeron en uno de los automóviles.

Tras realizar un par de postas, el secuestrado fue conducido a “La Celma”, una estancia propiedad de la familia Ramus ubicada a unos trescientos cincuenta kilómetros al sudoeste de la Capital Federal. Aramburu fue alojado en un dormitorio de la casa principal, y Abal Medina, Firmenich y un tercer montonero le iniciaron un “juicio revolucionario”. Estaba “acusado” del fusilamiento y la difamación de Valle y otros peronistas en junio de 1956, de haber robado el cadáver de Eva Perón y de estar planeando un golpe contra Onganía con la idea de integrar pacíficamente al peronismo a los designios de las clases dominantes. En la madrugada del lunes 1º de junio se le comunicó que había sido condenado a muerte y Fernando Abal Medina lo mató de cuatro disparos.

A la una de la tarde del mismo día en que los guerrilleros se llevaron a Aramburu de su departamento, la radio comenzó a hablar del hecho[211]. Una hora después, el ministro del interior Francisco Imaz atendía al periodismo, evitando utilizar la palabra secuestro. Probablemente omitiera esta expresión porque concebía la posibilidad de que el suceso formara parte de alguna maniobra del propio Aramburu[212]. Por la tarde, comenzó a advertirse un vasto despliegue de efectivos en la Capital Federal y zonas de acceso, y hacia las 16:00 horas era hallado cerca de la Facultad de Derecho el automóvil en el cual habían retirado a Aramburu de su domicilio. Por la noche, la policía informaba que había dispuesto veinte mil hombres y varios helicópteros para hallar al militar secuestrado. Por esas horas se conocía el primero de los cinco comunicados firmados por el *Comando Juan José Valle de Montoneros*[213], que aparecían simultáneamente en Buenos Aires, Córdoba y Rosario[214].

En los comunicados, los Montoneros se presentaban como “una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a

pelear con las armas en la mano por la toma del poder para Perón y para su pueblo y la construcción de una Argentina Justa, Libre y Soberana”, y aclaraban: “nuestra doctrina es la doctrina justicialista, de inspiración cristiana y nacional”[215]. Contradiciendo algunas acusaciones que comenzaban a circular acerca de su ideología supuestamente foránea, declaraban que lo único foráneo en el país eran “los intereses de los capitales extranjeros ligados al régimen y la mentalidad vendepatria de los gobernantes de turno”. El origen cristiano de la organización se delataba en más de una oportunidad, como cuando anunciaban la decisión de “dar cristiana sepultura” a los restos de Aramburu o pedían “Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma”.

Los secuestradores se ocuparon insistentemente de dejar en claro su identidad peronista. Por lo pronto, Aramburu era un símbolo del antiperonismo, y matarlo implicaba de por sí una definición. De todas formas, los guerrilleros dejaron constancia de las acusaciones que se le hacían: los fusilamientos de 1956, la represión del peronismo, la desaparición de cadáver de Eva Perón, la difamación de Perón y Evita, y la anulación de las conquistas sociales instauradas por el justicialismo. Los Montoneros tampoco dejaban dudas acerca de los medios que pensaban utilizar. El éxito del método aplicado sobre Aramburu, en el criterio de los guerrilleros, marcaba claramente cual era “el único camino correcto” que permitía “golpear eficazmente al sistema”. Afirmaban sin pudor que lucharían “con las armas en la mano”, y exhortaban al pueblo “a unirse a la resistencia armada contra el régimen”.

Finalmente, acusaban a Aramburu de ser una “carta del régimen” que pretendía reponerlo en el poder “para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia”, y advertían que en esas “andadas” lo acompañaban “algunos tráfugas de siempre que se dicen dirigentes peronistas, y que repudian la resistencia armada del pueblo y quieren llegar a elecciones porque saben que el queso es grande”. Por eso mismo, prevenían “al pueblo argentino contra las maniobras de los gorilas de adentro y fuera del gobierno”, que pretendían “embarcar al pueblo en nuevas aventuras golpistas buscando nuevas y fraudulentas elecciones”. El espíritu que animaba a los montoneros quedaba graficado en la siguiente afirmación: “El pueblo ya no recibirá solamente los golpes, ahora está

dispuesto a devolverlos y a golpear donde duela”.

Mientras se sucedían los comunicados, el país era rastrillado de punta a punta por las autoridades, e inclusive se producían algunas detenciones. De todas formas, a poco de andar quedó más o menos claro que no se estaba tras la pista de los verdaderos secuestradores. Esta sensación era reflejada por las primeras líneas del editorial político del semanario *Periscopio* en su edición del 9 de junio, cuando afirmaba que “la suerte de Pedro E. Aramburu mantuvo durante toda la semana al país en la incertidumbre y en la angustia”[216]. Dos días después se conocía el quinto y último comunicado de Montoneros. Luego, el silencio.

4. De la calera a William Morris

“Sin noticias sobre el secuestro de Aramburu”, informaba el matutino *La Nación* en su edición del día 30 de junio de 1970, y agregaba: “hace un mes que fue secuestrado en su domicilio y hasta ahora no existe un solo indicio concreto acerca de quienes lo secuestraron ni sobre el paradero del ex presidente”[217]. Al día siguiente, el país era sacudido con la noticia de un nuevo y espectacular operativo de Montoneros: la toma de la localidad cordobesa de La Calera. Ejecutar esta operación cuando habían pasado apenas treinta días del conmocionante secuestro de Aramburu habla a las claras de la ambición política de los jóvenes guerrilleros, quienes evidentemente no se conformaban con producir un hecho espectacular. De lo que se trataba era de extender la guerra popular, que abriera el camino para el regreso de Perón y la anhelada Revolución. Los montoneros no pensaban detenerse hasta conseguirlo.

La acción había sido concebida antes del operativo Aramburu, y tenía varios objetivos. En primer término, marcar la presencia de la organización en distintos lugares del país. Por otra parte, los jefes montoneros habían previsto que el hecho fundacional podía ser interpretado por algunos sectores como ejecutado por una organización de derecha, dado el carácter político “liberal” de Aramburu, y esta segunda operación remitiría inmediatamente a la toma de la localidad de Pando por parte de los izquierdistas Tupamaros uruguayos. Finalmente, La Calera tenía de por sí un valor simbólico, ya que había sido el último foco de resistencia del

peronismo durante la Revolución Libertadora[218].

Del nuevo operativo no participaría ningún militante de la célula porteña del *Grupo Fundador*. Sí lo haría, en cambio, la célula cordobesa[219]. De todas formas, la acción no hubiera sido posible sin la participación del *Grupo Córdoba*, que aportó la mayoría de los combatientes[220]. A las siete de la mañana del 1º de julio, unos 25 guerrilleros identificados con brazaletes del color de la bandera nacional y la leyenda *Montoneros* escrita sobre los mismos, ingresaron a La Calera en varios vehículos. Estaban divididos en los comandos “Eva Perón”, “Comandante UTURUNCO”, “General José de San Martín” y “29 de Mayo”[221].

Durante una hora, se apoderaron de la central telefónica, la sucursal local del Banco de Córdoba, la comisaría, el correo y la Municipalidad, y se llevaron documentos, armas y dinero. En la comisaría, los policías fueron encarcelados y obligados a cantar la marcha peronista. Mientras tanto, otros militantes pintaban “Montoneros” y “Perón o muerte” en las paredes del centro. Los comandos dejaron La Calera en un convoy de autos, esparciendo clavos “miguelito” a su paso, detrás de un falso patrullero haciendo ulular una sirena. En la población dejaron sonando en un altoparlante la “Marcha de los Muchachos Peronistas”.

Mientras se dispersaban en las afueras de Córdoba, comenzaron los problemas. Uno de los automóviles se averió y los montoneros Luis Lozada y José Fierro fueron heridos y detenidos por la policía. A raíz de la información obtenida de uno de ellos, las fuerzas de seguridad llegaron a una casa del barrio cordobés de Los Naranjos, donde se encontraban los jefes del operativo. Los guerrilleros se resistieron a balazos, y en el tiroteo resultaron heridos de gravedad Emilio Maza e Ignacio Vélez. En el mismo lugar, también fueron apresados Carlos Soratti y Cristina Liprandi de Vélez, y poco después era detenido en la ciudad Raúl Guzzo Conte Grand. En la casa de Los Naranjos las fuerzas de seguridad hallaron un fichero con una lista de colaboradores escrita en clave y que descifraron rápidamente. En los días subsiguientes se realizaron más de doscientos allanamientos y numerosas personas fueron detenidas[222]. Todas tenían vinculación con el *Grupo Córdoba*, y como consecuencia alrededor de cuarenta militantes, entre ellos quienes habían participado de la toma de La Calera, debieron

pasar a la clandestinidad[223].

En la misma casa de Los Naranjos, la policía encontró una autorización para manejar un Renault 4 otorgada por Norma Arrostito a favor de Emilio Maza. Según las pericias, el documento había sido escrito con la misma máquina de escribir que tipió los comunicados del secuestro de Aramburu. De esta manera, las fuerzas de seguridad dieron con una punta para descubrir a la célula porteña del *Grupo Fundador*. El 6 de julio era detenido en su lugar de trabajo Carlos Maguid, cuñado de Arrostito y participante del secuestro de Aramburu. En su archivo se encontró el negativo de una foto de la medalla que el ex presidente tenía en su llavero al momento de ser secuestrado. Dos días después moría Emilio Maza, y la esposa de Aramburu lo reconocía como uno de los secuestradores de su marido. Por esos mismos días fue detenido el padre tercemundista Alberto Carbone, en cuyo poder se encontró la máquina de escribir utilizada para redactar los comunicados del secuestro: Firmenich se la había entregado hacía unos días para que la guardara[224].

A partir de todas estos hallazgos, la célula porteña del *Grupo Fundador* —cuyos integrantes, con excepción de Maguid, estaban refugiados en casas provistas por las FAP[225]— quedó al descubierto, y a mediados de julio las principales ciudades del país eran invadidas por carteles que pedían la captura de Gustavo Ramus, Fernando Abal Medina, Mario Firmenich, Carlos Capuano Martínez y Norma Arrostito por el secuestro de Aramburu. Como Ramus y Firmenich se habían dedicado hacía un tiempo a la compra y venta de hacienda en Santa Fe, gente de esa provincia los reconoció en las fotos y comunicó a las autoridades policiales que el ganado adquirido era trasladado a un campo de la localidad de Timote. En consecuencia, el 16 de julio las autoridades encontraron el cadáver de Pedro Eugenio Aramburu[226]. Completando un panorama negro para Montoneros, durante julio las fuerzas de seguridad también detectaron la existencia del *Grupo Sabino*. Antes de ser detenido, Maguid se había refugiado durante una semana en la quinta de Falsachi, y cuando fue apresado delató la existencia del lugar. La policía allanó la vivienda, unió algunas puntas y el 27 de julio pidió públicamente la captura de José Sabino Navarro[227]. La soga se iba ajustando al cuello de la incipiente organización.

Mientras todos estos desastres se sucedían, las decenas de militantes

del *Grupo Córdoba* y su *círculo* que habían sido identificados o corrían serio riesgo de serlo, y en consecuencia habían pasado a la clandestinidad, partieron rumbo a la ciudad de Santa Fe. Allí, el *Grupo Santa Fe* escondía a los cordobeses, intentaba conseguirles documentación, plata y autos, y organizaba su salida hacia diferentes puntos del país[228]. Además de ardua y riesgosa, la tarea era cara. Para proveerse de fondos, el 31 de julio un comando del *Grupo Santa Fe* asaltó el Hospital Italiano de esa ciudad[229]. Debido a la documentación hallada en un portafolio que los guerrilleros abandonaron por descuido en el lugar, la policía obtuvo información que permitió la captura de varios de ellos, incluido el propio Mario Ernst, y la identificación de otros integrantes del *grupo*[230]. A pesar de rumores que los vinculaban a una organización más amplia, las fuerzas de seguridad no pudieron establecer relaciones de este comando con otros grupos, y concluyeron que —aún con fines políticos— recién comenzaba a operar y no tenía ramificaciones. No habían logrado descubrir que también se trataba de Montoneros.

En poco más de un mes, las células cordobesa y porteña del *Grupo Fundador*, el *Grupo Córdoba*, el *Grupo Santa Fe* y el *Grupo Sabino* habían sufrido la muerte de Maza, la detención de varios de sus militantes, y el descubrimiento de gran parte de su estructura y funcionamiento. Ello fue la causa de que —al margen del asalto al Hospital Italiano por parte del *Grupo Santa Fe*— entre julio y agosto de 1970 se registrara un solo operativo armado de Montoneros[231]. Recién el 1° de septiembre Abal Medina, Ramus y otros guerrilleros asaltaron la sucursal de Ramos Mejía del Banco de Galicia y Buenos Aires, aún cuando el suceso se hizo pasar por un robo de delincuentes comunes[232].

El hecho de que el proceso de unificación de los *grupos originales* hubiera comenzado hacía relativamente poco, sumado a las serias dificultades desatadas en julio de 1970, hacían que Montoneros no fuera todavía una organización verdaderamente unificada y coordinada con presencia en distintos lugares del país. De todas maneras, los sucesos posteriores a La Calera pusieron una vez más en evidencia el sistema de redes de los cuales provenían esos *grupos*, y que en definitiva les permitieron subsistir en condiciones sumamente adversas[233]. El *Grupo Santa Fe*, que contaba con infraestructura que iba mucho más allá de su

célula clandestina, estuvo en condiciones de recibir y derivar a distintos lugares del país a decenas de militantes del *Grupo Córdoba*. La red organizada por el cura Rubén Dri en Resistencia, por ejemplo, recibió y eventualmente rederivó a numerosos militantes cordobeses[234].

Ante las dificultades, se habían activado las amplias redes preexistentes —entre las cuales estaban las que los vinculaban a las FAP—, y Montoneros evitó la aniquilación. Fueron las mismas redes que posibilitaron la incorporación a la organización en aquel tiempo del último de los *grupos originales* que todavía no lo había hecho: el *Grupo Reconquista*. Tras los sucesos de La Calera, Roberto Perdiá había viajado de Salta a Buenos Aires para ponerse al tanto de los acontecimientos, tuvo un encuentro con militantes de Montoneros a partir de un vínculo en común, y en ese momento su grupo comenzó un proceso de integración[235].

Las crecientes dificultades no intimidaron al decidido jefe de Montoneros, Fernando Abal Medina. A pesar de las precarias condiciones en las que se hallaban él y sus compañeros, realizaba frecuentes encuentros con militantes en departamentos y bares de Capital Federal y el Gran Buenos Aires con el objeto de reorganizar a la agrupación. Una de esas reuniones fue programada para el 7 de septiembre en la pizzería La Rueda, de William Morris, y participarían de la misma el propio Abal Medina, José Sabino Navarro y el cordobés Luis Rodeiro. Alrededor de las 19:30, los tres se acomodaron en una mesa apartada del lugar, mientras Gustavo Ramus y Carlos Capuano Martínez montaban guardia afuera en sendos automóviles.

Al rato, tres policías de civil ingresaron a la pizzería y se dirigieron directamente hacia donde se encontraban los guerrilleros. Abal les mostró una chapa de la policía Federal, y los agentes provinciales lo saludaron y volvieron sobre sus pasos. En ese mismo momento, un policía uniformado se dirigía al auto de Ramus, quien respondió a los tiros. Quienes estaban dentro del bar —montoneros y policías— también comenzaron a disparar, y el tiroteo se generalizó. Abal Medina intentó salir por la puerta y cayó mortalmente herido. Ramus, también alcanzado por las balas policiales, desabrochó una granada de mano que llevaba en la cintura y tras retirar el detonante intentó lanzarla, pero el explosivo estalló en su mano y lo mató en el acto. Sabino rompió una de la ventanas del bar y escapó corriendo,

mientras que Capuano Martínez lo hizo en su automóvil. Luis Rodeiro, por su parte, fue detenido. Por el lado de la policía hubo cuatro heridos de bala[236]. William Morris fue el acto final de una serie de desastres para la organización que habían comenzado en julio. Al igual que con los anteriores, Montoneros lo sobrevivió, en este caso sin mayores dificultades.

* * *

Tras el revés de William Morris se sucedieron varios meses sin grandes contratiempos en la vida de Montoneros, aunque en un contexto muy diferente al de apenas unos meses antes. Lo novedoso del período a iniciarse respondía en gran medida al hecho Aramburu, que como suceso fundacional pero sobre todo por su notable repercusión pública había marcado una clara ruptura que cambiaría muchas cosas en la vida de la agrupación.

Aún si la historia de la aparición de Montoneros —priorizando las continuidades por sobre las rupturas— se mira como un largo proceso iniciado hacía casi una década, el año 1970 aparece como una bisagra entre dos etapas distintas. En aquel momento los *grupos originales* habían dado forma a una suerte de federación, en transición hacia una verdadera organización de carácter nacional que además se integraría al Movimiento Peronista. Dentro de ambas perspectivas —el quiebre profundo del hecho Aramburu o la continuidad subyacente entre el antes y el después— existe un punto en común: para los jóvenes católicos que habían decidido empuñar las armas identificados con el peronismo, aquellos meses representaron el final de una historia y el comienzo de otra, por cierto muy diferente.

Capítulo ocho

Las reacciones

1. “Cada cual tenía su hipótesis”

Apenas conocido el secuestro de Aramburu, una pregunta comenzó a circular aceleradamente por despachos oficiales, redacciones, bares, encuentros políticos y hogares: ¿quiénes lo habían llevado a cabo y qué se proponían? Inmediatamente se tejieron todo tipo de especulaciones. Mientras no hubo pistas firmes acerca de los autores, la incertidumbre era mayúscula.”Cada cual tenía su hipótesis”, decía el editorial político de la revista *Periscopio* a pocos días de que Aramburu desapareciera de su casa, y continuaba: “pudieron clasificarse cinco: 1) Autosecuestro: Liberales inician un golpe, poniendo en salvo a su jefe. 2) Provocación nacionalista: Para enfrentar a gobierno y Fuerzas Armadas. 3) Venganza del peronismo: Culminaría el 9 de junio[237]. 4) Rescate: el FAL (que debutó con el cónsul paraguayo) exigiría la libertad de sus amigos[238]. 5) Maoísmo, castrismo: Notificación del advenimiento de una nueva fuerza subversiva” [239].

Dentro de estas hipótesis no se incluyó una sexta, sostenida con énfasis por el círculo de allegados a Aramburu: que debido al proyecto político del ex presidente, el secuestro había sido planificado o al menos instigado por los sectores nacionalistas del propio gobierno, a través del Ministro del Interior Francisco Imaz y de los Servicios de Inteligencia[240]. Si ese hubiera sido el caso, el resultado fue el inverso al buscado: Onganía fue obligado a renunciar el 8 de junio, y cinco días más tarde se anunciaba que el nuevo presidente sería el general Roberto Marcelo Levingston, hasta ese momento agregado militar y delegado en la Junta de Defensa Interamericana en Washington.

Curiosamente, cuando tras la toma de La Calera comenzó a conocerse la identidad de algunos montoneros, el desconcierto fue —en cierto sentido—

aún mayor. Los antecedentes —o supuestos antecedentes— de muchos guerrilleros confundían el panorama. La misma revista *Periscopio* que a comienzos de junio barajaba cinco hipótesis distintas, en un artículo escrito cincuenta días después no parecía haber avanzado demasiado en las certezas. Una nota escrita con motivo de la reciente aparición del cadáver de Aramburu comenzaba de la siguiente manera: “Entre los puntos oscuros de esta historia hay uno que merece primordial atención: la ideología o militancia política de sus autores”, ya que los diarios insistían en que cubría “una extensa gama, desde la izquierda extrema hasta la ultra derecha”. Ante esta aparente paradoja, el periodista deslizaba la posibilidad de que no se tratara de una alianza entre posiciones extremas, sino de la “sencilla, eterna infiltración de una fuerza por la otra”[241]. Siempre según este artículo, los elementos para la confusión abundaban, ya que varios guerrilleros descendían de la burguesía provincial cordobesa y la mayoría profesaba con fervor el catolicismo: “cuesta creer que devotos católicos, aún inficionados de marxismo y admiración por el exiliado madrileño, maten a sangre fría a un dirigente como Aramburu, que no les molestaba”. Aún así, la nota destacaba que los guerrilleros eran casi todos adolescentes “adoctrinados en materia de confusión y de intriga” en Cuba o en el país.

El mismo artículo repasaba los antecedentes de varios montoneros y los mismos tampoco ayudaban a despejar demasiado las dudas. De Fernando Abal Medina se mencionaba su paso por *Cristianismo y Revolución*, su viaje a Cuba en 1967, y su supuesta vinculación al año siguiente con quienes editaban *Verbo*[242] y más tarde habían organizado “una distribuidora de publicaciones de ignota y sólida capacidad financiera, con olor a España”, que canalizaba literatura adversa a las nuevas corrientes de la Iglesia. A la misma “secta derechista” se lo vinculaba a Luis Alberto Lozada. Emilio Maza, por su parte, era sindicado como fundador en Córdoba de la derechista Guardia Restauradora. En rigor de verdad, estos últimos datos otorgados por la revista difícilmente fueran ciertos, pero la anterior militancia de muchos montoneros en agrupaciones católicas tradicionalmente nacionalistas y conservadoras los tornaban creíbles. El mismo periodista destacaba, por ejemplo, el caso de Mario Eduardo Firmenich, “líder de la Juventud Estudiantil Católica (JEC)” y “firme

candidato a su presidencia”, y el paso del mencionado Maza y de Ignacio Vélez por el Liceo Militar General Paz, lugar en donde —siempre según el artículo— el último “comulgaba todos los días”. “Izquierda y derecha son palabras demasiado viejas para describir la cambiante realidad”, concluía la nota; “tampoco cuadra hablar de revolucionarios; es otra locución equívoca, que podría sustituirse por la de aprendices políticos, enfermos de romanticismo. No es raro, hoy, hallar en todos los países del mundo grupos de esta clase, infestados por los servicios de Inteligencia y conducidos, entre bambalinas, por otros políticos, realistas —ellos sí— y suficientemente cobardes para dictar sus órdenes criminales desde las sombras”.

A los aparentemente contradictorios antecedentes de los guerrilleros se sumaba, para abonar el desconcierto, la amplitud de las ideas expuestas en los primeros comunicados de Montoneros. Por lo pronto, en los que se conocieron con motivo del secuestro de Aramburu, la toma de La Calera y los sucesos de William Morris aparecía en veintisiete oportunidades la palabra “pueblo”, seis veces la frase “patria libre, justa y soberana”, solamente dos veces el concepto “clase trabajadora” o “clase obrera”, y nunca la palabra “socialismo”. Era esa laxitud la que probablemente explique la emisión de comunicados como el de los jóvenes de Acción Católica de la Arquidiócesis de Buenos Aires (JAC) en julio de 1970, aclarando que Fernando Luis Abal Medina, “a quien se le acusa de haber participado en el secuestro del teniente general Aramburu, no es de ideología comunista sino una persona de clara militancia católica”[243]. Como lo demuestran los documentos emitidos por las organizaciones o grupos a los cuales habían pertenecido en la segunda mitad de la década de 1960 el propio Abal Medina y Emilio Maza, el recorrido ideológico realizado por los jóvenes montoneros había llegado bastante más lejos de lo sugerían algunos remotos antecedentes o los primeros comunicados de la organización, aunque —desde ya— no todos podían saberlo.

Si bien las versiones conspirativas acerca de las verdaderas motivaciones de Montoneros nunca cesaron, con el transcurrir de los meses muchos medios de comunicación y una parte importante de la población lograron conciliar en forma relativamente armoniosa algunos antecedentes de los guerrilleros con los sucesos que los tenían ahora por protagonistas.

Un artículo de la revista *Panorama* de octubre de 1970, comparándolos con las FAP, afirmaba: “los montoneros también reivindicaban al peronismo, pero desde una perspectiva social-cristiana y populista. Sus textos los muestran como llegados al justicialismo más por un análisis de la situación actual (allí está el pueblo, afirman) que por provenir de esa tendencia. Los integrantes de ese grupo que se conocen ... provenían, todos, de hogares de clase media y seguramente sus padres militaron, entre 1946 y 1955, en la oposición”[244].

2. “Agresión ideológica del extremismo”

Más allá de las dudas que pudieran abrigarse acerca de la identidad y motivaciones de los autores del hecho, el secuestro de Aramburu generó furibundas condenas desde distintos sectores. El tono de las mismas estaba bien reflejado en el editorial del diario *La Nación* del 31 de mayo, cuando manifestaba que ese “grave acontecimiento” constituía “una evidencia de las formas cínicas de la brutalidad, ya que este frío delito del secuestro no puede ser enjuiciado con los atenuantes psicológicos de las acciones consumadas en el ardor de una lucha franca”[245].

En el lapso de un mes y medio dos presidentes de la República se refirieron al hecho en términos lapidarios. Cuando el 2 de junio de 1970 se dio a conocer el comunicado informando la ejecución del ex presidente, Onganía pronunció un tenso discurso denunciando la “agresión ideológica” del extremismo, “que en escala continental golpea todas las fronteras de América y del mundo”, y anunció la instauración de la pena de muerte[246]. El mensaje leído por Levingston poco después de confirmarse el hallazgo del cadáver de Aramburu, por su parte, no fue menos contundente: “Conciudadanos: la Nación ha sido herida, del modo más torpe, por la ceguera, el fanatismo y la crueldad. El Teniente General Aramburu ha sido asesinado por un grupo de individuos a quienes solo mueven el odio y la destrucción”[247].

Al desconcierto y rechazo que originalmente generaron los guerrilleros en las clases dominantes, el gobierno y las Fuerzas Armadas, pronto se vino a sumar una ascendente sensación de amenaza. En efecto, las agrupaciones armadas y otras expresiones del arco revolucionario comenzaron a ser

vistos como un serio peligro para el sistema político, social y económico vigente. No debe perderse de vista que durante el segundo semestre de 1970 las agrupaciones guerrilleras expandieron en forma geométrica su actividad[248], tal como lo reflejaba un editorial de la revista *Panorama* a fines de ese año. Decía la nota que a mediados de diciembre los representantes de todas las áreas de la revista habían aportado sus candidatos a la última tapa del año, que estaría consagrada al personaje de 1970. “Una semana más tarde —continuaba el editorial—, la abrumadora enumeración de los atentados terroristas que sacudieron a los argentinos durante el año, puso fin al debate: la gelinita, la metralla, los secuestros, los robos políticos eran, sumados, no sólo el personaje dominante de estos doce meses; también habían marcado a fuego la historia argentina”[249]. A título de ejemplo, se mencionaban cuatro operativos guerrilleros, dos de los cuales habían sido protagonizados por Montoneros: la ejecución de Aramburu y la toma de la Calera.

Algunos interpretaban la nueva realidad dentro del marco de la Guerra Fría, y veían a las organizaciones guerrilleras como una manifestación concreta del intento del bloque marxista por extender sus dominios en el Tercer Mundo a través de la Guerra Revolucionaria. Este esquema explica, por ejemplo, las palabras que el Comandante en Jefe del Ejército, general Alejandro Agustín Lanusse, pronunció ante sus subordinados el 29 de diciembre de 1970: “Después de un siglo, la Nación está nuevamente en guerra y el Ejército en operaciones. La guerra no es una contienda clásica de fronteras sino que se desarrolla por otros medios y en batallas por la conquista de las mentes y los corazones”[250].

Dos días después del discurso de Lanusse, el subjefe de la policía bonaerense realizaba un comentario que contenía todos los condimentos de este tipo de interpretaciones. Decía el oficial: “Nuestro país, tierra tradicionalmente de paz, de trabajo y de derecho, se ve agredida hoy por las acciones de la guerra revolucionaria, todavía ante un gran sector de la sociedad absorto, inerme, que no atina ni siquiera a la defensa vigorosa de los principios que sustentan su estilo de vida”. Según el policía, por la vía del asesinato, el secuestro, el robo, el saqueo y la destrucción organizada, se pretendía generalizar la violencia para imponer “estructuras comunistas caducas, perimidas, basadas en el yugo a millones de hombres, que gimen

su dolor sin esperanzas, que viven en el ultraje a su espíritu y condición de seres humanos”[251]. Tras el Viborazo de marzo de 1971 la perspectiva para estos sectores no era mucho más alentadora. El régimen no demoraría en cambiar su estrategia, y pronto llegarían los tiempos del GAN.

3. “No eligieron el camino fácil”

Para los grupos de cristianos radicalizados del cual habían surgido los Montoneros, conocer los nombres de los guerrilleros y legitimarlos fue prácticamente una misma cosa. Ellos mejor que nadie sabían de dónde provenían y qué se proponían los jóvenes militantes, por lo cual respetaban su lucha e incluso muchos la apoyaban en forma explícita. Una declaración del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo tras la toma de La Calera, por ejemplo, desmentía hipótesis policiales y periodísticas que los vinculaba a ese operativo, pero confirmaba que algunos de los miembros del Movimiento conocían y apreciaban a algunos de los integrantes que llevaron a cabo la operación, y que los mismos no eran “delincuentes, fascistas o drogadictos”, como algún órgano de la prensa deslizaba maliciosamente, sino “elementos sanos y limpios de una juventud revolucionaria que se impacienta y busca la transformación de la sociedad”[252]. De la misma manera, y tras las primeras muertes montoneras, la revista *Cristianismo y Revolución* se refería a Emilio Maza, Fernando Abal y Carlos Ramus como “tres combatientes caídos” que debían ser evocados a pesar de las calumnias con que el “régimen” intentaba tergiversar sus memorias[253].

En el mismo número, la revista publicó un reportaje al cura Hernán Benítez[254] en el cual el entrevistado penetraba con bastante profundidad en las mentes y las conciencias de muchos de los jóvenes guerrilleros y los justificaba. Decía Benítez que los montoneros no eran de extracción peronista, ni gente del pueblo, ni parientes de los asesinados y ejecutados por la Revolución Libertadora en junio de 1956. Por el contrario, “olían” a Barrio Norte, eran católicos de misa regular y habían crecido oyendo hablar pestes del peronismo. Dados estos antecedentes, el cura se preguntaba qué los había llevado a reaccionar violentamente contra el medio social del cual provenían, y encontraba dos razones. La primera era

la convicción de los jóvenes guerrilleros de que sólo la violencia barrería con la injusticia social, ya que por las buenas jamás los privilegiados habían cedido uno sólo de sus privilegios. Afirmaba Benítez: “Estos jóvenes sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un 15 por ciento posea más bienes que el 85 por ciento restante. Viven en un estado de indignación y de irritación del que apenas podemos formarnos idea”. Por eso, de acuerdo al cura, los montoneros eran fervorosos del socialismo, “no por fe en el sistema sino por castigar con él a sus padres individualistas”. Por eso también veían con buenos ojos al peronismo y reaccionaban en contra de las pestes oídas contra él.

La segunda explicación que encontraba Benítez al hecho de que los integrantes de Montoneros reaccionaran contra su medio social era “la injusticia moral o jurídica impuesta en la sociedad individualista”. Los guerrilleros guardaban entre sus más lejanos recuerdos de infancia el del furor revanchista desatado a la caída del peronismo, “un traumatizante cuadro de terror” compuesto por el asalto y saqueo de los gremios y la Fundación Eva Perón, el encarcelamiento durante años de altos funcionarios y legisladores sólo por ser peronistas y el “regocijo exultante de la oligarquía en el festín de sangre de Junio del 56”. Aquella “orgía” —opinaba Benítez— no podía no producir resultados desastrosos en las “almas niñas, naturalmente buenas y sensibles” de los futuros montoneros. Señalaba el cura más adelante que esos guerrilleros “de misa dominical” que habían juzgado y condenado a Aramburu, no habían conocido por dentro al peronismo, sino al antiperonismo. Habían conocido y padecido los desaciertos de los gobiernos posteriores, el saqueo de los “monopolios yanquis”, la prepotencia de militares que se constituían “árbitros supraconstitucionales del destino de la República, como si los lloviera el cielo”[255]. El agudo análisis realizado por Benítez parece basarse sobre todo en el perfil de la célula porteña del *Grupo Fundador*, pero explicaba las motivaciones de muchos de los primeros montoneros, aún cuando otros provinieran de familias peronistas[256].

Tras el fallecimiento de Maza, la Federación de Agrupaciones Integralistas de Córdoba, a través de un comunicado, le rindió un sentido homenaje a quien había militado en sus filas. El texto sintetizaba la vida de

Maza en “luchar por la justicia, por los desposeídos, por el pueblo, para conquistar una patria justa, libre y soberana”. Decía además que el joven guerrillero se había incorporado a la lucha armada por su compromiso hasta las últimas consecuencias, decidido a realizar por medio de la violencia “el anhelo de las grandes mayorías argentinas”. Afirmaba que quienes creían en Dios, en el hombre y en la historia, sabían que la obra y el ejemplo de Maza no podían morir, porque eran vida; que su lucha era la de todos por una sociedad realmente justa, donde no existiera “la explotación del hombre por el hombre y de una clase sobre otra”, donde el trabajo del pueblo sirviera a éste y no a una minoría privilegiada, liberándolo de los intereses extranjeros que sangraban la patria. Finalmente, el comunicado afirmaba que el mejor homenaje que se le podía rendir al militante muerto era “continuar en el camino transitado por él, más allá de las palabras y las declaraciones, en el compromiso con el pueblo y la revolución”[257].

Los entierros de los primeros “mártires” montoneros pusieron en evidencia que la corriente de afecto hacia los guerrilleros excedía el marco de algunos curas u organizaciones puntuales. Al de Maza, realizado en la ciudad de Córdoba el 10 de julio, asistió gran cantidad de público[258], lo mismo que al de Abal Medina y Ramus dos meses más tarde[259]. En este último caso, todo el desarrollo de proceso funerario constituyó un verdadero símbolo del sentimiento que generaban los jóvenes en algunos sectores. El féretro de Abal Medina partió desde el domicilio de sus padres, con una bandera nacional de guerra sobre el ataúd. Al iniciarse la marcha del cortejo, seguido de cerca por dos patrulleros y dos carros de asalto, se oyeron vítores a Perón, al nacionalismo y a los muertos, y “muera” al gobierno. La procesión llegó hasta la iglesia de San Francisco Solano, en el barrio de Mataderos, donde se hallaba una camioneta con los restos de Ramus. Los dos féretros fueron introducidos en el templo, al tiempo que también cubrían el de Ramus con una enseña nacional de guerra. El padre Adur ofició la misa de cuerpo presente, y los sacerdotes Vernazza, Mugica, Ricchiardelli y Benítez dijeron palabras de despedida.

Mugica expresó acerca de los muertos: “eligieron el camino mas duro y difícil por la causa de la dignidad del hombre. No podemos seguir con indefinición y con miedo, sin comprometernos”. Recordó cuando con

Ramus hicieron un viaje al norte del país y lo vio llorar desconsolado al ver la miseria y el triste destino de los hacheros. Dijo además de este último: “Fue fiel a Cristo, tuvo un amor concreto y real por los que sufren; se comprometió con la causa de la justicia, que es la de Dios, porque comprendió que Jesucristo nos señala el camino del servicio. Es un ejemplo para la juventud, porque tenemos que luchar para alcanzar la sociedad justa y superar el mecanismo que quiere convertirnos en autómatas. Que este holocausto nos sirva de ejemplo.”

El padre Hernán Benítez, por su parte, no fue menos elocuente en su oración. Pedía perdón a Dios por la muerte de ambos guerrilleros, “que fueron asesinados por la Nación, que no supo comprenderlos, darles un camino, colmar su sed de justicia”. Afirmaba que la sociedad había juzgado y castigado, pero que si Abal Medina y Ramus tenían que responder “a la inquisitoria del Señor ¿has dado de comer al hambriento y de beber al sediento?”, ellos podían responder que habían dado sus vidas para que en el mundo no hubiera hambre ni sed. Destacaba también la responsabilidad de la Iglesia, que no había escuchado su “llamado angustioso por la justicia”, y pedía nuevamente perdón a Dios por el mal ejemplo que quizá habían dado los sacerdotes, preocupándose por cosas intrascendentes “mientras el dolor y la injusticia nos rodeaba y torturaba a estos jóvenes, que prefirieron el duro camino para luchar por el pueblo y su justicia, silenciado pueblo, sin voz ni voto”. Agradecía a Dios por esos “muchachos”, de quienes concluía: “No eligieron el camino fácil”. Luego de las oraciones, el cortejo con los dos féretros partió rumbo al cementerio de la Chacarita, siempre vigilado de cerca por efectivos de la Guardia de Infantería, que en un momento pidieron a los familiares que quitaran de los ataúdes los emblemas nacionales porque de lo contrario no se les permitiría continuar la marcha.

Hubo otros sucesos de la época que permitían inferir un apoyo hacia Montoneros aún fuera de los círculos estrictamente cristianos. Eran comunes las escenas de reivindicación en universidades de distintos lugares del país. Tras la toma de La Calera, por ejemplo, en Córdoba se realizaron asambleas en centros estudiantiles en apoyo de los guerrilleros presos[260]. El 10 de septiembre, por otra parte, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires un grupo de jóvenes interrumpió una clase

que se desarrollaba en el aula magna. Uno de ellos pidió un minuto de silencio en memoria de Abal Medina, Ramus y otros muertos “por la lucha del pueblo”, afirmó que la muerte de Aramburu había sido un acto “ejecutado por la justicia popular”, y alentó la violencia como método para acceder al poder. El orador y quienes lo acompañaban se retiraron cantando la marcha peronista[261]. De acuerdo a Gillespie, finalmente, pocos días después de la muerte de Abal Medina y Ramus se produjo la primera manifestación a favor de Montoneros, llevada a cabo por aproximadamente mil jóvenes en el Barrio Casas[262].

4. “A estos no los para nadie”

La reacción de los sacerdotes del Tercer Mundo, de *Cristianismo y Revolución* y de agrupaciones y militantes estudiantiles reflejaban, en gran medida, la adhesión hacia Montoneros de aquellos sectores de los cuales los guerrilleros provenían. Se trataba, sobre todo, del mundo de los cristianos radicalizados y peronizados. Aún cuando durante la segunda mitad de la década de 1960 el círculo de *Cristianismo y Revolución* había llegado a tener un importante protagonismo dentro del peronismo revolucionario, lo cierto es que este último representaba una minoría dentro de un Movimiento Peronista amplio y multifacético.

¿Cómo repercutió la aparición de Montoneros en el resto del peronismo? La primera reacción “oficial” ante el secuestro de Aramburu fue de repudio. Cuando se conoció el comunicado sobre la ejecución del ex presidente, el delegado de Perón Jorge Daniel Paladino convocó a los periodistas a su departamento y flanqueado por Lorenzo Miguel, Paulino Niembro y Andrés Framini, condenó enérgicamente el hecho. Lo propio hicieron la Confederación General del Trabajo y el Movimiento Peronista Vertical de Pablo Vicente[263]. En el caso de Paladino esta reacción probablemente respondiera a intereses políticos personales, teniendo en cuenta que el delegado apostaba por una salida política negociada con participación del peronismo y seguramente veía con malos ojos que alguien viniera a patear el tablero. Lo cierto, de todas formas, es que en ese momento todavía sonaba fuerte la versión de que había algún sector de las Fuerzas Armadas implicado en el hecho.

Aún dentro del peronismo de izquierda inicialmente se generaron suspicacias acerca de la verdadera identidad de los autores. El Movimiento Revolucionario 17 de Octubre estuvo a punto de difundir una declaración atribuyendo el hecho a un conflicto interno en las Fuerzas Armadas. Su jefe Gustavo Rearte, que había sido detenido justamente a raíz del secuestro de Aramburu, fue liberado justo a tiempo para detener la emisión del comunicado[264].

Meses más tarde, el mismo Rearte afirmaba “sin reservas” que la acción de las vanguardias armadas concitaba “simpatías y entusiasmo en el seno del Movimiento Peronista”[265]. A esa altura no hacía falta aclarar que Montoneros formaba parte de esas vanguardias.

Tal como lo sostenía Rearte, a poco de andar la simpatía hacia Montoneros desbordó el recipiente que contenía a los sectores del cristianismo y aún del peronismo revolucionario, y se desparramó copiosamente en otras corrientes y organizaciones del Movimiento. Debido a que el peronismo había sido sistemáticamente proscripto desde 1955 y las ofensas que había recibido no habían sido pocas, aquel que resultó capaz de devolver los golpes con relativa eficacia fue visto por muchos con admiración y esperanza.

Viejos militantes de la Resistencia, integrantes de las JP de diversos lugares del país[266], dirigentes gremiales y un importante número de trabajadores juzgaban la muerte de Aramburu como un acto de justicia, y no podían evitar sentir simpatía y respeto por el puñado de militantes que habían llevado a cabo la empresa. Cuando se enteró de la ejecución del ex presidente, un sindicalista expresó un sentimiento común a muchos otros peronistas: “¡Esto es otra cosa! ¡A éstos no los para nadie! A partir de ahora se puede pensar en ganar”[267]. Estos jóvenes que declamaban “Perón o Muerte” y morían, eran percibidos por amplios sectores como una bocanada de aire fresco en un Movimiento al cual la necesidad de subsistencia y las peleas internas había manchado de “traiciones” y cuantiosas muestras de “deslealtad” durante muchos años. Evidentemente, la tesis de la vinculación de Montoneros con sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas no prosperó en el mundo peronista. Aún los dirigentes más negociadores debieron por aquel tiempo, como mínimo, llamarse a silencio.

Durante el segundo semestre de 1970 las muestras de simpatía hacia Montoneros se sucedieron. Según *Cristianismo y Revolución*, en los días que siguieron a la toma de La Calera, en Córdoba se desarrollaron colectas en villas y asambleas en fábricas en apoyo de los guerrilleros presos[268]. En el entierro de Maza ya se pudo observar una corona de flores con el nombre de Juan Domingo Perón y una palma con la inscripción “Milicias Peronistas”[269]. Con motivo de la muerte del guerrillero cordobés, por otra parte, la Juventud Peronista de La Plata emitió un comunicado laudatorio. El mismo afirmaba que el pueblo tenía todo el derecho que la historia le confería de emplear la violencia liberadora, puesto que expresaba “el sentimiento de la mayoría de los argentinos”, que querían “una patria sin tutelados ni imperialismos”. Esa lucha había sido encabezada en distintos períodos “por compañeros que supieron mantener en alto las banderas de la emancipación”, y se expresaba en ese momento “en la persona del compañero Emilio Maza”. Finalizaba el manifiesto: “una joven vida ha caído, víctima de la represión inhumana ... en aras de los sagrados ideales del Movimiento Peronista. El homenaje de la Juventud Peronista es su compromiso de continuar con la senda emprendida para lograr el retorno incondicional de Perón para consolidar nuevamente una patria Justa, Libre y Soberana”[270].

A su vez, múltiples entidades —casi todas peronistas— adhirieron al duelo por la muerte de Abal Medina y Ramus: Fuerzas Armadas Peronistas, Alianza Libertadora Nacionalista, Movimiento Nacionalista Tacuara, Movimiento de la Reconquista Argentina, 62 Organizaciones, CGT de los Argentinos, Sindicato Universitario de Derecho y Sindicato Universitario Argentino. En el entierro de ambos guerrilleros, nuevamente apareció una corona con el nombre de Juan Domingo Perón, y entre quienes asistieron al evento se encontraban Arturo Jauretche y el dirigente sindical Miguel Gazzera[271]. El arco ideológico de aquellos que de una u otra manera manifestaban su apoyo a los guerrilleros era, a todas luces, muy extenso.

El 26 de julio de 1970, tras finalizar un acto organizado por las 62 Organizaciones en Córdoba para celebrar un nuevo aniversario de la muerte de Eva Perón, un grupo de aproximadamente cuatrocientos asistentes marcharon varias cuadras vivando a Montoneros[272]. A su vez, a un mes de los sucesos de William Morris, setenta personas fueron apresadas por la

policía en la iglesia de Cristo Rey por asistir a una misa en homenaje a Abal Medina y Ramus. Entre los detenidos se encontraban el dirigente del gremio de la carne Néstor Carraco —quien había acompañado al delegado Paladino a una reciente visita a Perón en Puerta de Hierro— y Andrés Framini[273]. Este último había sido uno de quienes flanquearon a Paladino cuando el delegado defenestró el secuestro de Aramburu a poco de ocurrido.

La mayor afinidad con la guerrilla se daba, en general, de parte de los líderes más combativos del peronismo. En un reportaje conjunto realizado a fines de 1970 a los dirigentes sindicales Ricardo de Luca, de Navales, Miguel Gazzera, de Fideeros, Mario Aguirre, de Trabajadores del Estado de Rosario, y Agustín Tosco —el único que no era peronista—, de Luz y Fuerza de Córdoba, una de las preguntas disparaba: ¿Cuál es su opinión sobre la acción emprendida por las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y organismos similares, que estiman que la lucha armada es el único camino a seguir? De Luca respondió que “la acción organizada de estos compañeros es la acción lógica de los jóvenes puros, valientes y revolucionarios, que llegaron al hartazgo de la violencia que a diario el régimen aplica contra el pueblo de la patria”. Gazzera y Aguirre se expresaron en términos muy similares[274]. Aún Tosco, que aclaró que prefería las formas de lucha que tuvieran a la mayoría del pueblo como protagonista, veía la violencia como legítima respuesta a la violencia de la opresión[275].

La cárcel también era testigo de las muestras de simpatía hacia Montoneros. En muchos casos, los carceleros y aún los directores de los penales se reconocían peronistas y en consecuencia protegían a los montoneros presos. Los guerrilleros encarcelados recibían además visitas de desconocidos para manifestarles apoyo y admiración[276]. De la misma manera, numerosos dirigentes del peronismo —y algunos que no lo eran—, tenían permanentes atenciones para con los montoneros encarcelados, y en muchos casos iban a verlos personalmente. Entre otros, el líder de la CGTA Raimundo Ongaro visitó a los presos en Córdoba a fines de 1970[277]. Por otra parte, la UOM de Alejo Simó les regaló una heladera, y el SMATA del Elpidio Torres les enviaba periódicamente parrilladas que debían compartir con otros convictos para poder terminar[278].

Desde ya, no tardaron en producirse crispaciones entre los partidarios

de la guerrilla y algunos sectores sindicales y políticos del peronismo. El 17 de octubre de 1970, en un nuevo aniversario del Día de la Lealtad peronista, las 62 Organizaciones programaron un acto en Córdoba que reunió alrededor de diez mil personas. Hubo varios oradores, entre ellos el secretario general de la CGT José Ignacio Rucci. Desde un sector del público partieron gritos a favor de Montoneros, y se pretendió un homenaje a Abal Medina, Ramus y Maza. La iniciativa provocó la ira de los adictos a Paladino y Rucci, que querían echar “a los comunistas”[279]. De acuerdo al comentario de la revista *Primera Plana*, el asunto no pasó a mayores, pero los *ruccistas* quedaron “con la sangre en el ojo” y casi la emprendieron luego contra los estudiantes del integralismo, a quienes “también acusaron de ser *bichos colorados*”.

La misma revista consigna que tras los cruces verbales en aquel acto finalmente “la paz imperó”. ¿Sería siempre así? Algunos elementos permitían suponer que el asunto era complejo. Por lo pronto, Montoneros y el resto de las agrupaciones armadas peronistas comenzaron a dividir al peronismo por ejes distintos a los habituales: traían consigo una metodología y un discurso ajenos en general al peronismo tradicional —o por lo menos mayoritario— y comenzaban a disputar con relativo éxito espacios de poder dentro del Movimiento. A poco de andar se transformaron en una prestigiosa carta de presentación dentro del peronismo, pero a la vez removían peligrosamente las aguas. No debe perderse de vista que aún cuando hechos como la muerte de Aramburu concitaban una mayoritaria simpatía, esa simpatía no implicaba necesariamente que se compartieran las ideas de los guerrilleros. Por otra parte, debe pensarse que algunas muestras de apoyo —fundamentalmente las que provenían de algunos dirigentes— podían responder a una especulación política, ya que no parecía prudente renegar de estos jóvenes que a través de su accionar concitaban un importante apoyo en las bases y —como veremos— del propio Perón.

¿Qué decía acerca de la actividad de la guerrilla peronista el líder exiliado en Madrid? Tras el secuestro de Aramburu —y a diferencia de algunos dirigentes que condenaron enérgicamente el hecho— Perón guardó silencio. Con el tiempo, su apoyo a Montoneros y la guerrilla se fue tornando explícito. El jefe del Movimiento había percibido con claridad

que esta nueva presencia le otorgaba una carta decisiva para golpear al régimen y negociar en mejores condiciones. No sería él quien le “sacara las papas del fuego” al gobierno, desautorizando a quienes, invocando su nombre, le asestaban golpe tras golpe. Tampoco sería él quien condenara a aquellos que ponían en riesgo sus vidas y recuperaban para el peronismo gran parte de la mística y la iniciativa perdidas. Además, el surgimiento y crecimiento de esta corriente dentro de su Movimiento le otorgaban más herramientas para conducir al conjunto, contrabalanceando el siempre temible poder sindical.

A muchos de quienes lo visitaban en España —y cada vez eran más—, Perón les hacía saber de su satisfacción con las organizaciones armadas. A mediados de 1970, por ejemplo, recibió en Puerta de Hierro a Alcira Argumedo, docente de las célebres *Cátedras Nacionales*[280]. En un aparte, y refiriéndose a la guerrilla peronista, Argumedo le preguntó al líder: “Usted cree que hay que dar apoyo a estos grupos? Perón le guiñó el ojo y le respondió: “son nuestros, hay que apoyarlos”. En otra ocasión, Perón envió un libro autografiado a un grupos de Montoneros presos en Córdoba[281]

Además de los dichos y hechos, el líder dejó documentada su posición en más de una oportunidad. En febrero de 1971, en una carta que le escribió a la organización en respuesta a otra que había recibido, los trataba de “compañeros Montoneros”, y les enviaba “un gran abrazo”. Refiriéndose al secuestro y muerte de Aramburu, les decía: “estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado”. Aún más contundente fue la misiva que Perón le envió a Carlos Maguid, montonero condenado por el caso Aramburu. En el texto, el exiliado manifestaba haber seguido como propia la “odisea” vivida por el guerrillero con motivo del “ignominioso juicio que terminó con su inicua condena”. Afirmaba que eran tristes días para el país, ya que “los verdaderos patriotas” eran objeto de la persecución más despiadada.

Más adelante le decía: “es larga ya la lista de los mártires y de los héroes que están honrando las filas de nuestro justicialismo. Nuestra obligación para con ustedes constituye un deber de conciencia, que ningún peronista podrá olvidar ... Ya llegaremos un día los que hemos de liberarlos y ofrecerles la reivindicación que los héroes merecen”[282]. Por la misma

época, Perón enviaba una carta a la juventud en la cual hablaba de un “cambio generacional” dentro del Movimiento y —dando otro inocultable espaldarazo a la actividad armada— sostenía: “Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y grandeza ... Yo tengo una fe absoluta en nuestros muchachos que han aprendido a morir por sus ideales, y cuando una juventud ha aprendido y alcanzado esto, ya sabe todo lo que una juventud esclarecida debe saber”[283].

Estas misivas estaban a tono con otra que un año antes el líder les había enviado a las FAP. Allí les decía que se había dado cuenta de que los guerrilleros eran “valerosos compañeros”, que se jugaban la vida por los ideales del peronismo. Sostenía que el momento era “para la lucha, no para la dialéctica política”, porque la dictadura no iba a ceder en su violencia sino ante otra violencia mayor. Afirmaba también que el pueblo tenía derecho a luchar por su destino, comprometido por la irresponsabilidad de traidores “entregados al imperialismo yanqui”. Finalmente, les aseguraba a los guerrilleros que todo cuanto habían realizado formaba parte “del cuadro de honor del verdadero Peronista que, por su naturaleza, no puede ser clamatorio sino objetivo y combativo en alto grado” [284].

Muchos de estos documentos se hacían públicos, de la misma manera que los comentarios de Perón circulaban profusamente en el mundo peronista. Rápidamente, comenzó a darse un proceso de retroalimentación que favoreció tanto al líder como a las organizaciones armadas. Las operaciones de una guerrilla que le juraba lealtad mejoraban la posición de Perón ante el gobierno y el propio Movimiento. Conciente de esta realidad, Perón los alentaba. Ello redundaba en un crecimiento de la legitimidad y prestigio de las organizaciones y —a través de la simpatía popular y el apoyo de numerosos dirigentes peronistas— facilitaba su accionar. La guerrilla peronista, incluido Montoneros, pasaba a ser una pieza insustituible del Movimiento, y no tardaría mucho en recibir el nombre de “formaciones especiales”[285].

La paradoja para Montoneros era que —junto con el resto de las agrupaciones armadas— su misma presencia en el escenario nacional hacía que cada vez más sectores voltearan la cabeza hacia Perón en búsqueda del salvador del “sistema” amenazado. Se trataba de la misma figura a la cual

ellos juraban lealtad y por cuyo regreso decían combatir. El líder exiliado fogoneaba la guerrilla, pero simultáneamente daba señales que indicaban que estaba dispuesto a involucrarse en una eventual salida institucional. ¿Acaso *La Hora del Pueblo* —que sin dudas contaba con su bendición— no abogaba por un pronto llamado a elecciones? Evidentemente, la organización armada se encontraba parada sobre una resbaladiza realidad “a dos aguas”.

Capítulo nueve

Reorganización, desafíos y respuestas

Hacia fines de 1970 los *grupos* que habían conformado Montoneros transitaban la etapa final del camino que los conducía a la constitución de una organización nacional, lo que implicaba una tendencia hacia una mayor coordinación y centralización. Por la misma época Montoneros era legitimado políticamente por Perón y el resto del peronismo, pasando a formar parte de esta manera del histórico Movimiento. La integración al peronismo deparaba importantes ventajas a los guerrilleros, pero a la vez los enfrentaba a importantes desafíos. Debe considerarse que el peronismo era por una parte un heterogéneo y multifacético Movimiento, cuya amplitud permitía que muy diversos sectores se consideraran parte del mismo, pero que aún cuando tenía fronteras no muy estrictamente demarcadas era “sólido” en el sentido de que contaba con una larga tradición, numerosos líderes y agrupaciones y un jefe supremo unánimemente reconocido. Estos cambios “puertas adentro” y “puertas afuera” de la organización reorientaban aceleradamente la lógica de las decisiones y acciones de los Montoneros. En consecuencia, temas tales como su estructura organizativa y la forma de relacionarse con el resto del peronismo y los frentes de masas en general adquirieron una importancia central.

1. Aparece la organización nacional

Hemos visto que entre diciembre de 1969 y mayo de 1970 —es decir antes del secuestro de Aramburu— los diferentes *grupos originales* de Montoneros fueron confluyendo entre sí con la idea de conformar una única organización de carácter nacional. El *Grupo Córdoba*, el *Grupo Santa Fe* y el *Grupo Sabino*, aún cuando no participaron directamente del primer

operativo firmado llevado a cabo por el *Grupo Fundador*, lo asumieron como propio. “Esos fuimos nosotros” fue una frase habitual dirigida por los jefes de cada *grupo* a sus militantes cuando el secuestro se hizo público[286]. A pesar de que todavía se mantenían como *grupos* bastante autónomos, ya eran todos Montoneros. Tras los sucesos de La Calera, el *Grupo Reconquista* se incorporaría al proceso de unificación.

A partir de los traspiés de julio y septiembre de 1970, la integración se vio seriamente dificultada, ya que la prioridad en ese tiempo fue subsistir. De todas formas, las tareas de socorro mutuo cumplieron un importante papel para estrechar los vínculos entre los militantes de diferentes lugares del país. Por otra parte, fue común que integrantes de los *círculos* que rodeaban a los *grupos* debieran pasar a la clandestinidad y en consecuencia aceleraran su incorporación a Montoneros. Las tareas de rescate y las nuevas incorporaciones provenían en estos casos de las redes a partir de las cuales habían surgido los *grupos originales*, vinculadas en sus orígenes sobre todo al mundo cristiano y al peronismo revolucionario.

El fenómeno de repliegue hacia las redes previas y de crecimiento a partir de las mismas es un elemento clave para entender el primer año de vida de Montoneros. Lo sucedido en Córdoba es un excelente ejemplo de ello. Cuando se conocieron los nombres de los primeros caídos tras La Calera, se produjo el desbande del *Grupo Córdoba* y de su *círculo*, circunstancia que paralizó totalmente las actividades en el lugar durante varios meses. En aquella ocasión, los militantes debieron recurrir al auxilio del *Grupo Santa Fe*, que a su vez buscó ayuda en los contactos establecidos en los años previos. Cuando la presión cedió un poco, las redes preexistentes permitieron a los militantes cordobeses regresar a su ciudad y reorganizarse en forma relativamente rápida. Por otra parte, las incorporaciones a la organización armada fueron parte del pasaje “natural” de militantes provenientes del *círculo*. Muchos de quienes debieron pasar a la clandestinidad, como Leticia Jordán, Humberto Anone y Ramón Roque Maggio, ingresaron rápidamente a Montoneros. Otro tanto hicieron apenas fueron liberados algunos de los que habían ido presos, entre ellos Claudio Ehrenfeld. Si todos estos militantes provenían del AES —agrupación estudiantil de la Universidad Católica de Córdoba[287]—, también se produjeron incorporaciones por el lado de la Universidad Nacional. Entre

estas últimas pueden mencionarse las de Juan Schiaretti, Secretario General del Movimiento Integralista de Córdoba durante 1970, y Efraín Antonio Salatín y Mario Oscar Lepore, integrantes de la misma agrupación.

De la misma manera, dentro del peronismo Montoneros recurrió en primer término a los sectores con los cuales se habían establecido relaciones desde mucho antes del secuestro de Aramburu, es decir el ala revolucionaria del Movimiento. Prueba de ello fue el refugio que las FAP dieron a casi todos los integrantes de la célula porteña del *Grupo Fundador* cuando sus nombres salieron a la luz. Desde esta perspectiva, tampoco fue casual que las primeras incorporaciones a Montoneros por fuera de los *grupos originales* se produjeran a partir de una escisión de las FAP. En efecto, cuando entre fines de 1970 y comienzos de 1971 Ernesto Villanueva, Eduardo Moreno, Alejandro Peyrú y otros guerrilleros que integraban esa agrupación mantuvieron diferencias importantes con su dirección, muchos de ellos decidieron finalmente integrarse a Montoneros[288].

En síntesis, Montoneros recurrió a las redes preexistentes para refugiarse y comenzar la tarea de reorganización y crecimiento una vez superadas las principales dificultades, circunstancia que puede ratificarse a través del mapa de sus operativos armados en aquel tiempo. Tras una actividad casi inexistente entre agosto y octubre de 1970[289], las acciones firmadas, retomadas a fines de ese año, ocurrieron invariablemente en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Salta, es decir, en las ciudades en las cuales estaban asentados los *grupos originales*.

En Córdoba, entre noviembre y diciembre de 1970 los montoneros asaltaron el Jockey Club[290], una estación de ferrocarril[291], un puesto de vigilancia del Instituto Nacional de Tecnología Industrial[292], la oficina del Correo Central[293] y una planta industrial[294]. De la misma manera, a comienzos de 1971, los militantes que se fueron incorporando comenzaron con la práctica habitual de desarmar a policías en la calle[295].

En la zona de Capital Federal y sus alrededores, las acciones armadas fueron retomadas en diciembre de 1970. Ese mes se produjeron tres hechos: el robo de documentos en un registro civil de Bella Vista[296], la colocación de una bomba en la casa del general Osiris Villegas, embajador en Brasil[297], y el asalto a la guardia de la residencia presidencial en

Olivos, hecho en el cual fue herido de muerte un agente de policía[298]. Ya durante 1971, un comando de la organización asaltó el Banco de Hurlingham en Villa Bosch[299] en enero, y otro comando desarmó a un agente frente a la residencia del embajador de la República Federal Alemana en febrero[300].

En Santa Fe, la fecha elegida para el bautismo público de Montoneros fue el 11 de febrero de 1971, cuando en horas de la madrugada la “Unidad Básica de Combate Eva Perón” voló una comisaría en construcción mediante la colocación de bombas de trotil[301]. Un mes más tarde, integrantes de la organización arrojaron bombas incendiarias contra los edificios de los aristocráticos Clubes El Orden y el Jockey[302].

En Tucumán, por su parte, el sello montonero se hizo presente tres días después de la voladura de la comisaría en Santa Fe, cuando la “Unidad Básica Combatiente Evita” tomó la histórica Casa de Tucumán y pintó “Perón o Muerte”, “Montoneros” y “PV” en sus paredes. Un llamado anónimo posterior permitió encontrar el comunicado firmado por la organización, en el que se informaba que la toma se había realizado “como homenaje y recuerdo de la independencia económica que el general Perón declarara, junto al pueblo en dicho lugar en 1947”[303]. Un mes después, la agrupación afirmaba su presencia en la ciudad mediante el copamiento de un local de la Policía Municipal de Tucumán, suceso en el que se apoderaron de un potente transmisor y gran cantidad de documentación e incendiaron una grúa[304].

Salta también fue testigo en aquellos meses de la actividad montonera. El 11 de diciembre de 1970 un grupo comando asaltó una sucursal del Banco Provincia en la ciudad, aunque no se identificó como integrante de Montoneros. De todas formas, antes de retirarse los guerrilleros pintaron “Mejor que decir es hacer” y “Perón vence” en una de las paredes interiores del banco[305]. A comienzos de abril de 1971 se anunciaría públicamente la presencia de Montoneros en la ciudad, cuando el “Comando Roberto Díaz” redujo a escombros la casa quinta de Roberto Durand mediante la colocación y detonación de explosivos[306].

Por los motivos expuestos, es sobre todo a partir de comienzos de 1971 que puede hablarse de Montoneros como una organización de carácter nacional, aún cuando se respetaba la autonomía de cada región. Operativos

casi simultáneos y exitosos en ciudades alejadas demuestran que la agrupación había logrado, sobre todo a partir de las redes de los *grupos originales*, asentarse con relativo suceso en diferentes lugares del país. Para esa época, las reuniones de la Conducción Nacional —a las cuales asistían uno o dos representantes de cada una de las incipientes “regionales”— podían realizarse con más asiduidad y en condiciones de mayor seguridad. El número uno de la organización era en ese momento José Sabino Navarro, quien vivía en la Capital Federal pero viajaba por todo el país. Entre los montoneros de mayor jerarquía se encontraban: en Buenos Aires, Carlos Capuano Martínez, Mario Firmenich y Carlos Hobert; en Córdoba, Alejandro Yofre y Alberto Molinas; en Santa Fe, Roberto Rufino Pirles y Raúl Clemente Yäger; en Tucumán Susana Lesgart; y en Salta Roberto Cirilo Perdía. Las reuniones, casi siempre realizadas en Buenos Aires, permitían avanzar en la reorganización y la coordinación de Montoneros a nivel nacional. Uno de los temas comúnmente tratados era la reubicación geográfica de algunos militantes, teniendo en cuenta la necesidad de reforzar alguna región o hacer desaparecer a alguien de su ámbito original. Así, por ejemplo, hacia finales de 1970 Fernando Vaca Narvaja, del *Grupo Santa Fe*, Jorge Mendé, del *Grupo Córdoba* y Susana Lesgart, del *Grupo Fundador* se instalaron en la ciudad de Tucumán.

Si ante las dificultades Montoneros se había recostado sobre las redes vinculadas a los *grupos originales*, el crecimiento posterior no ocurrió sólo a partir de las mismas. Varios elementos habían colaborado para que un panorama mucho más amplio se abriera delante de ellos. El golpe de efecto conseguido dentro del Movimiento Peronista con la muerte de Aramburu resultó insuperable. La toma de La Calera a pocos kilómetros de la sede del Tercer Cuerpo de Ejército poco tiempo después —con notas de color tales como obligar a la policía a cantar la marcha peronista— les concitaron también una importante simpatía. Por otra parte, los primeros “mártires” de la organización demostraban a las claras que los guerrilleros estaban dispuestos a dar la vida por sus objetivos, entre los cuales nunca se dejaba de mencionar el regreso de Perón. El líder exiliado, a su vez, no pensaba desaprovechar esta herramienta que se le ponía al alcance de la mano para conseguir sus fines políticos y bendijo a los Montoneros sin ambigüedad alguna. Como consecuencia de esta dinámica, a partir del

segundo semestre de 1970 comenzó el tendido de redes desde la organización hacia el resto del peronismo y también en dirección inversa, es decir desde otros sectores del peronismo hacia Montoneros.

A pesar de la apertura de nuevas posibilidades políticas, no debe perderse de vista que el carácter clandestino de Montoneros no facilitaba la tarea de vinculación con otros actores políticos y sociales, lo que a su vez tornaba complicadas las posibilidades de un crecimiento rápido. No por casualidad, inmediatamente después de La Calera los jefes de la organización establecieron un asiduo vínculo con dos dirigentes juveniles para que operaran como canal de comunicación con diferentes sectores del peronismo. Se trataba de Rodolfo Galimberti y Ernesto Jauretche, líderes de las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN)[307]. Tras algunos encuentros con jefes montoneros, ambos comenzarían a intermediar entre la organización e importantes dirigentes sindicales, entre ellos el gráfico Raimundo Ongaro, el mecánico José Rodríguez, el dirigente del tabaco Roberto Digón, el telefónico Julio Guillán, el farmacéutico Jorge Di Pasquale y algunos dirigentes de sindicatos menores. También hacían de canal de comunicación con líderes políticos como el cordobés Julio Antún.

Había otros contactos dentro del amplio mundo peronista que Montoneros mantenía en forma más directa. Uno de ellos era con el “Gallego” Alejandro Álvarez, líder del grupo juvenil peronista Guardia de Hierro[308], y otro con el tradicional dirigente peronista de la zona norte del Gran Buenos Aires, el “Gordo” Teodoro Barbieri[309]. A veces, los vínculos iban de la mano con importantes gestos de ayuda concreta, como cuando el médico Argentino Fernández compró a los montoneros cordobeses una granja para que contaran con un lugar seguro[310]. Entre los pocos peronistas que por esos meses se incorporaron como combatientes a la organización por fuera de los *grupos originales*, se encontraba el histórico Jorge “El Nono” Lizaso, hermano de uno de los militantes peronistas fusilados en los basurales de José León Suárez en junio de 1956[311].

2. Los debates en torno al peronismo

2.1. Movimientismo, Tendencia Revolucionaria o Alternativa Independiente

La red de vínculos que durante los últimos meses de 1970 y los primeros de 1971 Montoneros comenzó a tejer dentro del peronismo no identificado con las corrientes revolucionarias, vino acompañada de airados debates hacia el interior de la organización. Para algunos militantes, resultaba indigerible la relación con determinados dirigentes sindicales y políticos a los que tildaban de “burócratas”, “traidores” o ambas cosas a la vez. Así catalogaban, por ejemplo, a José Rodríguez del SMATA y Julio Antún del peronismo cordobés. Les disgustaba también el contacto fluido con dirigentes o agrupaciones que consideraban de derecha, como Alejandro Álvarez de Guardia de Hierro, o el mismo Rodolfo Galimberti[312].

Las disputas entre quienes relegaban a un segundo plano las diferencias dentro del peronismo, poniendo en primer término el antagonismo con el “enemigo principal” —o sea el imperialismo y sus aliados locales—, y quienes consideraban que en ningún caso debía “transarse” con el “enemigo interno” —es decir las “burocracias” política y sindical del Movimiento—, prometían traer dificultades. A grandes rasgos, podría decirse que los primeros acentuaban el carácter “nacional” de la revolución, mientras que los segundos ligaban indisolublemente la revolución nacional con la revolución “social”, planteo este último de tono más clasista y cercano a los postulados de la Revolución Cubana. De lo que no cabían dudas era de que las ventajas que brindaba la acelerada integración de Montoneros al amplio y heterogéneo Movimiento dirigido por Perón iban de la mano con no menos importantes riesgos e interrogantes. Nada de esto escapaba a los jefes guerrilleros.

En una época tan temprana en la historia de Montoneros como fines de 1970, un grupo de presos cordobeses pertenecientes a la organización produjo un documento que evidenciaba las paradojas del apoyo peronista a la agrupación armada. El documento observaba que la cárcel cordobesa era una expresión cabal del carácter “multifacético” del movimiento peronista. Su director, su subdirector y la enorme mayoría de los guardias se declaraban efusivamente peronistas, al igual que los montoneros presos. Inclusive, los trataban de “compañeros”. En ocasiones especiales era el

propio director el que los buscaba en su pabellón al grito de “¡a ver los patriotas! ¡tienen visita!”. Guardianes y presos con una misma identificación política eran considerados una prueba de las contradicciones del peronismo[313].

Por otra parte, los montoneros encarcelados destacaban que mientras que ellos repartían a las visitas copias de un boletín en el que enarbolaban “la bandera antiburocrática”, los burócratas del Movimiento se peleaban por enviarles víveres. Finalmente, se declaraban sorprendidos ante los rumores de que la dirección de Montoneros cortejaba “al burócrata Antún” y negociaba “con derechísimos grupúsculos juveniles”. Condenaban esa actitud y declaraban su voluntad de seguir “imperturbables” en su lucha antiburocrática, “por un peronismo de las bases”. Este último término remitía al Peronismo de Base (PB), creado en 1969 por militantes vinculados al *Grupo Córdoba* como expresión, justamente, de la lucha “antiburocrática”. No por casualidad, de ese *Grupo* provenían la mayoría de quienes redactaban el documento desde la cárcel.

En la visión de estos militantes, el *Grupo Fundador* carecía de su experiencia de lucha, ya que había abandonado la actividad política en función de la seguridad que requería la creación y el desarrollo del grupo militar. Los guerrilleros encarcelados y otros montoneros comenzaban a ver como un error la concepción que en mayor o menor medida traían todos los *grupos originales* acerca de la lucha armada foquista como único modelo posible. Los que comenzaban a cuestionar esta visión creían que el militarismo ahogaba la política, y llevaba a un segundo gran error necesario para sustentarlo: la idea de un peronismo unido, revolucionario en su conjunto. Como el peronismo no existía de tal modo —pensaban estos montoneros—, el *Grupo Fundador* lo inventó en la imaginación y concluyó que sólo restaba introducir a ese peronismo la “conciencia armada”. De otra manera los críticos no se explicaban que se estuviera obviando la existencia de una burocracia política y gremial “traidora” y olvidando las experiencias del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) en 1964 y de la CGT de los Argentinos (CGT) en 1968[314].

Estos debates en torno al peronismo también se daban en las FAP y el resto de la izquierda peronista. Con el tiempo, se fueron perfilando dos posturas que serían conocidas como “movimientismo” por un lado, y

“alternativa independiente” por el otro. Equidistante de ambas se ubicaba la idea de conformar una “tendencia revolucionaria” dentro del Movimiento. Aún cuando difícilmente se dieran en estado “puro”, repasaremos brevemente los postulados principales de quienes enarbolaban cada una de estas posturas.

Los movimientistas creían en un peronismo revolucionario en su conjunto, y en un Perón también revolucionario. Por lo tanto, relegaban a un segundo plano las diferencias dentro del Movimiento. No desconocían la existencia de “traidores”, pero creían que la propia dinámica de la lucha los obligaría a sumarse a la misma o quedar a un lado. La aplicación de métodos combativos unificaría en la acción y en definitiva en la teoría, ya que ayudaría al pueblo a tomar conciencia revolucionaria y a radicalizar sus objetivos.

Los tendencistas, por su parte, sostenían que dentro del Movimiento Peronista existían diferencias irreconciliables en cuanto a los objetivos estratégicos, pero le reconocían al mismo potencialidad revolucionaria y llamaban a dar el combate en su interior. Esta posición asumía que si Perón no era genuinamente revolucionario, por lo menos estaba dispuesto a volcarse en ese sentido. Ello siempre y cuando la tendencia que representara los intereses de la clase obrera hegemonizara el Movimiento y lo transformara en una herramienta que posibilitara cambios radicales. En esta visión, los “burócratas” eran enemigos, pero se toleraba la convivencia “táctica” con ellos.

Los alternativistas, finalmente, mantenían la identidad peronista, pero descartaban cualquier tipo de convivencia con los “burócratas”. Pensaban que la historia del Movimiento demostraba que las burocracias, a través de sus estructuras, terminaban imponiéndose y aplastando los objetivos revolucionarios. En la práctica —y aunque nunca se manifestase abiertamente— esta postura implicaba la idea de un Perón “burgués”, que seguía creyendo en la conciliación de clases y que sólo apoyaba el ala izquierda del Movimiento como medio para mantener el control del conjunto. El alternativismo era, en definitiva, una postura clasista: proponía que la clase obrera desarrollara una herramienta política propia, independiente de “burócratas” y “traidores”; una herramienta que no terminara resultando funcional a reformistas con aires electoralistas o

golpistas.

En los documentos montoneros de 1970 y comienzos de 1971 se percibe con cierta frecuencia una posición cercana a los postulados movimientistas. En el comunicado con motivo de la toma de La Calera, la organización se definía como el “brazo armado del Movimiento Peronista”[315], mientras que en una carta dirigida al mayor Alberte en octubre de 1970 los Montoneros decían creer que era inexacto “hablar de un peronismo revolucionario”, ya que para ellos había “sólo una clase de peronismo: el que es leal a Perón, a su doctrina y a su pueblo”[316]. En la misma línea, en otro documento aclaraban que no respondían a ninguna de las tendencias en pugna dentro del Movimiento ya que sólo acataban “un tipo de peronista, el que pelea sin cuartel y sin componendas por las banderas populares con todos los medios y posibilidades que su puesto de acción le ofrece”[317]. Finalmente, en una entrevista publicada por la revista *Cristianismo y Revolución* en abril de 1971 el montonero preso Luis Losada opinaba en igual sentido: “el peronismo fue, es y será revolucionario. ... El peronismo es uno: el que es leal a Perón. El único peronismo válido es el de los que luchan sin cuartel, sin componendas, sin oportunismos y sin cálculos en contra del régimen”[318].

En esta visión la identidad se daba por los medios de lucha, ya que el verdadero peronista era el peronista combatiente y la unión se iría dando en el combate desde la misma trinchera. Sobre los traidores, en la carta que los Montoneros le dirigieron a Perón en febrero de 1971 le aclararon que la tarea fundamental de la organización no consistía en “cortarle la cabeza a los burócratas traidores”, ya que la propia dinámica que los combatientes le imponían a la guerra los obligaría “a sumarse o a quedar marginados de la historia”[319]. Por otra parte, sostenían que aquellos que se movían dentro de los marcos de conciliación con el Régimen habían dejado de pertenecer al Movimiento[320].

Las FAP no eran ajenas a este debate. En un documento de comienzos de 1971, por ejemplo, deslizaban una posición que tenía similitudes con la de Montoneros: “para nosotros, actualmente, la burocracia sindical y política constituye un enemigo secundario, ya que el propio desarrollo de la guerra del pueblo atacando a los enemigos principales, irá generando las formas organizativas que superarán a esa burocracia, quitándole todo margen de

representatividad real para ser efectiva”[321]. Este texto, de todas formas, no debe llamar a engaño, ya que poco después las FAP lanzarían explícitamente la idea de conformar una “alternativa independiente de la clase obrera”. El Peronismo de Base (PB), vinculado en sus orígenes al *Grupo Córdoba*, ya durante 1970 había acercado su militancia a la de las FAP y en el futuro sería uno de los principales impulsores del alternativismo. Montoneros, por su parte, quedaría identificado con la postura movimientista. El debate entre movimientismo y alternativa independiente fue intenso a partir de 1971 y constituyó una de las principales causas —sino la principal— del fracaso de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), experiencia que a lo largo de ese año intentaría unificar a Montoneros, FAP, FAR y Descamisados[322].

Contra lo que sugieren algunas declaraciones y etiquetamientos iniciales, lo cierto es que al momento de diseñar estrategias Montoneros se inclinaría por intentar conformar una tendencia revolucionaria dentro del peronismo para hegemonizarlo desde adentro. Un estudio más a fondo de este tema excede el marco temporal y temático de este libro, pero podemos adelantar que hurgando en documentos posteriores esta realidad surge con nitidez. En un documento interno de Montoneros elaborado a comienzos de 1972, por ejemplo, se afirmaba que la vanguardia tenía como tarea organizativa fundamental la construcción de una estrategia revolucionaria del Movimiento Peronista que reemplazara las estructuras existentes. Ello porque si bien estas últimas habían servido en el gobierno peronista, habían quedado “en un esquema reformista”. La tarea para la vanguardia, en consecuencia, consistía en “el encuadramiento revolucionario de las masas, que responda totalmente a los intereses históricos de la clase obrera y le permita dictar políticas a las demás clases o sectores”[323]. En los puntos que siguen, por otra parte, veremos numerosos indicios que refuerzan la idea de una estrategia tendencista por parte de Montoneros.

2.2. *El rol de Perón y los métodos “correctos”*

El rol de Perón dentro de la lucha era otro tema para el cual no había respuestas unívocas por parte de las organizaciones revolucionarias peronistas. Montoneros tenía, en ese sentido, una posición ambigua. Por una

parte, reconocían explícitamente en el general al líder del Movimiento Peronista^[324] y por la otra desarrollaban argumentaciones que no eran tan claras en ese sentido. Uno podría preguntarse, por ejemplo, en virtud de qué potestad la organización armada definía quién pertenecía y quién no pertenecía al Movimiento. ¿No era ese un rol reservado al conductor y líder del mismo? ¿Podían desconocer los Montoneros que la conducción de conjunto podía implicar —y de hecho implicaba— incluir a los “traidores” de las “burocracias” partidaria y sindical dentro de la estrategia general, reconociéndoles su condición de peronistas?

Algo similar sucedía respecto a los métodos adecuados para acceder al poder. Montoneros reconocía el liderazgo de Perón y sin embargo sistemáticamente señalaba cuáles eran las estrategias correctas y las incorrectas. Sin ir más lejos, en la primera carta que le dirigieron al líder realizaban una y otra vez afirmaciones sobre la metodología que debía ser empleada. Pese a que le pedían su opinión, el tono en que las formulaban no parecía invitar a debatirlas. De otra manera, no se entiende que le dijeran a Perón que los actos de la organización apuntaban “a señalar la única estrategia” que consideraban correcta, ni que descartaran de plano un golpe del ejército o un llamado a elecciones como métodos para acceder al poder, aún cuando se tomaran la molestia de fundamentar cuidadosamente cada una de sus posiciones. Nuevamente cabe preguntarse si no debía ser el conductor quien decidiera la estrategia adecuada.

Así parecía entenderlo Perón. En la respuesta a la carta de Montoneros, les decía que estaba de acuerdo con las posturas de la organización armada, pero la larga lista de consideraciones y consejos posteriores indicaban que seguramente no descartaba ningún medio para acceder al poder. El líder se encargaba una y otra vez de remarcar el carácter integral de la lucha y el papel que cada rama del Movimiento cumplía en ella, recordándoles implícitamente a los guerrilleros que el que ellos llevaban adelante era sólo un medio entre otros que también eran importantes.

La carta que Montoneros dirigió a Perón en febrero de 1971 y la respuesta del líder desde España indican que la relación entre Perón y la organización tuvo características complejas y potencialmente conflictivas desde sus orígenes. Beatriz Sarlo realiza un agudo análisis a propósito de la misiva montonera, destacando que contra las reglas implícitas que se

manejaban en la relación entre el Movimiento y su líder, los guerrilleros se tomaron “el derecho de avanzar juicios estratégicos explícitos” y de “interpretar el significado político global de la situación y los sentidos de cada una de las diferentes posiciones” en el movimiento justicialista. Es decir que los Montoneros le daban “las cosas ya interpretadas a su Intérprete” y diseñaban “estrategias para el Estratega”. Por este motivo, Sarlo concluye que el tono de la carta resulta sorprendente, y se imagina “el fastidio con que Perón responde con ambigua cortesía a quienes han ocupado posiciones de discurso que son las suyas” [325].

En un documento interno circulado un año después de la carta, la posición de los guerrilleros acerca del rol de Perón y su propio rol es bastante menos confusa. Sostenía el documento que la función del líder en la lucha revolucionaria era impedir la consolidación del enemigo en el poder, “neutralizando y controlando la burocracia integracionista en su relación con el régimen y con el resto del Movimiento” y protegiendo a sus sectores revolucionarios. En consecuencia, Perón conformaba una línea estratégica “defensiva” de jaqueo al sistema. Por su parte, los “sectores revolucionarios” —es decir, Montoneros— llevaban adelante “una estrategia ofensiva”, desarrollando el método principal de lucha, que era la lucha armada, y encuadrando a las bases en la organización político-militar. La conclusión acerca de la estrategia defensiva de Perón por una parte y la estrategia ofensiva de Montoneros por la otra resulta elocuente: una vez que la alternativa revolucionaria lograra desarrollarse y fuera inmune a la traición del integracionismo, la superestructura del Movimiento no sería ya necesaria y habría “finalizado la estrategia defensiva que por imperio de las relaciones de fuerzas viene implementando el general Perón desde 1955”[326].

Cabe preguntarse cuál sería el papel asignado a Perón una vez concluida la estrategia defensiva. Sugestivamente, el documento no otorga ninguna pista.

2.3. La guerrilla como catalizadora de la salida electoral

El tema referido a los métodos para acceder al poder era particularmente sensible para Montoneros y el resto de las organizaciones

armadas, ya que existía el riesgo de que la propia presencia amenazante de la guerrilla llevara a las Fuerzas Armadas a pensar que una salida electoral más o menos “limpia” resultaba realmente necesaria. Ello era doblemente peligroso para la guerrilla peronista, debido a que cualquier estrategia de apertura política intentaría incorporar de alguna manera al peronismo y en consecuencia neutralizar a sus sectores más combativos.

Los Montoneros manifestaban reiteradamente que no habría elecciones, o que si las había el triunfo peronista no sería tolerado por el régimen. Ello porque la contradicción peronismo-antiperonismo hacía utópica toda posibilidad integracionista, “porque o no hay elecciones mientras el general Perón viva, o hay elecciones sin Perón. Y cualquiera de estas opciones, aunque concurra algún candidato potable disfrazado de peronista, es una nueva burla al pueblo que a esta altura del partido ya no se presta a manoseos”[327].

A pesar de estas afirmaciones, lo cierto es que con la muerte de Aramburu el *Grupo Fundador* de Montoneros había procurado no correr riesgos al respecto. Uno de los motivos esgrimidos para matar al ex presidente fue que el mismo planificaba un golpe para iniciar un proceso de apertura política que integrara al “peronismo de buenos modales”[328]. A partir de este hecho, podría suponerse que descartar la salida electoral era, en primer término, una expresión de deseos de Montoneros, pero sobre todo una apuesta que, de ganarse, permitiría exacerbar las contradicciones existentes en la sociedad y capitalizarlas a favor de las salidas radicales propugnadas por las organizaciones armadas. Como afirma María Matilde Ollier, los dos términos de la contradicción eran, por un lado, clases dominantes en franco desacuerdo con el retorno de Perón y, por el otro, clases populares que reclamaban infatigablemente su vuelta. Si la encrucijada perduraba y se contribuía a alimentarla, crecían las posibilidades de desencadenar en la Argentina una guerra popular y prolongada[329], el mejor escenario para los revolucionarios en armas.

De acuerdo con Gillespie, a pesar de que los montoneros criticaran a Paladino porque parecía confundir la táctica —una salida electoral— con la estrategia —la guerra revolucionaria—, “el desarrollo de los acontecimientos revelaría que eran los Montoneros quienes habían confundido la estrategia de Perón con su táctica y viceversa”[330]. Algunos

de los elementos que hemos visto inducen a pensar que esta confusión era relativa. De hecho, es nuevamente Ollier quien destaca el componente de “apuesta” de la guerrilla, descartando supuestas ingenuidades. Esta autora afirma que desde el momento que Perón se propuso formar “La Hora del Pueblo” y abrir el juego con Lanusse, había elegido el camino de la negociación y por lo tanto el de la salida democrática; había colocado la violencia armada en función de una estrategia electoralista. “Pensar el razonamiento inverso —opina Ollier— resulta absolutamente descabellado: emprender una salida reformista con el objetivo de profundizar la guerra revolucionaria. Y esto no lo ignoran los revolucionarios del movimiento, de ahí su intento por colocar al anciano caudillo en un callejón sin salida”[331].

3. Relación con los frentes de masas: una estrategia para conducir el movimiento

Una vez que estuvo relativamente consolidada, uno de los desafíos que enfrentaba la organización Montoneros de cara al futuro era el de su relación con los frentes de masas, tema particularmente complicado por la clandestinidad de los guerrilleros. En un primer momento, los documentos Montoneros afirmaban que la organización aspiraba a constituirse, junto con las FAP y otras organizaciones fraternas, en el “brazo armado del pueblo”, lo que significaba “ser la vanguardia políticomilitar de la más amplia base popular posible”. Por este motivo creían que la tarea militar no estaba divorciada en ningún momento de la tarea de organización del pueblo, y que esta última tarea debía dirigirse “a abrir canales de comunicación, a ganar lo favorable y neutralizar lo desfavorable, a extender la organización a todos los niveles de acción: el político, el sindical, el estudiantil y el militar”[332]. De esta forma, concluían que su lucha y la lucha de las masas deberían correr parejas, alimentándose y manteniéndose mutuamente[333].

Para que la actividad armada y la actividad de superficie fueran de la mano, los guerrilleros consideraban que debían incorporarse a las luchas de masas, “por medio del ejemplo, las formas organizativas y los métodos de lucha propios de una organización armada”[334]. De este último párrafo podría deducirse que para Montoneros la relación entre la vanguardia y las

masas se limitaba al “ejemplo” que las segundas recibían de las primeras. De hecho, es lo que concluye Gillespie cuando sostiene que aun cuando los Montoneros aspiraban a formar parte de una estrategia “integral”, que comprendiera las actividades políticas, sindicales y estudiantiles, así como el elemento armado, “les complacía claramente promover ellos mismos el aspecto guerrillero y dejar las actividades complementarias restantes a los otros sectores del Movimiento” Peronista. Para el autor inglés esto significaba que la posibilidad de una estrategia tendiente al establecimiento de un socialismo nacional “dependía de que Perón y el resto del Movimiento fueran tan revolucionarios como, equivocadamente, creían los Montoneros”[335].

Esta postura de Gillespie es coherente con el movimientismo “ingenuo” que el mismo autor endilga a Montoneros, pero resulta claramente insuficiente. La idea de mantener las actividades armadas separadas de hecho de las luchas de masas pudo haber sido, en algún momento, la línea del *Grupo Fundador*. De todas formas, el resto de los *grupos originales* en general no la habían compartido, y siempre mantuvieron vínculos con las organizaciones de superficie que iban más allá del mero “ejemplo”. Más importante aún: si bien había montoneros que defendían la postura de constituirse exclusivamente en el “brazo armado” del Movimiento, a poco de andar quedó claro que no sería esa línea la que iba a prevalecer. De otra manera no se entiende la creación en 1971 de las “Unidades Básicas Revolucionarias” (UBR), que venían a sumarse a las ya existentes “Unidades Básicas de Combate” (UBC).

La creación de las UBR respondió a la “necesidad impostergable de crear un puente, un nexo, un nivel intermedio” entre las organizaciones armadas y las organizaciones de base, una forma organizativa en la cual se complementaran y enriquecieran mutuamente “las dos patas de la lucha popular”[336]. No se trataba de un aparato de superficie, sino de un nivel dentro de Montoneros sometido al mismo funcionamiento que el resto de la organización, es decir celular, compartimentado y dividido en zonas geográficas. La diferencia con las UBC consistía en que la clandestinidad de las UBR sería “abierta” en el sentido de que los activistas continuarían “insertados en la base” de la cual provenían, “para poder cumplir con su misión estratégica de cuadros medios o conductores tácticos de la

movilización popular”[337].

La función de las UBR sería la de constituirse en el canal de comunicación entre los combatientes y la base, organizando, esclareciendo y conduciendo política e ideológicamente a la clase trabajadora, conformando las agrupaciones de base y teniendo como método la guerra revolucionaria; en definitiva, convertirse en conducción táctica de las agrupaciones de los diferentes frentes. La creación de las UBR no significaba que Montoneros hubiera abandonado la idea de que la lucha armada era la tarea principal y de que los combatientes debían conducir estratégicamente al conjunto. Por el contrario, sostenían que la conducción estratégica de la guerra revolucionaria debía estar en manos de aquellos que desarrollaban “la forma principal de lucha” y que por lo tanto tenían la mayor claridad estratégica y llevaban el mayor peso de la guerra[338].

De los documentos de Montoneros surge que la creación de las UBR era una estrategia que tenía por objetivo último constituirse en dirigencia del movimiento de masas, que es casi lo mismo que decir en conducción del peronismo. A partir de 1971, en consecuencia, comenzaron a conformarse Unidades Básicas Revolucionarias en distintos lugares del país, con montoneros que militaban en fábricas, barrios y universidades, cada una de las cuales respondía a un integrante de una UBC. La afirmación de Gillespie en el sentido de que la organización pretendía llevar adelante sólo la lucha armada, desentendiéndose de los frentes de masas, pasa olímpicamente por alto esta realidad y eleva a la categoría de milagro el crecimiento geométrico que Montoneros experimentó en esos mismos frentes durante 1972 y 1973.

4. Los objetivos y la dinámica política

De aquellos temas “a resolver”, o que presentaban limitaciones actuales o potenciales para Montoneros, tal vez el más importante, y causa —por lo menos en parte— de todos los demás era el del objetivo de la lucha. ¿Para qué luchaban los montoneros? ¿Cuál era la causa por la cual estaban dispuestos a perder la vida?

En sus comunicados de 1970 y 1971, la organización declaraba casi siempre tres objetivos. Uno de carácter amplio: conseguir “una Patria Justa,

Libre y Soberana”[339]. Otro bastante más concreto: el retorno de Perón[340]. Finalmente, un tercer fin más programático: poner en marcha el “socialismo nacional”[341]. La Patria Justa, Libre y Soberana remitía a las tres banderas históricas del peronismo y en ese sentido podría emparentárselo con el retorno de Perón. Este último fin, declarado en paralelo con la instauración del socialismo nacional, indicaba una cierta identificación entre ambos objetivos, es decir, suponían que Perón regresaría al país para instaurar el socialismo nacional. Esta identificación efectivamente existía en el discurso, ya que Montoneros presentaba permanentemente ambas metas de la mano. En un documento publicado en diciembre de 1970 hablaban del objetivo de “la toma del poder y la puesta en marcha del socialismo nacional en el que se hagan realidad nuestras tres banderas: Independencia Económica, Justicia Social y Soberanía Política”[342]. En la carta a Perón de febrero de 1971 afirmaban enfáticamente: “justicialismo es socialismo nacional”[343].

Finalmente, por la misma época sostenían que las tres banderas del justicialismo se expresaban a través de la necesidad de lograr “un desarrollo económico independiente y una justa distribución de la riqueza, dentro del marco de un sistema socialista que respete nuestra historia y nuestra cultura nacional”[344].

Podría pensarse que por socialismo nacional los montoneros no entendían un proyecto demasiado radical. De todas formas hay expresiones que desmienten parcialmente esta tesis, como cuando afirmaban que la guerra que habían emprendido era total porque suponía “la destrucción del Estado capitalista y de su ejército, como previos a la toma del poder por el pueblo”[345]. Una vez más hay que adelantarse un poco en el tiempo para encontrar posturas que desalienten conclusiones apresuradas. A comienzos de 1972, es nuevamente un documento interno el que pone las cosas más claras. El mismo afirmaba que los objetivos eran la liberación nacional y la construcción del socialismo, para explicar a continuación que liberación nacional significaba liberarse del dominio imperialista y socialismo significaba “la supresión de la propiedad privada de los medios de producción” y la planificación de la economía de acuerdo con las particularidades de la estructura productiva del país[346]. El mismo texto expresaba más adelante: “La realización de la Patria Libre, Justa y

Soberana sólo es posible con la construcción del socialismo, que es el sistema que permite la socialización de los medios de producción, tanto del capital financiero como el industrial, como la tierra y como todos aquellos bienes de producción, partiendo de una dirección y planificación estatal de la economía”[347].

Leyendo las declaraciones de Montoneros acerca de sus objetivos, inmediatamente surgen numerosos interrogantes. Cuándo proclamaban luchar por el regreso de Perón, ¿suponían que tal cosa era posible o lo hacían asumiendo que la vuelta de Perón jamás sería permitida por las Fuerzas Armadas? ¿Creían tal vez que era el propio Perón el que no tenía intenciones de volver? Cuando identificaban peronismo y socialismo, ¿pensaban realmente que si Perón regresaba al país pondría en marcha el socialismo nacional? ¿Cuánto había de oportunismo y cuánto de sinceridad en lo que se proclamaba?.

La sinceridad o insinceridad de Montoneros en cuanto a sus postulados ha sido un tema recurrente en la bibliografía acerca de la organización. Ya vimos que Gillespie habla de una ingenuidad extrema de parte de los Montoneros. Samuel Amaral, por el contrario, niega esta visión de los guerrilleros y habla de una “maliciosa identificación de sus objetivos con los del peronismo”, llegando incluso a afirmar que los Montoneros pensaron que Perón “se moriría antes de romper con ellos”[348]. Tal vez sea Carlos Altamirano quien mejor plantea el problema, cuando afirma que la cuestión no es sencilla aun si se acepta la idea de la adopción de la identidad peronista como una máscara, “dado que una máscara política no es nunca sólo una máscara: usar una nos enlaza a una red simbólica, que es también una red de posiciones, de pertenencia y de conflicto, de filias y de fobias, es decir, define el lugar que ocupamos en la trama intersubjetiva. Nos hace ser lo que al comienzo sólo actuamos como un papel”, más aún cuando ese papel va unido a apuestas tan altas que se está dispuesto a matar o dar la vida. El propio Perón, por otra parte, “los había reconocido como *partisanos* del movimiento y les había asignado un rango: eran parte de las “formaciones especiales”[349].

Intentar develar las incógnitas en torno a la subjetividad montonera probablemente sea un ejercicio imposible. Lo cierto es que tras su espectacular aparición la organización lograría incorporarse

aceleradamente al juego político de Perón, quien desde hacía quince años maniobraba desde el exilio para impedir la consolidación de cualquier gobierno que se estableciera contra él o sin él. Los Montoneros consiguieron intercalarse en ese juego explotando los signos que favorecían su definición del peronismo, como ciertas declaraciones de Perón, e ignorando los que podían desmentirla. De esta manera, lograron hacerse un lugar en el Movimiento y obtuvieron el reconocimiento del líder exiliado[350].

El éxito de la organización en capitalizar y retroalimentar el reconocimiento de Perón entre 1971 y comienzos de 1973 sería notable. En mayor o menor medida, Montoneros y las agrupaciones de superficie vinculadas a la organización serían responsables principales y protagonistas estelares del primer regreso de Perón al país en 1972 y del triunfo electoral y la asunción de Cámpora en 1973. Parecía que Montoneros había acertado políticamente en cada una de las decisiones más importantes que había tomado hasta ese momento: el inicio de la lucha armada, la estrategia de conformar una tendencia revolucionaria dentro del Movimiento y el giro electoralista.

Aún cuando al comienzo lograron adaptarse a diferentes coyunturas, los Montoneros no abandonaron sus objetivos de largo plazo, sino que mantuvieron en suspenso las contradicciones que pudieran tener con el jefe del Movimiento. Cuando el peronismo regresara al gobierno y Perón al país en forma definitiva las contradicciones aflorarían vertiginosamente, para patentizarse en toda su dimensión con el líder en la presidencia. Ahora sólo él, conductor estratégico reconocido por todos, estaba en condiciones de establecer si “Perón al poder” y “socialismo nacional” significaban una misma cosa.

Antes de eso, cuando la sangre se derramaba en el fragor de una lucha en la que ni a Perón ni a los guerrilleros les interesaba destacar posibles contradicciones, los Montoneros se percibían a sí mismos —y eran percibidos por otros muchos— como quienes le devolvían al Movimiento Peronista el espíritu combativo que éste parecía haber perdido. Como los propios guerrilleros afirmaron a comienzos de 1971: “consideramos que había que pelear, porque ya era hora que dejáramos de llorar nuestros caídos; era hora de que cayeran los de enfrente: era hora de que llorara el

enemigo”[351].

Consideraciones finales

El *Grupo Fundador* de Montoneros, protagonista del operativo Aramburu, era relativamente pequeño y para el momento del secuestro del ex presidente hacía bastante tiempo que se había desvinculado de los frentes de masas. Esta circunstancia y el hecho de que las obras de investigación acerca de la organización armada no hayan buceado en su período fundacional, probablemente sean las causas de que el *mito de los doce* haya subsistido a lo largo de los años. Si un recorrido por las primeras acciones de la agrupación permite inferir que tal versión no resulta adecuada, la presente investigación demuestra que efectivamente los Montoneros eran bastantes más que una docena. Más allá del dato numérico, de todas formas, del trabajo se desprenden dos conclusiones aún más importantes: 1º Montoneros se formó a través de la confluencia de varias experiencias similares de diferentes lugares del país —los *grupos originales*— y ese proceso se inició bastante tiempo antes del secuestro de Aramburu; 2º Todos esos *grupos* fueron el resultado de un prolongado y dinámico recorrido de militancia que surcó la década de 1960.

La primera afirmación encuentra su fundamento en diferentes circunstancias. Por lo pronto, cada uno de los *grupos originales* era el producto de la unión de diferentes experiencias militantes. A su vez, varios de los *grupos* mantenían contactos orgánicos por lo menos desde 1968, y la etapa final de integración de todos ellos en una única organización comenzó en los primeros meses de 1970. Ya más cerca del nacimiento público de Montoneros, en abril del mismo año el *Grupo Fundador* y el *Grupo Córdoba* realizaron operativos armados conjuntos. Por otra parte, este último *grupo* y el *Grupo Sabino* tuvieron una participación indirecta en el operativo Aramburu, ya sea como contención o en la divulgación de los comunicados en el interior del país. Asimismo, el *Grupo Córdoba* fue protagonista central en la toma de La Calera llevada a cabo el 1º de julio. Finalmente, la supervivencia de Montoneros tras este último suceso hubiera

sido improbable sin el apoyo del *Grupo Santa Fe*. Las obras especializadas omiten estas realidades cuando al momento de hablar de los orígenes de Montoneros remiten casi exclusivamente al *Grupo Fundador*. Ello se debe a que en general no logran identificar ni delinear al resto de los *grupos originales*, por más que mencionen a alguno de sus militantes.

Las insuficiencias de la bibliografía acerca de este tema podrían tener una explicación en la segunda de las conclusiones mencionadas al comienzo. En efecto, intentar delimitar a los *grupos originales* sin conocer los antecedentes que a lo largo de los años les fueron dando forma resulta una tarea sumamente complicada, sobre todo teniendo en cuenta que hacia 1969 los mismos derivaron en aparatos armados clandestinos y altamente compartimentados. Contra lo que pueda sugerir ese nivel de militarización, hemos visto que los *grupos* fueron producto de un largo recorrido de militancia “de superficie”, que tuvo como punto de partida el extendido *ámbito* del catolicismo renovador, pasó luego por una suerte de *círculo* político más radicalizado y vinculado al peronismo revolucionario, para finalmente derivar en la decisión de empuñar las armas con el objeto de tomar el poder. Desconectar a los *grupos* que en 1970 confluyeron en Montoneros de sus antecedentes mediatos e inmediatos impide ver, por ejemplo, la activa militancia de sus integrantes en diferentes frentes de masas y el hecho de que esos *grupos* emergieron de redes políticas y sociales muy amplias. Son esas redes, justamente, las que permiten explicar el desarrollo de experiencias colectivas muy similares en zonas alejadas, los permanentes contactos entre ellas, la unificación de algunas en Montoneros y la supervivencia de la nueva organización en los momentos críticos que siguieron a su aparición pública.

Otra de las deformaciones derivadas en parte del *mito de los doce* es la que extiende a toda la organización las visiones propias del *Grupo Fundador* en temas tales como la caracterización del Movimiento Peronista, la relación entre lucha armada y lucha política de masas y el rol de las vanguardias y de Perón en la estrategia de acceso al poder. Aún asumiendo que el *grupo* que secuestró a Aramburu adquirió cierta preeminencia sobre todo a partir de ese hecho, y suponiendo que sus integrantes tuvieran una posición eminentemente movimientista, militarista y verticalista, lo cierto es que el resto de los *grupos originales* no

necesariamente compartían todas sus visiones. En este sentido, no debe perderse de vista una particularidad de la trayectoria de los *grupos*: todos ellos habían tenido importantes contactos con el peronismo revolucionario, fundamentalmente a través de *Cristianismo y Revolución*, y no eran ajenos a los debates suscitados en torno al Movimiento conducido por Perón.

A pesar de que la historia de la formación de Montoneros puede ser analizada como un largo proceso iniciado en los primeros años de la década de 1960, lo cierto es que el año 1970 aparece claramente como una bisagra entre dos etapas diferentes. Hasta ese momento esa historia puede interpretarse en buena medida de acuerdo a la lógica del surgimiento y desarrollo de los “movimientos sociales” y la generación de una vanguardia política. A partir de entonces, por el contrario, el desarrollo de Montoneros seguirá los caminos propios de una “organización”, con creciente tendencia a la centralización. Hacia comienzos de 1971 esa organización ya tenía presencia en varios lugares del país y por otra parte era reconocida por Perón y se integraba aceleradamente al Movimiento Peronista. Estas circunstancias representaban importantes ventajas, pero a su vez planteaban nuevos y complejos desafíos para Montoneros. Uno de estos desafíos lo constituía la forma de integrarse al peronismo, resuelto —en líneas generales— con la decisión de conformar una Tendencia Revolucionaria que reconocía diferencias de fondo dentro del amplio Movimiento pero no se salía de sus márgenes. El segundo desafío era encontrar la manera de encarar la relación con los frentes de masas. En este punto, la estrategia diseñada contemplaba tener efectiva presencia en esos frentes, aunque previendo la subordinación de las organizaciones estrictamente políticas a la organización político-militar. De alguna manera comenzaba a recrearse —aunque en un sentido inverso— la dinámica que había dado origen a Montoneros: a partir de 1970 los guerrilleros —es decir, una organización relativamente pequeña— procurarían acomodarse en un Movimiento —el peronista—, del cual aspiraban a ser reconocidos como “vanguardia”. Dentro de este esquema se comprende la creación de las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR), pensadas para ser conducción táctica de las agrupaciones de base y nexo entre estas últimas y las Unidades Básicas de Combate (UBC), que debían tener en sus manos la conducción estratégica. Teniendo en cuenta estos datos, el desarrollo de las UBR se insinúa como

un elemento clave para explicar el geométrico crecimiento de Montoneros a partir de 1972 y su ascendente incidencia dentro de importantes sectores de los diferentes frentes de masas. En ese sentido, pues, las estrategias adoptadas rindieron sus frutos.

El crecimiento de Montoneros, de todas formas, también se explica por la respuesta que la organización daría a otro gran desafío, planteado cuando Perón encaminó a su Movimiento dentro de los cauces de una estrategia electoral. Contra sus intenciones y frecuentes declaraciones originales, la organización se sumó a esta estrategia y —a través de las agrupaciones que se identificaban con ella— tuvo un rol destacado en la campaña electoral del verano de 1972-1973. Con aquella decisión Montoneros se adaptó a la voluntad del líder y en consecuencia aplazó la eclosión que con seguridad provocaría una disidencia más o menos abierta. El regreso definitivo de Perón al país y luego al poder marcaría un nuevo problema de dimensiones para la organización armada. Con el conductor estratégico en el teatro de operaciones, las diferencias ideológicas y la solapada disputa por la dirección del proceso político saldrían definitivamente a la superficie.

Integrantes de Montoneros

Lo que sigue es un listado —con toda probabilidad incompleto— de los primeros Montoneros. De acuerdo con la investigación, la mayoría de ellos formaba parte de la organización desde antes del secuestro de Aramburu o ingresó inmediatamente después de ese suceso. Aún en aquellos pocos casos en que el ingreso se produjo con posterioridad, se trata de militantes íntimamente vinculados desde antes a los *grupos originales*. No se incluyen aquellas incorporaciones que se produjeron por fuera de esos *grupos*, como por ejemplo la que provino producto de una escisión en las FAP a comienzos de 1971.

Grupo Córdoba

Lealtad y Lucha / Peronismo de Base

1. Elvio Alberione (sacerdote)
2. Raúl Guzzo Conte Grand
3. Cecilio Manuel Salguero
4. Dinora Gebennini
5. Jorge Juan Escribano
6. Hugo Baretta
7. José María Luján
8. Manuel Lorenzo
9. Luis Rodeiro
10. Guillermo Martínez Agüero
11. “Zapa” Piotti

12. Lidia Piotti

Agrupación de Estudios Sociales (AES)

13. Mariano Pujadas

14. Alberto Molinas

15. Carlos Soratti Martínez

16. Jorge Raúl Mendé

17. María Leonor Papaterra

18. Miguel Angel Bustos

19. Ramón Roque Maggio

20. Leticia Jordán

21. Claudio Ehrenfeld

22. Humberto Anone

Integralismo

23. Osvaldo Suárez

24. Efraín Antonio Salatín

25. Mario Oscar Lepore

26. Juan Schiaretti

Grupo Santa Fe

Ateneo Santa Fe

27. Mario Ernst

28. Ricardo René Haidar

29. Roberto Rufino Pirles

30. Osvaldo Agustín Cambiasso
31. Raúl Clemente Yagger
32. Raúl Braco
33. Juan Carlos Menesses
34. Marcelo Nívoli
35. Carlos Legaz.
36. Fernando Vaca Narvaja
37. Oscar Alfredo Aguirre

Acción Sindical Argentina (ASA)

38. René Honorio Oberlín
39. Dante Oberlín

Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC)

40. María Graciela de los Milagros Monina Doldán
41. Cristina Goidi
42. Antonio Riestra
43. Dora María del Carmen Riestra
44. Francisco Molinas
45. María Esther Merteleur

Grupo Reconquista

46. Padre Rafael Yacuzzi (sacerdote)
47. Roberto Cirilo Perdía
48. Hugo Medina

Grupo Sabino

49. José Sabino Navarro
50. Carlos Hobert
51. Gustavo Horacio Lafleur
52. José Amorín
53. Hilda Rosenberg
54. Juan Carlos Falaschi
55. “Pelado” Cevallos
56. “Tito” Veitzman

Grupo Fundador

Célula cordobesa

57. Emilio Maza
58. Ignacio Vélez
59. Carlos Capuano Martínez
60. Cristina Liprandi
61. Susana Lesgart
62. Alejandro Yofre
63. José Fierro
64. Luis Losada
65. Héctor Araujo

Célula porteña

66. Fernando Abal Medina
67. Carlos Gustavo Ramus

68. Mario Firmenich

69. Norma Arrostito

70. Carlos Maguid

Fuentes

DIARIOS Y REVISTAS^[352]

Clarín, 1966-1972, diario nacional.

Cristianismo y Revolución, 1966-1971, revista del cristianismo revolucionario.

El Descamisado, 1973-1974, semanario de Montoneros. *La Causa Peronista*, 1974, semanario de Montoneros. *La Nación*, 1969-1972, diario nacional.

La Voz del Interior, 1969, diario de Córdoba. *Panorama*, 1970, revista semanal.

Periscopio, 1970, revista semanal.

Primera Plana, 1969-1971, revista semanal.

ENTREVISTAS

Elvio Alberione. Buenos Aires, abril 2003 / junio 2003 / oct. 2003 / febrero 2004

Luis Rodeiro. Córdoba, septiembre 2003 / marzo 2004 Juan C. Herrera. Buenos Aires, abril 2004

F. Vaca Narvaja. Buenos Aires, diciembre 2002 / junio 2003 Antonio Riestra. Rosario, octubre 2003

Roberto C. Perdía. Buenos Aires, febrero 2003 / junio 2003 / noviembre 2003

José Amorín. Buenos Aires, junio 2004 / agosto 2004 Ignacio Vélez.

Buenos Aires, julio 2003 / abril 2004 Gonzalo Chaves. La Plata,
marzo 2003 / diciembre 2003

J. M. Abal Medina. Buenos Aires, noviembre 2002 Ernesto Jauretche.
Buenos Aires, junio 2004

R. Torres Molina. Buenos Aires, octubre 2003

DOCUMENTOS DE MONTONEROS

1-1970. “Cinco comunicados por el secuestro y muerte de Aramburu”,
Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973), De la
guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, De La
Campana, 1995, p. 49-53

2-1970. “Comunicado sobre la toma de La Calera”, *Cristianismo y
Revolución* N° 25, septiembre 1970, p. 57-58.

3-1970. “Carta de Montoneros a Bernardo Alberte”, Gurucharri, Eduardo:
Un militar entre obreros y guerrilleros, Buenos Aires, Colihue,
2001, p. 274.

4-1970. “Comunicado sobre la muerte de Abal Medina y Ramus”,
Cristianismo y Revolución N° 26, noviembre-diciembre 1970, p.
56.

5-1970. “Montoneros se dirigen a los trabajadores” *Cristianismo y
Revolución* N° 26, noviembre-diciembre 1970, p. 56-57

6-1970. “Hablan los Montoneros” *Cristianismo y Revolución* N° 26,
noviembre-diciembre 1970, p. 11-14.

7-1970. “Comunicado montonero con motivo de las condenas aplicadas en
el Caso Aramburu”, *Cristianismo y Revolución* N° 27, enero-
febrero 1971, P. 51.

1-1971. “Carta de Montoneros a Perón”, Baschetti: cit., p. 123-128

2-1971. “El llanto del enemigo”, *Cristianismo y Revolución* N°

28, abril 1971, p. 70-73.

3-1971. “Entrevista a Luis Losada”, *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 18.

4-1971. “Con el pueblo o contra el pueblo”, *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 47.

5-1971. “Las armas de la Independencia hoy están apuntadas hacia el Pueblo”, *Cristianismo y Revolución* N° 30, septiembre 1971, p. 13-15.

6-1971. “Silencian nuestros hechos por miedo”, *Cristianismo y Revolución* N° 30, septiembre 1971, p. 60.

7-1971. “FAP–FAR–Montoneros: nuestro primer ajusticiamiento revolucionario”, *Cristianismo y Revolución* N° 30, septiembre 1971, p. 64.

1-1972. “Línea político militar”, Documento interno. Baschetti: cit., p. 249-270.

2-1972. “Memoria del año 1971”, Informe especial. Baschetti: cit., p. 363-376.

FUENTES SECUNDARIAS: LIBROS Y ARTÍCULOS[\[353\]](#)

A

Acuña, Carlos Manuel: *Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones de Pórtico, 2000.

Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

Altamirano, Carlos: “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina”, en Altamirano Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos

Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

Altamirano, Carlos: “Montoneros”, en Altamirano Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001.

Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004.

Amaral, Samuel: “Perón en el exilio: la legitimidad perdida”, en

Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004.

Amaral, Samuel: “Del exilio al poder: la legitimidad recobrada”, en Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004.

Andersen, Martín: *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997.

Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía, del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.

Aranciba, Inés / Arias Ana / Giradlez, Soraya / Moscona, Gustavo: *La Cullen, una historia de militancia*, Buenos Aires, Agrupación de Trabajo Social Lucía Cullen, 2003.

B

Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, La Plata, De La Campana, La Plata, 1997.

- Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973), De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De La Campana, 1995.
- Bernetti, Jorge Luis: *El peronismo de la victoria*, Legasa, Buenos Aires, 1983.
- Bellota, Araceli: “El cura de las villas”, en *Todo es Historia* N° 361, agosto de 1997.
- Bonasso, Miguel: *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Bonasso, Miguel: *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.
- Bozza, Juan A.: “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* N° 9/10, Primer y segundo semestre 2001.
- Blixen, Samuel: *Conversaciones con Gorriarán Merlo*, La Plata, De La Campana, 1997.
- Brennan, James P.: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996. Brennan, James P. / Gordillo, Mónica B.: “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo”, en *Estudios* N° 4, diciembre de 1994.
- Brieger, Pedro: “Sacerdotes para el Tercer Mundo. Una frustrada experiencia de evangelización”, en Luna, Félix (dir): *Lo Mejor de Todo es Historia, Tomo 5, El país inestable*, Buenos Aires, Taurus, 2002.

C

- Camarero, Hernán / Pozzi, Pablo / Schneider, Alejandro: *De la Revolución Libertadora al Menemismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.
- Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.

Cavillioti, María (Introducción, selección y notas preliminares): *Cristianismo: doctrina social y revolución. Antología*, Centro Editor de América Latina, 1972.

Chaves, Gonzalo Leonidas / Lewinger, Jorge Omar: *Los del 73, Memoria Montonera*, La Plata, De La Campana, 1998. Comisión Nacional sobre la desaparición de Personas (CONA DEP): *Nunca más*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995.

D

De Amézola, Gonzalo: “El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (editor): *La primacía de la política, Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

De Amézola, Gonzalo: *Levingston y Lanusse o el arte de lo imposible. Militares y políticos de la Argentina a fines de 1970 y principios de 1971*, La Plata, Ediciones al Margen, 2000.

De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981.

De Riz, Liliana: *La política en suspenso 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

De Santis, Daniel (comp.): *A vencer o morir. PRT, documentos, Tomo 1*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Di Stéfano, Roberto / Zanatta, Loris: *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000.

Díaz Bessone, Ramón Genaro: *Guerra Revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1996.

Duhalde, Eduardo Luis / Pérez, Eduardo M.: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas*

Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP, La Plata, De La Campana, no se menciona año de edición.

E

Etchecolatz, Miguel O.: *La otra campana del Nunca Más*, sin editorial ni año de edición.

F

Fernández Alvariño, Próspero Germán: *Z Argentina. El crimen del siglo*, Buenos Aires, edición del autor, 1973.

Flaskamp, Carlos: *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Ediciones Nuevos Tiempos, 2002.

G

Garulli, Liliana / Caraballo, Liliana / Charlier, Noemí / Cafiero, Mercedes: *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.

Gasparini, Juan: *Montoneros, Final de cuentas*, La Plata, De La Campana, 1999.

Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.

Gillespie, Richard: *John William Cooke. El peronismo alternativo*, Buenos Aires, Cántaro Editores, 1989.

Giussani, Pablo, *Montoneros, la soberbia armada*, Buenos Aires, Tiempo de Ideas, 1992.

González, Horacio: “Montoneros: el origen de las especies”, en *El*

Porteño, septiembre 1987.

Gordillo, Mónica: “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en James, Daniel (dir.): *Nueva historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003.

Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Gurrucharri, Eduardo: *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001.

Gutman, Daniel: *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003.

J

James, Daniel: “Sindicatos, burócratas y movilización”, en James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003.

James, Daniel: *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.

Jauretche, Ernesto: *Violencia y política en los 70, No dejés que te la cuenten*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1997.

L

Lanusse, Alejandro A.: *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasserre Editores, 1977.

Lapolla, Alberto: *El cielo por asalto (1966-1972)*, De La Campana, La

Plata, 2004.

Larraquy, Marcelo / Caballero, Roberto: *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.

Lenci, María Laura: “La radicalización de los católicos en la Argentina. Peronismo, Cristianismo y Revolución (1966-1971)”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* N° 4, segundo semestre 1998.

Lenci, María Laura: “Los Católicos militantes en la hora de la acción”, en *Todo es Historia* N° 401.

Levenson, Gregorio y Jauretche, Ernesto: *Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.

M

Mariani, Guillermo: *Sin tapujos. La vida de un cura*, Córdoba, no se menciona editorial, 2004.

Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, La Plata, De La Campana, 1995.

Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1970.

Mayer, Marcos (comp.): *Ernesto Che Guevara. La Revolución, escritos esenciales*, Buenos Aires, Taurus, 1996.

Mazzei, Daniel H.: “Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el Golpe militar de 1966”, en revista *Entrepassados* N° 7, 1994.

Mazzeo, Miguel (comp.): *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999.

Méndez, Eugenio: *Aramburu: el crimen imperfecto*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987.

Mero, Roberto: *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota, Montoneros y la revolución perdida*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1988.

Morello, Gutavo: *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, EDUCC, 2003.

O

O'Donnell, Guillermo: *El estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982.

Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986. Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

P

Perdía, Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997.

Portantiero, Juan Carlos: "Economía y política en la crisis argentina", en *Revista Mexicana de Sociología*, 2, 1977.

Potash, Robert A.: *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

Pozzi, Pablo / Schneider, Alejandro: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

Pucciarelli, Alfredo (editor): *La primacía de la política, Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba,

1999.

R

Raimundo, Marcelo: “Acerca de los orígenes del Peronismo Revolucionario”, en Camarero, Hernán / Pozzi, Pablo / Schneider, Alejandro: *De la Revolución Libertadora el Menemismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.

Rodeiro, Luis Enrique: *Fantasías de bandoneón (una disidencia montonera)*, Ediciones de la Cortada, 1996.

Rojas, Guillermo: *Años de terror y pólvora. El proyecto cubano en la Argentina (1959-1970)*, Buenos Aires, Editorial Santiago Apóstol, 2001.

Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000.

Rot, Gabriel: “Las Fuerzas Argentinas de Liberación”, en *Políticas de la memoria* N° 4, Buenos Aires, Centro de Documentación e investigación de la cultura de izquierdas en la Argentina (CEDINSI), verano 2003-2004.

Rouquié, Alain: *Poder militar y sociedad política en la Argentina, Tomo II 1943-1973*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1994.

S

Salas, Ernesto: *Uturuncos. El origen perdido de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

Sarlo, Beatriz: *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno

Editores Argentina, 2003.

Sarlo, Beatriz: *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001.

Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, 1993.

Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002.

Sigal, Silvia / Verón, Eliseo: *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.

T

Tarrow, S: *El poder en movimiento. Los Movimientos Sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Editorial Alianza, 1997.

Torres, Elpidio: *El Cordobazo. La Historia*, Buenos Aires, Catálogos, 1999.

Torti, María Cristina: “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (editor): *La primacía de la política, Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

U

Urbano, Leonel: “Historias de la Revolución Argentina: recuerdos del “Mingo””, en *Taller Vol. 5*, Nº 12, abril 2000.

V

Vaca Narvaja, Gustavo / Furgón, Fernando: *Fernando Vaca Narvaja, con*

igual ánimo, Buenos Aires, Colihue, 2002.

Vergez, Héctor: *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*, Buenos Aires, Edición del autor, 1995.

Vernazza, Jorge (comp.): *Padre Mugica. Una vida para el pueblo*, Buenos Aires, Ediciones Lohlé-Lumen, 1996.

W

Walsh, Rodolfo: *Operación Masacre*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

[1] Diario *La Nación*, 03-06-70, p. 1 y 22.

[2] Citado en Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997, p. 367.

[3] Gillespie: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 120.

[4] Gillespie: cit., p. 125 y 126.

[5] Gillespie: cit., p. 130.

[6] El dato empírico que utiliza Gillespie para darle peso a este antecedente es la supuesta militancia juvenil en Tacuara de los montoneros Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus. Seguramente su fuente es la revista montonera *El Descamisado*, que en una nota homenajeando a ambos los recordaba de la siguiente manera: “Eran un par de pibes como cualquiera de nosotros. Siempre hicieron política, les gustaba de alma. Sabían que había que pelear por conquistar algo, que nada se regala. Y lo hicieron juntos, desde chicos. Primero en Tacuara, a los 14 años, cuando las ganas de entrar en acción desbordan las especulaciones políticas” (Revista *El Descamisado* N° 17, 11-09-73). La más reciente y completa investigación sobre Tacuara no pudo corroborar que Abal Medina y Ramus hayan militado en esa organización, lo cual sugiere que si lo hicieron su participación fue secundaria (Gutman, Daniel: *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003, p. 95). En este último sentido se pronunció en febrero de 2004 el ex dirigente Montonero Mario Firmenich, al decir que “Abal y Ramus eran perejiles de Tacuara de quince años y que en algún acto hicieron alguna pintada” (Revista *Noticias* del 21-02-04, p. 61). En cualquier caso, la versión que suscribe que la importancia de grupos nacionalistas de derecha como antecedente de Montoneros fue clave ha pasado al sentido común, e inclusive suele recurrirse a la misma para otorgarle verosimilitud a la teoría que vincula al comando que secuestró y ejecutó a Aramburu con sectores nacionalistas del propio gobierno de Onganía.

[7] Gillespie afirma que el viento de cambio en la Iglesia de los años sesenta tuvo un papel principal en la radicalización de quienes fundarían Montoneros, ya que las ideas provenientes de ese ámbito despertaron su preocupación por los problemas y cambios sociales, legitimaron la acción revolucionaria y los encauzaron hacia el Movimiento Peronista. Al igual que con el nacionalismo de derecha –y aún cuando la presente investigación reforzará fuertemente la tesis de la primordial importancia del cristianismo radicalizado en el origen de Montoneros— Gillespie basa sus conclusiones en la militancia de un puñado insignificante de futuros montoneros, descartando implícitamente la posibilidad de que el nacimiento de la organización haya sido un proceso de carácter más colectivo. Carlos Altamirano también le otorga un papel primordial al filón católico en el origen de Montoneros (Altamirano, Carlos: “Montoneros”, en Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001, p. 122-123).

[8] Sarlo, Beatriz: *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 168.

[9] Gordillo, Mónica: “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en James, Daniel (dir.): *Nueva historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, p. 365.

[10] Hablan de doce además Miguel Bonasso (*El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta, 1997., p. 144), y Alberto Lapolla (*El cielo por asalto (1966-1972)*, La Plata, De La Campana, p. 229). Eugenio Méndez, por su parte, enumera trece (*Aramburu: el crimen imperfecto*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987, p. 25). Si bien es cierto que algunos autores implícitamente descartan el *mito de los doce* al referirse a varios grupos y numerosos militantes, ninguno de ellos realiza una mínima reconstrucción de los antecedentes de esos grupos y militantes (ver, por ejemplo, Gasparini, Juan: *Montoneros, Final de cuentas*, La Plata, De La Campana, 1999, p. 29 y Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973), De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De La Campana, 1995, p. 39).

[11] En este registro se pueden mencionar: Levenson, Gregorio / Jauretche, Ernesto: *Héroes. Historias de la Argentina Revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998; Jauretche, Ernesto: *Violencia y política en los 70. No dejés que te la cuenten*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1997; Chaves, Gonzalo Leonidas / Lewinger, Jorge Omar: *Los del 73, Memoria Montonera*, La Plata, De La Campana, 1998.

[12] Jauretche, Ernesto: cit., p. 23.

[13] Jauretche, Ernesto: cit., p. 23.

[14] Levenson / Jaureche: cit., p. 7.

[15] Garulli, Liliana / Caraballo, Liliana / Charlier, Noemí / Cafiero, Mercedes: *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000.

[16] Uno de los más claros exponente de la *teoría del desvío* es el periodista y ex montonero Juan Gasparini. (Gasparini, Juan: *Montoneros. Final de cuentas*, La Plata, De La Campana, 1999). En la misma podría incluirse a Juan Gelman en el reportaje publicado como libro que le hizo Roberto Mero (Mero, Roberto: *Conversaciones con Juan Gelman. Contraderrota, Montoneros y la revolución perdida*, Editorial Contrapunto, 1987).

[17] Perdía, Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997, p. 62.

[18] Perdía: cit., p. 102.

[19] Perdía: cit., p. 104-105.

[20] Díaz Bessone, Ramón Genaro: *Guerra Revolucionaria en la Argentina (1959-1978)*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1996, p. 59.

[21] Acuña, Carlos Manuel: *Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Pórtico, 2000, p. 95); Díaz Bessone, cit., p. 68.

[22] Díaz Bessone: cit, p. 21.

[23] No es casual que en estos esfuerzos teóricos se embarcaran quien ocupara el cargo de Ministro de Planeamiento de la Nación entre 1976 y 1978, General de División (R) Ramón Genaro Díaz Bessone (Díaz Bessone, Ramón Genaro: cit.), el Director General de Investigaciones de la Policía de la Provincia de Buenos Aires entre 1976 y 1979, Comisario General (R) Miguel Etchecolatz (Etchecolatz, Miguel O.: *La otra campana del Nunca Más*, sin editorial ni año de edición), y quien tuviera participación en la lucha contra las organizaciones armadas irregulares durante la década del setenta, Capitán (R) Héctor Vergez (Vergez, Héctor: *Yo fui Vargas. El antiterrorismo por dentro*, Buenos Aires, Edición del autor, 1995). Dentro de la misma línea cabe mencionar la obra del periodista Acuña, Carlos Manuel: cit., y la de Rojas, Guillermo: *Años de terror y pólvora. El proyecto cubano en la Argentina (1959-1970)*, Buenos Aires, Editorial Santiago Apóstol, 2001.

[24] Acuña: cit., p. xxxvi.

[25] Comisión Nacional sobre la desaparición de Personas (CONADEP): *Nunca más*, Buenos Aires, EUDEBA, 1995, P. 7.

[26] CONADEP: cit., p. 11.

[27] Giussani, Pablo: *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Tiempo de Ideas, 1992, p. 60. En 1986, el historiador Félix Luna suscribía la misma teoría en la introducción de Gillespie, Richard: cit. p. 7-9.

[28] Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 87.

[29] Romero, Luis Alberto: *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 180 y 183.

[30] Portantiero, Juan Carlos: “Economía y política en la crisis argentina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, 2, 1977. En un sentido similar: De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1981, p. 24-25. Guillermo O’Donnell destaca que lo que le otorgó mayor gravedad a la crisis fue el hecho de que la lucha por la hegemonía se diera en el interior mismo del estado nacional, un estado débil que no podía tomar distancia respecto de las demandas y los intereses inmediatos de cada alianza gobernante y que en consecuencia se fracturaba de continuo (O’Donnell, Guillermo: *El estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982, p. 51-52).

[31] Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.

[32] Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004.

[33] En 1960 se produjo además un nuevo levantamiento cívico militar peronista, esta vez encabezado por el general Iñiguez, que al igual que el de Valle resultó en un rotundo fracaso. De la misma época es la guerrilla peronista rural de Uturuncos.

[34] James, Daniel: “Sindicatos, burócratas y movilización”, en James, Daniel (dir.): *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, p. 132.

[35] Diputado durante el primer gobierno de Perón, Cooke fue encarcelado a fines de 1955. En 1956 Perón lo nombró su delegado personal y desde la cárcel intentó organizar las actividades de la Resistencia. En marzo de 1957 se fugó de la penitenciaría de Río Gallegos y se instaló en Chile. Allí representó al Comando Adelantado de Santiago de Chile y fue el principal creador e impulsor del clandestino Comando Nacional Peronista de la Capital Federal, junto a César Marcos y Raúl Lagomarsino. Paradójicamente para quien sería uno de los principales enemigos de aprovechar la “pseudo legalidad” que ofrecía el régimen, en 1958 Cooke participó en Caracas de las negociaciones en las que se rubricó el pacto Perón-Frondizi. Tras la amnistía de ese mismo año, regresó al país. Sobre Cooke ver Mazzeo, Miguel (comp.): *Cooke, de vuelta (El gran descartado de la historia argentina)*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999.

[36] Bozza, Juan A.: “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* N° 9/10, Primer y segundo semestre 2001, p. 155.

[37] Bozza: cit., p. 143-144.

[38] Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*, La Plata, De La Campana, 1997, p. 321-322.

[39] Gillespie: cit., p. 68 y 69.

[40] Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 91.

[41] El MNRT fue el responsable, entre muchas acciones, del sangriento robo al Policlínico Bancario en agosto de 1963. Los principales líderes del MNRT fueron Joe Baxter, José Luis Nell y Jorge Caffatti, que luego tendrían un importante protagonismo en la guerrilla setentista. Sobre Tacuara y el MNRT ver Gutman, Daniel: *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Vergara, 2003.

[42] Altamirano, Carlos: “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina”, en Altamirano Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001, p. 59.

[43] Altamirano: “Peronismo y cultura ...”, p. 77.

[44] Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, p. 164.

[45] Mayer, Marcos (comp.): *Ernesto Che Guevara. La Revolución, escritos esenciales*, Buenos Aires, Taurus, 1996, p. 19.

[46] Sobre Uturuncos ver Salas, Ernesto: *Uturuncos. El origen perdido de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.

[47] Sobre el Ejército Guerrillero del Pueblo ver Rot, Gabriel: *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Ediciones El Cielo por Asalto, 2000.

[48] Altamirano: *Bajo el signo ...*, p. 88.

[49] La principal fuente para el presente punto fue el libro de Di Stefano, Roberto / Zanatta, Loris: *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000.

[50] Di Stefano y Zanatta: cit., p. 510 y 511.

[51] O'Donnell: cit.: p. 204.

[52] O'Donnell: cit., p. 213.

[53] O'Donnell: cit., p. 219.

[54] Las más importantes fueron el Frente Estudiantil Nacional (FEN), originalmente de tendencia marxista y dirigido por Roberto Grabois, y la Unión Nacional de Estudiantes (UNE), fundada por estudiantes cristianos y conducida por Julio Bárbaro, ex militante de la Democracia Cristiana. Ambas fueron fundadas en 1967, predicaban el liderazgo obrero y adhirieron a la CGTA al año siguiente. También en aquel tiempo se fundaron o se “convirtieron” al peronismo de izquierda, entre otras muchas agrupaciones, las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN), liderada por Rodolfo Galimberti, y muchas organizaciones regionales, como FURN y FANDEP en La Plata, el Integralismo en Córdoba y el Ateneo Santa Fe.

[55] Bachetti: cit., p. 510-511.

[56] En primer lugar, se suspendieron las actividades políticas. Al mismo tiempo, se impusieron férreos controles a los incrementos salariales y se suspendieron las negociaciones colectivas. Finalmente, las medidas de fuerza tomadas por los sindicatos perjudicados por el intento “modernizador” del gobierno fueron reprimidas con inusual dureza.

[57] Al margen de la CGTA, numerosos sindicatos más pequeños, con una posición tradicionalmente vulnerable en el mercado laboral, se aliaron con el gobierno de Onganía y fueron conocidos como “participacionistas”. El sector colaboracionista era liderado por Juan Ignacio Taccone, de Luz y Fuerza, José Alonso, de vestido, y Rogelio Coria, de la Construcción. Finalmente, los principales sindicatos peronistas agrupados alrededor de Vandor sostuvieron la necesidad de adoptar una estrategia cauta, con el objetivo de mantener abiertos los canales de diálogo con el gobierno. La burocracia vandorista conservaba un importante poder, pero en aquel tiempo se sumió en un acelerado desprestigio, al que a mediados de 1969 se agregó la muerte del propio Vandor en manos de un grupo comando.

[58] Gurrucharri, Eduardo: *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Colihue, 2001, p. 246.

[59] Sobre este congreso ver Gurrucharri: cit., p. 245 a 247, y Chavez, Gonzalo Leónidas / Lewinger, Jorge Omar: *Los del 73. Memoria Montonera*, La Plata, De La Campana, 1998, p. 95 y 96.

[60] Cooke moriría de cáncer un mes después.

[61] Gurrucharri: cit., p. 250 a 262.

[62] Ver Chaves / Lewinger: cit., p. 97 y Duhalde, Eduardo Luis / Pérez, Eduardo M.: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP*, La Plata, De La Campana, La Plata, no se menciona año de edición, p. 61.

[63] En su momento de máximo fulgor, el MSTM llegó a reunir a casi el 10% de todos los sacerdotes del país. El origen del MSTM estuvo vinculado al *Mensaje de 18 obispos del Tercer Mundo*, dado a conocer en agosto de 1967 y que contenía referencias al colonialismo, el imperialismo del dinero, y una clara definición a favor de “los pueblos pobres y los pobres de los pueblos”. Si bien ningún obispo argentino participó de esta declaración, en enero de 1968 trescientos veinte sacerdotes de todo el país firmaron una declaración de adhesión al mismo, y lo apoyaron además tres obispos.

[64] Brieger, Pedro: “Sacerdotes para el Tercer Mundo. Una frustrada experiencia de evangelización”, en Luna, Félix (dirección): *Lo Mejor de Todo es Historia, Tomo 5, El país inestable*, Buenos Aires, Taurus, 2002.

[65] Brieger: cit.

[66] Citado en Sarlo, Beatriz: *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 243.

[67] “El MSTM se dirige a la opinión pública después de los acontecimientos de mayo y junio de 1969”, en Cavillioti, María (Introducción, selección y notas preliminares): *Cristianismo: doctrina social y revolución. Antología*, Centro Editor de América Latina, 1972, p. 82.

[68] Alrededor de *Cristianismo y Revolución* funcionaban diversos grupos, entre ellos el Comando Camilo Torres y el Centro de Estudios Teilhard de Chardin. Los nombres elegidos para bautizar estas experiencias no eran, desde ya, arbitrarios. Desde ángulos muy diferentes, Teilhard de Chardin y Camilo Torres fueron dos símbolos de los nuevos aires que recorrían la Iglesia en el mundo. El primero releyó la realidad desde la luz de la fe, e intentó conciliar la religión con el pensamiento científico. Torres, por su parte, era un cura colombiano que en 1965 dejó el ministerio para participar de la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN), muriendo en combate en febrero del año siguiente. Defendía la revolución violenta porque estaba convencido de que las minorías no cederían sus privilegios fácilmente, y sostenía que el trabajo entre cristianos y marxistas no sólo era posible, sino además deseable. En su opinión, no se trataba de saber si el alma era mortal o inmortal: lo mortal era la miseria, y los problemas teológicos se resolverían después de que triunfara la revolución. Toda la obra de Camilo Torres destila el deseo de ayudar al prójimo eficientemente, lo que él llama “amor eficaz”.

[69] Se excluye la colocación de bombas, que en principio no requieren demasiada logística ni organización. (O'Donnel: cit., p. 450).

[70] Sobre las FAL, ver Rot, Gabriel: “Las Fuerzas Argentinas de Liberación”, en *Políticas de la memoria* N° 4, Buenos Aires, Centro de Documentación e investigación de la cultura de izquierdas en la Argentina (CEDINSI), verano 2003-2004. Las FAL estaban conformadas por sectores que se remontaban al grupo *Praxis*, de Silvio Frondizi, disidentes el Partido Comunista Revolucionario, y militantes que habían estado vinculados a la frustrada experiencia guerrillera de Jorge Ricardo Masetti. Debido a la desaparición de los militantes Carlos Dellanave y Alejandro Baldú, el 24 de marzo guerrilleros de esa organización secuestraron al Cónsul paraguayo Waldemar Sánchez. El 27 de marzo el gobierno de Onganía desconoció el paradero de Baldú y ratificó la detención y el procesamiento de Dellanave, y al día siguiente las FAL liberaron a Sánchez. Baldú, que había sido uno de los ideólogos y protagonistas del impactante asalto al Regimiento de Campo de Mayo en abril de 1969, no volvería a aparecer.

[71] Los antecedentes de las FAR se retrotraen por lo menos a 1967. Ese año, un grupo disidente del Partido Comunista (PC), junto con sectores provenientes del Partido Socialista de Vanguardia (PSV), conformaron el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Su objetivo era confluir con las fuerzas del Che Guevara en Bolivia, pero a la muerte del mítico guerrillero el proyecto se desbarató y el grupo quedó en la Argentina. Se trata de la misma gente que en junio de 1969 quemó numerosos supermercados “Minimax”.

[72] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 25, septiembre 1970, p. 59; Diario *La Nación*, 31-07-70, p. 1 y 6.

[73] Se trataba de la misma agrupación que había ultimado a Augusto Vandor un año antes. Alonso era en ese momento uno de los principales líderes sindicales colaboracionistas. Los militantes del ENR se unirían a Montoneros más adelante.

[74] El origen del ERP se remonta al Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP) y Palabra Obrera, que en 1965 formalizaron su unión en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). En 1968 el PRT se habían dividido en dos fracciones y es la corriente “El Combatiente”, liderada por Mario Roberto Santucho, la que fundará el ERP en julio de 1970. Para el fenómeno del PRT-ERP ver: Mattini, Luis: *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, La Plata, De La Campana, 1995; Seoane, María: *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta, 1993; De Santis, Daniel (selección): *A vencer o morir. PRT-ERP, documentos*, Buenos Aires, Eudeba, 1998 y Gorriarán Merlo, Enrique: *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

[75] Tal era el caso de Norberto Habegger y Horacio Mendizábal.

[76] Por ejemplo, Mónica Gordillo afirma, refiriéndose al secuestro de Aramburu, que “la consecuencia inmediata en la estructura de poder fue la remoción de Onganía diez días después del secuestro y su reemplazo por Levingston” (Gordillo, Mónica: “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en James, Daniel (dir.): *Nueva historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003, 365). James Brennan, por su parte, afirma que el detonante fueron los sucesos en SITRAC, sumados a un conflicto con trabajadores del SMATA cordobés que derivó en una huelga en todas las fábricas de IKA-Renault con toma de rehenes a comienzos de junio de 1970 (Brennan, James P.: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996, p. 227).

[77] Brennan: cit., p. 243.

[78] Cavarozzi: cit. p. 38-39.

[79] La declaración de principios de la OLAS afirmaba, entre otras cosas, que los principios del marxismo leninismo debían orientar al movimiento revolucionario en América Latina, que la lucha revolucionaria constituía la línea fundamental de la revolución, y que la guerrilla —como embrión de los ejércitos de liberación— constituía el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria (Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía, del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, p. 99-101).

[80] Anzorena: cit., p. 101.

[81] Amaral: cit., p. 271.

[82] Bozza: cit.: p. 150.

[83] Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía, del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998, p. 123-124.

[84] Anzorena: cit., p. 150.

[85] En mayo de 1971 se creó la Cámara Federal en lo Penal mediante la ley 19.053, con jurisdicción de alcance nacional sobre ciertos delitos especificados en los Códigos de Justicia Criminal y Militar y vinculados con la actividad guerrillera. La cámara podía trasladarse a cualquier lugar del país y sus sentencias eran inapelables. En junio el gobierno promulgó la ley 19.081, que autorizaba al Presidente a emplear a las Fuerzas Armadas para impedir y combatir la subversión bajo las disposiciones de la Constitución para el Estado de Sitio. La ley también autorizaba al presidente a utilizar a las Fuerzas Armadas en la investigación y prevención de crímenes sobre los cuales tenía jurisdicción la Cámara Federal en lo Penal.

[86] Revista *Primera Plana* N° 465, 28-12-71.

[87] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, parte importante de la información del presente capítulo proviene de entrevistas realizadas por el autor a Elvio Alberione y Luis Rodeiro.

[88] Sobre las notas y la polémica ver Morello, Gutavo: *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, EDUCC, 2003, p. 105-106; Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 146-147 y 229 y Mariani, Guillermo: *Sin tapujos. La vida de un cura*, Córdoba, no se menciona editorial, 2004, p. 87-88.

[89] Ver Mayor / Habegger / Armada: cit., p. 145.

[90] Diario *Clarín*, 19-08-66, p. 10. Diario *Clarín*, 21-08-66, p. 32 y 41. Diario *Clarín*, 06-09-66, p. 16. Diario *Clarín*, 16-09-66, p. 13.

[91] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, octubre-noviembre 1966, p. 10 a 12.

[92] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, octubre-noviembre 1966, p. 7-8.

[93] Diario *La Voz del Interior*, 18-10-68, p. 19.

[94] Además del testimonio de Alberione, ver Duhalde, Eduardo Luis / Pérez, Eduardo M.: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP*, De La Campana, La Plata, no se menciona año de edición, p. 40.

[95] Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 10, octubre 1968, p. 8 a 12.

[96] Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 15, primera quincena mayo 1969, p. 11.

[97] Entrevista del autor a Juan Carlos Herrera.

[98] Diario *La Voz del Interior*, 24-05-69, p. 13 y 25-05-69, p. 35.

[99] Entrevista del autor a Juan Carlos Herrera.

[100] Diario *La Voz del Interior*, 21-05-69, p. 19.

[101] Sobre Vaudagna y su trabajo en Los Plátanos, ver Revista *Cristianismo y Revolución* N° 23, abril 1970, p. 21.

[102] Revista *Cristianismo y Revolución*, Nº 9, septiembre 1968, p. 11 a 13.

[103] Ver Revista *Cristianismo y Revolución* N° 20, septiembre octubre 1969, p. 6.

[104] Ver Brennan, James P.: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996, p. 180.

[105] Ver Chaves, Gonzalo Leonidas / Lewinger, Jorge Omar: *Los del 73, Memoria Montonera*, De La Campana, La Plata, 1998, p. 131.

[106] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, parte importante de la información del presente punto proviene de las entrevistas del autor a Fernando Vaca Narvaja.

[107] Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1970, p. 144-145.

[108] Mayol / Habegger / Armada: cit. p. 145.

[109] Vaca Narvaja, Gustavo / Furgón, Fernando: *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*, Buenos Aires, Colihue, 2002, p. 69.

[110] Movimiento Ateneista de Santa Fe: ‘Hacia una perspectiva revolucionaria’, *en Cristianismo y Revolución*, N° 14, 2° quincena abril 1969.

[111] Entrevista del autor a Antonio Riestra; Diario *Clarín*, 22-09-69. p. 29.

[112] Diario *Clarín*, 23-09-69, p. 44.

[113] Entrevista del autor a Fernando Vaca Narvaja, Diario *Clarín*, 30-10-69, p. 43.

[114] Entrevista del autor a Elvio Alberione.

[115] Entrevista del autor a Luis Rodeiro; Garulli, Liliana / Caraballo, Liliana / Charlier, Noemí / Cafiero, Mercedes: *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2000, p. 297-298 y Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997, p. 174.

[116] Ver Mayol / Habegger / Armada: cit. p. 114 a 116.

[117] Perdía, Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997, p. 33-34.

[118] Ver Mayol / Habegger / Armada: cit. p. 150.

[119] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 14, abril 1969, p. 9.

[120] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 17, primera quincena junio 1969, p. 2.

[121] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, la información del presente punto proviene de la entrevista realizada por el autor a Antonio Riestra.

[122] Entrevista del autor a Antonio Riestra; Mayol / Habegger / Armada: cit., p. 323 a 325; Diario *Clarín*, 18-05-68, p. 22; 25-06-68, p. 39; 27-06-68, p. 25; 11-07-68, p. 32; 13-07-68, p. 26; 14-07-68, p. 28 y 17-07-68, p. 32.

[123] Mayol / Habegger / Armada: cit., p. 340-344.

[124] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, parte importante de la información del presente punto proviene de las entrevistas del autor a Roberto Cirilo Perdía.

[125] Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1970, p. 139.

[126] [Perdía](#), Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997, p. 52.

[127] Perdía: cit., p. 56.

[128] Mayol / Habegger / Armada: cit., p. 270.

[129] Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 14, segunda quincena abril 1969.

[130] Perdía: cit., p. 66.

[131] Hoy en día el sindicato es UATRE.

[132] Perdía: cit., p. 67.

[133] Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 14, segunda quincena abril 1969, p. 12 a 15; *Diario Clarín*, 12-04-69, p.29.

[134] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 14, segunda quincena abril 1969, p. 20.

[135] Perdía: cit., p. 79-80.

[136] *Diario Clarín*, 15-04-69, p. 37.

[137] Revista *Cristianismo y Revolución*, Nº 14, segunda quincena abril 1969, p. 3 a 5.

[138] Perdía: cit., p. 90-91.

[139] Perdía: cit., p. 92.

[140] La mayoría de las referencias biográficas de Sabino Navarro se extrajeron de la Revista El Descamisado N° 12, 07-08-73, p. 30 y 31 y de la Revista La Causa Peronista N° 4, 30-07-74, p. 9 a 11.

[141] Chaves, Gonzalo Leonidas / Lewinger, Jorge Omar: *Los del 73, Memoria Montonera*, La Plata, De La Campana, 1998, p. 129-130.

[142] Los datos de Hobert fueron extraídos en su mayoría de Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997.

[143] A una le decían “La Renga”. Entrevista del autor a José Amorín.

[144] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, parte importante de la información del presente punto y del que sigue proviene de las entrevistas del autor a José Amorín.

[145] Los datos de Lafleur fueron recogidos en parte de una nota al pie en Duhalde, Eduardo Luis / Pérez, Eduardo M.: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP*, De La Campana, La Plata, no se menciona año de edición, p. 47.

[146] Morello, Gutavo: *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, Córdoba, EDUCC, 2003, p. 144.

[147] Diario *La Nación*, 13-02-69, p. 4 y 16-02-69, p. 2. Los otros detenidos fueron Ricardo Gabriel Garrilazo, José Gabriel Quintero, Roberto Leonardo Sorrentino y Franco Loppi.

[148] De los 49 operativos armados con fines políticos ocurridos durante 1969, 16 se llevaron a cabo en abril, es decir que en los restantes once meses el promedio fue de 3 operativos por mes. Inclusive, en los meses inmediatamente anteriores a abril, el promedio fue aún más bajo (hubo 2 acciones en enero, 1 en febrero y ninguna en marzo). Ver O'Donnell, Guillermo: *El estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982, p. 450.

[149] Este punto trata sobre el grupo original del cual más se ha escrito y comentado en la bibliografía de Montoneros. Paradójicamente, las fuentes sobre las actividades del mismo en los años previos a 1970 no abundan, debido en parte a que son muy pocos los sobrevivientes. Esta circunstancia no debe perderse de vista, ya que finalmente este grupo sería el de mayor protagonismo en la conformación y nacimiento de Montoneros.

[150] Ver Bellota, Araceli: “El cura de las villas”, en *Todo es Historia* N° 361, agosto de 1997, p. 9-26.

[151] Los datos sobre los primeros años de militancia de Abal Medina, Ramus y Firmenich fueron extraídos en su mayoría de Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997.

[152] Di Stéfano, Roberto / Zanatta, Loris: *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, 2000, p. 476.

[153] Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1970, p. 165.

[154] Sobre los incidentes de la Catedral y el comunicado, ver diario *La Nación*, 02-05-67, p. 25. El texto está además reproducido en Mayol / Habegger / Armada: cit., p. 315.

[155] Del diario no queda claro si se trataba del Tacuara revolucionario (MNRT) o del Tacuara tradicional. Tampoco se otorgan pistas para determinar quiénes eran los “neoperonistas”. En cualquier caso, una militante que participó de los sucesos de la Catedral aquel día afirma que si hubo manifestantes afuera los mismos no estaban en coordinación con la gente del Camilo Torres que se encontraba adentro (entrevista con el autor).

[156] Bellota: cit., p. 15.

[157] [Perdía, Roberto Cirilo](#): *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997, p. 72.

[158] Además de las fuentes citadas a lo largo del relato, parte importante de la información del presente punto y del que sigue proviene de las entrevistas del autor a Ignacio Vélez.

[159] Sobre la vida en el Liceo ver Vaca Narvaja, Gustavo / Furgón, Fernando: *Fernando Vaca Narvaja, con igual ánimo*, Buenos Aires, Colihue, 2002, p. 68.

[160] Sobre la misa, ver Diario *La Nación*, 16-09-66, p. 13.

[161] El congreso fue realizado los días 15 y 16 de octubre. Ver Revista *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, octubre-noviembre 1966, p. 8.

[162] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 2-3, octubre-noviembre 1966, p. 9.

[163] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 06-07, abril 1968, p. 3.

[164] Urbano, Leonel: “Historias de la Revolución Argentina: recuerdos del “Mingo””, en *Taller* Vol. 5, N° 12, abril 2000.

[165] Entrevista del autor a Ignacio Vélez; revista *Cristianismo y Revolución* N° 14, segunda quincena abril 1969, p. 12; Diario *Clarín*, 03-04-69, p. 23.

[166] Diario *Clarín*, 03-04-69, p. 23.

[167] Este encuentro es tomado de Anguita / Caparrós: cit. y no explica los motivos de la actitud de Abal Medina y Firmenich debido a que el relato es tomado de El Kadri.

[168] Sobre el pensamiento de Maza entrevista del autor a Vélez. Sobre el de Abal Medina entrevista del autor al mismo Vélez y a Juan Manuel Abal Medina.

[169] Mayol, Alejandro / Habegger, Norberto / Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1970, p. 154 a 156.

[170] Con la peronización y la radicalización, la Democracia Cristiana resultaba para muchos claramente insuficiente como proyecto político. Roberto Perdía, del *Grupo Reconquista*, y Luis Rodeiro, del *Grupo Córdoba*, estuvieron entre quienes abandonaron sus filas.

[171] Esta idea como disparador de un pasaje del nacionalismo a la izquierda explica que del ultraderechista Tacuara se desprendiera el izquierdista y peronista Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. Esta conversión habla de la fuerza de la idea. Muchos de principales conductores del MNRT terminarían formando parte de la guerrilla setentista, como Jorge Cafatti en las FAP y Joe Baxter en el ERP.

[172] Sigal, Silvia: *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, p. 164.

[173] Ver Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, p. 91.

[174] En los documentos de Montoneros de los años posteriores por una parte se reconocería el liderazgo de Perón, pero por la otra invariablemente se destacaría que la lucha armada era el método estratégico “correcto”, y en forma más o menos clara se concluiría que quienes llevaran adelante esta lucha tenían en consecuencia la conducción estratégica de la misma. Roberto Perdía, quien tiende a no hacer hincapié en las diferencias con Perón, reconoce esto a raíz del intercambio epistolar que la organización mantendría con Perón en febrero de 1971. Dice Perdía: “Perón reivindicaba a la guerrilla como instrumento, mientras que nosotros ... la colocábamos como una base para la construcción del poder popular. Esta diferencia no es anecdótica y tiene mucho que ver con los enfrentamientos que se desatarían años más tarde. De hecho Perón nos asignaba el rol de “formación especial”, una parte de su fuerza general que desempeñaba un rol específico en su estrategia de conjunto. Ese era el lugar que teníamos en los planes de Perón. Nosotros aceptábamos esa situación provisoriamente, pero —evidentemente— nos imaginábamos en un lugar distinto. Sentíamos que, progresivamente, podríamos asumir mayores responsabilidades. Allí había una contradicción central”. Perdía, Roberto Cirilo: *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, General Roca, Grupo Agora, 1997, p. 135.

[175] En este párrafo nos referiremos a *grupos* aunque estrictamente en algunos casos nos estamos refiriendo a los *círculos* de los cuales surgieron.

[176] Jorge Gil Solá es un buen ejemplo de la movilidad y contactos de los militantes del cristianismo revolucionario: además de su presencia y detención en la marcha de Villa Ocampo, había militado en el ARP de Cooke, aparece en el año 1967 dando cursos de explosivos a Sabino Navarro y a integrantes del *Grupo Córdoba*, era el segundo en orden jerárquico en el Comando Camilo Torres detrás de García Elorrio, participó del congreso del Peronismo Revolucionario en 1968, y a partir de abril de 1969 tuvo una columna fija sobre el Peronismo Revolucionario en la revista *Cristianismo y Revolución*.

[177] Perdía visitando el campamento donde estaban Mugica, Firmenich y Ramus en febrero de 1966, Sabino Navarro concurriendo al congreso del *Grupo Córdoba* en agosto de 1967, y hablando en una asamblea en puerta de fábrica en Renault convocado por el mismo *grupo* en marzo de 1969 son otros ejemplos.

[178] No sólo el mundo católico y dentro de él los sectores progresistas habían cambiado, sino que a partir del surgimiento de los *círculos* comenzó un corrimiento de muchos cristianos radicalizados hacia otro *ámbito*, el del peronismo revolucionario.

[179] Tres de los entrevistados por el autor destacaron este hecho para ellos mismos: Roberto Perdía, Ignacio Vélez y Antonio Riestra.

[180] Tarrow, S: *El poder en movimiento. Los Movimientos Sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Editorial Alianza, 1997, p. 19. La investigación de Tarrow se refiere a los Movimientos Sociales, que define como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades” (p. 21) Es del mismo autor que tomo algunas de las propiedades del movimiento del cual surgieron los *grupos originales*.

[181] Tarrow: cit., p. 57.

[182] Tarrow: cit., p. 56.

[183] Entrevista del autor a Ignacio Vélez; Diario *La Nación*, 27-12-69, p. 11.

[184] Entrevistas del autor a Ignacio Vélez y Elbio Alverione.

[185] Entrevista del autor a José Amorín; Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 1997, p. 353-354. De acuerdo al relato de Graciela Daleo en este último texto, en enero de 1970 Fernando Abal Medina se encontró casualmente en un subterráneo de Buenos Aires con ella, a quien conocía de la militancia en el Comando Camilo Torres. Hasta hacía poco tiempo, Daleo realizaba actividades políticas junto a Carlos Hobert —integrante del *Grupo Sabino*—, y aunque en ese momento ella no estaba militando, consideró oportuno contactar a Hobert con el grupo de Abal Medina. Sabía que este último, junto con otros ex camilos, estaban “haciendo algo”, pero también sabía que no debía preguntar. Le dijo simplemente que había un grupo de gente que querría conectarse con ellos. A los pocos días, Firmenich apareció en la casa de Daleo y coordinaron una cita en un bar del centro. De esta manera, Graciela presentó a Firmenich y Hobert.

[186] Entrevista del autor a Elvio Alberione.

[187] Ver Segunda Parte de la tesis. La razón principal sería que la dirección de las FAP en Buenos Aires exigían un grado de subordinación que contrariaba la pretensión de autonomía que pedían los *grupos* del interior del país.

[188] El *Grupo Córdoba* y el *Grupo Santa Fe* mantenían contactos orgánicos entre ellos desde 1968, y el último a su vez con el *Grupo Reconquista* aún desde antes. De hecho, en febrero de 1970 integrantes del *Grupo Córdoba*, el *Grupo Santa Fe* y el *Grupo Reconquista* realizaron una reunión conjunta en Córdoba. En ese encuentro se avanzó en la idea que todos compartían de conformar una única organización de carácter nacional. Cada uno de los participantes debatiría en su ámbito la idea, y a mediados de año se volverían a reunir para llevar adelante la empresa. En la reunión los militantes acordaron plantear que el nombre de la nueva organización fuera *Montoneros*, sin saber que el *Grupo Fundador* decidiría el mismo nombre para la suya. La coincidencia remitía a algunas ideas comunes. Se correspondía al revisionismo histórico de estos grupos, y significaba recuperar las tradiciones y los méritos del hombre criollo en las luchas del siglo anterior. Por otra parte, implicaba la decisión de optar por un nombre que surgiera de la historia del pueblo argentino, y no de una experiencia extranjera. Los participantes del *Grupo Córdoba* aprovecharon esa reunión de febrero para informar que estaban integrándose con otro grupo —se referían al *Grupo Fundador*—, pero, desde ya, no dieron ningún detalle. (Entrevista del autor a Elvio Alberione; Entrevista del autor a Roberto Perdía; Perdía, Roberto Cirilo, *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*. Grupo Agora, General Roca, 1997, p. 93).

[189] Entrevista del autor a Ignacio Vélez; *Diario La Nación*, 26-02-70, p. 6; *Revista Cristianismo y Revolución* N° 27, enero-febrero 1971, p. 21.

[190 Sucedió el 29-03-70. Entrevista del autor a Ignacio Vélez; *Diario La Nación*, 30-03-70, p. 1 y 6; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, enero-febrero 1971, p. 21.

[191] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 21. El diario *La Nación* del día 21-07-70, p. 6, informa que el hecho fue llevado a cabo por Abal Medina, Ramus, Maguid, Firmenich, Arrostito y Capuano Martínez. Este último se había mudado hacía unos meses de Córdoba a Buenos Aires y vivía con Firmenich.

[192] Entrevista del autor a Antonio Riestra; Diario La Nación, 27-02-70, p. 5; Revista Cristianismo y Revolución N° 27, p. 21.

[193] Entrevista del autor a Antonio Riestra; Diario *La Nación*, 24-05-70, p. 1; *Revista Cristianismo y Revolución* N° 27, enero-febrero 1971, p. 22. El comando estuvo conformado por militantes provenientes del Ateneo y del MEUC.

[194] Entrevistas del autor a Antonio Riestra y Fernando Vaca Narvaja.

[195] Entrevista del autor a José Amorín; Revista *El Descamisado* N° 12, 07-08-73, p. 30; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 21; Diario *Clarín*, 16-04-70, p. 32.

[196] Entrevista del autor a José Amorín; Revista *El Descamisado* N° 12, 07-08-73, p. 30; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 22.

[197] Revista *Periscopio*, 21-04-70, p. 15. *Periscopio* era la continuación de la revista *Primera Plana*, clausurada por el gobierno de Onganía en agosto de 1969 y reaparecida en septiembre de 1970. *Primera Plana* había sido fundada en noviembre de 1962 para apoyar a la fracción Azul del Ejército y tuvo un protagonismo importante en la campaña psicológica que derivó en el golpe de junio de 1966. Luego se distanció del gobierno de Onganía (sobre *Primera Plana* ver Mazzei, Daniel H.: “Periodismo y política en los años ‘60: Primera Plana y el Golpe militar de 1966”, en revista *Entrepasados* N° 7, 1994, p. 27-42).

[198] Entrevistas del autor a Elvio Alberione e Ignacio Vélez; Diario *Clarín*, 28-04-70, p. 37; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 21; Revista *Periscopio* N° 33, 05-05-70, p. 12. El copamiento en Quebrada de las Rosas dejó una anécdota que habla de la idea de “moral revolucionaria” que los guerrilleros consideraban que debía preservarse a toda costa. Dentro del paquete conformado por las diferentes prendas de los uniformes que se llevaron del puesto policial, aparecieron un par de suéteres “civiles”. Los guerrilleros estaban convencidos de que debían devolverlos en forma urgente, ya que no era correcto quedarse con la ropa civil de los policías, pero no sabían como hacerlo sin poner en riesgo su seguridad. Finalmente se decidió que uno de los integrantes de la célula viaje al interior de la provincia y envíe por correo una caja con la ropa al destacamento policial.

[199] Entrevista del autor a Elvio Alberione; Diario *Clarín*, 30-04-70, p. 36; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 22; Revista *Periscopio* N° 33, 05-05-70, p. 12.

[200] Revista *Periscopio* N° 33, 05-05-70, p. 12.

[201] Diario *La Nación*, 10-05-70, p. 5.

[202] Se trata de la ley 18.670, que preveía un procedimiento especial para juzgar 22 delitos, entre ellos la “incitación a la rebelión”, la “asociación ilícita agravada” y la “resistencia a la autoridad. En todos los casos se preveía la instrucción de un “sumario de prevención” a cargo de la Policía, la Gendarmería o la Prefectura. Además se imponía la oralidad en la etapa del plenario, se limitaban los recursos contra la sentencia que se dictara y se mantenía el encarcelamiento durante el juicio. La ley despertó en ambos medios gráficos opiniones muy diferentes. Mientras que el editorial de *Periscopio* la descalificaba diciendo que nunca se había visto “cosa igual en los países occidentales”, el de *La Nación* opinaba que “como interpretando el sentido común de la población, el gobierno ha procurado, mediante la utilización de sus facultades legislativas y de las posibilidades propias, poner un freno al avance del delito”.

[203] Revista *El Descamisado* N° 17, 11-09-73, p. 6.

[204] El relato sobre las motivaciones, la planificación y el desarrollo del operativo fue hecho por Mario Firmenich y Norma Arrostito en la revista de Montoneros *La Causa Peronista* N° 9 del 03-09-74, p. 25-31.

[205] Revista *Periscopio* N° 38, 09-06-1970, p. 14.

[206] La Revista *Periscopio* N° 33 del 05-05-70 dice en la página 13 y refiriéndose a la condena al gobierno realizada por los tres a fines de 1969: “la triple condenación de los ex Presidentes presta una ligera credibilidad al golpe que algunos imaginaban hace tres meses bajo la sigla PAF (Perón, Aramburu, Frondizi). Pero no habrá PAF: cada uno de los tres intenta madrugar a los otros dos”.

[207] Rojo le envió una carta a Perón en la cual le comentaba las ideas de Aramburu, a la que Perón le respondió criticando a Aramburu. Ver revista *Primera Plana* N° 435, 01-06-71, p. 76.

[208] Entrevistas del autor a Elvio Alberione, José Amorín y Antonio Riestra.

[209] Entrevista del autor a Elvio Alberione. El relato de *La Causa Peronista* hace mención a este hecho sin aclarar quién era el donante del uniforme.

[210] El primer vehículo era conducido por Carlos Capuano Martínez, y lo acompañaban Emilio Maza, Fernando Abal Medina e Ignacio Vélez. Gustavo Ramus manejaba la pick up, y con él iban Norma Arrostito, Mario Firmenich —disfrazado de policía— y Carlos Maguid —utilizando la sotana de un cura—.

[211] Además del relato de *La Causa Peronista*, ver revista *Periscopio* N° 37 del 02-06-70 y N° 38 del 09-06-70.

[212] Resulta curioso que por un lado Imaz fuera sospechado de haber instigado el secuestro para detener el golpe planificado por Aramburu, y a su vez en el entorno presidencial se sospechara que se trataba de un “autosecuestro” con el objeto de capitalizarlo de alguna manera a favor del golpe. De acuerdo a Potash, Onganía no se sentía amenazado por el proyecto de Aramburu por lo cual desestima la intervención de su gobierno en el suceso (Potash, Robert A.: *El ejército y la política en la Argentina 1962-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, p. 125).

[213] Revista *Periscopio* N° 37, 02-06-70, p. 18.

[214] Entrevista del autor a Elvio Alberione; Diario *La Nación*, 21-07-70, p. 1 y 6.

[215] Documento 1-1970.

[216] Revista *Periscopio* N° 38, 09-06-70, p. 38.

[217] Diario *La Nación* , 30-06-70, p. 6.

[218] Entrevista del autor a Elvio Alberione.

[219] De este grupo participaron Emilio Maza, quien comandó la operación, Ignacio Vélez, Cristina Liprandi de Vélez, Carlos Capuano Martínez, Susana Lesgart, Luis Lozada, José Fierro y Alejandro Yofre (entrevista del autor a Ignacio Vélez y a Elvio Alberione).

[220] Del *Grupo Córdoba* participaron Elvio Alberione, Mariano Pujadas, Alberto Molina, Carlos Soratti Martínez, Osvaldo “Gato” Suárez, Raúl Guzzo Conte Grand, Cecilio Salguero, Dinora Gebennini, Jorge Escribano, Jorge Mendé, María Leonor Papaterra de Mendé, Hugo “Pelado” Baretta, Jesús María Luján y Manuel Lorenzo (Entrevistas del autor a Elvio Alberione y a Luis Rodeiro; Diario *La Nación*, 04-08-70, p. 12).

[221] Para la toma de La Calera y sucesos del mismo día ver Diario *La Nación*, 02-07-70, p. 1 y 22.

[222] Algunos fueron liberados por no tener vinculación directa con el copamiento de La Calera. Otros quedaron presos varios meses aún cuando no habían participado de este ni de ningún hecho armado.

[223] Entrevista del autor a Elvio Alberione.

[224] Los datos sobre los hechos que siguieron a la toma de La Calera fueron obtenidos fundamentalmente del Diario *La Nación*, 03-07-70, p. 1 y 6; 07-07-70, p. 12; 09-07-70, p. 4; 10-07-70, p. 1 y 10.

[225] Entrevista del autor a José Amorín.

[226] Ver Diario *La Nación*, 03-09-70, p. 6; 10-07-70, p. 1 y 10; 17-07-70, p. 1 y 22; 18-07-70, p. 12; 18-07-70, p. 1.

[227] Diario *La Nación*, 28-07-70, p. 15.

[228] Entrevistas del autor a Elvio Alberione, Luis Rodeiro y Antonio Riestra.

[229] Entrevistas del autor a Fernando Vaca Narvaja y Antonio Riestra; Diario La Nación, 01-08-70, p. 1 y 6. La revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 23, ubica erróneamente este robo en la ciudad de Rosario.

[230] Diario *La Nación*, 03-08-70, p. 3.

[231] El 10 de julio se produjo un asalto a un banco en Laguna Larga, Córdoba firmado como Montoneros. Elvio Alberione afirma que no se trató del *Grupo Córdoba* ni de los montoneros de los *grupos originales*, sino de militantes que probablemente lo hayan hecho por solidaridad. En verdad suena inverosímil que en el contexto que siguió a la toma de La Calera haya sido un operativo realizado por militantes del *Grupo Córdoba*.

[232] Diario *La Nación*, 02-09-70, p. 24; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 27, Enero-febrero 1971, p. 23.

[233] Debido a que las FAP proveyeron un par de casas en Buenos Aires para alojar a varios integrantes de la célula porteña del *Grupo Fundador* en los momentos de mayor dramatismo, esta organización suele ser mencionada como la responsable de la subsistencia de Montoneros. El propio Richard Gillespie sostiene que “los Montoneros quedaron casi reducidos a la nada durante aquellos dos meses, con la muerte y la destrucción siempre al acecho. Les salvó de la extinción, ante todo, la ayuda y protección que les prestó la organización guerrillera urbana peronista, las FAP, creada dos años antes” (Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 128). Esta afirmación pasa por alto un dato cualitativa y cuantitativamente más importante: el fundamental apoyo del *Grupo Santa Fe*.

[234] Sobre el grupo del cura Dri, ver Capítulo IV. Miguel Bustos, Osvaldo Suárez y Luis Rodeiro, por ejemplo, estuvieron en Resistencia alojados por Dri varias semanas, y luego pasaron a Corrientes (Entrevista del autor a Luis Rodeiro).

[235] Entrevista del autor a Roberto Perdía.

[236] Entrevista del autor a Luis Rodeiro; Diario *La Nación*, 09-09-70, p. 1, 12, 17 y 24.

[237] Es la fecha del levantamiento del General Valle en 1956 que culminaría con su fusilamiento y el de otros militares y civiles peronistas. Ver Capítulo I.

[238] Se refiere a las Fuerzas Argentinas de Liberación, que en marzo de 1970 habían secuestrado al cónsul paraguayo Waldemar Sánchez. Ver Capítulo I.

[239] Revista *Periscopio* N° 37, 02-06-1970, p. 18.

[240] Para una acabada enumeración de los argumentos que se utilizaron para sostener que el gobierno de Onganía estaba detrás del crimen de Aramburu, ver Fernández Alvariños, Próspero Germán: *Z Argentina. El crimen del siglo*, edición del autor, 1973, y Méndez, Sergio: *Aramburu, el crimen imperfecto*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1987. En un sentido similar, Andersen, Martín: *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Buenos Aires, Planeta, 1993. Cabe mencionar, a modo de ejemplo, que el órgano del Partido Demócrata Socialista, La Vanguardia, el 5 y 19 de agosto y una vez más el 2 de septiembre de 1970, insistió en que Firmenich había visitado con frecuencia el Ministerio del Interior en las semanas previas al secuestro (ver nota al pie en Potash, Robert: *El Ejército y la política en la Argentina 1962-1973, Segunda parte, 1966-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, p. 149). De acuerdo a Potash, Onganía no se sentía amenazado por el proyecto de Aramburu por lo cual desestima la intervención de su gobierno en el suceso (Potash: cit., p. 125).

[241] Revista *Periscopio* N° 44, 21-07-70, p. 22 y 23.

[242] La revista *Verbo* estaba vinculada al integrismo católico francés y se oponía a las corrientes renovadoras de la Iglesia y al Concilio Vaticano II.

[243] Diario *La Nación*, 17-07-70, p. 22.

[244] Revista *Panorama* N° 181, octubre de 1970, p. 13.

[245] Diario *La Nación*, 31-05-70, p. 8.

[246] Revista *Periscopio* N° 38, 09-06-70, p. 18.

[247] Diario *La Nación*, 18-07-70, p. 1.

[248] Ver Capítulo I.

[249] Revista *Panorama* N° 192, diciembre 1970, p. 3.

[250] Anguita, Eduardo / Caparrós, Martín: *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973, Tomo 1*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 1997, p. 414.

[251] *Diario Clarín*, 02-01-71, p. 17.

[252] “Sacerdotes de Córdoba ante los sucesos de La Calera”, Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, 7 de julio de 1970; en Baschetti, Roberto (comp.): *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De La Campana, 1995, p. 73.

[253] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 25, septiembre de 1970.

[254] Benítez había sido confesor de Eva Perón y conocía por dentro el mundo peronista. Se había carteadado con Perón en el exilio y era un defensor de la Revolución Cubana.

[255] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 25, septiembre de 1970, p. 5 a 11.

[256] Entre otros Raúl Guzzo Conte Grand, José Sabino Navarro, Ignacio Vélez, José Fierro y Elvio Alberione.

[257] “Emilio Angel Maza, nuestro compañero de Lucha”, Federaciones de Agrupaciones Integralistas de Córdoba, en Baschetti, Roberto: cit., p. 75.

[258] *Cristianismo y Revolución* habla de tres mil (Nº 25, septiembre de 1970, p. 2); el diario *La Nación*, 11-07-70, p. 6, menciona más de mil concurrentes.

[259] Fue el 11 de septiembre. Diario *La Nación*, 12-09-70, p. 6.

[260] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 25, septiembre de 1970, p. 2.

[261] Diario *La Nación*, 11-09-70, p. 13

[262] Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 129.

[263] Diario *La Nación*, 03-06-70, p. 1 y 12; Revista *Periscopio* N° 38, 09-06-70, p. 18

[264] Gurrucharri, Eduardo: *Un militar entre obreros y guerrilleros*, Buenos Aires, Vergara, 2003, p. 267.

[265] Gustavo Rearte: “Violencia y tarea principal”, en Roberto Baschetti, *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Editorial De La Campana, Buenos Aires, 1995, p. 94.

[266] Gonzalo Cháves, de la JP de La Plata, y Mario Medina, de la JP de Bahía Blanca, tuvieron expresiones muy similares para referirse a la reacción que les produjo la aparición de Montoneros con la muerte de Aramburu. Algo así como “esto es lo que necesitábamos, a éstos estábamos esperando” (entrevistas con el autor).

[267] Se trata del pariente de uno de los entrevistados no identificados en la obra de Ollier, María Matilde: *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel, 1998, p. 118. Mis entrevistas recogieron varias experiencias similares en este sentido. Ernesto Jauretche contó por ejemplo que dos tíos suyos, también dirigentes sindicales peronistas, suponían que él sabía algo sobre muerte de Aramburu e insistentemente le pedían que los contactara con sus ejecutores (entrevista con el autor).

[268] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 25, septiembre de 1970, p. 2.

[269] Diario *La Nación*, 11-07-70, p. 6

[270] “Juventud Peronista de La Plata: Homenaje a Emilio Maza”, en Baschetti, Roberto: cit., p. 74.

[271] El dato sobre la presencia de Jauretche y Gazzera fue obtenido de Gillespie: cit., p. 129.

[272] Diario *La Nación*, 27-07-70, p. 3

[273] Revista *Primera Plana* N° 402, 13-10-70, p. 16.

[274] Gazzera dijo: “cuando el régimen acelera la violencia social para preservar sus intereses y consolidar sus posiciones, el pueblo responde también con la violencia que asume el carácter de defensa propia”. Aguirre sigue el mismo camino, al explicar que “cuando los pueblos ven cerradas sus posibilidades desde todos los ángulos, y el nuestro se encuadra dentro de ese esquema, burlado en su buena fe, en su voluntad, esquilmado, vendido y proscrito en su nacionalidad, el camino que busque para liberarse será válido”.

[275] Revista *Cristianismo y Revolución* N° 26, noviembre-diciembre 1970, p. 7 y 8.

[276] Entrevistas del autor a Luis Rodeiro e Ignacio Vélez, quienes estuvieron presos entre 1970 y 1973. En aquel tiempo, y mientras se encontraba preso, el montonero Ignacio Vélez vivió dos experiencias que resultan paradigmáticas al respecto. En una ocasión, cuando fue trasladado de Córdoba a Buenos Aires, el director del penal en el cual se iba a alojar lo recibió —en presencia de quienes lo traían y de guardias del lugar— insultándolo de todas las maneras posibles, e inclusive pateándole la camilla en la cual estaba postrado debido a las heridas de bala recibidas tras La Calera. Inmediatamente lo hizo llevar a su oficina, y una vez que estuvieron solos lo abrazó, lo trató de “compañero peronista” y le dijo que menos para fugarse contaba con su colaboración para lo que necesitara. De regreso al penal de Córdoba, el mismo guerrillero recibió la visita de una anciana que no había visto en su vida, quien nuevamente lo abrazó llorando y le dijo que antes de morir se quería conocer a alguno de los que habían matado “al hijo de puta de Aramburu” (entrevista con el autor).

[277] Rodeiro, Luis Enrique: *Fantasías de bandoneón (una disidencia montonera)*, Ediciones de la Cortada, 1996, p. 96.

[278] Rodeiro: cit., p. 54.

[279] Diario *Clarín*, 18-10-70, p. 15 y 16 y Revista *Primera Plana* N° 403, 20-10-70, p. 23.

[280] Testimonio de Alcira Argumedo en Garulli, Liliana / Caraballo, Liliana / Charlier, Noemí / Cafiero, Mercedes: *Nomeolvides. Memoria de la Resistencia Peronista 1955-1972*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2000, p. 310.

[281] Entrevista del autor a Luis Rodeiro.

[282] Carta de Perón a Maguid en Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 29, junio 1971, p. 21.

[283] Mensaje de Perón “A los compañeros de la Juventud” en Baschetti: cit., p. 138 y 139.

[284] Revista *Cristianismo y Revolución*, N° 25, septiembre 1970, p. 20.

[285] Mensaje de Perón “A los compañeros de la Juventud” en Baschetti: cit., p. 139.

[286] Entrevistas del autor a José Amorín, Antonio Riestra y Elvio Alberione.

[287] Ver Capítulo II.

[288] Las diferencias se daban fundamentalmente en torno a la caracterización del peronismo. Los disidentes tenían una visión cercana a lo que luego se conocería como “movimientismo”, opuesto a la “alternativa independiente”. Este tema es tratado en el siguiente punto del presente capítulo. Ver Aranciba, Inés / Arias Ana / Giradles, Soraya / Moscona, Gustavo: *La Cullen, una historia de militancia*, Buenos Aires, Agrupación de Trabajo Social Lucía Cullen, 2003, p. 65; además declaraciones de Ernesto Villanueva para el proyecto de producción cinematográfica “Un grito de corazón ...”, 2002, inédito. Villanueva relata: “cuando yo entro a los Montoneros casi no existían. Éramos más los que entramos, yo creo que éramos veintidós, que los que había en Buenos Aires. Esto después de La Calera”. Entre las diferencias también estaba la valoración del operativo Aramburu. En un reportaje de septiembre de 1970, la dirección de las FAP reivindicaba el hecho como un acto de justicia, pero afirmaba que “lo que no se evaluó claramente por los compañeros montoneros fue la perspectiva de continuidad de un proceso desencadenado a ese nivel”, y que esa había sido “una acción más para culminar un proceso que para iniciarlo” (ver Eduardo Luis Duhalde y Eduardo M. Pérez: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP*, La Plata, De La Campana, no se menciona año de edición, p. 172). En los textos mencionados hay diferencias respecto a la fecha de la ruptura: vimos que Villanueva la ubica tras los sucesos de La Calera, en julio de 1971 (Villanueva, cit.); Pérez, por su parte, afirma que fue a causa de un documento del sector de Villanueva originado con motivo de otro documento de las FAP tras un atentado perpetrado en marzo de 1971 (Eduardo Luis Duhalde y Eduardo M. Pérez: cit., p. 71).

[289] El único registro de operaciones en esos meses es del 11 de septiembre de 1970, cuando el “Comando Montonero Santiago Pampillón” despojó de sus armas y uniformes a dos policías, en la Capital Federal. *Cristianismo y Revolución*, Nº 27, enero-febrero de 1971, p. 23. El mismo día hubieron además tres atentados que habrían sido efectuados por el mismo comando, con algunos daños y ninguna víctima, uno en la casa de un militar y otro en la casa del decano de la Facultad de Ciencias Económicas, doctor Julio Gamba. Diario *La Nación*, 12-09-70, p. 4.

[290] Sucedió el 2 de noviembre. Ver *La Nación*, 03-11-70, p. 17 y *Cristianismo y Revolución*, N° 27, enero-febrero 1971, p. 24.

[291] Sucedió el 9 de noviembre. Ver *La Nación*, 10-11-70, p. 16 y *Cristianismo y Revolución*, Nº 27, enero-febrero 1971, p. 24.

[292] Sucedió el 19 de noviembre. Ver *Cristianismo y Revolución*, N° 27, enero-febrero 1971, p. 25.

[293] Sucedió el 30 de diciembre. Ver *Cristianismo y Revolución*, N° 27, enero-febrero 1971, p. 26.

[294] Sucedió el 19 de febrero. Diario *Clarín*, 20-02-71, p. 16.

[295] Entrevista del autor a Elvio Alberione; Diario *Clarín*, 15-01-71, p. 24

[296] Sucedió el 14 de diciembre. *Cristianismo y Revolución* N° 27, p. 25.

[297] Sucedió el 25 de diciembre. Ver *Cristianismo y Revolución*, N° 27, enero-febrero 1971, p. 26.

[298] Sucedió el 29 de diciembre. Ver *Cristianismo y Revolución*, N° 27, enero-febrero 1971, p. 26.

[299] Sucedió el 29 de enero. Diario *Clarín*, 30-01-71, p. 5; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 24-25. La sigla “PV” significa “Perón Vuelve”.

[300] Diario *Clarín*, 15-02-71, p. 19; *Cristianismo y Revolución* N° 28, p. 24.

[301] Entrevista del autor a Antonio Riestra; Diario *Clarín*, 12-02-71, p. 15; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 25. El comunicado de Montoneros con motivo de este operativo se encuentra en la página 28 de *Cristianismo y Revolución* N° 28.

[302] Sucedió el 18-03-71. Revista *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 24 y Diario *Clarín*, 19-03-71, p. 25.

[303] Entrevistas del autor a Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja; Diario *Clarín*, 15-02-71, p. 17; *Cristianismo y Revolución* N° 28, abril 1971, p. 24.

[304] Diario *Clarín*, 17-03-71, p. 27; Revista *Cristianismo y Revolución* N° 29, junio 1971, p. 23.

[305] Entrevistas del autor a Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja; Diario *Clarín*, 12-12-70, p. 29.

[306] En septiembre del año anterior, Durand había sido señalado como autor de los disparos que terminaron con la vida de Roberto Díaz en una manifestación en la ciudad. Diario *Clarín*, 03-04-71, p. 16.

[307] Entrevista del autor a Ernesto Jaureche; Larraquy, Marcelo / Caballero, Roberto: Galimberti. *De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000, p. 111-112 y 115 a 117.

[308] Entrevista del autor a José Amorín, quien manifestó que él mismo mantenía ese contacto.

[309] Entrevista del autor a José Amorín.

[310] Entrevista del autor a Elvio Alberione.

[311] Entrevista del autor a José Amorín.

[312] En el caso de Galimberti, el encono era con su figura, por su imagen de “matoncito de derecha” pero además porque se lo acusaba de falta de ética. JAEN, la agrupación que lideraba, no era cuestionada.

[313] Rodeiro, Luis Enrique: *Fantasías de bandoneón (una disidencia montonera)*, Ediciones de la Cortada, 1996, p. 53 y 54.

[314] Este pensamiento está desarrollado en Rodeiro: cit., p. 55-56, 65-66 y 78-81.

[315] Documento 2-1970.

[316] Documento 3-1970.

[317] Documento 6-1970.

[318] Documento 4-1971.

[319] Documento 1-1971. Insisten en otro documento: “hay dirigentes que llamándose peronistas han traicionado a las bases, se han pasado al campo de la oligarquía y el imperialismo. De esta manera han dejado de ser peronistas, aunque pretenden seguir disfrazándose de tales, para no ser repudiados por las bases. Pero éstas son conscientes del truco, de ahí que esos dirigentes fraudulentos carezcan totalmente de representatividad. Por eso nuestra política es la de no preocuparnos por ellos en tanto su traición a la función de dirigentes no se transforme en clara traición a las luchas que encara el pueblo en estos momentos. En caso de que así lo hagan, recaerá sobre ellos la pena correspondiente” (Documento 2-1971).

[320] Documento 2-1971.

[321] Duhalde, Eduardo Luis / Pérez, Eduardo M.: *De Taco Ralo a la alternativa independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: Las FAP*, De La Campana, La Plata, no se menciona año de edición, p. 69.

[322] El mayor esfuerzo por conformar las OAP se realizó principalmente durante 1971. Dentro y fuera de la cárcel, se desarrollaron debates, e inclusive se realizaron varias operaciones armadas conjuntas entre junio de 1971 y enero de 1972. Finalmente, las OAP se disolvieron en abril de 1972 (Ver Duhalde / Pérez: cit., p. 67). De todas formas, cumplieron un rol significativo en el acercamiento entre Montoneros por un lado y FAR y Descamisados por el otro.

[323] Documento 1-1972.

[324] Documentos 1-1970, 6-1970 y 1-1971.

[325] Sarlo, Beatriz: *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2003, p. 157-159. La autora observa que a partir de la década del sesenta, Perón había inventado un sistema sutil para regular las distintas categorías de relaciones que mantenía con las líneas del Movimiento justicialista en la Argentina. Desde España, tejió un sistema radial de comunicaciones, altamente jerarquizado, con el que luchó con éxito para permanecer al frente del Movimiento. Este sistema de conducción tenía varias reglas implícitas. La primera era el respeto a la radialidad: Perón era el centro y las relaciones pasaban siempre por él, por lo cual debían descartarse las alianzas horizontales destinadas a acordar puntos que no hubieran sido planteados previamente por el líder. La segunda regla era que cada brazo del movimiento podía legítimamente establecer sus opciones tácticas, pero correspondía solamente al líder la caracterización de las necesidades y objetivos estratégicos. Estas reglas aseguraban a las tácticas relativa independencia, pero subordinación a una conducción estratégica centralizada en Perón. Según Sarlo, nadie desconocía esta jerarquía pragmática, y aun cuando no todos la habían aceptado siempre en los hechos —no lo hicieron Vandor ni algunos neoperonistas— “obtenía un invariable acatamiento formal”. La autora opina que en la carta de Montoneros a Perón “estas reglas se debilitan”.

[326] Documento 1-1972.

[327] Documento 6-1970.

[328] Documentos 1-1970 y 1-1971. Ver capítulo VII.

[329] Ollier, María Matilde: *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, p. 66.

[330] Gillespie, Richard: *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 136.

[331] Ollier, cit., p. 71.

[332] Documento 6-1970.

[333] Documento 6-1970, casi idéntico en Documento 2-1971.

[334] Documento 2-1971.

[335] Gillespie: cit., p. 133.

[336] Documento 2-1972.

[337] Documento 1-1972.

[338] Documento 1-1972.

[339] Documento 6-1970, mencionado además en 1-1970, 2-1970, 4-1970, 2-1971 y 3-1971.

[340] Documento 4-1970, mencionado además en 1-1970, 2-1970, 2-1971 y 3-1971.

[341] Documento 6-1970, mencionado además en 1-1971, 3-1971 y 3-1971.

[342] Documento 6-1970.

[343] Documento 1-1971.

[344] Documento 2-1971.

[345] Documento 2-1971.

[346] Documento 1-1972.

[347] Documento 1-1972.

[348] Amaral, Samuel: “Del exilio al poder: la legitimidad recobrada”, en Amaral, Samuel / Ben Plotkin, Mariano (comp.): *Perón: del exilio al poder*, Tres de Febrero, EDUNTREF, 2004, p. 278.

[349] Altamirano, Carlos: “Montoneros”, en Altamirano, Carlos: *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001, p. 135-136.

[350] Ver Altamirano, Carlos: *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 2001, 91-92.

[351] Documento 2-1971.

[352] Las fechas hacen referencia a los años consultados.

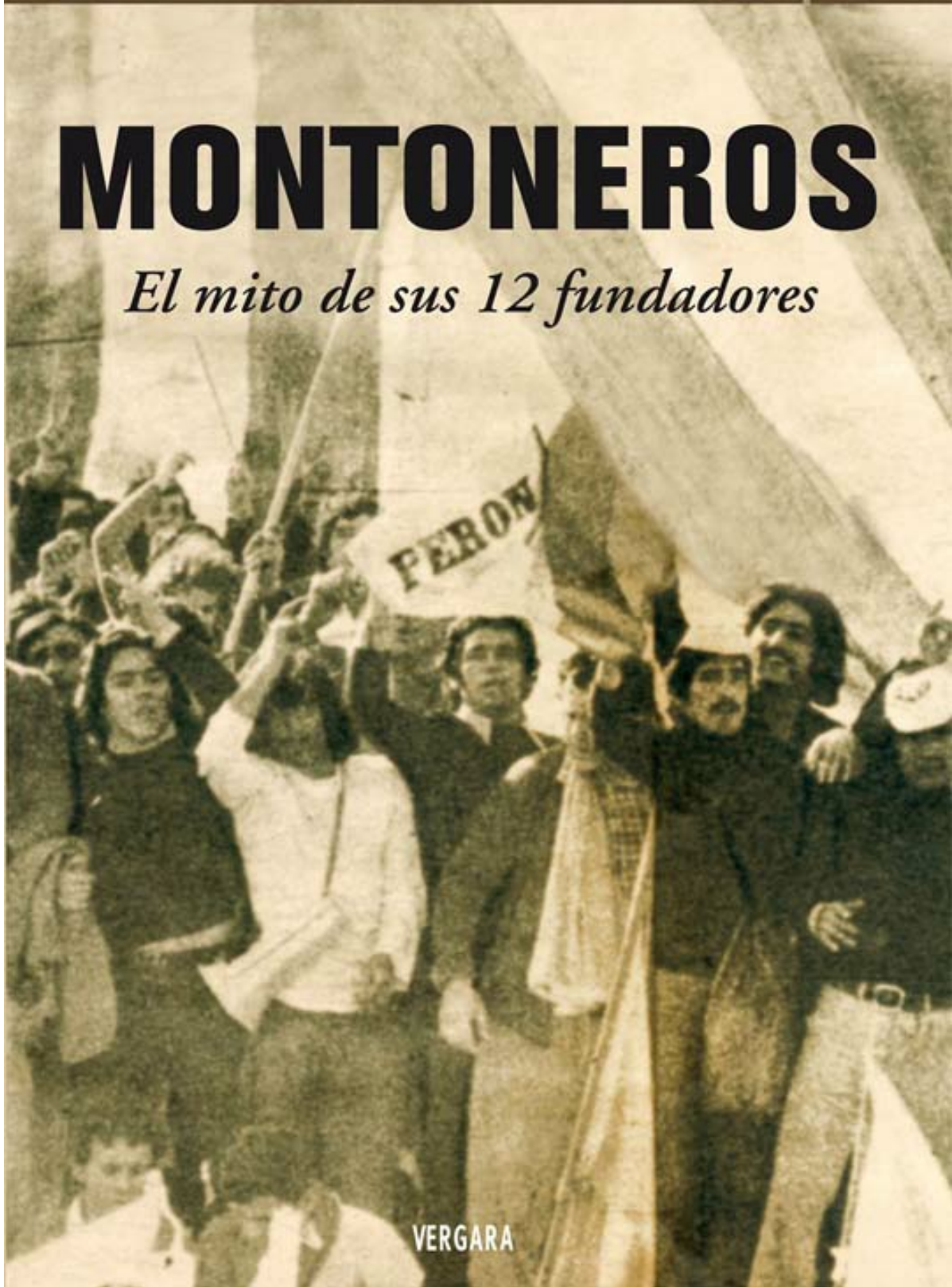
[353] En algunos casos se menciona una obra que compila varios artículos y también un artículo específico de esa misma compilación si el mismo resulta particularmente relevante para la tesis.

Lucas Lanusse

b

MONTONEROS

El mito de sus 12 fundadores



ES OTRO APORTE DE:



Visitanos en Facebook:

<https://www.facebook.com/laNestorKirchnerCHACO/>



mas libros gratis en: <http://lanestorkirchnerchaco.blogspot.es/>

LA NESTOR KIRCHNER CHACO

